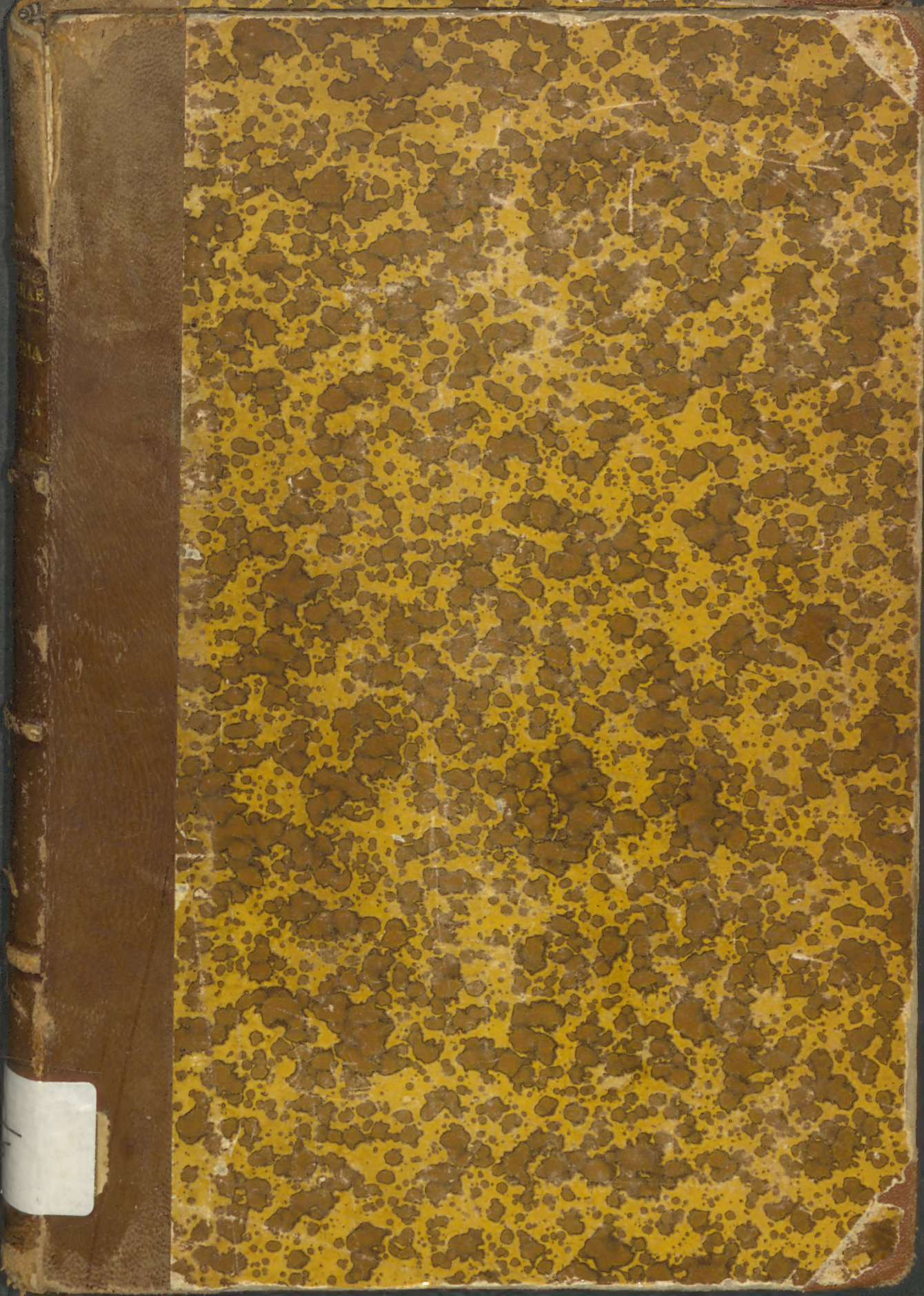
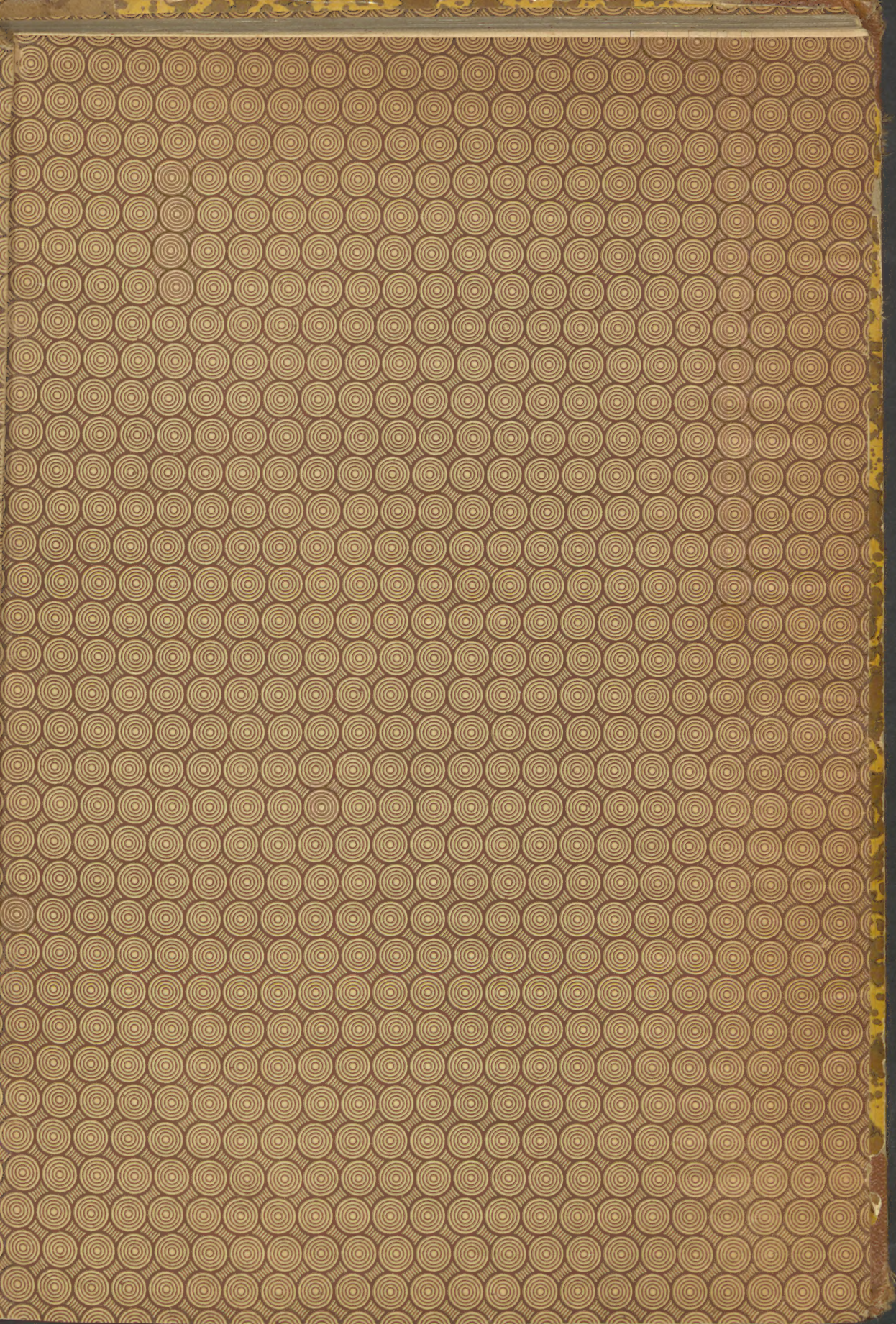








~~17-50~~
~~955~~

~~Sevilla~~
~~59~~

0
275

R.1361

Academia de Estudios Sevillanos



HISTORIA DE SEVILLA

POR

JOAQUÍN HAZAÑAS Y LA RÚA

955257



HISTORIA DE SEVILLA

13. V. 1

*Explicación a
manera de
prólogo...*

pues no otra cosa requiere la gran obra que en este volumen se edita, ya que ni el asunto o tema de la misma exige comentario, ni la persona del autor, de sobra conocida de todo el que se precie de buen sevillano, necesita ser presentada: pero, en cambio, sí deben tener respuesta adecuada algunas preguntas que el lector pudiera hacerse, y que deseamos dejar contestadas en estas breves líneas, por la inserción de las cuales pedimos perdón a todos, ya que, aunque no sea sino por breves instantes, aparta la atención del tema principal.





UNA CÁTEDRA

Cosa harto necesaria venía siendo en Sevilla proporcionar a los innumerables amantes de las cosas de la tierra, de una manera sistemática, al par que compendiada, el conocimiento exacto y fiel de todo ese conjunto que de historia, tradición, leyenda, arte y biografías brota por doquier al hablar de la Ciudad de la Gracia, la incomparable Sevilla, tierra de María Santísima por derecho propio. A llenar en parte este vacío advino la creación en nuestra Ciudad de un modesto centro titulado «Academia de Estudios Sevillanos», en el cual se fuera formando la juventud estudiosa, para con el tiempo convertirse en veraz y entusiasta panegirista de Sevilla.

Pero no bastaba con esto; era necesario extender más y más la esfera de acción de la Academia, que por su fin nobilísimo no podía sólo contentarse con formar un corto número de estudiosos. Acudióse para ello a la organización periódica de ciclos, de conferencias públicas; pero, por exponerse en ellas materias aisladas, no podía ofrecerse la impresión de conjunto, tan necesaria en todo trabajo serio y útil. Por ello surgió la idea de organizar una cátedra de Historia de Sevilla, que facilitara a los buenos sevillanos conocimientos completos acerca de su Ciudad.

LA PERSONA

Todos los proyectos son viables en la elevada región de las ideas, por la fuerza de la fantasía, una vez supuesta su bondad; pero la práctica de muchos suele estar llena de escollos, entre los que se encuentra la elección de la persona que los realice y les dé vida. En nuestro deseo de hallar autor para tal obra, quiso la Divina Providencia deparárnoslo en uno de esos pocos hombres que, con capacitación verdadera, a esa clase de estudio se dedican. No tuvo, pues, la Academia de Estudios Sevillanos, cual nuevo Diógenes, que rebusar para encontrar al hombre que necesitaba. Su nombre brotó al unísono en todos los organizadores: «El Maestro» Joaquín Hazañas y La Rúa.

Historiador acabado, sabe unir a la imparcialidad en la apreciación de los hechos, el más riguroso verismo, y exponer a la manera clásica, cual nuestros historiadores de la edad de oro.

Consciente de su deber, a pesar de su copiosa labor diaria y del derecho que las muchas obras producidas le daban a descansar, aceptó gustoso el ofrecimiento que se le hizo, pues así y una vez más se le presentaba ocasión de demostrar el extraordinario cariño que siente por su patria chica.

Una vida entera y, por fortuna, no corta, dedicada por completo al estudio y al saber, es más que garantía del acierto en la designación de la persona. Díganlo si no los que tienen la suerte de llamarle «Maestro» por haber asistido a las aulas universitarias, en donde hasta hace pocos días ha resonado su voz en las Cátedras de Historia Universal y de Bibliografía, y antes, en las de Metafísica y de Literatura. La Universidad hispalense correspondió en parte a sus desvelos colocándole en la silla rectoral, precisamente en los días en que disfrutó la Universidad española de autonomía plena. De la labor universitaria de D. Joaquín Hazañas quedará siempre como el monumento más eficiente y

duradero, su magnífica Biblioteca donada a la Facultad de Filosofía y Letras de nuestra Universidad. Hablen sus obras, siempre con elocuencia, de tan gran padre de las letras.

También pueden conocer lo que significa dicho ilustre Profesor al frente de una Cátedra de Historia de Sevilla, los que en Bibliotecas y Archivos han seguido, aunque de lejos, su labor ingente de verdadero titán, como investigador y bibliófilo, y que en esta obra verán una nueva ocasión de que se haga pública parte de esa extraordinaria cantidad de notas, fichas y documentos con que su archivo particular se enriquece. Quiera Dios que la misma suerte que han corrido hasta ahora los publicados, sigan teniéndola los que aún continúan inéditos, especialmente los que posee de tanto valor sobre la imprenta en Sevilla.

LA OBRA. SU IMPORTANCIA

No pretendemos con estas torpes y breves líneas exponer todo lo que ha de ser objeto de estudio en esta historia, entre otras muchas razones, porque su autor, con ese estilo tan «cervantino» y ameno, a la par que sobrio, en la primera lección de curso nos esboza acertadamente cuanto ha de constituir materia de explicación en el mismo: la Historia de Sevilla, con toda su multitud de facetas, desde las más remotas épocas de los pueblos, aun de aquellos que todavía forcejean con el hecho histórico para mantenerse en el recatado asilo de los tiempos inciertos, hasta la historia contemporánea vivida por el autor. En esta amplitud precisamente estriba su mérito extraordinario.

La bibliografía hispalense venía siendo enriquecida constantemente con numerosas historias sobre Sevilla; pero defectuosas unas por su demasiada credibilidad en la apreciación de los hechos históricos, adolecían otras, de referirse sólo a etapas determinadas de la historia de Sevilla. Unas y otras, o no abarcaban desde los primeros pobladores de la Ciudad, porque no se habían realizado aún los recientes descubrimientos prehistóricos, o llegaban lo más a historiar hasta los tiempos del autor que las escribiera. Conociendo la fecha de los mismos, comprenderemos que la historia sevillana, durante lo que ha dado en llamarse edad contemporánea, no había sido aún estudiada. Eso sin tener en cuenta las historias, que por el extraordinario entretenimiento con que tratan sus diferentes períodos no pueden dar la visión de conjunto, tan necesaria no sólo para los que se contentan exclusivamente con conocer los hechos más salientes de la historia, sino aun para las personas eruditas que, obrando deductivamente, antes de estudiar lo particular, tratan de obtener conocimientos generales.

La Historia de Sevilla del insigne D. Joaquín Hazañas y La Rúa será desde hoy el estudio más completo que sobre tan importante tema ha sido impreso hasta ahora pues comprende desde la Sevilla ignota de los tiempos primitivos, hasta abril de 1931, época en la cual dió por terminada sus explicaciones. Pero todo ello, y a pesar del enorme lapso de tiempo historiado, es dispuesto a la manera clásica, siguiendo al más insigne de los oradores latinos, Cicerón, para el que la disposición era «el orden y distribución de las pruebas». En ella, podemos decir, que no falta nada de lo que debe ser conocido, sin descender tampoco a detalles, cuya sola enumeración sería enojosa, y arrojaría sobre la obra histórica, el estigma de lo legendario, que tan apartado debe estar de todo estudio serio y moderno. Una gran historia, obra de un gran historiador.

Recordamos a este efecto las palabras que el mismo Sr. Hazañas dirigió a la Academia que subscribe, glosando las de un ilustre sabio, en la memorable ocasión de inauguración de su primer ciclo de conferencias (febrero de 1928). Se expresaba así el disertante: «Aplicaos a la investigación histórica y contribuíd a la obra de la patria, acoplando materiales para la gran obra, porque como decía mi sabio y querido maestro Menéndez y Pelayo investigadores históricos puede y debe haberlos siempre en una Nación. Grandes historiadores los habrá cuando Dios sea servido concedérselos».

Nosotros tenemos el consuelo de afirmar que para bien de Sevilla el «hágase» creador no se ha hecho esperar; el historiador ha surgido, sus cualidades están patentes en esta obra: certera investigación, gran acopio de materiales, exposición clara y amena; en pocas palabras: Ciencia y Arte.

AGRADECIMIENTO

La circunstancia de no haber sido explicada la última lección del curso privó a la Academia de Estudios Sevillanos de ocasión oportuna para dar las gracias; déjesenos, por tanto, que al final de estas líneas hagamos constar nuestro profundo agradecimiento. Agradecimiento, y muy rendido, en primer término, al ilustre conferenciante, que vió el buen deseo de esta humilde corporación y no le regateó su concurso. El rasgo de aceptar el ofrecimiento que se le hizo de que se encargara de la Cátedra de historia de Sevilla, por ella creada, explicando sus primeras lecciones, obligará siempre a la entidad que subscribe a la más rendida devoción.

Mas no queremos que en nuestras palabras encuentre el Maestro Hazañas, la gratitud sólo de un núcleo reducido de personas, sino las de Sevilla entera que aprecia en lo que vale su ingente labor científica de tantos años, y en especial la producción de esta obra.

Dirigidos van también estos sentimientos a todos los que a un simple requerimiento de esta Academia, y supuesta la autoridad del disertante, no tuvieron inconveniente en matricularse como alumnos de la Cátedra, sin olvidar tampoco a los que con su concurso han hecho factible la impresión de esta obra, empresa por demás difícil. A todos diremos que cumplieron con su deber, pues han puesto su actividad y su concurso al servicio de una obra cultural seria y de gran valor.

DEDICACIÓN

Permitasenos, por último, que dediquemos esta obra. Es el primer trabajo que imprime la Academia de Estudios Sevillanos, y justo es que, en atención a dicha primogenitura, todos los sacrificios realizados sean ofrendados a quien constituye el norte de sus pensamientos y es la dama de todos ellos: SEVILLA.

Cual juglares de pasadas centurias, venimos a cantarles las trovas compuestas en su honor por tan gran maestro de la gaya ciencia. En ellas se narran sus glorias y se enaltecen sus virtudes. Con su impresión y divulgación pretendemos dar realidad a un pasado que quisiéramos que fuese presente, y que no dudamos de que será futuro. Queremos, ante su contemplación, hacer

revivir a la Sevilla tradicional, para que, adornándose con sus pasadas grandezas, vuelva a ser la región fértil y envidiable que hizo establecer en las márgenes de su río a los pueblos primitivos; aquella por cuya posesión suspiraron las comerciantes tribus púnicas; la que mereció ser señora del mundo y forjadora de un gran derecho a la par que fortaleza y ciudadela que encinturó en murallas el primer César, lugar de recreo y villa de descanso, cuna de sabios y admiración de artistas, que hizo exclamar a Quirós en su poesía a «Itálica»

TU DEBER FUÉ MORIR; PUES SI HOY VIVIERAS,
NI A TUS HIJOS MÁS LAUROS LES HALLARAS,
NI DEL ORBE EN EL ÁMBITO CUIERAS.....;

la misma en que el pueblo árabe creó sus palacios y jardines de ensueños, y, en colaboración con otro pueblo oriental, los judíos, la revistió de magia y sensualismo, creando el laberinto de sus callejas y plazas y dejando como añoranza de su dueño moro en el alma de este pueblo el más brillante orientalismo que es al mismo tiempo alegría y tristeza en sus cantares, brillantez y sobriedad en su arte. Queremos que continúe siendo templo del saber como lo fué, y majestuoso, bajo el Arzobispado de San Isidoro; la tierra que en punto a fe cristiana rivalizó con todos los pueblos, mereciendo ser llamada por antonomasia la Ciudad de María Santísima, la de la Semana nunca con más justeza llamada Santa y Mayor, con sus octavas de Corpus e Inmaculada y cofradías de penitencia, hermandades gremiales, retablos callejeros e instituciones benéficas, que hacen de Sevilla un gran templo, con múltiples capillas (sus numerosas Iglesias), una suntuosa capilla mayor (su Catedral) y una sola torre custodia (la Giralda); la sede y metrópoli que una con el valor de su pasado y la esperanza de un no lejano porvenir los continentes y pueblos como en otros tiempos enlazó estrechamente a América y al Mundo antiguo; que siga inspirándose en el marco que la Divinidad le dió por naturaleza para continuar siendo artista que cante alegre y ría con Velázquez y Murillo, o llore y haga penitencia con Valdés Leal, que talle con Martínez Montañés los árboles y dé con Hernán Ruiz y sus alfareros calor y vida a la piedra y al ladrillo; que vuelva de nuevo a sus días de mayor esplendor, que hiciera exclamar al Príncipe de los Ingenios en su inmortal soneto:

¡OH GRAN SEVILLA!
¡ROMA TRIUNFANTE EN ÁNIMO Y NOBLEZA!

A conseguirlo para Sevilla dedica todos sus trabajos y la impresión de esta obra.

La Academia de Estudios Sevillanos



Ilmo. Sr. Dr. D. Joaquín Hazañas y la Rúa





Ilmo. Sr. Dr. D. Joaquín Hazañas y la Rúa



HISTORIA DE SEVILLA

CURSO BREVE EN DIEZ LECCIONES

EXPLICADAS EN LA

ACADEMIA DE ESTUDIOS SEVILLANOS

POR

JOAQUIN HAZAÑAS Y LA RUA

DE OCTUBRE DE 1930

A 11 DE ABRIL DE 1931

SEVILLA, 1932

Litografía-Imprenta GÓMEZ HNOS. - Marqués de Parades, 3



LECCIÓN I

La Región. - El Reino. - La Tierra. - La Ciudad

Sueño acariciado por mí durante toda mi vida, ha sido el de la creación de una Cátedra de *Historia de Sevilla* y de un *Centro de estudios históricos sevillanos*, por creer que una cosa y otra contribuirían a facilitar que se pueda escribir, como es debido, la historia de esta ciudad, empresa ardua que requiere el concurso y el esfuerzo de muchos hombres de buena voluntad.

La Cátedra de *Historia de Sevilla* entiendo yo que no debe ser esclava de un programa constante, fijado un año para repetirlo en los sucesivos, sino que sus cursos deben versar sobre cuestiones selectas referentes a la historia sevillana, con temas variados cada año, que abarquen una época o un periodo de su historia o bien un aspecto de la vida sevillana; la religión, el arte, la ciencia, la literatura, las empresas militares de la ciudad, su régimen interior o cualquiera otro. Sólo por excepción y por vía de introducción, puede consentirse que uno de sus cursos abrace toda la historia de Sevilla, como va a ocurrir en este que hoy comenzamos.

En dos diferentes ocasiones me he visto obligado a hablar de toda la historia de Sevilla, y en ambas con el pie forzado de una extremada concisión. Fué la primera, hace diez años, cuando nuestro Ayuntamiento publicó un libro titulado «*Quien no vió a Sevilla...*» confiando el encargo de su formación al entonces Cronista oficial de la Ciudad, el llorado ilustre poeta D. Luis Montoto, quien me encomendó el primer artículo del mismo, que titulé modestamente «*Algo de Historia de Sevilla, o de Sevilla en la Historia*», y que encerré en unas once páginas de un libro en cuarto, en el que hube de dar las noticias por un procedimiento verdaderamente homeopático. Es la segunda este curso, en que disponiendo sólo de diez lecciones, habré de emplear la dosimetría condensando cuanto sea posible materia tan extensa como la que he de tratar.

No sé como podré realizar mi empeño: la materia es extensísima y más importante aún, pero se encuentra dispersa, no ordenada ni sistemalizada, lo que dificulta en gran manera su exposición; quien ha de exponerla es viejo y está cansado, en el selecto auditorio que lo escucha muchos saben todo lo que él pueda saber, y otros muchos saben más que él de la materia que va a ser objeto de nuestro estudio. Por ello temo cansaros, aburriros, al ver que en

mis palabras no encontrais nada nuevo, pero aun así y a riesgo de que no consiga otra cosa que recordaros noticias que, de puro sabidas, teneis olvidadas, contando con la buena voluntad de todos, comenzaré en el día de hoy la serie de las conferencias de este curso.

Para todo estudio histórico se necesita conocer tres cosas cuyo concepto, por no perder tiempo en exponerlos, se puede encerrar en estas palabras: *Dónde*, *Cuándo*, *Cómo* o de qué manera. *Dónde*, es decir, en qué lugar ocurrieron los sucesos que vamos a estudiar, cual haya sido el teatro de la historia que pretendemos conocer. *Cuándo*, en qué época, en qué tiempo tuvieron lugar los hechos que estudiamos. *Cómo* o de qué manera se desarrollaron esos hechos, qué antecedentes tuvieron, cuáles fueron sus consecuencias.

A estos tres conocimientos tenemos que agregar otro, que no es menos esencial, el de saber dónde están las pruebas y los testimonios de que esos hechos se han realizado, cuáles son, en una palabra, nuestras fuentes históricas.

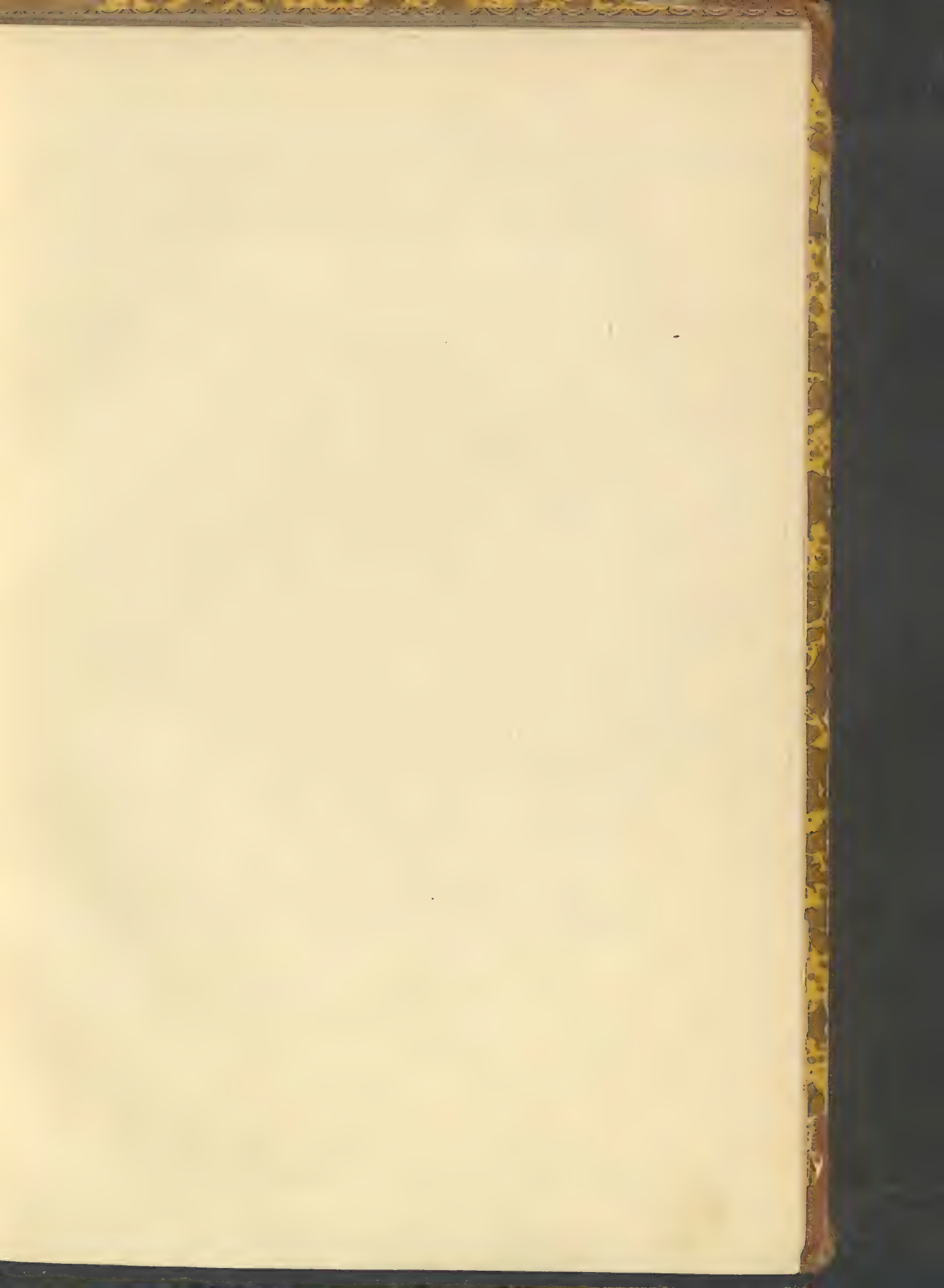
Teniendo en cuenta estas consideraciones, he formado el programa de este curso. En la primera lección estudiaremos el *dónde*, en la segunda las *fuentes* de conocimiento, en las restantes, sus epígrafes nos dirán el *cuándo*, el contenido nos hará conocer el *cómo*. La primera lección, como queda indicado, dice así: *La región; el reino; la tierra; la ciudad*.

LA REGIÓN.—Según nuestro diccionario es «porción de territorio determinado por especiales circunstancias» concepto muy vago, ya que siendo tantas y tan variadas las circunstancias que pueden apreciarse, de cualquier territorio pueden hacerse tantas regiones que su estudio produzca confusión.

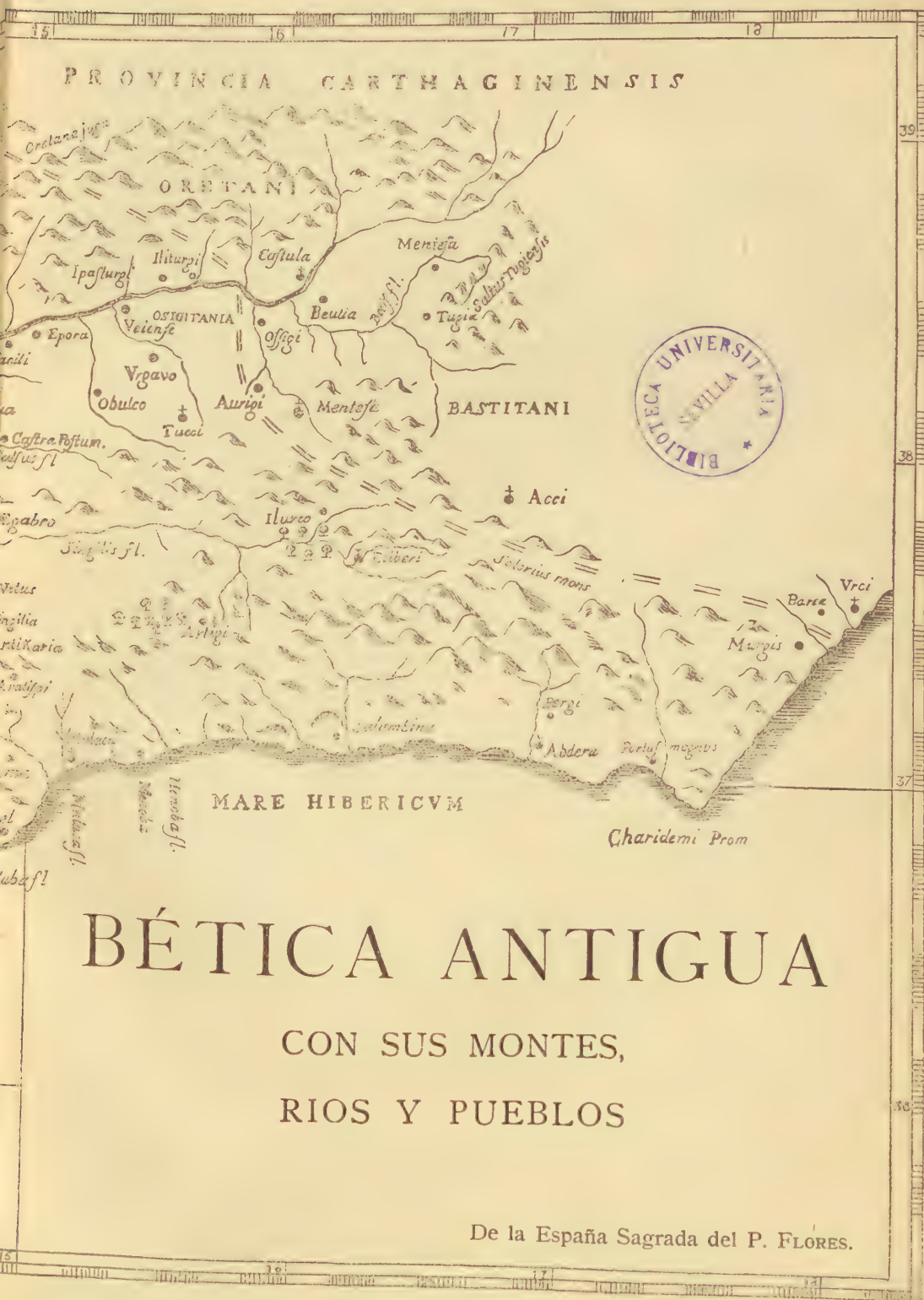
Considerando con alguna detención el concepto, notaremos que la región puede ser, en primer lugar, natural o artificial, según lo sean las circunstancias que la determinan. Artificiales son, generalmente, las formadas por la política y la administración, atendiendo al número de habitantes, la facilidad de comunicaciones o a otras circunstancias análogas, como ocurrió al hacer la desdichada división provincial de España, que partió en tres pedazos región natural, tan típica y característica, como la Mancha, y en dos la Alcarria, para dividir las entre diversas provincias, y fraccionó en tres, reinos como los antiguos de Sevilla y de Granada, dejando acéfalas a cuatro de esas seis provincias, porque la capitalidad de una región no se improvisa ni basta para que lo sea una declaración oficial. Huelva y Cádiz llevan más de un siglo de ser residencia de las autoridades provinciales, de ser oficialmente capitales de provincia, pero no son cabezas ni centros de una región: a ellas acuden, como me hacía observar un hombre del pueblo, ayuno de estudios, pero con un gran despejo natural, y a quien yo sondeaba para conocer su opinión en este punto, a las cosas desagradables, a los asuntos de la contribución y de las quintas, pero a solazarse, a comprar unos calzones, o unos zapatos, a eso siguen acudiendo a Sevilla, su antigua capital, su secular metrópoli.

La región natural tiene bases más sólidas que la artificial, más estables y científicas, nacidas de sus elementos constitutivos, que no siempre predominan en el orden que los voy a enumerar, pero que nunca dejan de intervenir en la determinación de la región. Son éstos: primero, la configuración del territorio; segundo, el clima; tercero, el hombre, elementos que podemos llamar primarios o principales y que llevan otros como secundarios o accesorios y que son respecto de los dos primeros, la flora y la fauna, y del último, la historia.

La configuración del terreno determina, por ejemplo, las regiones españolas de la meseta central, y de las tres grandes depresiones del Ebro, del







PROVINCIA CARTHAGINENSIS

ORETANI

BASTITANI

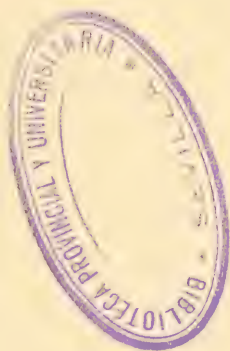
MARE HIBERICVM

Charidemi Prom

BÉTICA ANTIGUA

CON SUS MONTES,
RIOS Y PUEBLOS

De la España Sagrada del P. FLORES.



Guadalquivir y de la desembocadura del Tajo, habiendo región en España que a este elemento debe su nombre como es «la Plana» en la parte de levante.

El clima divide nuestra península en tres grandes regiones, la España húmeda, la seca y la árida, cuya delimitación no hago por ser sobradamente conocida.

Circunstancias de estos dos elementos, son la flora y la fauna. La diferente vegetación nos dá en nuestra península las regiones de los bosques boreales (haya, roble, castaño), de la flora mediterránea (pino, encina, alcornoque, o simplemente matorrales, jara, tomillo, retama), de la flora espartaria (esparto, barrilla, tamujo) y de la flora ártica (liqueses, musgos), que exigen para darse una determinada altura y un mayor o menor grado de humedad. «*Campus spartarius*» llamaron los romanos a una parte de la península, en su provincia Cartaginense, y aun conserva este nombre; de tiempo inmemorial se llama «la Jara» a una región de Extremadura. Esto es en cuanto a la vegetación natural, pero lo mismo ocurre con la que pudiéramos decir artificial o de cultivo, atendiendo a la cual tenemos regiones de los cereales, del olivo, del almendro, de la vid, del naranjo y otras varias. Aún en España, en la provincia de Zamora y en el vecino Portugal, hay dos regiones, separadas por la corriente del Duero, que a una llaman *la tierra del pan*, esto es, de los trigales, y a la otra *la tierra del vino*, o sea de las vides, nombres que aun ostentan los pueblos de Gallegos, Muela y Palacios *del Pan* y Cubo de tierra, Moraleja y Utor *del Vino*, enclavados, respectivamente, en una y otra. Pero, ¿qué mejor ejemplo queremos de esto que uno que tenemos, como quien dice, a la puerta de casa? Apenas salimos de Sevilla, en dirección al oeste, encontramos una vastísima extensión conocida desde hace muchos siglos con los nombres de *Jarafe*, *Ajarafe* o *Aljarafe*, denominación que ha recibido del árbol predominantemente cultivado en ella, el olivo, porque Jarafe es sinónimo de olivar y aun conserva su valor y uso esta palabra entre nosotros y nuestros campesinos, para calificar el arbolado de una finca de olivar, aun dicen que tiene bueno o mal jarafe.

Cosa análoga ocurre con la fauna que, en la España húmeda es la característica de Europa, y en la seca la del norte de Africa, aunque abunden además tipos o especies propias del país, cuyo mayor o menor número depende de la vegetación, predominando por ello, en varias regiones, determinados animales, como el caballo, el cerdo, el ganado vacuno, el lanar y otros.

El tercer elemento primario de la región, y el más importante, es el hombre. Para formar agrupaciones de hombres, cuando se ha pretendido hacer en la humanidad divisiones para su estudio, se han empleado muchos sistemas, desde el primitivo, hoy casi en desuso, de agruparlos por el color, por las lenguas y de otras muchas maneras, pero hoy, sin que esto signifique, ni mucho menos, que se haya dicho en esta materia la última palabra, se atiende, principalmente, al índice cefálico, y con datos de esta índole el profesor señor Oloriz ha dividido España en diez regiones, de las que dos corresponden a Andalucía, las que él llama Andalucía alta, constituida por Córdoba, Jaén, Granada y Almería y Andalucía baja, formada por Sevilla, Huelva, Cádiz y Málaga.

Por último, elemento secundario del concepto que examinando, es la misma historia. Que la tierra influye sobre el hombre, es un hecho innegable, sin que esto quiera decir que el hombre haya de ser lo que la tierra le marque; acaso en los primeros tiempos hubo de ser el hombre esclavo de la tierra, pero con su inteligencia y su trabajo la ha dominado y la ha hecho su esclava, mas a pesar de ello, ni un pueblo del interior de un continente, habitante de

un país carente de costas, puede ser marino, navegante, ni los habitantes de la tierra llana, abierta, pueden ser tan celosos de su independencia como los de un país montañoso, en que de cada risco se hace una trinchera y de cada montaña una fortaleza.

Por ley histórica, los hombres han preferido para su establecimiento los valles de los ríos, los que utilizaban como lugar de habitación en las épocas tranquilas y bonancibles, siendo para ellos la montaña, el lugar de defensa, la fortaleza, la acrópolis, a lo cual, sólo en casos de absoluta necesidad, se retiraban, estableciéndose en ella definitivamente, como consecuencia de un estado de guerra incesante, como ocurrió en nuestro territorio en Aroche, que de su primitiva fundación en los llanos de la Belleza o de San Mamés, a orillas del Chanza, hubo de trasladarse al interior de su antigua fortaleza, fuera de cuyos muros se ha ampliado en crecimientos posteriores.

Por otra ley histórica, poblaciones que han nacido dentro de una fortaleza situada en un lugar estratégico, con los beneficios de la paz y la tranquilidad pública, han saltado sus muros derramándose sobre las laderas de la montaña, como ha ocurrido con Arcos de la Frontera, a orillas del Guadalete, y con Alcalá de Guadaira en las del río de este nombre.

Poblaciones que tenían la montaña lejos y carecían de acrópolis, que teniendo sus intereses en la margen del río, no podían abandonarla, se vieron precisadas a fortificarse y se amurallaron rodeando su recinto de torres de defensa, como ocurrió en Sevilla situada en las márgenes del Tarteso, en Niebla asentada sobre las del Tinto, en Jerez, a orillas del Guadalete y en tantas otras.

Por las exigencias del suelo, nos enseña la historia las razones porqué en las regiones montañosas hay pocas poblaciones grandes y muchas aldeas, estando en ella la propiedad muy dividida, mientras que en las comarcas llanas apenas si hay aldeas, son numerosas las grandes poblaciones, y está la propiedad en pocas manos, siendo frecuentes los grandes latifundios. La historia nos explica lo difícil que es hacer una sola nación de pueblos que tienen orígenes diversos e intereses opuestos, aunque la conquista o el mutuo acuerdo llegue a reunirlos, y, por el contrario, cuán difícil es acabar con los vínculos que unen a las fracciones en que, la pérdida de la independencia o cualquiera otra causa, pueden dividir a un pueblo; así la separación pacífica realizada en el último tercio del siglo XIX de Suecia y Noruega, de las que la diplomacia europea, con sus tratados, quiso hacer una sola nación, atestigua lo primero, y la pronta unión de trozos en que formidables imperios habían tenido fraccionada a Polonia, hecho realizado hace pocos años, confirma lo segundo.

El territorio que Oloriz llama Andalucía baja y cuyo centro y capital indisputable es Sevilla, constituye una verdadera región por los límites naturales de su relieve; por su clima, que corresponde al de la España seca, con algunas pequeñas muestras del de la húmeda en los puntos de contactos con la España de este nombre y pequeñas señales del de la árida, por razón de altura, en algún que otro cabezo de sus sierras; por su flora, que es en general la mediterránea, con pequeñas muestras de la boreal y de la ártica; por su fauna, parienta muy cercana de la del norte de África, y sobre todo, por sus habitantes que forman uno de los diez grupos característicos españoles, y por su historia, que nos presenta siempre a los pueblos que en ella habitan, formando una unidad. Tiene pues esta comarca los caracteres necesarios para constituir por sí una región.

EL REINO.—El territorio que se ha denominado oficialmente «Reino de Sevilla» y que de esta ciudad ha dependido, civil, judicial, administrativa y

militarmente, así como bajo el punto de vista eclesiástico, ya en todos estos aspectos en algún tiempo y en otros solo en algunos de ellos, casi se identifica con la región de que hemos hablado.

Los límites del reino son muy precisos y están claramente determinados en documentos oficiales. El *mare ignotus* de los romanos, el de la leyenda de la Atlántida, el que tantos secretos guardó hasta que navegantes salidos de estos puertos se los arrebataron, el Atlántico, desde Calpe hasta la desembocadura del Guadiana, forma su límite sur; por el oeste lo delimitan el Guadiana y el Chanza, que lo separan de Portugal; por el norte el Ardila y otras aguas corrientes, que lo separan de Extremadura, quedando dentro de Sevilla Higuera la Real, Fregenal de la Sierra, Monasterio, Fuente del Arco, Azuaga y otras muchas poblaciones, hasta el límite del reino de Córdoba, que también lo limita por el este, así como más abajo el de Granada, incluyendo en la parte sevillana Antequera y su partido, siguiendo por el río Guadiaro y mar Mediterráneo, por la costa de éste hasta Calpe, de donde partimos al trazar estos límites. Comprendía, pues, el reino de Sevilla a más de lo que hoy es su provincia, las actuales de Huelva y Cádiz íntegramente y parte de las de Badajoz y Málaga.

Las Cortes de Cádiz, enemigas de Francia, pero poseídas del espíritu de su revolución, ansiosas de novedades, quisieron hacer una división provincial de España a semejanza de la que, en departamentos, se había hecho en la nación vecina, y así como allí se tuvo empeño decidido en hacer desaparecer, casi en absoluto, los nombres de las antiguas regiones, Borgoña, Delfinado, Bretaña, etc., así lo hubieran hecho nuestras Cortes, si para ello les hubiera alcanzado el tiempo, pero decretada por ellas la división el 2 de Mayo de 1813, en Cádiz, se hicieron estudios y se llevaron a cabo algunos trabajos para realizarla; pero la vuelta de Fernando VII del cautiverio de Francia, y el restablecimiento del gobierno absoluto, dieron al traste con esta y otras pretendidas reformas. Transcurridos algunos años, y vuelto a implantar, otra vez, el régimen constitucional, en el período de 1820 a 1823, las Cortes, reunidas en Madrid, fueron exhumando los proyectos de las de Cádiz, y, en 27 de Enero de 1822, acordaron la división provincial de España en cincuenta y dos provincias que son las cuarenta y ocho actuales, si bien a la de Pontevedra se le nombraba de Vigo y otras cuatro cuyas capitalidades se fijaron en Calatayud, Játiva, Villafranca y Chinchilla. Diez años más tarde, en 21 de Octubre de 1833, fallecido ya Fernando VII, se encargó al ministro de Fomento General del Reino, Don Francisco Javier de Burgos, que, de acuerdo con el Consejo de Ministros, propusiera la división definitiva, que es la vigente y que se aprobó en 30 de Noviembre de aquel mismo año.

En los veinte años que mediaron entre la iniciativa de las Cortes de Cádiz y su realización definitiva, se desataron en las nuevas provincias las pasiones y rivalidades entre las poblaciones que aspiraban a la capitalidad, ahondándose odios y antipatías, aún no extinguidos al cabo de un siglo. Para no citar otros ejemplos que los que nos atañen, diré que en la de Cádiz, esta ciudad y Jerez de la Frontera, no sin títulos ni motivos ésta última, aspiraron a ser designadas como capital, y en la de Huelva, la población de este nombre, que al cabo triunfó, se vio muy seriamente combatida por Aracena y por Moguer.

El ministro Burgos interpretó bien el pensamiento de las Cortes de Cádiz y prescindió, en cuanto fué posible, de todo lo tradicional: sólo a seis provincias, Asturias, Navarra, las tres Vascongadas y las islas Baleares se conservó su antiguo nombre, las demás tomaron el de su capital. Los antiguos reinos fueron fraccionados, Castilla la Vieja en siete provincias, la Nueva en cinco, León, Cataluña y Galicia en cuatro, Aragón, Valencia, Granada y Sevilla en

tres, Extremadura y Murcia en dos y sólo Córdoba, Jaén, Asturias, las Vascongadas, Navarra y las Baleares, conservaron íntegro su antiguo territorio.

En la división provisional de 1823 se le dejó a la provincia de Sevilla Azuaga, Fuente del Arco y otras poblaciones por el norte, se le hizo llegar por el sur hasta el Océano, comenzando su límite del oeste en la costa del coto de Oñana, en la torre de la Higuera, dejando a la izquierda al Santuario de Nuestra Señora del Rocío. En la definitiva de 1833 se la desposeyó de algunas poblaciones por el norte bajando la linde hasta Guadalcanal y se tomó por el sur como punto de partida el caño de las Rocinas al Guadalquivir, con lo que perdió bastante territorio.

Constituían el reino de Sevilla elementos muy diversos, muchos de los cuales tenían jurisdicción propia, ya en lo civil, ya en lo eclesiástico y a veces en los dos órdenes. Estos elementos eran los siguientes.

Las Ordenes Militares que tanta y tan principal parte tomaron en la reconquista, recibiendo en premio pingües y extensos territorios, exentos de toda jurisdicción. La de Santiago poseyó Guadalcanal, todas las poblaciones que se apellidan de León, como Calera, Cañaveral, Arroyomolinos, etc., nombre tomado del Priorato de San Marcos de León, al que pertenecían, y cuyo Obispo Prior residía en Llerena; Villanueva del Aliscar, Castilleja de la Cuesta y Mures, que andando el tiempo fué Villamanrique. La Orden de San Juan, llamada un tiempo del Hospital, poseyó el Bailiato de Lora del Río, con Setefilla, Almenara y otros poblados, Tocina, Villanueva del Camino, que hoy decimos del Río, Robaina y Aznalfarache, que por ella se llamó San Juan. La de Calatrava fué dueña de Osuna, Morón, Cote, Puebla de Cazalla, Carrión de los Ajos, llamado más tarde de los Céspedes y Luchena. La de Alcántara tuvo como suyas a Heliche, Castilleja de Guzmán y la Alcantarilla.

Señoríos eclesiásticos hubo varios, pues aparte de Cantillana, Brenes, Villaverde, Almonaster, Zalamea, Lopas, Umbrete, Sanlúcar de Albaída y Gelo la mayor, o sea las poblaciones y territorios que se dieron al Arzobispo y Cabildo y que éstos partieron más tarde, se dieron muchos otros territorios a otros prelados e iglesias de Castilla, aunque bien pronto pasaron, por venta, a poder de señores laicos.

Los señoríos laicos fueron numerosos y algunos extensísimos, como el Condado de Niebla, que incluía en su amplio perímetro diez y seis poblaciones, o sea las villas de Niebla y Trigueros y los lugares de Lucena del Puerto, Bonares, Rociana, la Torrecilla, hoy Villarrasa, Beas, la Fazania, hoy Valverde del Camino, Calañas, Las Cruces, hoy Villanueva de las Cruces, Santa Bárbara, Cabezas Rubias, Paimogo, la Alquería de Juan Pérez, hoy Puebla de Guzmán, El Almendro y El Alosno, y al que se agregaron con el tiempo, aunque sin unirse a él, Almonte, San Juan del Puerto, Aljaraque y Huelva, con la isla de Saltés. Menos extensos fueron los territorios de los marquesados de Ayamonte y Gibralfarache, y los señoríos de Lepe, Palos, Moguer, La Palma, que nunca, hasta hace poco, se llamó del Condado, sinó, como Bollullos, *par del Condado*, o sea junto a éste, Villalba, Alcalá de Juana de Orta, o de Chucena, Gelo la menor, Benacazón y las Torres de Martín Cerón y de Guadamar.

Los territorios de la casa ducal de Medina Sidonia, aparte de los mencionados al hablar del Condado de Niebla, que a ella perteneció, correspondían la población de que tomaron el título después, Sanlúcar de Barrameda, que fué la verdadera capital de sus estados, todas las poblaciones y almadras de la costa del reino de Sevilla, razón porque a algunos de sus poseedores llamó nuestro pueblo «el rey de los atunes» y a quienes se refiere la frase popular «por atún y a ver al Duque». Muchas fueron también las posesiones de los

Ponces de León, casa rival de la de los Guzmanes de Medina Sidonia y Niebla, señores de Arcos, marqueses, mucho tiempo de Cádiz, duques más tarde de Arcos, dueños de Marchena, Zahara, Mairena y otras poblaciones, y a la que con el tiempo había de unirse el ducado de Osuna, con sus villas de este nombre, Morón de la Frontera, Cote, Olvera y la fortaleza más tarde Puebla de Cazalla.

Existían, a más de los mencionados, señoríos tan importantes como los de la casa de la Cerda Condes del Puerto de Santa María, Duques de Medinaceli; los de los Enríquez de Ribera, señores de Alcalá de los Gazules, Tarifa, Bornos, Los Molares y otros lugares, sobre algunos de los cuales titularon; los marquesados de Estepa, la Algaba y Ardales, el condado de Teba, los señoríos de Torrijos del Aljarafe, Gandul y Marchenilla, y otros muchos entre los cuales descuellan, en tiempos más recientes, el Ducado de Sanlúcar la Mayor, el Marquesado de Heliche y el Condado de Olivares, en los que su poseedor, el famoso Conde Duque, fundó la Abadía exenta de Olivares que comprendía las tres poblaciones mencionadas, Villanueva del Ariscal y otros poblados menores.

Existían dentro del reino de Sevilla algunas ciudades con territorio propio, como Jerez de la Frontera, que es aun hoy la población de más dilatado término de España, pues llega desde las calles de Trebujena, junto al Guadalquivir hasta el peñón del Berrueco y la Sierra de San Cristóbal límite de la actual provincia de Málaga, Ecija y la antigua villa, hoy ciudad, de Carmona.

Todos estos señoríos y otros que omito en obsequio a la brevedad, sufrieron en el transcurso de los siglos muchas transformaciones y algunos como Arcos, Huelva y Fregenal, fueron en algún tiempo propios de Sevilla.

LA TIERRA.—Todo el territorio del reino de Sevilla que quedaba fuera de los dominios señoriales y de las poblaciones exentas mencionadas, eso era de la tierra de Sevilla; territorio realengo, campo propio de la jurisdicción de nuestra ciudad, poblado todo él de villas, lugares y alquerías que lo enriquecían y alegraban. Sobre toda esa vasta extensión de terreno dominaba Sevilla, cobraba de sus habitantes rentas y tributos, les administraba justicia y les amparaba y protegía. Para defensa de la tierra tenía por toda ella sus castillos de Matrera, Arcos, Alcalá de Guadaira, el Bollo, el Aguila, el Alcantarilla, Alocáz, Utrera y las Cabezas de San Juan, en la Vanda Mónica; Constantina, Villanueva y la Puebla del Infante, en la Sierra de Constantina; y Fregenal, Aroche, Torres, Encinasola, Cumbres, Cortegana y Aracena en la Sierra de Aroche.

Dividíase la tierra de Sevilla en cuatro partes muy bien deslindadas, tres de las cuales acabamos de nombrar, y el Aljarafe.

El Aljarafe, llamado en tiempo de los árabes el Sined, es el territorio que se extiende entre Sevilla y Niebla y estaba dividido, a su vez en cuatro partes cuyos nombres demuestran su procedencia arábiga, Aznalfarache, Aznalcázar, Aznalcóllar y Alpechín. En el extremo del Aljarafe, lindando con Niebla, se encontraba el amplio territorio llamado Tejada, villa despoblada tiempo ha y sobre cuyo campo se asientan las villas, un tiempo lugares o aldeas, de Paterna, Escacena y Castilleja, nombradas todas tres del Campo, es decir, del Campo de Tejada.

Las sierras, como queda indicado, eran dos, la de Constantina y la de Aroche. La más próxima a Sevilla era la primera cuya población principal fué Constantina de la que tomó nombre, villa que contaba con tres parroquias

cuando Cazalla, Alanís, el Pedroso y otros poblados, eran solo lugares con una sola iglesia.

La sierra de Aroche tenía en sus puntos cardinales cuatro poblaciones o villas importantes; Aroche, Fregenal, Zufre y Aracena y multitud de lugares y aldeas. Esta sierra, último contrafuerte de Sierra Morena, se ramifica al norte en la de las Cumbres, que da nombre a los tres pueblos llamados Cumbres mayores, menores y de enmedio, y por el sur en la de Andévalo, nombre que se cree corrupción de Endovélico, divinidad local prerromana, en la que se destacan el cabezo de Andévalo, que ha dado nombre al pueblo de el Cerro, y los dos montes que los romanos llamaron «Rubras» y nosotros, conservando tal denominación, llamamos aun Cabezas rubias.

La Vanda morisca es la llanura de la tierra de Sevilla, la que pudiéramos llamar su «tierra del pan» que se extiende entre Sevilla y Carmona al norte, Marchena, Osuna y la serranía de Ronda al este, el término de Jerez de la Frontera al sur, y el Guadalquivir al oeste.

LA CIUDAD.—En el centro de esas región, reino y tierra, de que hemos hablado, se levanta Hispalis, Rómula Augusta, Isbilia o Sevilla, como hoy la nombramos, ciudad famosa, antiquísima, de las más ricas y celebradas de España, población fortificada, desde tiempo remotísimo, por exigirlo así su situación en una llanura, al borde de un gran río, cuya cerca sufrió muchas restauraciones, entre ellas una muy notable de Julio César, muros que los ya viejos hemos alcanzado a conocer casi íntegros.

Dentro de esta muralla debió estar mucho tiempo encerrada la ciudad, sin tener fuera de ella más que el castillo o fortaleza que en la margen derecha del río aseguraba su comunicación con aquella vanda y protegía su diario abastecimiento. Esa torre, castillo o fortaleza, fué el origen de Triana, primer arrabal de la ciudad, que con orgullo se llamó a sí misma, y son innumerables los documentos que así lo consignan, «guarda y collación de Sevilla». El segundo arrabal debió ser el de Benahoar, que hoy llamamos de San Bernardo, y el tercero el de Macarena, algo más alejado de los muros que en la actualidad. Los tres existían con anterioridad a la reconquista cristiana.

Pero la población, pasadas las crisis de los primeros tiempos, fué aumentando y no cabía en el amurallado recinto, pues si bien existían en su interior dos grandes explanadas despobladas, su suelo estaba tan bajo que gran parte del año lo cubrían las aguas, por lo que ambos eran conocidos con el nombre de las lagunas; de la mayor hizo un famoso Asistente, el Conde de Barajas, en tiempos de Felipe II, un delicioso paseo, la Alameda de los Hércules; de la segunda en la que durante mucho tiempo estuvo albergada, como formando un mundo aparte de la ciudad, con su puerta y su compás, la mancebía, hizo otro Asistente, el Marqués de Monterreal, en el siglo XVIII un barrio principal, cuya mejor calle llevó más de un siglo el nombre de Ancha de la Laguna o simplemente de la Laguna, que hace años se le cambió por el de Castelar. No cabiendo, como digo, la población en el recinto amurallado comenzó a desbordarse y así nacieron los arrabales de los Humeros de la Sardina, la Cestería, el Baratillo, o por mejor el Malbaratillo, la Carretería, Marruecos o San Telmo, La Calzada, o barrio de San Benito, el de San Agustín llamado más tarde de nuestra Señora de los Angeles y hoy de San Roque y algunos otros pequeños grupos de casas, hoy afortunadamente desaparecidos, como las Cureñas y las Casillas de Pedroso, situados respectivamente, a la derecha de la salida de las puertas de Triana y de la Carne.

La ciudad conservó sus puertas primitivas, y otras aumentadas en siglos posteriores, hasta el segundo tercio del siglo XIX, y éstas eran las nombradas de Triana, de Goles o Real, de San Juan, de Vib-Arragel o de la Barqueta, el postigo de la calle de Linos al final de la actual de la Feria, las puertas de Macarena, de Córdoba, del Sol, del Osario, de la Carne que un tiempo lo fué de la Judería, las llamadas Nueva y de Jerez, que primitivamente lo fueron del recinto del Alcázar, el postigo del Carbón llamado de los Azacanes y del Aduana, el del Aceite y la puerta del Arenal.

Estos son los lugares en que la historia que a grandes rasgos vamos a considerar, tuvo lugar; ya conocemos, siquiera sea ligeramente, el teatro de los sucesos de que vamos a hablar, sabemos el *dónde* de que al principio os hablaba.

En la lección próxima analizaremos las fuentes de nuestro conocimiento.



LECCIÓN II

Fuentes de la historia de Sevilla. - Los historiadores.

Los archivos. - Otras fuentes

Todo aquello que, directa o indirectamente, nos dá noticia de un hecho histórico, es una fuente histórica: pensad cuán amplio será el campo de las fuentes de una historia como la de Sevilla, ciudad tan antigua, famosa e ilustre, de un territorio tan extenso como al describir su tierra y su reino, hemos visto en la lección anterior. Procediendo en el estudio de estas fuentes con sujeción a las reglas de la metodología, debemos comenzar por examinar el grupo de fuentes constituido por los muchos historiadores que de Sevilla han tratado.

LOS HISTORIADORES.—Es evidente que cuanto de nuestra ciudad y su territorio han dicho los escritores griegos y romanos tiene tanta mayor importancia cuanto que de los tiempos a que se refieren son muy escasas las noticias, y juntos con esos trabajos históricos debemos conocer los geográficos, que, como los periplos griegos y cartagineses, el poema «Ora marítima» de Rufo Festo Avieno, las obras de Estrabon, Plinio, Pomponio Mela y Ptolomeo, tantas noticias contienen de los antiguos pobladores de nuestro país.

Otro tanto sucede con los historiadores visigodos y más aún con los árabes, tan poco conocidos, sobre todo estos últimos, que se ha dado el peregrino caso de que conteniendo la obra de uno de ellos, precisamente español, Abensahibasala, sevillano según unos, y natural de Beja, según otros, noticias interesantísimas sobre las construcciones sevillanas del período almohade, hemos ignorado hasta hace muy poco que fué Ahamed Bempasa el arquitecto que construyó la gran mezquita aljama de Sevilla y su alminar desde sus cimientos hasta donde termina la parte de piedra y que Ali el Gomari fué el constructor de la obra de ladrillo de nuestra incomparable Giralda, y hemos venido a saberlo gracias al R. P. Fr. Melchor M. Antuña, de la Orden Agustiniiana, traductor de la Crónica del escritor árabe y autor del interesante estudio «Sevilla y sus monumentos árabes».

Las crónicas generales castellanas, las de sus reyes, de personajes notables, de las Ordenes militares y de las monásticas, contienen también noticias referentes a nuestra ciudad, que conviene recoger y juntar, pues las andan, como quien dice, dispersas y extraviadas.

Más aún nos interesa conocer las obras de los autores que, deliberadamente, han escrito historia de Sevilla, ya sean éstas historias generales de la ciudad y su reino, abarcando todos los tiempos, ya sean particulares de un período cualquiera, de un hecho determinado, de un aspecto o sector de la vida sevillana, ya sobre sus monumentos o sus hijos ilustres y ya se refieran a todo el territorio o a parte de él, aunque sea la última de sus aldeas.

Prescindiendo de algunas vagas noticias de historias generales, que acaso no se escribieron nunca, o que, si llegaron a escribirse, se han perdido, tenemos que el más antiguo historiador de nuestra ciudad fué el sevillano licenciado Luis de Peraza, cuya *Historia de la Ciudad de Sevilla* permanece inédita, existiendo copias en varias bibliotecas, y de la que puede decirse que no merece la impresión, como no sea por curiosidad, dado el escaso valer de su primera parte, que es una pura fábula, y por que cuanto dice de provecho en el resto ha sido ya utilizado por escritores posteriores. Peraza, hombre de escasa crítica, crédulo en demasía, recogió cuantas fábulas y patrañas encontró referentes a la fundación de la ciudad y de sus primeros tiempos. Este escritor, que vivió en el siglo XVI, no pasó en su obra de la reconquista de la ciudad.

Un clérigo extremeño, natural de Alcántara, establecido en Sevilla, donde fué capellán de la iglesia de Santa Ana, de Triana, dió a luz en 1587, otra *Historia de Sevilla* más interesante que la anterior. Morgado cayó, en los principios de su libro, en los mismos defectos que Peraza, pero llegó a historiar hasta la época en que escribía, y era además un enamorado de Sevilla, cuya grandeza, hermosura y riqueza, canta muy hermosamente, siendo de más valor su testimonio, por lo mismo que no era natural de ella. Este libro que escaseaba y llegó a hacerse raro, fué reimpreso por la sociedad del «Archivo Hispalense» en 1887.

De mayor interés para nosotros es la obra de otro sacerdote, pero éste sevillano, Don Pablo Espinosa de los Monteros, que, en 1627 y 1630, publicó dos libros con los títulos de *Primera parte de la Historia, antigüedades, y grandeza de..... Sevilla* y *Segunda parte de la Historia y grandeza de..... Sevilla*, siendo de lamentar que quedase inédita la parte tercera, para cuya impresión concedió nuestro Municipio al autor, como ayuda de costas, un solar en el muladar de la Laguna, en la Pajería, hoy calle de Zaragoza. Espinosa, que también recogió cuantas fábulas se habían inventado de la primitiva historia de Sevilla, fué víctima, como tantos otros, de las falsedades de Flavio Dextro, prestó, sin embargo, un muy señalado servicio a la historia de Sevilla con la publicación del repartimiento hecho por Alfonso X de las casas de la ciudad y de muchas heredades de su tierra, sin que deba importarnos mucho si el tal documento es el auténtico reparto o simplemente un registro de los repartidores, porque, aunque no se hiciera un documento general de la distribución de posesiones, sino que a cada poblador se le diera una carta o título de propiedad de lo que se le otorgaba, no arguye esto que no se llevara al mismo tiempo un registro de las concesiones, cosa necesaria para no repartir un mismo lote dos o más veces, y para no dar a un poblador más que a otro. El documento publicado por Espinosa, que conviene en muchos casos con los títulos particulares que de las posesiones repartidas se han conservado, será siempre de gran valor por contener la memoria de muchos pobladores, los nombres arábigos de gran número de aldeas, pagos, sitios, heredades y alquerías, y de las denominaciones castellanas con que muchos de aquellos nombres

fueron sustituidos. Poco arguye contra este repartimiento publicado por Espinosa el que en él se contengan unas noticias genealógicas de Don Pedro de Guzmán, tratando de emparentarlo con los reyes de León y con *el mejor de los Guzmanes* como llamaron los antiguos a Santo Domingo de Guzmán, pues precisamente la parte segunda de la obra, en la que el repartimiento se incluye, está dedicada al Conde Duque de Olivares, descendiente de Don Pedro de Guzmán y, seguramente, esas noticias genealógicas son una interpolación debida a la misma pluma de Espinosa para halagar la vanidad, no por cierto pequeña, de su Mecenaz, el gran valido de Felipe IV. Hay que juzgar con benevolencia ciertos actos humanos; nuestro pueblo dice, y dice muy bien, que la necesidad tiene cara de hereje, y el inmortal Cervantes escribió: «esto de la hambre hace arrojar los ingenios a cosas que no están en el mapa».

De este documento, en el que, con seguridad, no figura todo lo repartido, sino solo una parte de ello, existen varias copias y sería interesantísimo un cotejo de todos ellos para la determinación de los nombres árabes, harto extragados hoy, unos por dificultades de pronunciación para los pobladores cristianos, otros por muy diversas causas. Nadie puede extrañarse de la corrupción de los vocablos al recordar lo que ha ocurrido entre nosotros, hace muy pocos días, con motivo de una gran desgracia, de un incendio que costó la vida a varias personas y causó no pequeños daños materiales. Acaeció el hecho en término de la cercana villa de Olivares, en una finca que era aldea en los días que el repartimiento se hacía, y que se llamaba Soberva, y más generalmente Sobervina, nombre que aun conserva, pero que en la prensa periódica al dar cuenta del suceso, ha llegado a extragarse hasta el punto de llamarle un periódico «Sor Balbina» como si se tratase de una religiosa.

Sigue en orden a la de Espinosa entre las historias de Sevilla, una obra modelo en su género, con la que no puede competir ninguna otra historia local española. Claro es que me refiero a los *Annales eclesiásticos y seculares* de Don Diego Ortiz de Zúñiga, impresos en 1677. Fué Ortiz de Zúñiga un noble caballero sevillano, castizo escritor, cultivador de varios géneros literarios, como la novela y la poesía y su dicción es elegante y sobria, libre de la afectación tan en boga en su tiempo; fué además un investigador infatigable que buscó sus noticias en las más puras fuentes, en los archivos, teniendo la suerte de que se franqueasen algunos cerrados hasta entonces. En su obra podrá encontrarse algún error, que al fin obra humana es y de hombres es el equivocarse, pero, por regla general, sus noticias son exactísimas, y no podemos exigirle que hablase de cosas desconocidas en su tiempo por que imitaríamos a aquel diputado español que en pleno Parlamento increpó al prudente Felipe II por no haber puesto pararrayos en el Monasterio del Escorial. Ortiz de Zúñiga, que parece había formado un basto plan para escribir la historia de Sevilla, dividiéndola en cinco edades, la última de las cuales comenzaba en la reconquista cristiana y debía terminar en los días del escritor, no llegó a historiar sino una parte de esta última época, ya que sus *Annales* comienzan en 1246, con el cerco puesto a la ciudad por los ejércitos cristianos y termina en 1674, fecha de la elevación a los altares del rey Fernando III conquistador de la misma.

En el siglo XVIII, el P. Antonio de Solís, de la Compañía de Jesús, sevillano, autor de muchas y apreciables obras, continuó los *Annales* hasta 1746, ocultando su nombre tras el de Don Lorenzo Bautista de Zúñiga, que no era una fingida persona, sino un amigo del autor. Acaso el pensamiento del P. Solís fué, en un principio, escribir solo la historia de la Olimpiada o lustro de la residencia de Felipe V y la real familia, de 1728 a 1733, en Sevilla adonde lo trajo la grave dolencia mental del monarca, pues éste es el princi-

pal asunto del libro, aunque su título es el mismo de la obra de Ortiz de Zúñiga, y después hubo de agregarle dos apéndices, uno que comprende de 1672 a 1728, para enlazar su obra con la del analista, y otro de 1734 a 1746 para llegar a la fecha en que escribía.

Los *Annales* de Ortiz de Zúñiga fueron, en este mismo siglo, extractados en parte y en parte adicionados por el fundador de la Academia Sevillana de Buenas Letras Don Luis Germán y Ribón, pero su trabajo aún permanece inédito.

Obra de más empuje fué la realizada también en el siglo XVIII por Don Antonio María Espinosa y Carcel, que publicó la segunda edición de los *Annales* de Ortiz de Zúñiga, en cinco volúmenes, con notas y pequeñas correcciones, adicionándolos de 1672 a 1700. Es lástima que esta edición carezca de índice, por que libro al que falta esta guía no es más que medio libro.

En el siglo XIX, otro sevillano muy aficionado a trabajos históricos y autor de algunos muy apreciables, Don Justino Matute y Gaviria, afrancesado que sirvió destinos públicos en Andalucía en el efímero reinado de José I, el *Pepe Botellas* de nuestro pueblo, lo que le acarreó más tarde no pequeños sinsabores, continuó los *Anales de Sevilla* de 1701 a 1800, es decir, comprendiendo todo el siglo XVIII. La obra quedó inédita, pero en 1887, fué impresa en tres volúmenes por el ilustre bibliófilo Duque de T'Serclaes.

Después de Matute, un escritor fácil y ameno, que cultivó muchos y muy diversos géneros literarios, como la novela y la poesía y que fué periodista famoso por su estilo, acre y mordaz, Don José Velázquez y Sánchez, escribió e imprimió otros *Anales de Sevilla* de la primera mitad del siglo XIX. Velázquez que no era un erudito, ni un investigador, era Archivero del Ayuntamiento, donde realizó buenos servicios, pero para la formación de su libro entró a saco en la colección de papeles varios de aquel centro, no obstante lo cual su trabajo no deja de tener utilidad, aunque sea sólo como índice de materias para quien quiera estudiar la vida de nuestra ciudad en aquellos cincuenta años.

Una historia de Sevilla, en compendio, hizo en el siglo XVIII D. Fermín Arana de Varflora, nombre que encubre el de Fray Fernando de Valderrama y que se imprimió repetidamente, en 1766 y 1789, y otra historia de Sevilla, más extensa, una de Andalucía y otra del Ayuntamiento sevillano, imprimió en el siglo XIX Don Joaquín Guichot y Parody, laboriosísimo Cronista oficial que fué de nuestra ciudad.

Obra de valor inapreciable, de la que Sevilla puede ufanarse, juntamente con los Anales de Ortiz de Zúñiga, es el libro: *Antigüedades y Principado de la Ciudad de Sevilla y Chronografía de su Convento Jurídico*, del licenciado Rodrigo Caro. No fué Caro sevillano, pero amó a Sevilla más que sus hijos pudieran amarla y a ella dedicó, principalmente, los afanes de su vida, escribiendo su historia y cantando sus glorias. Lástima grande que se contaminara con los errores de los Falsos Cronicerros, principalmente con el de Flavio Dextro, en cuya defensa escribió un voluminoso libro, si bien se asegura que en los últimos años de su vida se dió cuenta del engaño que había sufrido.

Fué Rodrigo Caro natural de Utrera, aunque oriundo de Carmona, sacerdote, abogado, Visitador del Arzobispado de Sevilla, lo que le facilitó conocer su territorio como pocos lo han conocido, fácil escritor, poeta cuyo nombre basta a inmortalizar su admirable Canción a las ruínas de Itálica, folklorista perspicaz cuyos *Días Indicrros* son tan justamente celebrados en España y fuera de ella, autor de muchas obras históricas, pero sobre todo de la mencionada, que es importantísima a nuestro propósito, y cuya lectura permite apreciar la extensión y profundidad de los conocimientos de su autor en lenguas, geo-

grafía, historia, numismática, epigrafía, arqueología y otras ciencias. Cuánto fué el mérito de Caro y cuál el valor de su obra, puede comprenderse oyendo decir a Menéndez y Pelayo que la Corografía de Caro pueda aún consultarse útilmente, aun después de publicado el tomo IX de la *España Sagrada*, en que el P. Fr. Enrique Flores, de la Orden agustiniana, trató con tanto acierto «*De la antigua provincia de la Bética en general y de la Santa Iglesia de Sevilla en particular*» libro impreso en 1752.

Sevilla, que tanto debe a Rodrigo Caro, cuyas cenizas guarda en su templo nuestra Universidad, no ha hecho nada en su honor, salvo roturar con su nombre la antigua plazuela del Atambor, en una de cuyas casas ocurriera su muerte.

Además de los historiadores que merecen llamarse generales, pudiéramos formar un grupo con algunos de los ya nombrados y muchos otros más que han historiado relaciones de sucesos ocurridos en la ciudad, de alguno de sus barrios, de sus templos, etc., tales como el Maestro Juan de Malara que escribió un interesantísimo libro sobre el recibimiento hecho por la ciudad a Felipe II en 1570; D. Leandro José de Flores por sus *Noticias* de la collación de San Roque; Fray Juan de Santa María, sobre la pila Bautismal de Osset; Don Justino Matute con su *Aparato* para escribir la historia de Triana y Don José María Montero de Espinosa en sus folletos sobre la Judería de Sevilla, el Convento casa grande de San Agustín, la parroquia de San Vicente y las Casas que en Sevilla tuvo la Compañía de Jesús.

Muchos trabajos históricos existen sobre instituciones sevillanas, como el *Norte de la Contratación* de Veitia y Linaje, que trata de la Casa de la Contratación de las Indias, *El Colegio de San Telmo*, de Serrano y Ortega y la *Historia de la Universidad*, de Martín Villa, y muchos también sobre un aspecto de la vida en Sevilla, tales como la *Sevilla Monumental y Artística* y los *Barros Vidriados* de Don José Gestoso, o la *Historia de las Riadas del Guadalquivir*, de Don Francisco de Borja Palomo, los *Anales Epidémicos* de Velázquez y Sánchez y el estudio de los *Establecimientos de Caridad* de D. Francisco Collantes de Terán y Caamaño, entre otros, así como numerosísimas monografías sobre determinados monumentos, tales como las de Ceán Bermúdez sobre la Catedral y el Hospital de la Sangre, las de Don Lucas Cintora acerca del Sagrario y la Casa Lonja, la de Don José María Cisneros y Lanuza sobre el templo de la Universidad y la de Don Francisco de Borja Palomo sobre la Iglesia de la Caridad.

Grupo no pequeño e importante forman las obras que tratan de las imágenes a la Virgen veneradas en Sevilla y su tierra y en las que se encuentran abundantes noticias históricas. A la cabeza de ellas debe figurar la del Abad de la Universidad de Beneficiados propios de Sevilla Alonso Sánchez Gordillo, titulada *Estaciones religiosas que frecuenta la piedad sevillana* y la del escribano público de nuestra ciudad José de Ledesma, que, no contento con tratar de las imágenes de María veneradas en Sevilla, se extendió a su reino, a Andalucía y a Extremadura. Junto a ellas hay que colocar las de Vera y Rosales, que trata de la Virgen de la Iniesta, las de Fr. José del Hierro y de Don Patricio Gutiérrez Bravo que hablan de la de Roca Amador, las de los Padres Francisco Ortiz y Antonio de Solís, D. Alonso Carrillo de Aguilar y D. Antonio Sánchez Moguel sobre la de la Antigua, el lindo folleto que Fernán Caballero dedicó a la Virgen de Valme y muchas otras.

Interminable sería la enumeración de los historiadores de las ciudades, villas, lugares y santuarios de la tierra y reino de Sevilla, todos los cuales importa conocer para nuestro propósito. Las historias locales ha sido un género literario tan cultivado en nuestra patria, que constituye, por sí solo, materia

de un largo estudio, y está tan extendido y diseminado que lo encontramos a veces donde menos podemos pensar, en un sermón, en la novena de una devota imagen de la Virgen o del patrón de un pueblo, y hasta en folletos de propaganda de establecimientos de aguas minerales y otros análogos.

Otro grupo muy importante constituyen los genealogistas, a pesar de que los autores de nobiliarios, merezcan en ocasiones, mejor el nombre de fabulistas que el de historiadores. Todos los nobiliarios españoles, desde el de Gracia Dei hasta el de D. Francisco Fernández de Bethencourt, tienen para nosotros interés, pues son contadas las casas nobles españolas cuyo nombre no esté más o menos íntimamente ligado a nuestra ciudad ya por tener, de antiguo, posesiones en ella, ya por haber entroncado con casas solariegas sevillanas. En este grupo se destacan dos obras muy notables de nuestro Analista Ortiz de Zúñiga, el *Discurso genealógico de los Orrices de Sevilla*, y la *Posteridad ilustre de Juan de Céspedes*.

Por último, al hablar de los historiadores no puede olvidarse a los que como Arana de Varflora y Matute han tratado de los *Hijos ilustres* de Sevilla en general, ni a los biógrafos de algunos de ellos, entre los que descuella el P. Gabriel de Aranda en su *Vida del Venerable Fernando de Contreras*, ni a los que, como Gestoso en su *Diccionario de Artistas Sevillanos*, han reunido noticias de hombres más modestos, pero muy dignos de mención.

LOS ARCHIVOS.—Inagotable fuente de aguas vivas son para el historiador estos almacenes o depósitos de documentos entre los que figuran en primer lugar, los generales del Estado, como el de Simancas, el Histórico de Madrid y el de Indias en Sevilla. Tratar de ponderar la importancia de los tres, sería ofender vuestra ilustración, baste con decir que el primero es el tesoro de nuestros documentos oficiales, que al segundo han ido a parar los de la mayoría de los monasterios españoles y de las Ordenes Militares y que el tercero, aparte de ser el guardador de los documentos referentes al descubrimiento, colonización y gobierno colonial de América, tiene cosas tan genuinamente sevillanas como toda la documentación referente a la nunca bien ponderada Casa de la Contratación de las Indias. Una ilustre dama que hace años trabaja infatigablemente en puntos de nuestra historia, Mis Alice Gould, encontró en Simancas algunos documentos referentes al fundador de nuestra Universidad y aunque yo no tenía el gusto de conocerla, ella que había leído mi libro *«Maese Rodrigo»*, se apresuró a noticiarme el hallazgo por si podía interesarme y al saber que, en efecto, me interesaba, llevó su galantería al extremo de copiarlos y enviarme la copia; aunque a su tiempo le di las gracias, me es muy grato testimoniarle en público hoy mi agradecimiento, ya que tengo la satisfacción de que me escucha. En el segundo de esos Archivos he podido encontrar casi íntegra la historia del *Barrio de Doña Elvira* de Sevilla, cuyas noticias había rastreado en vano, durante muchos años, en los archivos de esta ciudad. Sin los documentos encontrados, en el de Indias se hubiera quedado por hacer buena parte de mi libro *«Vázquez de Leca»*. Os doy pues público testimonio de cuanto a mí mismo me han servido, para asuntos de historia sevillana, esos tres admirables depósitos de nuestra historia.

En segundo lugar hay que mencionar los Archivos de Sevilla, y el primero entre ellos es el de nuestro Ayuntamiento que, a pesar de las vicisitudes de los tiempos, ha conservado un verdadero tesoro de documentos, menos conocidos de la generalidad de lo que debieran serlo y al que, felizmente han ido a parar colecciones interesantísimas, como la del Conde del Aguila, de papeles varios de noticias curiosas y copias de muchos estudios históricos.

No menos interesante es el Archivo del Cabildo Catedral que nunca ha sido arca cerrada para los investigadores, y buena prueba de ello tenemos en los Anales de Ortiz de Zúñiga, en los de su continuador Espinosa y Carcel, en la Historia de los Heterodoxos Españoles de D. Marcelino Menéndez y Pelayo, y en la colección de la revista *Archivo Hispalense*. De mí sé decirlos, que era un adolescente cuando se me permitió trabajar allí, y que sin las noticias que allí encontré, no hubiera podido publicar mis trabajos sobre Maese Rodrigo y Vázquez de Leca.

Ambos Archivos del Municipio y de la Catedral, se encuentran decorosamente instalados y no es difícil encontrar en ellos lo que se busca.

Sigue a éstos en importancia el Archivo de Protocolos, que sólo guarda los libros de las veinticuatro escribanías públicas de la ciudad y al cual deberían traerse, no para comodidad de los investigadores, sino para asegurar su conservación, que de otra manera pelagra, los archivos notariales de los partidos judiciales. Conocí este archivo, cuando yo era estudiante, instalado en la nave, capillas y tribunas de la iglesia de San José del antiguo convento de mercenarios descalzos, y gracias a la bondad del notario D. Adolfo Rodríguez de Palacios, su archivero a la sazón y padre de un compañero mío de estudios, ya fallecido, pude copiar allí los documentos, referente al poeta Gutierre de Cetina, que utilicé para mi tesis doctoral y que publiqué al frente de las obras del dulce cantor de los

«Ojos claros, serenos.....»

Trasladado después este Archivo a local de peores condiciones, que había sido templo de San Laureano y pertenecido a los mercenarios calzados, ya no fué tan fácil trabajar allí; pero la bondad del mencionado señor Archivero permitió a D. José Gestoso, D. Francisco Rodríguez Marín, y a otros investigadores más modestos, realizar allí una labor muy extensa y provechosa. Hasta entonces se había trabajado en este archivo, pero como un favor singular; mas fallecido aquel bondadoso señor archivero, fué después empresa más difícil, y aún en ocasiones absolutamente imposible, trabajar en aquel tesoro. Pero los lamentos de los investigadores, que impresos andan por ahí en muchos lugares, debieron llegar al cielo y, con la ayuda de Dios, los tiempos mejoraron. El Colegio notarial de Sevilla adquirió una casa en esta ciudad, parte de lo que había sido convento de la Concepción, llamada de San Miguel, del que aún conserva un rico artesonado, para instalarse en ella y un ilustrado notario, a quien por ello se debe gratitud, D. Diego Angulo y Laguna, propuso al Colegio que trasladase el archivo al nuevo edificio y lo abriese al público, con las reservas naturales y convenientes de los documentos de fecha corriente, es decir, que sólo pudiera utilizarse la parte que podía tener interés histórico y así lo acordó la corporación. Acogió la idea con verdadero cariño y la hubiera llevado a la práctica el entonces Decano D. Félix Sánchez Blanco, pero su cese en aquel cargo por haber cumplido el tiempo de su elección, se lo impidió y cupo la gloria de llevarlo a cabo al actual Decano D. José Galtalver y Jimeno. El archivo es tan copioso que no hubiera cabido en el local adquirido por el Colegio y entonces se pensó en adquirir otro, comprándose a la orden de Predicadores la iglesia del antiguo Colegio de Monte Sión, ampliando el local con algunas casas contiguas, y hechas las obras necesarias se instaló prontamente el archivo, abriéndolo seguidamente a los investigadores que en poco tiempo han cosechado allí copiosos frutos, como lo atestiguan varios libros resultado de estos trabajos, interesantísimos para la historia patria y que en la del arte sevillano han producido una verdadera revolución.



Curiosas e interesantes noticias históricas encierran nuestros archivos parroquiales en sus libros bautismales, de desposorios y de entierros, y que en muchas de nuestras iglesias, para honra de nuestro clero, comienzan mucho antes de que el Concilio de Trento dispusiera la obligación de llevarlos para la iglesia universal. En estos libros parroquiales, como en los de escrituras de las escribanías públicas del Archivo de Protocolos, suelen encontrarse, estampadas en los márgenes o intercaladas entre los documentos, noticias de cosas ajenas por completo a la índole del libro en que figuran; refiérense, por ejemplo, a la entrada en la ciudad de un monarca, un prelado u otro personaje, a una calamidad pública, una peste, al castigo de un delito o a un suceso extraordinario de cualquier orden, como una *cesatio a divinis* o un terremoto; la más interesante noticia que recuerdo haber leído del famoso incendio que destruyó el Coliseo de Sevilla, está en un libro de partidas sacramentales y tiene toda la vida que le presta el estar escrita a la mañana siguiente a la madrugada en que ocurrió el suceso.

Archivos sevillanos que emigraron de nuestra ciudad y hoy, en su mayoría, se encuentran en la Corte, son los particulares de muchos títulos de Castilla. Quien quiera averiguar el origen, extensión y otras circunstancias del antiguo barrio de D. Pedro Ponce, que nada tiene que ver con los Ponces de León, de la casa ducal de Arcos, tendrá que acudir al archivo de la de Medinaceli, a la que tantos y tantos títulos sevillanos se unieron, y lo mismo ocurre, en otros puntos de nuestra historia, con las casas de Medinasidonia, Osuna, Béjar, Alva, Veraguas y otras menos importantes.

De gran interés son los archivos de muchas entidades tales como los de la Universidad y antiguo Colegio Mayor de Maese Rodrigo, de la Real Maestranza de Caballería, del Arzobispado, de la Universidad de Beneficiados propios de Sevilla, de la Junta provincial de Beneficencia, que es el antiguo de la Hermandad de la Misericordia, los de la Universidad de Mercantes y Colegio de San Telmo, las Academias de Bellas Artes, Medicina y Buenas Letras, los de los gremios, como el interesante de los plateros de la Cofradía de San Eloy y otras.

Un incendio destruyó, en parte, el de la Audiencia, y otro había acabado antes totalmente con el de la Delegación de Hacienda, en el que las leyes de la exclaustración y desamortización habían acumulado los de los extinguidos conventos y del cual, por haber trabajado algún tiempo en él, puedo hablar con conocimiento de causa y lamentarme de lo mucho interesante y curioso que allí se perdió.

De otro archivo, y será el último que mencione, quiero hablar más detenidamente por su importancia y por el peligro de que ha estado recientemente amenazado. Me refiero al de la suprimida Junta Provincial de la Hospitalidad, que la Diputación provincial guarda en un local muy adecuado, hasta con su puerta independiente, en el Hospital del Santísimo Cristo de los Dolores, vulgo del Pozo Santo. La historia de este archivo es interesante. Hubo en Sevilla, en tiempos pasados, muchos hospitales, cuyo considerable número y no muy próspero estado, preocupó a las autoridades civiles y eclesiásticas; tratóse de la reducción a fines del siglo XV, en el pontificado del Arzobispo Don Diego Hurtado de Mendoza, pero, se tropezó con tantas dificultades, que no se pudo llevar a cabo; pasaron muchos años y, al fin, la férrea voluntad y entereza de carácter del prelado D. Rodrigo de Castro la realizó, y aunque no fué total, como veremos en su día, pues quedaron existentes varios otros, hasta en número de setenta y dos, se redujeron a dos, llamados del Espíritu Santo y del Amor de Dios. Los protocolos, titulaciones de fincas, cuentas y demás papeles de cada uno de los suprimidos, pasaron al archivo de aquél a que

fueron incorporados. En el siglo XIX se acabó con estos dos hospitales y con casi todos los otros que había respetado el Arzobispo Castro, reuniéndolos en el de las Cinco Llagas, al que se le llamó central, acaso para descristianizarle el título. Creado para regir este hospital juntamente con los de San Lázaro y el del Pozo Santo que subsistieron, y otra casa de nueva creación, el Hospicio provincial, la Junta llamada de la Hospitalidad, estableció su oficina y su archivo en el local que queda mencionado, reuniendo toda la documentación de las antiguas dataciones. Hace pocos meses, y con un motivo fútil, el de una aparente necesidad, se ha tratado de trasladar este archivo y no se ha realizado la traslación por carecer la Diputación de lugar para alojarlo en su casa palacio. Es un archivo interesantísimo, perfectamente ordenado y clasificado, y sería una verdadera lástima que aquellos legajos, donde todavía hay mucho ignorado o poco conocido de la historia de Sevilla, se amontonaran en cualquier lugar sin condiciones, donde la humedad y la polilla acabarían con ellos. La memoria de un Cardenal Cervantes, fundador del hospital en San Hermenegildo, la de Doña Catalina de Rivera, fundadora del de las Cinco Llagas, la de su hijo Don Fadrique Enríquez de Ribera, que levantó aquella soberbia construcción y la de tantas otras personas eminentes que legaron sus fortunas para amparo y alivio de la humanidad doliente o desamparada, bien merece que la Diputación ampare, cuide y tenga a disposición de los estudiosos, aquel interesante tesoro histórico. La corporación que lo contrario hiciese, echaría sobre sí un borrón y se cubriría de oprobio.

OTRAS FUENTES.—Larguísima sería su enumeración y la falta de tiempo me obliga a citar sólo algunas de ellas.

Las relaciones de sucesos contenidas en hojas sueltas, volantes, publicaciones que son el antecedente de la prensa periódica y alguna de las cuales llegaron a tener los caracteres de periodicidad y numeración, constituyendo un verdadero periódico, son importantísima fuente histórica. Cuando ocurría un suceso extraordinario, fuera o dentro de la ciudad, nuestros impresores, con permiso de la autoridad competente, imprimían una de estas hojas que en sus casas vendían, o que individuos, generalmente ciegos, voceaban y expendían por las calles de la ciudad, costumbre que he alcanzado yo a conocer, y que, en cierto modo, perdura en los extraordinarios de los periódicos. De la batalla de Lepanto se vendieron en Sevilla dos relaciones tomadas de las cartas que al Arzobispo y al Asistente habían enviado de la corte noticiándoles el fausto suceso; pero muchas veces eran sucesos ocurridos en Sevilla los que la motivaban, como las fiestas de proclamación de los reyes, las riadas del Guadalquivir o cualquiera otro suceso extraordinario.

Fuentes de gran valor son también los restos de antiguas construcciones, como los subterráneos de la calle de Abades y colindantes, las de la parroquia de San Nicolás, Convento de Madre de Dios, las columnas que han dado nombre a la calle de los Mármoles, o los restos arábigos del Alcázar viejo y del patio de la iglesia del Salvador.

No lo tienen menor los monumentos erigidos para conmemorar un hecho, como el que conocemos con el nombre de el Triunfo y las antiguas cruces de nuestras calles, ninguna de las cuales queda ya en su primitivo sitio, las lápidas, como la de la torre del Salvador, y la de las antiguas Atarazanas, en la fachada de la Iglesia de la Caridad.

A las dichas pudieran agregarse muchas otras fuentes, pero es forzoso terminar y lo haré con una sola observación. Al utilizar las fuentes hay que proceder con suma discreción ya que en muchos historiadores encontraremos

abundantes falsedades, siendo preciso separar la cizaña del trigo, la mentira de la verdad, para rechazar la primera quedándonos sólo con la segunda. Con muchos monumentos, aunque esto parezca más extraño, nos ocurre lo mismo y citaré de ellos, brevísimamente, tres ejemplos: en una de las puertas de la iglesia parroquial de San Vicente hay una lápida, es claro que muy posterior al tiempo del hecho a que se refiere, realizado por el monarca vándalo Gunderico, hecho que mencionan las antiguas crónicas y que puede ser cierto, pero que la catedral visigoda dedicada a San Vicente en Sevilla, estuviese en el lugar que ocupa el templo erigido en el siglo XIII en honor del mismo santo, es por lo menos muy dudoso, casi seguramente erróneo. En la puerta de la iglesia del antiguo convento de San Pablo, hoy parroquia de Santa María Magdalena, hay una leyenda que dice que San Pedro González Telmo vino a la conquista de Sevilla con el Santo Rey y fué morador de aquella casa de dominicos y ni San Telmo vino nunca a Sevilla, ni fué contemporáneo de San Fernando. En el patio de los Naranjos, de nuestra Catedral, hay un púlpito y a su pie una losa que dice que en aquel sitio predicaron San Vicente Ferrer, San Juan de Avila y otros eminentes varones, y en efecto, el púlpito en que aquéllos predicaron estaba en aquel patio, en la nave que se llamó de la Granada, en que la capilla de ese nombre se encontraba; pero esa nave no es la que actualmente conocemos con ese nombre, sino, precisamente, la opuesta, que hoy no existe por que su lugar lo ocupa la iglesia del Sagrario.



LECCIÓN III

Sevilla prehistórica. - Las invasiones fenicia, griega, cartaginense y romana

Nadie pone en duda la remotísima antigüedad de Hispalis, que parece haber sido el primitivo nombre de nuestra ciudad, y, sin embargo, la carencia de noticias de sus primeros tiempos y de restos de sus antiguos pobladores es tal, que sólo por conjeturas puede trazarse una gran parte de su historia, lo que justifica que uno de los escritores que de ella han tratado, haya dicho, con harta razón, que hasta la conquista romana no empieza su verdadera historia.

La diferencia del nivel actual del suelo de Sevilla con los que tuvo en anteriores épocas, explica, en parte, la rareza de los hallazgos en el mismo, de datos que auxilien nuestro trabajo. Los monumentos árabes que son, como quien dice, de ayer, se encuentran soterrados, como los descubiertos hace pocos años en el territorio del Alcázar viejo, del cual formaron parte hasta que en el siglo XVI se llamó *Cuarto del Almirante* y fué después Casa de la Contratación de las Indias, o medio enterrados como los pilares de los arcos del Patio de los Naranjos del Salvador y la mezquita que estuvo donde hoy está la iglesia de este nombre, que habiendo estado a nivel del piso o acaso sobre algunos escalones al tiempo de construirse, había llegado a tener a la inversa muchos escalones para descender a ella al tiempo de su reconstrucción en el siglo XVIII.

De los monumentos visigodos, que podemos decir son de anteayer, apenas si se hallan vestigios en Sevilla, y eso que del esplendor y grandeza de nuestra ciudad en la época visigoda, no cabe dudar. Los restos de monumentos romanos, como las columnas que han dado nombre a la calle de los Mármoles, no obstante estar en uno de los sitios más altos de la ciudad, se encuentran emplazadas a una respetable profundidad. ¿Podrá pues sorprendernos no encontrar vestigios de los colonos cartagineses, griegos, fenicios y acaso micénicos, que les precedieron, ni de los primeros pobladores de esta tierra?

Con esta escasez de datos, con esta carencia de elementos, hemos de comenzar nuestro trabajo.

SEVILLA PREHISTÓRICA.—La prehistoria, ciencia modernísima pero que ha progresado rapidísimamente en los últimos tiempos, nos dá abundantes noticias de la existencia del hombre, de su género de vida, y de su industria, en todas las épocas y períodos en que se divide, relativas a todo el reino, a toda la tierra de Sevilla, desde Antequera al Guadiana y desde las sierras de Constantina y Aroche al mar, pero respecto de la ciudad misma, ni un solo dato, ni un solo hallazgo, ya que una astilla que se ha encontrado en el sitio llamado Fuente del Arzobispo, y que como objeto prehistórico figura en el Museo de nuestra ciudad, difícilmente puede asegurarse que lo sea.

La bibliografía de la Prehistoria de nuestra región, de la que exprofeso prescindí en la lección anterior, es copiosísima y difícil de hacer. Comenzando por la obra del catedrático que fué de la Universidad de Granada, D. Manuel de Góngora, *Antigüedades prehistóricas de Andalucía*, publicada en 1868, siguiendo con los libros premiados por el Ateneo de Sevilla en 1894 en certamen del que tuve el honor de haber sido juez, la *Prehistoria de la Provincia de Sevilla*, de D. Feliciano Candau, y la *Sevilla Prehistórica*, de D. Carlos Cañal, agregando numerosos trabajos impresos del inolvidable D. Jorge Bonsor, el más infatigable investigador de nuestras antigüedades en los últimos tiempos, los de mi querido amigo el abate Enrique Breuil, del doctísimo profesor Hugo Obermaier, explorador, en fecha reciente, del llamado *Dolmen de Soto*, hay, por último, que añadir una enorme cantidad de trabajos de los citados, y de otras muchas personas, que han visto la luz pública en boletines, revistas y aun diarios, y que constituyen un verdadero arsenal de conocimientos, merced a los cuales podemos estudiar todas las fases de la prehistoria en cuevas, abrigos, lugares de habitación, dolmenes, túmulos y otros lugares de sepultura, ricos y abundantes en restos humanos, armas, vajilla, pinturas, objetos de adorno y de otras clases, verdaderamente notables.

En nuestro territorio, en Gibraltar, se encontró, en 1848, un cráneo correspondiente a la raza de Neandertal; en pleno período paleolítico nos ofrecen los yacimientos paleolíticos de la laguna de la Jauda, en Cádiz, industria del período Chelense; la civilización capsense, originaria del norte de Africa, dejó en la cueva de la Pileta, en Benaolán, explorada y publicada por Breuil, Obermaier y el coronel Verner, espléndida manifestación de una cultura que de aquí irradió al centro de la península y que por los Algarbes y Portugal pasó a la región Cantábrica, y al sur de Francia, fundiéndose allí con la otra gran cultura de que es emblema la famosa cueva de Altamira, capilla sixtina del arte cuaternario, como la llamó el inolvidable Dechelette.

Monumentos megalíticos ofrece nuestra región tan notables como la llamada Cueva de Menga, en Antequera; dolmenes como el de Soto, en Trigueros; túmulos como el del Acebuchal, cerca de Carmona; sepulturas de corredor como la llamada Cueva de la Pastora, en Castilleja de Guzmán; yacimientos abundantísimos en mobiliario, como los de los Alcores y el Coronil, y restos de un muelle de muros ciclópeos en Peñaflor. En una palabra, no habrá época, período ni fase prehistórica que carezca de representación en el reino de Sevilla.

En él y en toda Andalucía, en el sur de España, se desarrolló y fué originaria la gran cultura llamada del vaso campaniforme, que de aquí se propagó por el Mediterráneo y el oeste de Europa, ocurriendo lo mismo con la alabarda de bronce, pues la riqueza minera de nuestro suelo, hizo que aquí fuesen muy notables las edades del metal y abundantísimos los objetos de sus industrias.

Sevilla, situada en el centro de un territorio en que tantos restos prehistóricos se han encontrado, no ofrece, sin embargo, una sola muestra, habiéndose

se visto defraudadas las esperanzas de los que esperaban que aparecieran cuando, hace pocos años, por razón de urbanización, fué abierto, hasta buena profundidad, el lugar más alto de Sevilla, lo que se había denominado un tiempo calles, o mejor dicho callejuelas, del Horno de los bizcochos, Costanilla de San Isidoro, Cruz de San Pedro y Cuesta del Rosario y que hoy lleva este último nombre.

Mucho se ha discutido sobre el nombre Hispalis que parece haber sido el primitivo de la ciudad. Nuestro San Isidoro lo hace derivar de que estando la población levantada en lugar palustre, se clavaron polos en su suelo para la primera fundación, que hubo de ser de habitaciones de las llamadas palafíticas. Esta opinión, como hizo notar el P. Flores, estaba ya en su tiempo desamparada por los autores, por no ser Hispalis voz latina que pueda derivarse de *palus-i*, ni de *palus-dis*, pues, al hablar Silio Itálico de las guerras de Anibal, antes de pisar los romanos nuestro suelo, ya la celebra con el nombre de Hispalis, que Rodrigo Caro consideraba ibérico.

Sea de ello lo que quiera, sin entrar yo a examinar, proponer ni rechazar etimologías, sólo haré constar que nuestra ciudad, edificada a orillas de un gran río, en lugar que al tiempo de su fundación debía ser un estero, una marisma, que el río cruzaba en varios brazos, de los que Rodrigo Caro creyó hallar vestigios de uno que, entrando por la puerta de la Almenilla, recorría las actuales Alameda y calle de Trajano, plaza del Duque, calle de las Sierpes, plaza de San Francisco, calles de Cánovas del Castillo y García de Vinuesa, a salir al Arenal; y otros han pretendido encontrar indicios de otro brazo en el sitio llamado el Caño Quebrado, hoy plaza de los Maldonados, y aun al lado allá de Triana se encuentra el cáuce que llaman la Madre vieja, por el que corren las aguas en cuanto aumenta algo el caudal ordinario del río. Fúndanse estas creencias bien en encontrarse en dichos sitios, a alguna profundidad, gran cantidad de arena muy lavada, bien en la existencia de corrientes subterráneas de agua; los vecinos de la calle de las Sierpes juraban y perjuraban, en tiempos en que había pozos en Sevilla, y en mi niñez no había casa sin él en la ciudad, que en el silencio de la noche se sentía correr el agua por ellos; cosa muy semejante se decía de los del Caño Quebrado, y en la actualidad quien haya conocido edificar la torre de la casa del Marqués de la Motilla, junto a nuestra Universidad, recordará la cantidad de agua que allí pareció, y el que quiera puede acudir a la plaza de San Francisco y cuando vayan a colocar los pinos para sostén de los toldos del día de Corpus Christi y verá cómo, a poco más de un metro, se encuentra el agua. Nuestra ciudad, decía, y perdonad la digresión, se fundó en ese lugar y se llamó Hispalis; recordad que la villa de Palos está situada en un altozano, junto a otro estero, en la desembocadura del Urio, que hoy nombramos Tinto, y que en el Ampurdán, en el noroeste de España, hay la villa de Pals que se levanta también en un lugar palustre.

No falta quien quiera que la voz Hispalis sea de procedencia hebrea, con la significación de hondonada, y nuestro doctísimo Benito Arias Montano, que nacido en Fregenal de la Sierra se llamó siempre, con harta razón, hispalense, entendía que el nombre de nuestra ciudad era fenicio y que significaba llanura.

Los pobladores primitivos de nuestra tierra parece haber sido los iberos, que merced a influencias que debieron recibir de Africa, según queda indicado al hablar de la prehistoria, o a otras influencias orientales, muy discutidas hoy, pero evidentes, y que unos quieren atribuir a un pueblo y otros a otro, llegaron a obtener una civilización muy adelantada, mientras otras regiones de España se encontraban en plena edad prehistórica. Están influencias quie-

ren algunos que fueran las de los micénicos, el primer pueblo navegante del Mediterráneo, en el que, desde la isla de Creta, tuvieron un verdadero imperio marítimo, pero que es dudoso que llegaran a España.

LAS INVASIONES : LOS FENICIOS.—El pueblo más antiguo colonizador de Andalucía, de que se tienen noticias, es el fenicio, del que se ha dicho, muy acertadamente, que la estructura de su suelo lo lanzó al mar haciéndolo marino y comerciante, y llegaron a nuestra región, bien fuese solos, o ya en compañía de los hebreos, en las expediciones que unidos realizaron, en tiempo de Salomón, al país que llamaron Tarsis, tantas veces mentado en la Biblia con esta denominación. Los fenicios de Tiro, allá en el siglo XI antes de Cristo, fundaron en una isla frontera a la desembocadura de nuestro río, llamado Tarteso por ellos, una fortaleza que fué Gadir.

De la estancia de los fenicios en Andalucía sólo hablan los historiadores griegos y latinos, pero tenemos las poblaciones por ellos fundadas, en las que su influencia fué tan arraigada y duradera, que mucho tiempo después aun acuñaban moneda con leyenda púnica, sin que esto pueda atribuirse a influencia cartaginesa, por que la dominación de Cartago fué corta y efímera. Abdera y Malaca, fuera de nuestro reino, y Gadir, Nebrissa, Asta, Menesteo, Onuba, Tarteso e Hispalis, tienen indudablemente este origen.

Si Hispalis era, como parece indudable, un poblado ibero, los fenicios hubieron de agrandarlo y de ceñirlo de murallas, para defensa de sus personas y seguridad de sus mercancías, como hacían donde quiera que se establecieron. Así tiene explicación y puede ser verdadera la tradición de que Hércules fundó a Sevilla, por que Hércules no es en esa leyenda sino un nombre epónimo, una personificación de la influencia fenicia, de igual modo que los griegos personificaron en Cadmo esta misma influencia y en Cecrope, la egipcia.

El pueblo fenicio, esencialmente comerciante, no fundó grandes y suntuosas ciudades, sino factorías fuertes y seguras en lugares a donde sus naves podían llegar, para cambiar con los naturales sus manufacturas por los productos del país; algo así como lo que han hecho los europeos, hasta hace poco, con los pueblos africanos, llevar telas de abigarrados colores y cuentas de vidrio para cambiarlas por oro y marfil. Es indudable que Hispalis tenía para esto una situación ventajosísima, y el no haberse establecido en ella hubiera sido una torpeza de los fenicios. Aquí podían llegar fácil y cómodamente por el río en sus embarcaciones; Hispalis era el centro de una gran región cuyos habitantes aquí venían a sus trueques, y la feria o mercado fenicio de nuestra ciudad debió ser importantísima.

De estos fenicios hubieron de recibir grandes enseñanzas los habitantes del país, pues de ellos aprendieron el laboreo de las minas y las construcciones *forniceas*, el tapial, que llamamos hoy, que aún usamos, algunos tejidos y tintes, antes desconocidos y, sobre todo, el alfabeto, poderoso elemento de civilización cuya procedencia quedó patente en las monedas autónomas de la Bética, las cuales ostentan sus leyendas escritas *more semítico*, de derecha a izquierda. Con los fenicios penetró en nuestro país el arte egipcio y oriental importado por ellos en un período de tres siglos que duró su colonización.

LOS GRIEGOS.—Vinieron a España en el siglo VIII antes de Cristo y, aunque sus principales colonias estuvieron en el golfo de Rosas y costa de levante, habiendo dado, como dieron, la vuelta a la península, colonizando la costa de Portugal, y aun la cantábrica, no habían de hacer una excepción de

la costa del sur, pasando de largo por delante de ella, sin establecer algunas factorías para explotar las riquezas del país.

Los historiadores griegos nos hablan del viaje de Coleo de Samos, a quien consideraban como el iniciador de estos viajes, y después del de otras expediciones a Tarteso, y el padre de la Historia, Herodoto, nos ha conservado la memoria del rey Argantonio, tan amigo de los griegos. Este pueblo empleó en sus expediciones naves de mayor cabida que las fenicias, más largas, no rostradas, y con cincuenta remos, lo que supone una numerosa tripulación. Su política comercial y su sistema de colonización, fueron semejantes a las fenicias, y de sus buenas relaciones con los tartesios, nos habla Herodoto largamente.

LOS CARTAGINESES. —Al caer Tiro bajo el poder de Nabucodonosor, en el siglo VI antes de Cristo, la antigua Cambé, o sea Cartago, la más pujante y floreciente de sus colonias y fundaciones, se erigió en metrópoli de las demás del Mediterráneo y trató de reanimar las colonias fenicias de España, harto quebrantadas por la competencia griega, y contra las que, al arruinarse Tiro, se habían dirigido los naturales del país, tratando de apoderarse de ellas, como ocurrió con Cádiz. Más tarde, en el siglo III antes de Cristo, Cartago tuvo que enviar un ejército a España, el que desembarcó precisamente en Cádiz, no por aspirar a la denominación universal, a la que acaso no aspiró nunca; sino para dar una satisfacción al partido que pudiéramos llamar militarista, y para quitarse de encima un ejército que había vuelto victorioso de la Numidia y que le pesaba en su territorio. Por algo pudo entrar también en este plan el natural deseo de buscar una compensación a la pérdida de la famosa Trinacria, o isla de los tres cabos, la bella y rica Sicilia, que acababa de perder en la primera guerra púnica, como perdió después Córcega y Cerdeña.

Hasta esta fecha los cartagineses se habían limitado a comerciar con los naturales desde sus factorías, pero ahora hay algo que se asemeja a una ocupación militar, dirigida por Amílcar Barca, quien, con su carácter tolerante y bondadoso, se atrajo la estima y aprecio de los habitantes del mediodía de España, en que nuestra región está enclavada, y dominó en paz todo el territorio ocupado. No dejó, sin embargo, de tener que vencer algunos obstáculos, como la sublevación de Istolacio, turdestano, esto es de nuestra región, y del lusitano Indortes y otras, en una de las cuales fué derrotado y muerto el héroe cartaginés.

Su yerno Asdrúbal, que le sucedió, tuvo frente a sí no sólo a los naturales, sino a las colonias griegas del este de España que, temerosas del poder cartaginés, hubieron de buscar en Roma un apoyo que aquélla, deseosa de intervenir en las cosas de España, no les negó y que obligó a Asdrúbal a concertar con los romanos un tratado de paz, fijando límites a sus conquistas en un país que a ninguno de ellos pertenecía, pero esto no puede extrañarnos, por que ese tratado no difiere en nada de los que las naciones europeas han celebrado, no hace mucho tiempo, repartiéndose a su voluntad los territorios africanos.

Muerto Asdrúbal a los ocho años de mando, sucédele su cuñado Aníbal, admirable caudillo, cuya vida se desarrolla lejos de nuestra región, y al marchar a Italia puede decirse que termina la dominación cartaginesa, comenzando la romana. Los restos o vestigios de la dominación cartaginense en Andalucía se confunden con los fenicios y es muy difícil determinar a cuál de ellos corresponden. Los más notables son los encontrados en Cádiz, las necrópolis de la Punta de la Vaca y el sarcófago antropoide estudiados por Mr. Pierre

París y D. Pelayo Quintero, y los objetos de las sepulturas ibéricas de Carmona, sobre las que escribió D. Jorge Bonsor.

Así como nada prehistórico se ha encontrado en la ciudad de Sevilla, tampoco se han conservado monumentos fenicios o cartagineses; algunos creyeron ser restos suyos la antigua puerta de Goles, cuyo nombre estimaban corrupción del de Hércules, un arco del recinto del Alcázar que existió en la calle de San Gregorio, y un trozo de muralla que contenía las aguas del arroyo de Tagarete, pero los dos primeros han sido destruidos y el tercero quedó enterrado al cubrir aquel arroyo. Otros han señalado la torre del Oro, opinión inadmisibles a menos que se refiera a otra torre de este nombre, anterior a la actual, y el acueducto de los Caños de Carmona, a los que acaso pueda atribuirse este origen en su parte subterránea, desde el manantial de Santa Lucía en Alcalá de Guadaira hasta la hacienda de Amate, y eso con muchas reformas arábigas como la parte de la hacienda de la Red, siendo acaso lo más notable de la parte subterránea la del molino llamado de la Mina, sobre el que tituló un prócer sevillano.

Antes de hablar de la dominación romana, preciso es decir algo de los pueblos que habitaban nuestro territorio y que a pesar de su contacto con fenicios, griegos y cartagineses, habían conservado su personalidad propia y habían llegado a un alto grado de civilización.

Según las más autorizadas opiniones a la primera población de los iberos, habían sustituido los tartesios, recibiendo de éstos el país el nombre de Tarsis, con que lo designaron los fenicios, y de Tartesso, con que lo conocieron los griegos. Con este nombre se designa todo el sur de la península, desde el cabo de Palos al Guadiana, pero singularmente, la desembocadura del gran río de Tarteso, nuestro Guadalquivir, que vertiendo sus aguas al mar por varios brazos, de algunos de los cuales hay evidentes señales en el Coto de Oñana, formaba la gran isla de Tarteso, en que se encontraba la ciudad de este nombre. El río desaguaba en una gran bahía enfrente de la cual estaba la isla de Gadir.

Algunos, por esta descripción de los geógrafos, han querido buscar otro brazo al río que fuese a salir al mar junto a Rota, cosa imposible, pues las mesetas de Jerez, que llegan hasta Sanlúcar, lo impiden. Sobre este punto conviene consultar los trabajos del profesor alemán Schulten, del catedrático español Arenas y muy especialmente los de D. Jorge Bonsor que en el sitio llamado Montón de Trigo, y en otros del famoso Coto de Oñana o de Doña Ana, realizó muy importantes excavaciones.

A toda nuestra región llamó Estrabon Turdetania, reservando el de Tardesida para una parte pequeña de ella, la de las bocas de nuestro río, pero Ptolomeo divide la Turdetania en varias regiones, según los nombres de los que la poblaban. Los turdetanos ocupaban la parte mayor y más principal y de ellos tomó nombre el país, su metrópoli era la ciudad de Hispalis y celebraban sus juntas o asambleas muy abajo, en Asta, entre Jerez y Trebujena. Era pueblo muy adelantado y culto, diciendo de ellos Estrabon que estudiaban su lengua por gramática, que tenían anales y poemas escritos, y que sus leyes, que estaban en verso, se remontaban a 6.000 años de antigüedad. Los Turdulos, que algunos identificaban con los anteriores, habilitaban la actual provincia de Córdoba y allí tenían su capital. Los Bastulos, a mejor Bastulopenos, en la costa y una faja sobre ella desde media bahía de Gibraltar al Oriente; los Tartesios, habitantes de las bocas del gran río y de la isla gadita-

na y, por último los Célticos, en el confín noroeste de la Lusitania, con colonias, según parece, entre Sevilla y la sierra de Ronda.

Plinio llamó Beturia a la región comprendida entre el Guadalquivir y el Guadiana, dividiéndola en Céltica y Turdula.

Si el tiempo no apremiara, como apremia, bien merecería la pena detenerse a examinar las principales cordilleras de la región, como los montes Marianos (Sierra Morena) y los de Ilípula (Sierra Nevada y serranía de Ronda), los ríos, como el Tarteso o Betis, el Ana o Guadiana, el Singilis o Genil, el Menova o Guadiamar, los Luxia y Urío, o sean el Odiel y el Tinto y tantos otros, mas no siendo posible, pasaremos a examinar la dominación del pueblo rey.

LOS ROMANOS.—Encontrándose Aníbal en Italia en 218 antes de Cristo, llegó a España el primer ejército romano mandado por Gneo Scipión a quien, al año siguiente se unía, trayéndole refuerzos, su hermano Publio y, muertos ambos, púsose al frente de las fuerzas romanas el hijo del primero, Publio Cornelio Scipión, que fué el verdadero conquistador de España, quien apoderándose de Cartagena y penetrando en nuestra región, fué arrinconando a los cartagineses hasta reducirlos a Cádiz de donde los expulsó en 205 antes de Cristo, hecho que señala el fin de la dominación púnica. En los últimos años de esta campaña, fué nuestra región el teatro de la guerra, que propagándose por el occidente, puso los Algarbes en poder de Scipión. La parte de España dominada por éste, o sea el este y el sur, estaba más civilizada que el resto de la península; los habitantes del este, más helenizados, recibieron bien a los romanos, los del sur más influidos por fenicios y cartagineses, le ofrecieron grandes resistencias como las de Astapa, que pereció ante Scipión como Sagunto había perecido ante Aníbal y como Numancia había de perecer más adelante, porque el resto de la conquista de España fué aun más trabajoso, pero esto no entra en nuestro propósito. La parte de la península conquistada por Scipión fué anexionada a Roma con el nombre de Hispania formando dos provincias, la Citerior en el Oeste en que entraron Cataluña con algo de Aragón, Valencia y Murcia, y la Citerior en el Sur, que constituyeron en un principio Andalucía y los Algarbes, siendo Hispalis la capital de esta última. En sus cercanías fundó Scipión a Itálica para premiar los servicios de sus veteranos.

Los primeros tiempos de la dominación romana fueron tranquilos en nuestra región, cuya romanización fué más rápida que otras, efecto de su adelantada civilización. Los romanos establecieron en ella varios presidios para alojar sus soldados y construyeron vías de comunicación para facilitar los movimientos de éstos. Sin embargo, no faltó alguna que otra sublevación, como la de los turdetanos en contra del pretor Apio Claudio Nerón, a cuyo auxilio acudió el Cónsul Marco Porcio Catón, dándose una batalla cerca de Sevilla.

Transcurrido este episodio no vuelven a ocurrir disturbios hasta que las luchas civiles de Roma tuvieron aquí repercusión después de la rivalidad de Mario y Sila con la llegada a nuestra región del general mariano Sertorio. Hispalis se hizo sertoriana y en sus cercanías, tanto que Rodrigo Caro quiere que fuera en la vega de Triana, si bien otros dicen que junto a Itálica, se dió una batalla en que Metelo venció a Hirtuleyo, general sertoriano, entrando después en Hispalis imponiéndole fortísimos tributos de que muy pronto habremos de hablar.

Nuevamente se renueva la lucha con motivo de la rivalidad de César y Pompeyo. César, que el año 69, antes de Cristo, había estado en Sevilla ejer-



MURALLAS ROMANAS
(Vista parcial y torreón de la tía Tomasa)



Columnas llamadas de los Hércules

ciendo el cargo de Cuestor, con el ejército de Antisbio Tuberón, y había inspeccionado su tribunal de Justicia, volvió a ella, cuatro años más tarde, con el cargo de Pretor de la Ulterior, residiendo en Hispalis, dispensando protección y favores a sus naturales, y no fué el menor moderarles y reducirles los impuestos con que Metelo los había castigado. Tardó César diez y seis años en volver a nuestra ciudad y lo hizo en 49, antes de Cristo, con motivo de sus luchas con Pompeyo, pues habiéndose dado, en el segundo triunvirato, la España a Pompeyo y habiendo éste enviado a la Ulterior a su lugarteniente Marco Varrón, contra éste vino César, destituyéndolo de sus cargos en Córdoba y pasando por Hispalis para embarcar en Cádiz con rumbo a Tarragona y Roma. A poco de esto los hispalenses se conjuraron para matar a Casio Longino, Cuestor cesariano, que aunque resultó con muchas heridas no murió. Más tarde, ganada por César la batalla de Farsalia y muerto Pompeyo, toda la región del sur de España se sublevó en favor de los hijos de Pompeyo, Gneo y Sexto que acudieron a ponerse al frente de sus partidarios. César, comprendiendo la importancia que esto podía tener, voló de Roma a España en 45, antes de Cristo, y penetrando en nuestra región se afrontó con el ejército pompeyano en un lugar de ella, que aún no está bien determinado, junto a la población fortificada llamada Munda, donde lo venció, salvándose sólo una pequeña parte que fué a embarcarse en la bahía de Algeciras, para pasar al Africa, donde se disolvió, puede decirse o no como la sal en el agua.

Sabemos de Munda que se encontraba entre la mencionada bahía, Hispalis y Córdoba, que era población fuerte amurallada, a cuyo pie corría un arroyo de aguas saladas, y que en un llano inmediato a ella, y en el que se dió la batalla, había muchas piedras palmeadas, o sean calizas con fósiles de impresión, producidos en ella por los helechos que un tiempo se depositaron sobre las mismas; pero es el caso que hay un extenso territorio en nuestra región, por allí por donde Munda debió estar, desde Osuna a las salinas de Fuente Piedra, en el que todos los arroyos son salados y porque uno de ellos, por excepción, no lo es, se llama y ha dado nombre a un pueblo de su margen, el Agua dulce: las piedras palmeadas son frecuentes en todo el mismo territorio, lo cual dificulta el problema. César castigó tan duramente a Munda que no dejó, como vulgarmente se dice, piedra sobre piedra: de Sagunto, de Astapa, de Numancia, se han encontrado las ruinas, de Munda no se ha logrado otro tanto, y no ha sido, en verdad, por que no se haya intentado. Unos la han colocado en Montilla, otros en Monda, quien en Ronda, o en Acinipo, mal llamada Ronda la vieja, y en otros lugares como Monturque, Lantejuela y aun en la sierra de Estepa; la Academia de la Historia ofreció en 1860, un premio al mejor estudio sobre esta cuestión y entre varios que se presentaron fué premiado el titulado *Munda Pompeyana*, de los hermanos Oliver y Hurtado, que la supusieron situada en la mesa de Ronda la vieja, pero sus mismos autores reconocieron más tarde su error. Napoleón III, emperador de los franceses, gran admirador de César, de cuyas obras hizo una espléndida edición, envió aquí una comisión especial para averiguar el sitio de Munda, la que no llegó a realizar su propósito. La Diputación Arqueológica de Sevilla comisionó, en 1870, a sus individuos D. Francisco Collantes de Terán y Caamaño y D. Antonio María Ariza y Montero-Coracho, quienes realizaron excavaciones en el cerro de la Camorra en el término de Osuna, sin resultado satisfactorio. La cuestión sigue sin resolver; el emplazamiento de Munda no ha sido aun encontrado y ofrece un precioso motivo de trabajo a los jóvenes aficionados a la arqueología y a la historia.

Derrotado el ejército pompeyano, acudió César a castigar a los que habían amparado y auxiliado a los hijos de Pompeyo, dirigiéndose a Córdoba, de la

que se apoderó, viniendo después sobre Hispalis, cuyo asedio ofreció muchos incidentes, y que, por fin, se rindió al dictador, quien juzgó el hecho de tal importancia que lo consignó grabando su fecha entre los fastos de Roma, en el calendario civil con las palabras:

Hoc dia Caesar Hispalim vicit.

En esta visita, última que César hizo a nuestra ciudad, en cuya plaza pública expuso la cabeza de Cneo Pompeyo, que le había sido entregada cuando se dirigía sobre Sevilla, refiere Aulo Hircio, o quien quiera que sea el autor de *Bello Hispaniensi*, que la atribución no es muy segura, que reunió a los principales de la ciudad y de la región y les dirigió una arenga, con cuya transcripción incompleta termina la historia mencionada, en la que César les hizo gravísimos cargos de que, como bárbaros, habían atropellado el derecho de gentes, poniendo la mano sobre la sagrada persona de los magistrados, que odiaban la paz, recibían los beneficios como agravios, recordándoles lo que él había hecho por ellos, tales como ser su patrono y haberles rebajado los impuestos de Metelo, y por último les increpó diciéndoles que no tenían *neque in pace concordia, neque in bello virtute*, ni concordia en la paz ni virtud en la guerra. Un año después de este hecho, en 44 antes de Cristo, caía Julio César al pie de la estatua de Pompeyo, muerto por aquellos conjurados que pretendían salvar las formas republicanas muertas hacía ya mucho tiempo.

César fué, y ello hace justas sus quejas en la arenga referida, un protector de Hispalis a la que, según la tradición, fortificó, hecho que parece que hay que referir a su segunda estancia en ella, en el año 65 antes de Cristo, siendo Pretor de la Ulterior. Esta reedificación de las antiguas murallas debió ser tan importante que San Isidoro, en el libro 15, capítulo I de sus *Etimologías* dice que fundó la ciudad. Sobre una de las puertas de esta ciudad, ornada con las estatuas de Hércules y Julio César, se leía:

Condidit. Alcides. Renovavit. Julius. Urbem.

que nuestro pueblo tradujo en los tres primeros versos de una copla:

*Hércules me edificó,
Julio César me cercó
De Muros y Torres altas,.....*

A César debió, además, Sevilla el dictado de *Julia*, y se le atribuye el de *Romulea*, pequeña Roma, de que usó en las monedas que acuñó titulándose *Colonia Romulense*, siendo municipio y gozando del derecho itálico.

Augusto, el primer emperador de Roma, hizo otra nueva demarcación provincial de Hispania, dando a la Citerior el nombre de Tarraconense y dividiendo la Ulterior en la Lusitania y la Bética, que tomó nombre de nuestro río al que se apellidaba Betis. Las provincias romanas habían sido Consulares o Senatoriales y ahora lo fueron Imperiales o Senatoriales, dándose este último nombre a las que, por pacíficas y tranquilas, administraba el Senado Romano: la Bética fué senatorial y comprendió cuatro Conventos jurídicos, o divisiones parecidas a las Audiencias y Chancillerías, Hispalis, Gades, Astigi y Corduba. Augusto permitió a Hispalis acuñar moneda. Esta división provincial sufrió alguna leve alteración en tiempos de Oton, que agregó a la Bética los territorios del norte de Africa, que se separaron de nuevo por Adriano al dividir la Hispania en seis provincias, Tarraconense, Cartaginense, Galaica, Lusitania, Bética y Mauritania Tingitana.

En el reinado de Augusto, cuando el mundo gozaba de la paz universal, se

cumplieron las profecías del pueblo hebreo y el Mesías prometido habitó entre los hombres. En el primer siglo de la Iglesia ya se predicó el evangelio en la Bética y San Geroncio, varón apostólico, discípulo de los Apóstoles, fué Obispo de Itálica; en el siglo III tenía ya Sevilla Obispo propio, que era de los más antiguos cuando concurrió al Concilio de Iliberis, y en su tiempo tuvo lugar la décima persecución contra los cristianos, llamada por su rigor la Era de los mártires, en la que la cristiandad de Sevilla fué muy castigada y sufrieron el martirio las santas Justa y Rufina.

Corrieron los tiempos y una vez que Constantino dió la libertad a la Iglesia, comenzaría a edificarse el primer templo católico de la población, cátedra de su prelado, que según los cronistas fué consagrada al mártir San Vicente, y cuyo emplazamiento, según el doctísimo Flores y otros muchos, debió estar en parte de nuestra actual Catedral. Dominando aun los emperadores romanos obtuvo el Obispo de Hispalis la dignidad de Metropolitano de la Bética, contando ocho Iglesias sufragáneas, Córdoba, Aegabro, Tucci, Iliberis, Malaca, Asido, Astigi, Itálica y Elepla.

La agricultura, principal riqueza de nuestra tierra, prosperó grandemente bajo el poder romano, que aseguraba la paz en los campos, y el principal producto de éstos, el aceite, era llevado a Roma en vasijas de barro, en ánforas, como más tarde lo fué a la América en las famosas cantarillas llamadas botijas peruleras, que yo alcancé a ver embarcar en buques de vela en nuestro puerto. El monte *Testacio*, de Roma, formado con tiestos o fragmentos de esas ánforas andaluzas del aceite, principalmente sevillanas, es el mejor testimonio de la prosperidad de nuestra agricultura, nuestro comercio y nuestra industria en aquel tiempo, lo que conocemos muy bien gracias a las excavaciones hechas en aquel monte y a la publicación de sus inscripciones, así como por la exploración de las márgenes del Betis, navegable a la sazón hasta más arriba de Peñaflores, trabajos que debemos a los inolvidables Emilio Hubner, alemán, y Jorge Bonsor, inglés, tan amantes el uno como el otro de las cosas de España.

Monumentos romanos nos restan muchos en Sevilla. De sus murallas, que tenían una extensión de diez kilómetros, solo restan algunos trozos entre las puertas de Macarena y de Córdoba, en las que luce su gallardía la torre que nuestro pueblo llama de la tía Tomasa, algunos pequeños vestigios en el interior de varias casas de la calle de Gravina, junto a los postigos del Aceite y del Carbón y las torres de Abdelazís y de la Plata. Del acueducto, que como obra muy renovada ofrecía escaso interés, solo restan leves muestras cerca de la Alcantarilla de las Madejas, acaso el sitio donde más estorban, como dejadas exprofeso para que acaben de desaparecer. De los monumentos como Foro, Capitolio, Anfiteatro, Circo, Teatro, Termas, y otros de que no pudo carecer una población tan importante, capital de una rica provincia, nada resta, excepción hecha de las tres columnas del pórtico de un templo de la calle de los Mármoles, cuyas tres compañeras se extrajeron de aquel lugar en el reinado de Felipe II, por el Asistente D. Francisco Zapata de Cisneros, primer Conde de Barajas, rompiéndose una y colocándose las otras dos en la Alameda, que de las estatuas colocadas sobre ellas tomó el nombre de Hércules, y una de las cuales tiene en el plinto el nombre del artista que la labró, llamado *Virino*. De las vías romanas que de nuestro foro partían, no quedan más que los nombres de las fincas llamadas Tercia, Cuarto y Quinto, con referencia a las tercera, cuarta y quinta piedra miliaria.

En tiempos de Rodrigo Caro aún subsistían dos arcos, a su juicio, romanos, uno entre el palacio episcopal y la Giralda, que daba entrada al famoso Corral de los Olmos, y otro a espaldas de este patio, que era llamado Arqui-

llo de Santa Marta, por el hospital contiguo a él, pero ambos hace tiempo que desaparecieron.

Si escasean estos restos, hay en cambio una verdadera riqueza epigráfica que hace mención en sus inscripciones de emperadores, magistrados y particulares, muchas de las cuales figuran en nuestros museos, otras fueron publicadas por Caro, Flores, Ceán Bermúdez y Hubner. En los cimientos de la Giralda hay varias y un interesantísimo pedestal de una estatua erigida por los barqueros de Sevilla, y que tiene aún una parte bien visible.

Corresponde a la Bética, por último, el honor de haber dado a Roma el primer emperador provinciano, aquel

Pío, felice, triunfador Trajano,
Ante quien muda se postró la tierra
Que vé del Sol la cuna...

que dijo Rodrigo Caro.

El imperio romano, minado por la corrupción y los vicios, caminaba a pasos agigantados a su término. El gran Teodosio pudo contener un poco su ruína, pero muerto aquel ilustre español, fraccionado el imperio en dos, el de Occidente, del que formaba parte España, duró poco y con su ruína terminan los tiempos antiguos de la Historia. Los males del mundo romano exigían un fuerte cauterio y los pueblos bárbaros fueron el fuego que acabó con aquella lepra: la Iglesia, que es la institución de mayor grandeza que del mundo antiguo pasó a los tiempos medios, comenzó en seguida a cumplir su misión providencial enseñando a los nuevos pueblos y salvando en su seno, como en una nueva arca de Noé, la antigua cultura clásica. Estamos pues en los albores de la edad media y con su estudio comenzaremos la lección siguiente.

LECCIÓN IV

Sevilla visigoda. -- Sevilla árabe.

SEVILLA VISIGODA.—A principios del siglo V, en 411, tres pueblos que penetran en España por los Pirineos y llegan a las provincias romanas Galicia, Lusitania y Bética, después de haberse entregado al pillaje y a la destrucción, convienen en establecerse en territorios fijos, y Suevos, Alanos y Vándalos, que eran los pueblos referidos, se reparten las tierras de esas provincias, correspondiendo la Bética a los Silingos, tribu o porción del pueblo Vándalo, del que quedó una gran parte en Galicia.

Otro pueblo bárbaro más culto que los mencionados, porque su roce con el Imperio lo había comenzado a romanizar, desde el mediodía de las Galias, donde se había establecido, decidió invadir la parte del noroeste y del centro de nuestra península; este pueblo, que era el visigodo, en su deseo de avanzar en la ocupación de nuestra patria, llegó, acaudillado por Walia, hasta la Bética, echando de ella a los silingos, que durante ocho años lo habían ocupado; mas al cabo de algunos meses las vándalos de Galicia bajaron a reparar el despojo de que habían sido objeto sus hermanos, y, recuperando la Bética se establecieron en ella, de la que en vano quiso desposeerlos Castino, maestro de la milicia imperial, que era dueño de una parte de la Cartaginense.

Duró esta segunda dominación de los Vándalos hasta 429, en que, llamados por el Conde Bonifacio, pasaron al Africa, desde donde llegaron a saquear la misma Roma. Entre una y otra dominación estuvieron los vándalos en Hispalis y en la Bética de 411 a 429 o sea diez y ocho años, y no hay que decir cuánto sufriría la región y muy particularmente la ciudad con este azote de Dios, con la dominación de un pueblo que ha dejado su nombre, en la palabra vandalismo, vinculado como denominación de toda destrucción, que sobrepuja los límites de lo bárbaro y de lo salvaje.

No es posible admitir una opinión muy extendida, formada tardíamente y falta de fundamento racional que dice que de los vándalos tomó nuestra región el nombre de Vandalucía, del que procede el de Andalucía con que la conocemos. Aparte de que diez y ocho años de estancia en una región, entregados al pillaje y al saqueo, no son tiempo suficiente ni circunstancias apropiadas para darle nombre, ni Idacio ni ninguno de los cronistas contemporáneos, ni poste-

riores, usan este nombre, ni en todo el tiempo de la dominación visigoda se conoció la región con otro nombre que con el de Bética. Andalucía es nombre árabe, que significa cosa del Occidente, del fin de la luz, del país por donde se pone el sol. Como hace notar muy bien el P. Flores, el Nubiense emplea la palabra Andalucía refiriéndola a toda España, incluso Galicia, y señala a Toledo como su capital; los árabes aplicaron el nombre de el *Andâlus* a toda la España por ellos dominada, y que, por último, quedó como nombre propio de la región del sur donde su dominación fué más duradera.

De la dominación vándala en Sevilla sólo desolaciones recuerdan los cronistas cristianos de la Edad Media y entre ellas el intento sacrilego de Gundérico de profanar la Iglesia del mártir San Vicente, muriendo al intentarlo. Ya vimos cómo la primera Iglesia de Sevilla, sede de su Obispo, se consagró a este mártir español, y ya indicamos entonces cómo siendo Catedral debió estar en el lugar que ocupa la actual y nunca en el templo de San Vicente, que es una de las parroquias creadas al recuperar la ciudad del poder de la morisma.

Al marchar los vándalos al África, los suevos ocuparon una gran parte de la Bética, y su rey, Rechila, se estableció en Sevilla, y con la derrota de este pueblo por Teodorico, comienza la dominación visigoda en la Bética, de la que Eurico echó a los imperiales que poseían una parte de ella. Teudis parece haber sido el primer monarca visigodo que residió en Sevilla y perdió la plaza de Ceuta, en Africa, que con anterioridad habían conquistado. Teudiselo, que también residió en Sevilla, fué aquí muerto, y su sucesor Atanagildo, que trasladó la corte a Toledo para asegurarse en el trono, cedió a Justiniano todo el litoral, desde el estrecho de Hércules a la desembocadura del Ebro, desde donde los griegos se fueron extendiendo por el resto del litoral bético, y al morir Leovigildo dominaban incluso en el Algarve.

En el reinado de Leovigildo vuelve Hispalis a recobrar importancia política con motivo de la asociación al trono que aquél hizo de sus hijos Hermenegildo y Recaredo, dando al primero el gobierno de la Bética con residencia en Sevilla, aunque algunos hayan querido decir que en Mérida, pues si así hubiera sido, no sería obra de San Leandro, Arzobispo de la primera y extraño en absoluto a la segunda, la conversión de Hermenegildo, en la que todos convienen. Sublevado éste contra su padre y puesto al frente del partido católico, que lo proclamó rey, en Sevilla fué preso, aunque, después de muchos incidentes, recibiera el martirio en Tarragona.

Al abjurar Recaredo el arrianismo y proclamar la unidad católica en el tercer concilio de Toledo, tuvo Hispalis honrosa representación en aquella asamblea, cual fué la de su Arzobispo, el Apóstol de los godos, San Leandro, la primera figura de la Iglesia española en aquel tiempo y una de las primeras del mundo, a juzgar por los elogios de su amigo el Papa San Gregorio, que en Constantinopla, adonde con distintas representaciones y embajadas habían ido ambos, se conocieron. San Leandro no presidió este concilio, cuyas actas suscribe en tercer lugar, con arreglo a la antigüedad episcopal, pero él fué el alma del mismo, el que lo organizó, el que predicó el sermón de acción de gracias con que terminó la asamblea, y siempre se le ha considerado como el redactor de sus cánones.

Si San Leandro no fuera por sí solo una gloria de España y de Sevilla, bastaría para su fama el haber sido maestro y sabido formar al hombre más grande de la primera mitad de la Edad Media, a San Isidoro, astro de primera magnitud en el cielo de la cultura. Sucedió San Isidoro a San Leandro, de quien era discípulo, y el menor de sus hermanos, en la sede hispalense y una vez colocado «sobre el candelero de la Iglesia, brillo con luz inmarcesible,



ilustró no solo su Iglesia y su provincia, sino toda España, como Sol de nuestro firmamento», como dijo el P. Flores. Presidió el IV concilio de Toledo, influyó en los destinos de su Patria y nos dejó un verdadero tesoro en sus obras, enciclopedia y resumen de todo el saber de la clásica antigüedad.

Al sobrevenir los bárbaros sobre el imperio de Occidente, hay un momento en que parece que la cultura va a perecer; ya dije que la Iglesia cumpliría su misión providencial de salvarla, y en efecto, la salvó en los claustros de sus Iglesias y Monasterios. De tiempo en tiempo, parece como que el rescoldo de esa cultura revive y produce llamas que iluminan al mundo, contribuyendo a despejar las tinieblas de la barbarie. Entre esos focos sobresalen Casiodoro en Italia, Beda en Inglaterra, Alcuino en la corte de Carlomagno, y San Isidoro en España, pero, de todos ellos, el mayor luminar, el de mayores resplandores, es nuestro Arzobispo sevillano, de cuya ciencia no puede hacerse mayor elogio que decir que corre pareja con su Santidad. Su libro de las *Etimologías* fué la obra más estimada y leída durante la Edad Media, y aún es consultado. La escuela de Sevilla, fundada por su hermano y mejorada y engrandecida por él es universalmente celebrada con los nombres de escuela hispalense o escuela isidoriana, y el rito muzárabe a él se le atribuye, y por eso se llama isidoriano. Sus discípulos San Ildefonso, arzobispo de Toledo, y San Braulio, que lo fué de Zaragoza, confirman lo merecido del título de maestro de este varón insigne. Doctor de la Iglesia española, elevado no hace muchos años al mismo título de la Iglesia Universal.

Los tiempos posteriores de la monarquía visigoda son de escaso interés para la Bética, fuera del reinado de Sisebuto, que arrojó a los imperiales de su litoral, y, penetrando en el norte de Africa, se apoderó de Tánger y otras plazas.

El poder de los godos tocaba a su fin a los tres siglos de su entrada en nuestra Patria y en la Bética, en las aguas del Guadalete, aunque no falta quien sostenga que fué en las del Barbate y aun en la laguna de la Janda, se hundía aquella monarquía, abriéndose las puertas de España a un pueblo que había de ejercer una gran influencia en nuestra manera de ser.

Los monumentos visigóticos son muy escasos en nuestra ciudad, algunos ladrillos decorados, la lindísima taza de la fuente del Patio de los Naranjos de la Catedral, algunas inscripciones en mármol, entre las que sobresalen la que se conservó en la Cartuja y hace referencia al reinado de San Hermenegildo, la tapa del sepulcro del Arzobispo San Honorato, sucesor de San Isidoro, y la conmemorativa de la erección del templo de los tres santos hermanos, que se conservan ambas en el vestíbulo de la biblioteca Capitular - Colombina; el notable capitel de la calle del Corral del Rey, otros capiteles utilizados en la Giralda y pocos más.

SEVILLA ÁRABE.— El nuevo pueblo, al que la derrota de los godos abrió las puertas de España, fué el pueblo árabe. Un antiguo y querido amigo y compañero mío, fallecido hace años, D. Antonio Almagro y Cárdenas, Catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras en esta Universidad, y hombre competentísimo en lengua e historia arábica, dividía la dominación árabe en España en tres partes representadas por los apogeos de Córdoba, Sevilla y Granada. En la primera se alcanza el cénit de la grandeza; en la segunda, bajo la corta y efímera dinastía Abbadita, se inicia la decadencia, en la última se llega a las lágrimas de Boabdil y fin de la dominación. Tiene, por tanto, decía la historia de la dominación árabe en Sevilla ese atractivo y ese tinte seductor que rodea de encantos indecibles las breves horas de una tarde sere-

na y los hermosos días del plácido otoño». Además, añadía, Sevilla fué la ciudad de la raza hispano goda que se mantuvo por más tiempo en sus creencias primitivas y fué el punto que marca la más frecuente comunicación entre Africa y el Andalus, merced a las invasiones de almoravides y almohades.

Dividía el mismo autor la historia árabe de Sevilla en cuatro períodos, de los que sólo tres corresponden al tiempo de esta lección: primero, desde la invasión al fraccionamiento del Califato en los reinos de Taifas, (711 a 1023); segundo, desde Abul Kasin a las invasiones africanas; tercero, hasta la reconquista (1248); el cuarto período, que se llama mudéjar, se desarrolla en artes, letras y aficiones bajo los monarcas castellanos.

La dominación arábiga dura en España casi ocho siglos, de 711 a 1492, o sea desde principios del siglo VIII hasta casi fines del XV, pero para Sevilla, y gran parte de su territorio, termina dos siglos y medio antes, a mediados del XIII, en 1248.

En 710 Muza Ben Nozair, envía como explorador a Tarif, que desembarca en Tarifa, que de él tomó nombre, y en 711 a Taric, que lo hizo en Gebel Taric o sea Gibraltar y ocurriendo en aquel año la derrota del último rey goda D. Rodrigo y su ejército, comienza la conquista de España, ocupando a Eciya y Córdoba, marchando sobre Toledo, la corte goda. En 712 llega el mismo Muza en ayuda de su lugarteniente, se apodera de Medina Sidonia y del castillo de Alcalá de Guadaira, cayendo desde allí sobre Sevilla, que no le opuso gran resistencia, y dejando nuestra ciudad guarnecida de africanos y judíos, pueblo este último que siempre fué amigo y auxiliar de los invasores, pasó a Mérida y al centro de España. Llamado Muza a Bagdad, quedó por gobernador de los territorios ocupados su hijo Abd-el-Azis, que aquí casó con Egilona, la viuda de Don Rodrigo, tomando para su residencia, según los cronistas, el monasterio de santa Rufina.

Quedó Sevilla constituida por dos clases de población, los dominadores, escasos en número, gente inculta al principio, aunque luego, con la pacífica posesión, se aumentó su número viniendo a establecerse aquí familias asiáticas, gente ya ilustrada, portadoras de valiosos elementos de civilización, entre ellas la de los Lakmies, a la que pertenecía Muza, y que había de dar reyes a la ciudad. Frente a este grupo había el más numeroso de los sometidos, los romanos godos a quienes la desgracia y el infortunio acabó de fundir formando la población *mozárabe*, nombre con que se designó desde entonces al pueblo cristiano que vivía entre los árabes. Además de estos dos núcleos existían otros dos, el de los judíos que siempre aquí como en todas partes, se mantuvo aislado de los demás, y el de los cristianos renegados, llamados *muladies*, adaptados, que había de ir engrosando día por día.

Los mozárabes andaluces, decía Almogro, salvaron la antigua cultura, mientras los cristianos refugiados en Asturias salvaron nuestra nacionalidad, y entendía aquel docto profesor que ninguna población hizo en este sentido más que Isbilía, nombre que dieron los árabes a la antigua Hispalis, ciudad que fué la que por más tiempo conservó la tradición visigoda y las enseñanzas isidorianas. A ello contribuyó la tolerancia que, al principio y durante mucho tiempo, tuvieron con ellos los dominadores, porque, como dijo el doctísimo D. Francisco Codera, la conquista de España por los árabes no fué cuestión de propaganda religiosa, sino de pillaje más o menos sistematizado; por el menor número de los dominadores, en relación con los dominados; por la mayor cultura de éstos y porque al convertirse al islamismo disminuían los tributos que pagaban y por otras razones que podrían agregarse a las dichas. El mismo establecimiento de lo que pudiéramos llamar capitalidad en Córdoba,



Patio de los Naranjos. - Fuenta visigoda





Iglesia de Santa Catalina. - Su alminar





Iglesia de Omnium Sanctorum. - Su alminar

realizado por Ayud, después de haber sido muerto Abd-el-Azis, favoreció a Sevilla para conservar su cultura.

Pero el antiguo elemento de población se fué mezclando con el nuevo; la lengua árábica, que las necesidades económicas de la vida hicieron extender, acabó por ser de enseñanza obligatoria desde Hixen II; los mozárabes, prendados de las bellezas literarias del Oriente, escribieron poesías arábicas, y el sabio Arzobispo de Sevilla Juan, tan elogiado por Alvaro de Córdoba, tuvo que escribir en árabe su Comentario Católico a las Sagradas Escrituras para consuelo de sus diocesanos que no entendían ya la lengua latina.

Durante este primer período Córdoba fué, indudablemente, la primera ciudad de la España árabe, pero nadie puede disputar a Sevilla el segundo lugar. Veamos ahora lo que ocurre en ésta durante el segundo período.

Un individuo de la familia de los Lakmies, Abul Kasin Mohamed, esparció la voz de que Hixen II no había muerto, e hizo pasar por tal a un zapatero que tenía gran parecido con el difunto Califa. Como se vé, la historia del famoso pastelero de Madrigal que se quiso hacer pasar por el rey D. Sebastián, tiene aquí un curioso precedente. Abul Kasin encerró al pobre menestral en su palacio de Sevilla y comenzó a gobernar en su nombre, siendo reconocido y obedecido por muchas ciudades. Al morir Abul Kasin le sucede su hijo Abbad Almotadid que, anunciando la muerte de Hixen, se proclamó soberano, tomando el nombre de Almotamid Billah, el que se apoya en Dios.

A Almotadid, sanguinario y cruel, que engrandeció su reino empleando todos los medios, incluso la traición y la perfidia, y que sin embargo era hombre culto, sucedió su hijo Almotamid, el rey poeta, cuya corte fastuosa fué el centro de los ingenios de su tiempo. Almacarí nos ha conservado algunas anécdotas referentes a su enlace con la joven poetisa Itamid, llamada *la romaíquia*, sobrenombre que indica su procedencia romana y no árabe. Amante de la paz, pagaba un tributo a Alfonso VI de Castilla, pero habiéndole declarado la guerra este monarca y apoderándose de Toledo en 1085, considerándose sin fuerzas para resistir la lucha, llamó en su auxilio a Aben Taschfin, quien con sus almorávides atravesó el estrecho y derrotó en Zalaca al monarca castellano, pero penetrado de la debilidad del monarca Abbadie, se apoderó de Sevilla y al regresar a Africa se llevó allí al desgraciado Almotamid, que años después fallecía en su prisión de Agmat, donde en hermosas poesías celebró los encantos y bellezas de su amada Isbilía, cuyo recuerdo no se apartaba de su pensamiento.

El reinado de los tres Abbadies, constituye el segundo período, corto, pero brillante, de la historia árabe de Sevilla, durante el cual los mozárabes continuaron desarrollando su cultura, siendo Sevilla el centro científico y literario de la España árabe.

En el año 1086 vinieron los almorávides a España; su venida no fué obra exclusiva de Almotamid, sino que el llamamiento se hizo además por los reyes de Badajoz, Córdoba y Granada, y prestándole su ayuda los de Málaga y Almería que se unieron a ellos una vez que estuvieron en España. Después de la victoria de Zalaca, volvió Aben Taschfin a Marruecos, de donde pronto regresó, y nombrado árbitro por los reyes de Taifas para resolver sus diferencias, excitado por el partido religioso a tomar el poder, anexionó el Andalus a su imperio marroquí, inaugurando en 1091 la dominación almorávide que solo había de durar cincuenta y tres años, hasta 1145, durante los cuales nada de notable ofrece la historia de Sevilla, que no guarda un solo recuerdo de esta dominación de medio siglo.

El imperio almorávide en nuestra Patria sucumbió en una sublevación de carácter religioso, la de los almohades, pues habiendo necesitado concentrar

sus fuerzas en Africa, los árabes españoles les negaron la obediencia, renaciendo los reinos de Taifas. Vencedores en Africa los almohades caen sobre España y se apoderan de toda la parte musulmana de ella. Con los almorávides habían pasado a nuestra península gran número de berberiscos que aquí quedó, y otro tanto ocurrió ahora con los almohades; con unos y con otros quedó casi anulado el antiguo elemento árabe.

La dominación de los almohades favoreció grandemente a Isbilia, pues durante ella Marraquex fué la capital del imperio, pero nuestra ciudad fué la segunda corte, como centro y cabeza del Andalus. Los dos primeros reinados de los monarcas almohades fueron en Sevilla de florecimiento literario y artístico, que cesó más tarde por causas religiosas, merced a una reacción, obra de los alfaquíes.

X Sevilla tenía varias mezquitas: se sabe que Abderramán II contribuyó a reedificar y amplió una, acaso la principal, que los normandos, en su primera invasión, en 825, saquearon y casi destruyeron; se cita la de Adapás, muy importante y distinta de la anterior; del tiempo de los Abbadíes conservamos dos lápidas con inscripciones relativas a dos mezquitas, la una de las cuales se alzaba donde hoy el templo del Salvador, y que acaso sea la de Adapás, y la otra donde hoy se levanta la Iglesia de San Juan de la Palma. Esto no obstante por el historiador Abensabaisala, que conocemos merced a la traducción del docto agustino P. Melchor M. Antuña, a quien antes de hoy ya me he referido; sabemos que Aben Yacub Jusuf, porque los fieles no cabían en la antigua mezquita, encargó los planos de una nueva y mayor a Ahmed Bempaso, arquitecto que hizo los planos de ésta y de su alminar, construyendo aquella y la parte de piedra de la torre, cuya parte de ladrillo dirigió Ali el Gomarí.

Del estudio hecho por el traductor de la mencionada crónica, se desprende que había en Sevilla, al llegar a ella los almohades, varios palacios o alcázares, el antiguo que durante los días del califato debió ser residencia del gobernador de la ciudad, los llamados Almobarac, que parece haber sido el principal, el de Atzoraia, y el de Arahi, situado sobre el río. Abensabaisala atribuye a Yusuf la restauración del acueducto romano de los Caños de Carmona, la reedificación de las murallas que miraban al río, destruidas por una inundación, la construcción del puente de barcas, la de dos alcázas, una interior y otra exterior y, sobre todo, la de los magníficos alcázares de la Bohaira, fuera de la puerta de Chahuar, que dudamos con qué puerta de la ciudad identificar. La Bohaira rodeada de plantíos de frutales del país y exóticos, traídos de lejanas tierras, a cuyos frutos aun llama nuestro pueblo, con una palabra árabe, *zafarics* o zajaríes (aspirando la h de zaharí) que significa viajeras, con diez mil olivos traídos del Aljarafe, con viñas, higueras y otros árboles.

¿Dónde estuvo la Bohaira? ¿Dónde la puerta de Chahuar? ¿Es acaso ésta la puerta de Vib Ahoar, que luego se llamó de la Carne? Posible es, no obstante que esta puerta correspondía a la Judería, pero es el caso que yo, por mi parte, no encuentro otro lugar donde situar la Bohaira que en lo que llamamos hoy la Huerta del Rey y en el colindante predio que se llamó durante siglos el Olivar de la Reina y más tarde el Cortijo del Maestre Escuela. Solo allí hay cantidad de agua, derivada del acueducto para regar tanto frutal, solo allí, en aquel cortijo que comenzaba en la Calzada de Carmona, o de la Cruz del Campo, y llegaba al río Guadaira, cabían aquellos diez mil olivos.

La tradición sevillana coloca otros palacios reales junto a la puerta de Vib Ragel, o de la Almenilla, pero aunque consideremos que ocuparan lo que luego fueron monasterio de San Clemente y de Santa Clara y aún toda la Laguna, hoy Alameda, no hay allí espacio para las plantaciones de la Bohaira,

aunque su nombre signifique laguna. Además, aquel espacio no estaba fuera de muros, sino en el interior de la ciudad, y Abensabaisala no hubiera dejado de consignar su proximidad al río. Punto es éste, como el de la determinación del sitio de los otros Alcázares, de las alcazabas y de las numerosas mezquitas que reclaman la atención de los estudiosos.

Cuenta el mismo cronista Abensabaisala, que junto a la mezquita de Jusuf, frente a su puerta de lado norte, se levantó por orden de este monarca un nuevo zoco rodeado de muros con cuatro puertas, una en cada costado, para aislarlo una vez cerradas aquéllas. Este zoco de que nos habla el cronista, fué la Alcaicería que se llamó de los Axebibes o Ajebibes, más tarde de la Seda, del Oro, de la Plata, de los Roperos, y conocida aun con más nombres, de la que aun quedan señales en el final de la calle de Hernando Colón y adyacentes, así como de otro zoco o Alcaicería, llamada de los Alatares o Especieros, de la que aun quedan vestigios en los nombres de las calles de la Alcaicería de la loza y de los Herbolarios, cerca del templo del Salvador que estimo fué la mezquita de Adapas.

Derrotados los almohades por el monarca Alfonso VIII, en 1212, en las Navas de Tolosa, la gloria de este pueblo camina a su ocaso. El Andalus vuelve a subdividirse en varios reinos de Taifas, sin que el de Sevilla ofrezca nada de particular en los años que restan hasta su reconquista, en 1248, que la construcción de la Torre del Oro, atribuida a Abu-el-Ola, gobernador de la ciudad.

De la magnífica Isbilía que embellecieron y decoraron tantas construcciones, ¿qué nos queda? Algunos restos en los Alcázares, en el patio de los Naranjos de la Catedral, y en el del templo del Salvador, la Torre del Oro, afeada por aquellos huecos de arcos de medio punto, los alminares del Salvador, con una lápida interesantísima, de San Marcos, San Pedro, Santa Catalina, San Martín, San Juan de la Palma, con otra lápida interesante, hoy en nuestro Museo provincial, y algunas más. Muchas de estas torres están mutiladas, otras afeadas con aditamentos y alguna no bien restaurada. En esto, como en otras muchas cosas, la misma riqueza de Sevilla la ha perjudicado: las poblaciones pobres, como no podían intentar restauraciones, ni menos pensar en innovaciones, han conservado mejor sus monumentos.

De los tan celebrados alcázares, de los renombrados baños, que subsistían algún tiempo después de la reconquista con los nombres de San Vicente, San Pablo, San Juan, San Ildefonso y otros, no queda el más pequeño resto de edificación, y gracias que se conozca el lugar de su emplazamiento. Nos queda, no obstante, algo más, esa esbelta torre cuya figura ha venido a constituir como el emblema de Sevilla, nos queda la Giralda.

LECCIÓN V

La reconquista cristiana. - Los dos Cabildos.

El repartimiento.

LA RECONQUISTA CRISTIANA.— Entre ambiciones y luchas intestinas se derrumbaba el poder de la morisma en nuestra patria, y aunque de derecho, siquiera éste fuera el de la fuerza, todo el Andalus seguía siendo una provincia del califato marroquí, de hecho, Granada, Niebla y aun otros territorios más pequeños, como el exiguo de Tejada, obedecían a reyezuelos que se consideraban independientes, y si Sevilla continuaba en aparente sumisión a Marruecos era por intereses comerciales y por no perder toda esperanza de un auxilio africano, el día, que se preveía cercano, de un avance de las armas cristianas, día que, en efecto, no se hizo esperar. Las victoriosas huestes de Fernando III de Castilla, venían arrollando el poder árabe, se habían apoderado de Córdoba, la antigua sede del califato andaluz, y batían a las tropas de Mohamed-el-Alamar, rey de Granada, cuando éste, temeroso de sus escasas fuerzas, se hizo tributario de Castilla, entregando a su monarca la ciudad de Jaén, obligándose a pagarle un crecido tributo y a acudir con sus huestes cuando aquél necesitase de su ayuda.

Ocurría esto en febrero de 1246 y en aquella ocasión fué cuando el santo rey decidió emprender la reconquista de la antigua metrópoli de la Bética, convocando para ello a las huestes en Córdoba, que fué el punto de partida.

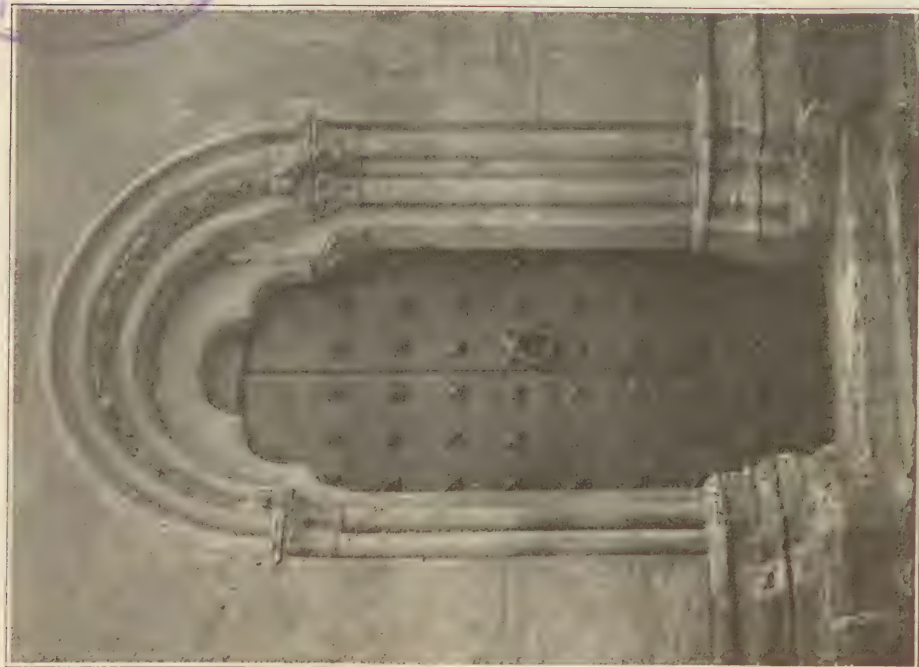
El ejército castellano reunido para esta empresa, tenía la misma heterogeneidad que todos los de la época. A las tropas reales juntáronse las de los ricos hombres, de los prelados, de las Ordenes militares, las milicias de los Concejos castellanos, un hijo del rey de Aragón, muchos caballeros extranjeros que acudían unos por simple espíritu caballeresco, o aventurero si se quiere, otros por el carácter de cruzada contra el Islam que la empresa tenía, como ocurrió con dos sobrinos del Pontífice y con otros italianos, y en esta ocasión, para que aún fuera más abigarrado el conjunto, el rey moro de Granada con la hueste a que el pacto le obligaba. Lazo fortísimo que unía y ligaba tan diversos elementos, era la autoridad de aquel rey querido y respetado



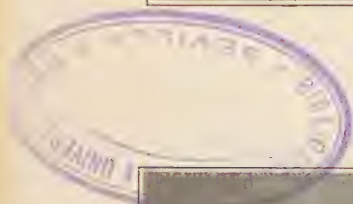
Torre de D. Fadrique



Iglesia de Santa Ana. - Portada



Torre de D. Fadrique. - Portada



por todos, a quien su sabiduría, su valor y pericia militar y la santidad de su vida, dieron un gran ascendiente sobre todos ellos.

Mientras los convocados acudían a Córdoba, se realizó una primera expedición, en forma de correría, a la que ya concurrió el rey de Granada, y se llevó a cabo con tal empuje, que dió como resultado apoderarse del castillo y la villa de Alcalá de Guadaira, primer baluarte de la reconquista de Sevilla y lugar estratégico, por su posición, para la empresa que se intentaba. Meses después, reforzada la hueste, se presentaba ésta ante los fuertes muros de la villa de Carmona, considerada como fortaleza casi inexpugnable, pero, cortándole toda comunicación con el exterior y no contando con ningún auxilio extraño, tuvieron los carmoneses que ajustar una tregua con el ejército cristiano por un período de seis meses. Por este tiempo pusieron en poder de San Fernando las fuertes poblaciones de Reina y Constantina, situada la primera en el confín extremeño y la segunda en plena serranía de su nombre, y cuyos arruinados castillos nos dicen aún hoy cuanta debió ser su importancia en aquella época; Reina se entregó a la orden de Santiago, encargándose de guarnecer a Constantina las milicias del Concejo de Córdoba. El Prior del Hospital, como dice la crónica, o sea el de la Orden Hospitalaria de San Juan, con sus tropas conquistó Almenara, Setefilla, Lora, Alcolea y otros poblados que fueron la base del Bailiato de Lora, y el resto del ejército se apoderó, tras de tenaz resistencia, de Cantillana, Guillena, Gerena y Alcalá del Río.

Estaba, pues, Sevilla aislada por las partes Norte y Este, pudiendo solo recibir recursos por el Sur y el Oeste de los reyes de Niebla y Tejada, y sobre todo el abastecimiento que podía proporcionarle la riquísima comarca del Aljarafe por lo que se refiere al Oeste, así como por el Sur de las poblaciones que entre Sevilla y el mar existían, como Lebrija y Jerez, y sobre todo de Marruecos, interesadísimo en que Sevilla no cayera en poder de los cristianos, lugares a que unía la vía segura y libre del Guadalquivir. A aislar a Sevilla por estos dos lados para privarla de todo recurso, se redujo desde el principio de la campaña, lo que pudiéramos llamar la política militar de Fernando III.

Convencido el santo rey de la necesidad del concurso de la marina para el éxito de la empresa, había encomendado al ilustre Ramón Bonifaz, Alcalde mayor de Burgos, la formación de una escuadra, cuya construcción es gloria que se disputan varias villas marítimas de las Montañas de Burgos, que es el nombre antiguo y tradicional de la actual provincia de Santander, razón por la cual en Andalucía, que ha sido para ellos en todo tiempo otra América, llamamos aún montañeses a los hijos de aquella bella región. La escuadra formada en los puertos del bravío mar Cantábrico, dió pronto la vuelta a las costas del Oeste de la península, y en el verano de 1247, libraba en la desembocadura del Guadalquivir una batalla con las naves africanas, a las que derrotó, y remontando el río, anclaba a mediados de agosto en el sitio nombrado la Torre de los Herberos.

El día veinte de aquel mes, en que la Iglesia celebra a San Bernardo, comenzó el verdadero asedio de la ciudad, que fué cercada, materialmente, por las tropas cristianas. El Maestre de Santiago, Pelay Pérez Correa, tomó a Gelves y el castillo de Aznalfarache, en el que se estableció; el infante don Alfonso, heredero de la corona, asentó su campamento en Camas; frente al arrabal y puerta de Macarena, y puertas de Córdoba, del Sol y del Osario, se establecieron otras huestes; detrás del arrabal de Benahoar las del Arzobispo de Santiago, y el santo rey asentó sus reales en Tablada y poco después en el cerro de Cuartos, no siendo creíble que lo estableciese, como pretenden algunos escritores, en el prado de las albercas o de San Sebastián, antes de lle-

varlo a Cuartos, pues la lectura de la Crónica de Alfonso X dice, muy claramente, que estuvo siempre del lado allá del Guadaira, y que entre éste y la ciudad no tuvo su asiento hueste alguna. Pondera la Crónica el buen orden del campamento del santo rey, que dice semejaba una ciudad con sus calles y plazas, sus mercaderes, multitud de menestrales agrupados por oficios y otras muchas curiosidades, como era necesario para el asedio de una población fuerte, cuyo sitio había de durar largo tiempo, y cuya numerosa población, que algunos hacen llegar a trescientas mil almas, era hasta un aliciente para los sitiadores, que sabían desde niños el refrán castellano de *a más moros más ganancia*.

La Crónica es prolija en pormenones de las muestras de arrojo, valor y aun temeridad en algunos casos, dadas por muchos de los sitiadores y que han immortalizado los nombres de Alonso Tello, Lorenzo Suárez de Figueroa, el Maestre Pelay Pérez Correa, y sobre todo de aquel Garci Pérez de Vargas, prototipo de caballeros, de quien dijo D. Lorenzo Suárez de Figueroa, en cierta ocasión en que lució su esfuerzo y su valor, que aquel día había hecho ser buenos a la fuerza, y a cuya espada compuso un poeta las conocidas estrofas:

«De Fernán González fui,
De quien recibí el valor,
Y no lo adquirí menor
De un Vargas a quien serví.
Soy la octava maravilla
En cortar moras gargantas,
Yo no sabré decir cuantas,
Mas sé que gané a Sevilla».

aunque sea imposible sostener, vista el arma que como tal se exhibe, que haya podido ser del fundador del condado de Castilla, lo cual no quita un ápice de valor a la importancia del personaje que tanto se distinguió en la conquista de Sevilla, donde siempre se le ha considerado como la segunda figura de aquel suceso, y el saber popular ha agregado a aquellos versos, que citábamos otro día, como síntesis de la historia antigua de la ciudad y que dicen:

Hércules me edificó,
Julio César me cercó
de muros y torres altas...

los otros dos siguientes:

Y el santo rey me ganó
Con Garci Pérez de Vargas.

Nuestro municipio, que no había tenido para con los héroes de la reconquista un recuerdo que perpetuase sus nombres fuera de los rótulos de algunas vías, dedicando al santo conquistador una plaza y una calle, otra calle a Garci Pérez, en la collación de San Bartolomé, otra en Triana a Pelay Correa y una serie de ellas en el arrabal de Benahoar, o de San Bernardo, que se llaman de Santo Rey, Almonacid, Tello, Gallinatos, Campamento, Huestes, Tentudía y Valme, dando a otra el de Cofia por alusión a una prenda de este nombre que usaba en la cabeza Garci Pérez por su extremada calvicie, y que habiéndola perdido hubo de realizar una gran proeza para recuperarla; el municipio, repito, ha procurado recientemente reparar esa injusticia erigiendo su

monumento al santo conquistador ante sus casas capitulares, en el que aparece su estatua ecuestre y en el pedestal las de su hijo el rey sabio, del Arzobispo D. Remondo, de Ramón Bonifaz y de Garci Pérez de Vargas, sus grandes colaboradores en la conquista y repoblación de nuestra ciudad.

Volviendo al relato del sitio, hay que consignar que cumplido el plazo de seis meses de la tregua concertada con Carmona, ésta se había entregado a Fernando III, evitándole así perder tiempo en vencer a un enemigo a quien no convenía dejar a la espalda y pudiéndose dedicar con el ejército a apretar el cerco de Sevilla y a evitar la entrada de socorros por la margen derecha del Guadalquivir, lo que logró el Almirante Bonifaz el 3 de mayo de 1248, rompiendo la puente de barcas merced al esfuerzo de dos de sus galeras, dirigida una de ellas personalmente por él, conque embistió a la puente, rompiéndola y dejándola maltrecha. A duras penas, cual decir se suele, pudo resistir la ciudad seis meses después de este suceso, no obstante que los moros de Lebrija y Jerez, por el Sur, y los de Tejada y Niebla, por el Oeste, hostilizaban al ejército cristiano, y después de largos tratos, el 23 de noviembre se firmó la capitulación, entregándose a los designados por el monarca el Alcázar, verdadera fortaleza, en una de cuyas torres la tradición señala como tal el torreón que hoy llamamos de Santo Tomás—ondeó desde aquel día el estandarte de Castilla.

Sobre los tratos de la entrega se ha fantaseado mucho, y cuanto se dice de que los moros exigieran demoler la mezquita, o al menos, destruir el alminar, construyendo otra torre, y de que solicitaran quedar dueños de media ciudad levantando una muralla interior que la dividiera en dos partes, así como las contestaciones que se atribuyen al santo rey y a su sabio hijo de que por una teja de la mezquita o un ladrillo de la torre a que se tocara, no dejarían persona con vida, son cosas inventadas mucho tiempo después, leyendas muy hermosas que la historia no puede recoger.

Se dió a los moros un mes de plazo para evacuar la ciudad los que no quisieran convertirse, y en dicho tiempo salieron muchos, unos por el río para Marruecos, otros por tierra a Lebrija, Jerez y otras poblaciones del Sur, de donde, en su mayor parte, tuvieron más adelante que marchar también a Africa. Algunos, no obstante, quedaron en Sevilla, así como un núcleo importante de judíos, según hemos de ver en la lección próxima, y expirado el plazo para la evacuación, el 22 de diciembre hacía el ejército cristiano, con su monarca al frente, su entrada triunfal en Sevilla, y purificada la mezquita por el Arzobispo de Toledo, era bendecida como Iglesia cristiana dedicada a la Asunción de la Virgen con el título de Santa María la Mayor.

La entrada, según tradición que recogió el doctísimo humanista Juan de Malara, tuvo lugar por la antigua puerta de Goles, llamada después Real; el séquito debió ser brillantísimo, formando en él la real familia, los Prelados y ricos hombres, los Maestres y Caballeros de las Ordenes Militares, muchos extranjeros y porción importante de las huestes que habían tomado parte en el asedio.

Tres años y medio vivió San Fernando después de conquistada la ciudad, y dedicó ese tiempo a asegurar la nueva población de caballeros, menestrales y hombres libres, engrandeciéndola con singulares mercedes y privilegios, concediéndole en 15 de enero de 1250 el Fuero de Toledo, premiando con casas y tierras a los que en la conquista habían tomado parte y a los nuevos pobladores que a su llamamiento acudieron, y organizando sus Cabildos secular y eclesiástico.

No es de extrañar que la concesión del Fuero sea en más de un año posterior a la entrada en la ciudad, porque en los primeros momentos posteriores

a la reconquista, Sevilla no pudo ser otra cosa que un campamento de las huestes, siquiera fuese mas amplio, cómodo y seguro que el del cerro de Cuartos; pues así lo exigía la seguridad de la población y la posibilidad de un ataque de la morisma, que poseía el territorio desde Utrera a Cádiz y desde el Guadalquivir a la sierra de Matrera por el Sur y los pequeños reinos de Tejada y Niebla por el Oeste. En dos años agregó San Fernando a su corona, Lebrija, Arcos, Medina Sidonia, Alcalá de los Gazules, Jerez, Trebujena, Sanlúcar de Barrameda, Rota y la misma Cádiz, pero todo este territorio volvió a perderse, recuperándolo Alfonso X, teniendo la frontera muchas variaciones, que han quedado perpetuadas en las palabras *de la Frontera*, que aún conservan en sus nombres Morón, Arcos, Jerez, Vejer y otras poblaciones.

A la Iglesia de Sevilla, que restauró en su dignidad de Metropolitana de la Bética, concedió como renta el diezmo que correspondía a la Corona, sin más excepción que el del ajarafe y figueral, es decir, de olivos e higueras de todo el territorio, no del Ajarafe y Ribera de Sevilla, como se lee en algunos autores. Dió también a su Catedral y Arzobispo cuantiosos bienes, un tiempo pro indivisos, y partidos más tarde, por mutuo acuerdo, entre la Mitra y el Cabildo, y en los diezmos antes referidos incluyó los de los territorios de los antiguos obispados sufragáneos, a medidas que se reconquistaran, hasta tanto que fuesen restaurados. Aunque desde el principio debió tener Sevilla como sufragáneos la Obispada de Córdoba y Martos, restaurado este último en Jaén, como éstos habían sido agregados a Toledo al tiempo de su conquista, allí quedaron hasta mediados del siglo XIX, careciendo Sevilla de sufragáneos hasta que más adelante se creó la diócesis de Cádiz, se unió el Algarbe a la Corona de Castilla, y lo fué el de Silves, se conquistaron las islas Afortunadas y se fundó el del Rubicón, que más tarde se llamó de Canarias, y por último el de Málaga, de que se la desposeyó en el Concordato de 1851.

Cargado de merecimientos, cubierto de gloria y bendecido por su pueblo el santo rey entregó su alma al Creador en los últimos días de mayo de 1232, en el Alcázar de Sevilla. La aureola de su santidad y el brillo de sus conquistas han sido causa de que para muchos pasen inadvertidas sus dotes de eminente político que transformaron los reinos de León y Castilla, uniéndolos definitivamente, su gran cultura, que contribuyó en grado eminente a la perfección del habla castellana, por él comenzada a usar en documentos oficiales, y al fomento de nuestra literatura, y otras muchas dotes que le adornaron. Elevado a los altares, su cuerpo es reliquia inestimable que guarda la ciudad de Sevilla.

El 2 de junio de 1252 era proclamado en nuestra ciudad Alfonso X, a quien la posteridad había de apellidar el Sabio. Tenía el monarca treinta y un años de edad, estaba casado con doña Violante, hija del rey de Aragón, y ya se había distinguido en la conquista del reino de Murcia y en la de Sevilla y su comarca. Confirmó a la ciudad sus privilegios y fijó, aumentándolos, los términos de su territorio, haciendo lo mismo con las donaciones a la Iglesia, que aumentó con todas las mezquitas de la ciudad, salvo tres que reservó para sinagoga de los judíos.

Lo que San Fernando hizo con los territorios situados al Sur de Sevilla, quiso hacer Alfonso X con los del Oeste, con tan buena fortuna, que Tejada y su Campo, Niebla y todo el Sur de Portugal, o sea el Algarbe, cayeron rápidamente en su poder. Convencido por las repetidas pérdidas de Jerez y otras poblaciones, de la necesidad de poseer una escuadra que impidiese el acceso y el comercio de los africanos a las costas andaluzas, fundó en Sevilla un verdadero Arsenal, que no otra cosa fueron aquellas famosas Atarazanas de dieciséis amplísimas naves construídas en el Arenal, contiguas a los muros de

la ciudad, entre los postigos que se llamaron del Aceite y del Carbón, como atestiguan muchos restos del primitivo edificio y una interesantísima lápida conservada en la fachada de la Iglesia del Hospital de la Santa Caridad.

Sevilla le debió, a más de la fijación de sus términos, la fundación de escuelas de latín y de arábigo, la llamada a la ciudad de muchos físicos *de allende*, acaso sus colaboradores en los libros del saber de astronomía, para los que pidió a la Iglesia una de las mezquitas de las que había hecho donación, situada en el Alcázar viejo, y la concesión de tres ferias, de las que solo ha quedado un vago recuerdo en el antiguo mercado llamado *del Jueves*, que se celebra donde aquellas tenían lugar, razón del nombre de *la Feria* que llevan la calle y el barrio.

Completó Alfonso X el repartimiento de casas y tierras comenzado por su padre y rescató los lugares de que los moros se habían vuelto a apoderar, y ufanándose de la conquista de Cádiz, quiso hacer de ella y lo llevó a término, cabeza de un Obispado, sucesor del antiguo asidonense. Apoderóse por el Este de Estepa, que entregó a la Orden de Santiago, y reunió Cortes en nuestra ciudad en 1260, primeras que en ellas se celebraron.

Mucho sufrió Sevilla durante el reinado de este monarca por haber pesado sobre ella parte muy principal de las empresas militares ya mencionadas, así como en el intento frustrado de reconquistar Algeciras del infante D. Fernando de la Cerda, en la lucha con los Benimerines africanos, que llegaron a apoderarse de Ecija y casi a entrar en Sevilla, y con otra derrota posterior en Algeciras que fué muy cruenta a los sevillanos.

Estando en Sevilla el sabio monarca padeció una grave enfermedad a la vista e hizo voto a Santa Ana de edificar en su honor un templo, lo que cumplió al recuperar la salud, comenzando las obras que fueron de larga duración. El templo es el bellissimo de Santa Ana de Triana.

No son interesantes para la historia de Sevilla los acontecimientos relativos al nombramiento de Emperador de Alemania, recaído en Alfonso X, no por herencia, que aquella corona era electiva, sino por los manejos políticos de la casa de Suavia, a la que la madre del rey sabio pertenecía, y de los demás príncipes del partido gibelino, en oposición a los deseos de los güelfos, favorecidos por el Pontífice, pero sí la tienen excepcional las disenciones con su hijo Sancho, que, a la muerte de su hermano D. Fernando de la Cerda, aspiró a ser designado como sucesor en el trono, con evidente violación del derecho de sus sobrinos. También sobre estos infortunios de Alfonso X, se ha fantaseado mucho y por ahí corren, impresa muchas veces, una famosa carta del monarca a D. Alonso Pérez de Guzmán, y algunas estrofas de un libro llamado de *las Querellas*, evidentemente apócrifos, engendros de los genealogistas, que la crítica no puede admitir. En la lucha entre el monarca y su hijo Sancho, hubo momentos en que casi toda la nación se declaró por el hijo; fué ello en 1283 y ésta es la fecha en que se coloca la concesión del lema *No-8-Do*, colocado al pie de las armas de Sevilla como testimonio de fidelidad y de no haber abandonado nunca a su rey que en Abril de 1284 murió en el Alcázar sevillano, mandándose enterrar al pie del sepulcro de su padre.

La figura de este monarca ha sido juzgada de muy diversas maneras. Calificáronlo unos de *estrellero*, por sus aficiones astronómicas, y lo inculparon de que por mirar al cielo descuidó las cosas de la tierra. Más severas censuras mereció a otros su empeño en tomar posesión del imperio alemán, en lo que si hubo alguna culpa es, francamente juzgado, bien disculpable: échanle en cara otros sus veleidades en lo referente a la sucesión de la corona, reconociendo unas veces a D. Sancho y maldiciéndole y desheredándole otras. Su importancia como guerrero, legislador, hombre de ciencia y como poeta está

universalmente reconocida, considerándosele como la primera figura del siglo XIII en nuestra patria. Cuando, en el pasado siglo, se terminó el edificio que alberga, en la Corte de las Españas, la Biblioteca Nacional, se colocaron dos estatuas sedentes en la escalinata que precede al pórtico principal, la elección de quienes habían de representar allí a la cultura española no ofreció duda, uno fué San Isidoro de Sevilla, el otro Alfonso X el Sabio.

LOS DOS CABILDOS.—De los días de la reconquista de la ciudad, del período de su historia que en esta lección estudiamos, son ambos Cabildos las dos corporaciones que, en el orden civil y en el eclesiástico, representaron a Sevilla, tan acordes y concertadas siempre, que en un principio celebraron sus reuniones en un mismo edificio, ya desaparecido, del Corral de los Olmos, y cuya unidad de sentimientos hizo que nuestro analista le dedicase la acertada frase de «*Concordia felix*».

El Cabildo secular, llamado también la Ciudad, y más vulgarmente el Ayuntamiento, no debe confundirse con el Concejo, concepto más amplio que abarca en un sentido todo el territorio de la ciudad, y en otro, que es al en que aquí nos referimos, todos los hombres libres que moran en lo que pudiéramos llamar la villa. Este Concejo consta que se reunió algunas veces, en los primeros tiempos de la repoblación de Sevilla, en las gradas de la Catedral, en el lugar llamado plaza de Santa María, espacio de terreno circunscripto por la Catedral, la torre, la puerta de los Palos, que daba ingreso al Corral de los Olmos, las casas arzobispales y las particulares que mediaban desde el arco de ingreso a la calle de los Placentines, a la plaza de los Gorreros, actual entrada de las calles de Argote de Molina, Conteros y Alvarez Quintero, llamadas en tiempos antiguos del Ciprés, de los Torneros y de las Escobas. La autoridad que en nombre del rey, único señor de la ciudad y de ese común de vecinos, regía y gobernaba la población, era la Justicia y Regimiento de la ciudad, o sea el Cabildo secular, el cual, desde el principio, se reunía en diversos lugares de la Catedral, como fueron el Colegio de San Miguel, la Sala Capitular de los Canónigos en el Corral de los Olmos y, por último, una edificación construida sobre esta sala, hasta que, andando el tiempo, se trasladó a una de las pescaderías de la ciudad, en la plaza de San Francisco, labrando la parte monumental del edificio que hoy ocupa.

El cargo más importante de este Cabildo era el de Alguacil Mayor, de nombramiento real, y que siempre recayó en la nobleza, al que correspondía presidir el Concejo y el Ayuntamiento y hacer cumplir los acuerdos de ambas corporaciones y de los Alcaldes; rondaba el Alguacil Mayor la ciudad con sus auxiliares y era el caudillo de las milicias concejiles, llevando el pendón de la ciudad, siendo, por tanto, sus funciones administrativas y militares. Su esfera de acción era amplísima y para lo no militar tenía a sus órdenes alguaciles menores de diversas categorías, entre los que ocupaban el primer lugar *veinte de a caballo*, elegidos por las collaciones, hecho que dá lugar a varias dudas, como veremos otro día; pero ni estos veinte ni la tropa de alguaciles que le seguía, pertenecían al Cabildo de la ciudad.

Seguían en importancia al Alguacil Mayor los cuatro Alcaldes Mayores, también de regio nombramiento, con grandes atribuciones administrativas y judiciales, siendo en este último orden jueces de apelación de las resoluciones de los Alcaldes ordinarios, si bien de sus sentencias podía apelarse a los Alcaldes del rey y a los del Adelantado mayor de la frontera. Por bajo de ellos, sin pertenecer al Cabildo, estaban los Alcaldes ordinarios, que acaso en un principio fueran también cuatro, pero que llegaron a ser seis, cinco de ellos

para los pleitos civiles y uno, llamado el Alcalde de la Justicia, para lo criminal. A los Alcaldes Mayores correspondía todo lo referente al abasto de la ciudad y mucho de lo que llamamos hoy policía urbana, teniendo también para estos asuntos muchos subordinados que no pertenecían al Cabildo.

Los Veinticuatro Caballeros que formaban parte del Cabildo, eran también de nombramiento real, pero a propuesta de la ciudad, aunque el rey podía nombrarlos libremente.

Seguían en importancia a éstos los Jurados, que aparecen citados ya en documentos oficiales de 1253, los que, según unos fueron cuarenta y dos en un principio, reducidos más tarde a cuarenta y aumentados posteriormente. Eran elegidos por los vecinos de las collaciones, y representaban a los hombres libres, comerciantes, industriales, agricultores y pequeños propietarios en la corporación. Era cargo muy estimado y honorífico y llegaron a tener sus reuniones peculiares, llamadas Cabildo de Jurados; su funciones eran administrativas y militares, lo más molesto del cargo fué indudablemente la formación que a ellos correspondía del padrón de pecheros y los repartimientos de impuestos y servicios a los vecinos de su collación.

Figuraban después de los Jurados los Mayordomos de Cabildo, a cuyo cargo estaba la cobranza de las rentas concejiles y el pago de lo acordado por la corporación y el Escribano de Cabildo, que parece fué uno al principio, aunque luego se amplió el número. Por bajo de ellos, sin pertenecer al Cabildo, había una serie de cargos muy importantes, como el de Maestro Mayor de las obras, y otros, todos ellos de nombramiento de la ciudad.

Andando el tiempo, el Cabildo secular tuvo muchas modificaciones, entrando a formar parte de él ciertas personas por razón del cargo que desempeñaban, como el Alcaide de los reales Alcázares, el Alcalde de la Hermandad y, sobre todo, el Asistente, cuando se creó este cargo, que fué su presidente nato.

Tenemos, por fortuna, estudios bien hechos de nuestro Cabildo Secular, y quien desee conocer a fondo su organización puede consultar la *Historia del Ayuntamiento de Sevilla*, de D. Joaquín Guichot, Cronista Oficial que fué de la ciudad, *El Concejo de Sevilla*, *Las Milicias de Sevilla*, y otros trabajos del docto investigador D. Nicolás Tenorio, fallecido hace pocas semanas.

El otro Cabildo es el eclesiástico, senado y consejo del Arzobispo, que se nombra siempre «Deán y Cabildo de la Santa Iglesia de Sevilla», integrado por Dignidades, Canónigos, Racioneros y Compañeros, por bajo de los cuales había una porción de capellanes y subalternos no pertenecientes a la corporación. Los Dignidades habían de poseer otra prebenda en la Iglesia, fuese canongía, ración o media ración, así es que no hacían número para el de los prebendados. Estas dignidades eran al principio: Deán, Arcediano de la villa, Chantre, Maestrescuela Tesorero y Arcedianos de Ecija, Cádiz, Reina y Niebla, o sean en total nueve, porque la de Prior de las ermitas, aunque antigua, parece que se creó más tarde. En nuestra Catedral no hubo nunca Arcipreste hasta el Concordato de 1851, y lo mismo ocurrió en casi todas las Catedrales españolas, las que lo tuvieron, como ocurrió con la de Málaga al restaurarse por los Reyes Católicos, llevaba aneja la cura de almas del territorio de la parroquialidad del Cabildo. Siglos después, en tiempos del Arzobispo D. Diego Hurtado de Mendoza, se crearon dos dignidades nuevas, la Capellanía Mayor, no de Reyes sino de la Catedral, y el Arcedianato de Carmona; la primera, para la que fué nombrado Maese Rodrigo Fernández de Santaella, no llegó a tener realidad por falta de dotación; prosperó la segunda porque el clérigo carmonés Juan de Carmona, en honor de su Patria, la dotó pingüemente. Veamos algo de estas Dignidades.

El Deán es la primera silla *post pontificalem* y a él correspondía la presidencia de la corporación. Al Chantre, llamado también Capiscol, de *Caput Escolæ*, o sea cabeza o jefe de la escuela de cantores, correspondía la dirección del canto coral. Misión del Maestrescuela era escribir las cartas o comunicaciones a nombre del Cabildo, guardar el sello de éste, y dirigir el estudio o escuela de gramática que la Catedral tuvo desde sus primeros días. El nombre de Tesorero indica muy claramente su misión, pero siempre le correspondió en las Catedrales españolas el cuidado y guarda de la biblioteca, lo que indica la alta estima en que los Cabildos tenían esta dependencia.

Los Arcedianatos fueron cinco, uno de los cuales se nombró al principio de la villa y más tarde de Sevilla, era el principal, hasta el punto de ser la segunda figura del Cabildo, llamándose por esto los lados del Coro, Coro del Deán y Coro del Arcediano, no del Arzobispo, como se lee en algún libro, pues éste tiene, y tuvo siempre, su silla en el lugar principal y eminente entre ambos coros, teniendo a su derecha al Deán y a su izquierda al Arcediano, cada uno de los cuales ocupaba la primera silla de su coro. Prescindiendo de la importancia canónica de los Arcedianos, patente aún en el acto de conferir las Sagradas Ordenes los Prelados, tuvieron estas dignidades una importancia grande en la recaudación de las rentas, en tiempo antiguo. Dicen algunos autores que era costumbre al establecer un Obispado tomar como centro su Catedral, y trazar, imaginariamente desde ella una cruz cuyos cuatro trazos se dirigieran a los cuatro puntos cardinales, constituyéndose cinco Arcedianatos, uno en el centro, con el título de la villa en que radicaba la Iglesia, y otro en cada uno de los cuatro extremos, dándoles el nombre de la población más ilustre de aquella parte del territorio. Así parece debió hacerse en Sevilla y así se llamaron los Arcedianatos, de la villa el central, de Ecija el del este, de Cádiz el del sur, de Reina, que no falta quien nombre de Constancia o Constantina, el del norte y de Niebla el del oeste. El tercero de estos Arcedianatos cambió pronto el nombre, llamándose en adelante de Jerez en vez de Cádiz, hecho que ocurrió así: Alfonso X, que había reconquistado a Cádiz por segunda vez, deseó establecer allí un Obispado a lo que, como era natural, se opuso la Iglesia de Sevilla, pero una vez más se confirmó el adagio que dice «allá van leyes do quieren reyes» y el monarca consiguió su deseo buscándosele al asunto la forma de que no se creaba una iglesia episcopal nueva, sino que se restauraba en Cádiz el antiguo Obispado Asidonense, del que Medina Sidonia, lugar de la antigua sede, quedó como cabeza de Arcedianato. La división de las diócesis se hizo tomando como límite el río Guadalete, cuya margen derecha quedó para Sevilla y la izquierda para Cádiz, división que aún perdura y es la razón de porqué el Puerto de Santa María, tan cercano a Cádiz no pertenece, sin embargo, a su diócesis, sino a la de Sevilla. El Obispado gaditano tuvo, pues, a su creación un pequeño territorio que recibió aumento al conquistarse Algeciras, en el reinado de Alfonso XI, pero aun a fines del siglo XV su Obispo D. Juan Fernández de Solís, era Vicario del Arzobispo de Sevilla, el Gran Cardenal Mendoza, y aquí residió casi siempre.

El Prior de las Ermitas, tenía jurisdicción sobre todas las ermitas de la Diócesis.

Las Canongías fueron cuarenta, todas iguales, pues las cuatro llamadas de Oficio son muy posteriores, las dos peculiares de la Iglesia española, Magistral y Doctoral, creadas para Maestros en Sagrada Teología la primera y para Doctores en Derecho Canónico la segunda, fueron creadas en tiempo de los Reyes Católicos y las otras dos, de disciplina general de la Iglesia, Penitenciaría y Lectoral, se crearon posteriormente. Mucho tiempo después una de

las canongías se anejó al Santo Oficio y otra se fraccionó para hacer de ella tres prebendas para cantores.

Las raciones enteras fueron veinte, la última de las cuales era la del *Magister puerorum*, y venía a ser media, pues su poseedor había de partirla con los niños cantorecos, origen de nuestros *seises*, institución sobre la que dejó un interesante libro mi maestro y amigo D. Simón de la Rosa. Veinte fueron también las medias raciones, a cuyos poseedores se llamó en lo antiguo *compañeros*, y más tarde *medio racioneros*; uno de ellos fué, andando el tiempo, *el tañedor de los órganos*, pero este oficio no lo creó el Cabildo hasta 1507 y se aprobó en 1520 por bula de León X.

Con los dichos se completaba el Cabildo, pero por bajo de ellos existían el sochantre, los veinte capellanes encargados del canto, que formaban una corporación llamada la Veintena, que llegó a tener Cofradía, hospital y bienes propios y cuya historia, como tantas otras, está por escribir. Por bajo de estos veinteneros había numerosos capellanes, sacristanes, mozos de coro y otros dependientes.

El clero de la diócesis comprendía dos Abadías, San Salvador de Sevilla y San Salvador de Jerez de la Frontera, con su Abad y canónigos cada una; cuatro Prioratos, La Algaba, Aroche, Aracena y el Puerto de Santa María y numerosas Vicarias, que venían a ser lo que los actuales Arciprestazgos, y multitud de Beneficios Parroquiales, Curatos y Capellanías.

EL REPARTIMIENTO.— Una vez conquistada la ciudad comenzó San Fernando la distribución de casas y tierras, que continuó y llevó a término su hijo el rey sabio, siendo de lamentar que no tengamos el documento oficial o un fiel trasunto suyo si es que alguna vez existió, o, de no haber existido, el registro o índice que de las mercedes que se iban haciendo hubo necesariamente de llevarse. Aun careciendo de todo ello, las listas que con este nombre insertó Espinosa de los Monteros en su *Historia*, las de que se valió el analista Ortiz de Zúñiga y los varios manuscritos que con este nombre se conservan, son de capital importancia, teniendo muchos indicios de ser trasuntos de la verdad, pues son muchos los hallazgos de documentos de titulaciones de fincas que han venido a confirmarlos.

Los privilegios nos han conservado los nombres de los que tuvieron a su cargo el reparto de la tierra, y a cuyo frente estuvo D. Remondo, Obispo de Segovia y luego primer Arzobispo efectivo de Sevilla, ya que un hijo de San Fernando solo lo fué titular. Don Remondo fué grande amigo y compadre del santo rey y conservó íntima amistad con Alfonso X; él fué el organizador de la Iglesia de Sevilla.

En el reparto se incluyó a cuantos habían tomado parte en la reconquista de la ciudad, a los nuevos pobladores que a ella acudieron y a varios santuarios castellanos y leoneses tales como muchos monasterios toledanos, San Isidoro de León, Santa María de Rocamador y el Hospital de Roncesvalles.

La familia real recibió muchos edificios y grandes extensiones de tierras, viñas y huertas, y si la memoria de algunos se ha perdido se debe a circunstancias muy complejas. Esta familia real la componían la reina D.^a Juana de Pontiheu, llamada generalmente por nuestros cronistas de Pontis, segunda esposa de Fernando III, que viuda de este monarca se ausentó pronto a Francia, donde volvió a casarse, lo que le hizo perder la estimación de los castellanos, y donde fué harto desgraciada; la reina D.^a Violante, esposa de Alfonso X; los hermanos de éste, unos de doble vínculo, como D. Fadrique, D. Enrique, D. Felipe, D. Sancho y D. Manuel, o sólo consaguíneos, como D. Fer-

nando y D. Luis; el hermano de San Fernando, infante D. Alfonso de Molina, cuyo nombre quedó hasta tiempo muy reciente en un trozo de la muralla del Alcázar viejo, llamada *el adarve del Infante de Molina*, y en una barrera de la antigua Botica de las Aguas, llamada hoy calle de Guzmán el Bueno; y D. Rodrigo Alonso, hermano no legítimo del santo rey. También fueron favorecidos D. Alonso de Aragón, hermano de D.^a Violante, y D. Pedro de Portugal.

Las órdenes militares de Santiago, Calatrava y Alcántara, netamente castellanas, y las extranjeras, pero naturalizadas aquí, de San Juan de Jerusalén y del Temple, alcanzaron todas grandes posesiones, lugares poblados y casas en Sevilla, donde aún restan como recuerdo de ellas Santiago de la Espada, San Benito de Calatrava, la memoria del barrio de San Juan de Acre y el nombre de Alcántara en una calle.

Los Prelados que habían concurrido a la conquista recibieron heredades que, por regla general tomaron los nombres de sus diócesis, razón por la que la bajada al Guadamar desde Macar Alcoraín, finca que se dió al Obispo palentino, lleva aún el nombre de cuestras de Palencia. Varias órdenes religiosas, de hombres y mujeres, recibieron extensos solares en que se levantaron los antiguos monasterios de Sevilla, como San Francisco, San Pablo y San Benito, Santa María de las Dueñas y otros.

También recibieron su porción los caballeros extranjeros que, a semejanza de cruzados, habían asistido al asedio, como el Conde de Urgell, Micer Uberto y Micer Enrique, sobrinos del Pontífice Inocencio IV, y otros, así como los ricos hombres castellanos, leoneses y de otras regiones, y los monteros, ballesteros y demás gente de las huestes del rey y del príncipe, muy señaladamente la gente de la mar, que pobló un barrio de Sevilla que de ellos tomó nombre.

Heredaron casas en Sevilla y posesiones en las cercanías, doscientos caballeros, con los que se quiso asegurar la población, los prebendados de la Iglesia y los artesanos que en Sevilla se establecieron.

Reservó Alfonso X para sí algunos lugares, unos como cillero o cilla, lugar en que se recogían las rentas, sobre todo en especie, otros para almacenes, que hoy llamaríamos parques militares, lugares en que se guardaban y reparaban los pertrechos de guerra. El resto del territorio lo dió a Sevilla, la ciudad por él tan amada, de la que en sus libros históricos se hace tan cumplido elogio. Los privilegios concedidos a Sevilla son el mejor testimonio de ese amor.



LECCIÓN VI

División de la ciudad. - La morería. - La judería.
El pueblo cristiano. - Las collaciones primitivas.
Sus sucesivos aumentos.

DIVISIÓN DE LA CIUDAD.—Conquistada Sevilla por el santo rey, repartidas sus tierras y casas por el mismo monarca y por su hijo Alfonso X, alejados los moros de sus inmediaciones con las conquistas de Tejada y Niebla, por el oeste, Estepa, por el este y Matrera, Arcos, Jerez y Cádiz, por el sur, pudieron ya quedar seguros y tranquilos los pobladores sevillanos, muchos de los cuales eran venidos de Castilla y otras partes a sustituir a los primeros que no quisieron permanecer aquí. Quedó la población constituida y formada por gentes que profesaban tres diferentes religiones, lo que marcaba en la vida una separación más honda y profunda que en nuestros días, diferenciándose los tres grupos en sus costumbres, en sus trajes o indumentaria y hasta en su lengua, aunque todos hablasen el naciente romance castellano, que tan de veras había favorecido Fernando III. Hubo, pues, una gran masa de población cristiana que constituía la mayoría de los habitantes de la ciudad, un núcleo de judíos, bastante importante, y otro menor de moros, por que la mayor parte de los que habitaban la ciudad al ser reconquistada, habían emigrado.

Estos tres grupos, viviendo, como vivieron, en un relativo aislamiento, constituyeron la primera y más antigua división de la ciudad. Sólo los cristianos tuvieron la plenitud de los derechos civiles y políticos; sólo ellos elegían y podían formar parte del Cabildo y Regimiento, y sólo ellos podían alcanzar destinos de la ciudad. Los judíos vivieron como en una ciudad aparte, con una muralla que los separaba de los demás. Los moros tuvieron su barrio especial, acaso amurallado también, y de no estarlo, lo suficientemente aislado para formar otro pequeño mundo aparte. Esta división primitiva será el objeto de esta lección.

LA MORERÍA.—Un dédalo de callejuelas constituía, en el centro de la ciudad, lo que se llamó el Adarvejo, o la Morería, cuya situación fija muy bien nuestro analista al decir que algunos moros de los que quedaron y de los que

vinieron con el rey de Granada, poblaron el barrio designado con los nombres dichos, entre las parroquias de San Salvador, San Pedro, Santa Catalina y San Isidoro. En efecto, entre esas parroquias, en el punto en que sus collaciones o distritos convergen, o sea en la actual plaza de Argüelles y las calles que la circundan hasta salir a las nombradas de la Alhóndiga, de los Boteros y de Ortiz de Zúñiga, allí estuvo la Morería sevillana, sin que esto arguya que no hubiese moros en algunos otros lugares de la ciudad, pues los nombres de plaza de los Moros, que llevó un tiempo la de Godínez y de calles de los Moros que ostentaron las actuales del Heliotropo y de Sánchez de Castro, o del Moro, como la de Jerónimo Hernández, así parecen demostrarlo, aparte de que muchos quedaron en los campos y acaso para su alojamiento estuviese reservado el Mesón de los Moros que dió nombre a una calle de la judería, en la cual hubo otra llamada del Moro muerto, hoy de Reinoso.

Sin duda estos moros, o la mayor parte de ellos, hubieron de abandonar sus antiguos típicos trajes, vistiendo como los cristianos, lo que motivó que en 1408, reinando Juan II, en las Cortes de Guadalajara, se mandase que los moros llevasen en lugar visible una señal de paño azul en forma de media luna en cuarto menguante, casi redonda, uniendo una punta con la otra.

En ese barrio, del que no quedan más vestigios que algunos restos de callejas, vivieron tranquilos y pacíficos los moros sevillanos, sin causar ninguna inquietud y pagando puntualmente sus tributos, dos siglos y medio cumplidos, ya que su expulsión no tuvo lugar hasta 1502, sucesó que omite el Analista, pero que está documentalmente probado por una curiosa escritura encontrada hace pocos meses en el Archivo de Protocolos de esta ciudad por mi amigo y compañero D. José Hernández Díaz, quien se apresuró a ofrecerme el hallazgo. El 12 de Febrero de 1502, habían dado los Reyes Católicos, en Sevilla, una real cédula, refrendada de Miguel Pérez de Almazán, y cometida al Asistente de Sevilla para que, habiendo mandado salir todos los moros de estos reinos, la hiciese publicar, y pusiese en secuestro y de manifiesto por inventario y ante escribano, las mezquitas *onsarios* y otros cualesquier bienes comunales que dichos moros tuviesen en común, sin consentir ni dar lugar a que persona alguna tomase dichas mezquitas, osarios ni bienes sin licencia de sus Majestades, y hacer que las mismas estuviesen limpias y cerradas. El magnífico señor D. Juan de Silva, Conde de Cifuentes, Alférez Mayor de sus Majestades y Asistente de Sevilla, cometió a uno de sus Tenientes el cumplimiento de lo mandado y el Licenciado Francisco de Comenon (?) se constituyó el martes 15 de aquel mismo mes, acompañado del escribano público Manuel Segura en la Mezquita, que era en la collación de San Pedro, dentro del Adarvejo de los moros, estando presentes Maestre Mohamed Recocho, Maestre Mohamed Dayma, Maestre Mohamed Saganche, Ali Aguja, Inza Tolledano, Ali Farán y Ali Mayón, *moros mudéjares*, dice el documento, vecinos de esta ciudad, les notificó la real cédula, que fué obedecida, notificada, cumplida y ejecutada sin ninguna contradicción.

Así terminó la morería sevillana, que según resulta del mencionado documento, no tenía más que una mezquita, que no debía estar muy lejos de la plaza de San Pedro, y sobre cuyo solar se había de establecer, andando el tiempo, la primera Fábrica de Tabacos de Sevilla y de España, edificio convertido más tarde en cuartel, y que al ser demolido, con otros, dió lugar a la actual plaza de Argüelles. El *onsario* u osario de que en la citada real cédula se habla, estuvo situado en las afueras de la ciudad, y la puerta por donde los moros sacaban sus cadáveres a enterrar tomó de éste el nombre del Osario, que aún conserva aquel lugar.

Una frase contiene la diligencia de cumplimiento de la real cédula, que

merece estudio detenido: es la que dice que aquella se practicaba en la Mezquita, dentro del Adarvejo de los moros. La palabra adarve significa muralla y lo mismo su diminutivo adarvejo, ¿estaría murado aquel recinto? Sospecho que sí, y de no estarlo, seguramente sus entradas, que acaso fuese una sola, estarían provistas de puertas para aislarla de noche, como las tenían las Alcaicerías y aun algunos barrios particulares, como ocurrió con el llamado de Doña Elvira.

El nombre de *Morería*, puesto en 1845 a una calleja de las del antiguo barrio, en uno de sus extremos, es el único recuerdo que de él ha quedado en la ciudad.

LA JUDERÍA. —Al tratar el analista Zúñiga del repartimiento de la ciudad, dice que Alfonso X dió a los judíos la gran Aljama, «que ocupó cuanto hoy, —son sus palabras— las parroquias de Santa Cruz, Santa María la Blanca y parte de la de San Bartolomé, con tres sinagogas». No dice el docto escritor si los judíos tenían, como parece probable, barrio separado en tiempo de los moros, ni en qué lugar estuviera, caso que no fuera el mismo en que quedaron bajo la dominación cristiana.

Sea de ello lo que quiera, es lo cierto que desde el repartimiento tuvieron los judíos su territorio particular dentro de la ciudad, de la que estaban separados por otro muro. Situada la judería al lado este del Alcázar, seguía por lo que fué Hospital del Rey, y la mezquita de los Osos, que hoy llamamos Santa Marta a la calle Mateos Gago, en la que tenía una puerta en lo que se llamó plazuela del Atambor y hoy es el comienzo de la calle de Rodrigo Caro y acaso otra en lo que hoy llamamos el Mesón del Moro, continuando el muro, que ha sido derribado hace poco al construir unas escuelas municipales, por delante de lo que fué famoso teatro, llamado el Corral de Don Juan, luego templo del Espíritu Santo, de los Clérigos Menores y hoy sirve de parroquia de Santa Cruz, hacia el convento de Madre de Dios, comprendiendo toda la manzana que ocupó éste por la calle de Federico Rubio a la de San Nicolás frente a cuyo templo tuvo su entrada principal por un arco que más tarde fué conocido con el nombre de Arco de las Imágenes. Seguía la cerca por la calle de los Toqueros, que hoy llamamos del Conde de Ibarra, en la que aun se conservan restos de esta muralla en la entrada de una barrédula y en dos casas contiguas, continuando por la plaza de las Mercenarias hasta la muralla exterior de la ciudad, que desde este punto le servía de límite hasta el Alcázar, con una puerta al exterior, la de Benahoar en tiempo de los moros, llamada más tarde, a fines del siglo XV, Puerta de la Carne, nombre que aun conserva aquel lugar.

Las tres sinagogas ocupaban una lo que luego fué parroquia de Santa Cruz, en la plaza actual del mismo nombre, edificio desaparecido a principios del siglo XIX, por lo que hasta hace poco llamaban los ancianos a aquel lugar «Santa Cruz la derribada»; otra era el actual templo de Santa María la Blanca, que, aunque muy renovado en el siglo XVII, aun conserva vestigios de lo que fué; la tercera, desaparecida totalmente, se alzaba en parte del solar que ocupa hoy el templo de San Bartolomé, llamado por ello en algunos documentos «San Bartolomé el nuevo», pues el primitivo templo parroquial de este nombre tuvo otro emplazamiento.

Tuvo esta judería, como era natural, su osario o cementerio propio, que estuvo situado fuera de la puerta de Benahoar o de Minjoar, como la llaman algunos, que, como queda dicho, era la única que la judería tuvo al exterior de la ciudad. El lugar que ocupó este cementerio se llamó después la Huerta de Espantaperros y sobre parte de él construyó el Ayuntamiento, en tiempo

de los Reyes Católicos, el Matadero, de donde procedió el nombre de Puerta de la Carne, dado a la de la judería.

A más de este territorio que los judíos obtuvieron en el repartimiento de Sevilla, muchos otros fueron heredados en las villas y lugares y a ellos repartió Alfonso X la alquería del Aljarafe llamada Paterna o Aldea de los Judíos.

La judería de Sevilla, como todas las de España, sufrió en varias ocasiones las iras populares, en ataques, atropellos y robos, pero en ninguna ocasión con la fuerza y violencia que en 1391, de la que los historiadores culpan, principalmente, al exagerado celo del Arcediano de Ecija, D. Fernando Martínez, el fundador del Hospital de Santa Marta, que contra los judíos predicaba continuamente. A principio de dicho año se cometieron algunos atropellos contra la judería y el castigo ejecutado en los culpables, el miércoles de ceniza 15 de marzo, por las autoridades de la ciudad, azotándolos, motivó un alboroto del pueblo con muerte de algunos judíos y robos en varias de sus casas. No obstante haberse publicado el perdón de aquellos delitos, el 6 de junio del mismo año se amotinó el pueblo nuevamente contra los judíos, asaltó la Aljama, saqueando sus casas y dando muerte a muchos, que algunos escritores hacen ascender a cuatro mil, número que considera excesivo el analista. El caso fué que la judería quedó yerma y despoblada en su mayor parte y hubo que poblar de nuevo aquel recinto lo que se hizo con cristianos.

Entonces el monarca Enrique III, que el año anterior había subido al trono, dispuso de los bienes que habían quedado sin dueño, dando a Diego López de Estuñiga, su Justicia Mayor, y a Juan Hurtado de Mendoza, su Mayordomo, las sinagogas de la ciudad de Sevilla con los bienes propios de las mismas y las demás fincas que los judíos tenían en común, entre las cuales se encontraba el osario. El privilegio de esta concesión se extravió, pero, haciéndolo constar así, expidió el monarca otro, confirmándolo, en 9 de enero de 1396. Aquel mismo año, López de Estuñiga compró a Hurtado de Mendoza su parte y quedó único dueño de aquellos bienes. Esta es la razón de por qué la casa ducal de Béjar, en nuestra ciudad, finca que Estuñiga constituyó como principal de su mayorazgo, se encuentra inmediata a Santa María la Blanca.

De este tiempo debe ser la donación de otra parte importante de la judería al Canciller Pero López de Ayala o a su hija Doña Elvira de Ayala de la que tomaron nombre el barrio, las casas, el baño, la huerta, más tarde el corral, famoso teatro, y en la actualidad la plaza que fué picadero de sus caballos, bienes que constituyeron un patrimonio que uno de los descendientes de Doña Elvira legó a la Orden de San Jerónimo y que ésta vendió a Don Alvaro de Portugal, progenitor de los Condes de Gelves, de cuyo mayorazgo formaron parte, pasando como tales a la casa ducal de Veraguas, que los poseyó hasta tiempos muy recientes.

Aunque en la donación real a Estuñiga y a Hurtado de Mendoza se incluían las sinagogas, no debió tener lugar la entrega de las mismas, pues es el caso que el Cabildo secular se incautó de ellas, y dejando una para uso de los pocos judíos que habían quedado, entregó las otras dos al Cabildo Catedral que agregó parte del territorio de la antigua judería a la feligresía o collación de Santa María la Mayor, y creó, para las necesidades espirituales de los nuevos pobladores, dos parroquias con el carácter o categorías de capillas de la Catedral, que fueron Santa Cruz y Santa María la Blanca, sin beneficiados parroquiales, sino con Curas nombrados por el Cabildo.

Transcurrió cerca de un siglo y reinando los Reyes Católicos la ciudad quiso disponer de los terrenos del antiguo cementerio de los judíos y el Juez de Términos de Sevilla y su tierra, licenciado Juan de la Rúa, los declaró, en 1479, propios de la misma; reclamó el Duque de Béjar, a quien se mandó se

reintegraran los terrenos, pero esto no debió tener efecto, pues el Matadero se edificó en aquel lugar y el litigio sobre ello duraba en 1520, fecha en que Carlos I, en la Coruña, dió en 9 de mayo, una real cédula mandando que se hiciera justicia en este asunto.

Los judíos españoles desde 1370, por mandato de Enrique II, a petición de las Cortes de Toro, llevaban una señal para diferenciarse de los cristianos, lo que hace suponer que habían ido abandonando sus trajes típicos: en 1405, reinando Enrique III, se mandó que la señal fuese redonda y roja y que se llevase en el hombro derecho. Por esto fueron llamados vulgarmente estas gentes, primero *judíos de señal*, luego *enalmagrados*.

Los pocos judíos que sobrevivieron en Sevilla en 1391, quedaron arrinconados en el fondo de la antigua judería, en el confin de la collación de San Bartolomé, y allí continuaron sus descendientes hasta que, en 1492, una vez conquistada Granada, decretaron los Reyes Católicos, en dicha ciudad, la expulsión total de los judíos de todos sus reinos, dándoles el plazo de cuatro meses para poner en cobro sus haciendas. En fin de Julio de aquel año, el Conde de Cifuentes, Asistente de Sevilla, ponía en ejecución el decreto y terminaba su existencia la Aljama sevillana. El pequeño territorio que en sus últimos tiempos ocupó, se incorporó a la collación de San Bartolomé, a la que su sinagoga sirvió de templo parroquial porque el antiguo era estrecho, según refiere el analista.

Algunas calles estrechas y tortuosas y los nombres de varias de ellas, como son las de Levíes, la Jamerdana, Mezquita y Susona y según algunos el de Canarios, recuerdan el lugar que ocupó la Aljama de nuestra ciudad.

EL PUEBLO CRISTIANO. —Constituyeron los cristianos, como queda dicho, la más numerosa parte de la población, y para atender a sus necesidades espirituales, la Iglesia la dividió en collaciones, cuyo número fué el de veinticinco, memoria que conservó el pueblo en una copia mucho más moderna que dice:

Veinticinco parroquias
Tiene Sevilla,
Veinticinco campanas
La Giraldilla.



sin que se pueda suponer a ninguna de ellas menor antigüedad que la de la reconquista de la ciudad, no obstante que por alguien se haya dicho que no debieron ser más que veinte, porque veinte fueron los alguaciles de a caballo, que se eligieron uno por collación.

Esta división eclesiástica de la ciudad sirvió para asuntos de orden civil, y lo que es más notable, aun sigue sirviendo, siendo la más antigua división que de Sevilla se conoce y constituyendo el verdadero tipo de núcleo de población. En el orden religioso constituye la parroquia o feligresía con su Beneficiado y su Cura, uno o más según el número de vecinos, y sus Capellanes, servidores de las capellanías y memorias en ella fundadas; administrativamente, elige sus jurados o representantes en el Ayuntamiento, y éstos son en cada collación, de la que necesariamente han de ser vecinos, los que reparten los tributos, los servicios personales, los alojamientos para lo que estaban obligados a hacer el padrón de pecheros, debiendo además tener limpia la collación, material y moralmente, cuidando de que se retirasen de las calles las basuras y vestiglos y de que no habitasen en ellas cierta clase de gente; políticamente, por que tomaban parte, bajo la presidencia de sus jurados, en la elección de

los representantes en Cortes de Sevilla. Puede decirse que cada collación era una pequeña ciudad y Sevilla como una federación de todas ellas.

Tenía la collación su centro en la Iglesia parroquial, cuyo nombre toma la demarcación, salvo contadas excepciones, por circunstancias sobrevenidas más tarde, que han hecho olvidar, sustituir, pero nunca anular, el nombre primitivo, y así la inmensa popularidad del nombre de *la Feria* no ha desterrado el uso del primitivo de *Omnium Sanctorum*, y eso que se trata de un nombre latino de no fácil pronunciación para la gente del pueblo. La iglesia parroquial primitiva sevillana tiene siempre a uno de sus lados la plaza que toma nombre de la collación y es el lugar más concurrido de la misma, en el que se celebran las fiestas populares y donde los vecinos se reúnen por mañana y tarde: al otro lado, o a las espaldas del templo, está el cementerio, lugar sagrado que en aquella época no asustaba a las gentes, no sé yo si más temerosas de Dios, que hoy, aunque sospecho que sí, pero desde luego más familiarizada con la idea de la muerte. El cementerio era de los cuatro lugares que el pueblo consideraba como suyos propios, según dice la copla:

«Cuatro casas tiene el *probe*
Que no se las quita *naide*:
La Iglesia y el *espital*
El *simenterio* y la cárcel».

Los lugares que ocupaban nuestros cementerios parroquiales al ser suprimidos, por pasarse los enterramientos al interior de las iglesias, fueron convertidos todos en plazas, y ésta es la razón de porqué la mayoría de nuestras parroquias están entre dos plazas. La piedad de nuestros mayores conservó en los lugares de estos antiguos cementerios el símbolo de la redención, una cruz, como recuerdo de su primitivo destino; la actual plaza del Salvador fué cementerio y su hermosa cruz de piedra está hoy colocada en el ángulo exterior de la iglesia; el comienzo de la calle de Plasencia, cementerio fué de la parroquia de San Isidoro, y aun se conserva en ella, a espalda de la Capilla de la hermandad Sacramental una pintura que representa las Animas de Purgatorio; la plaza de Fernando de Herrera fué cementerio de San Andrés, y la de Doña Teresa Enríquez lo fué de San Vicente, y así ocurría en todas las demás, siendo el hoy Colegio de San Miguel el primitivo cementerio de Santa María la Mayor.

Parece indudable que al principio tuvo cada collación su hospital propio instituido a manera de cofradía, lo que explica que en cada collación existiese uno de la advocación del titular de la parroquia. Con el tiempo, debido principalmente al desarrollo de los gremios aumentó tanto el número de estos hospitales cuya reducción preocupó a los gobernantes, consiguiéndose realizarla al cabo, como hemos de ver en su lugar oportuno.

Cada collación tenía su vida propia, independiente de las demás y esta independencia dejó sus testimonios en los nombres con que sus calles fueron conocidas. Doce calles, nada menos, hubo en Sevilla que llevaran el nombre de *Ancha*, y correspondían a once collaciones distintas, de las que tomaron casi siempre el sobrenombre, llamándose de la Feria, de San Bernardo, San Lorenzo, San Martín, San Pedro, San Roque, San Vicente, Santa María la Blanca, la Magdalena, otra de San Pablo en esta misma collación, otra en Triana y en tiempos posteriores la Ancha de la Laguna en la collación del Sagraio: *Angostillo* hubo en San Andrés, que ha conservado el nombre, y perdido en San Bartolomé, no obstante consérvanse más angosto, o estrecho, que el anterior; tres calles se llamaron *la Costanilla*, en San Andrés, San Martín y la última entre las de San Isidoro y el Salvador; calles *del Angel* hubo en



Omnium Sanctorum, Santiago, San Miguel y la Magdalena, y *de los Angeles* en esta última feligresía, en San Lorenzo, San Juan de la Palma y en la del Sagrario, que es la que perdura; pero seguir enumerando estas repeticiones de nombres sería tarea interminable.

De las veinticinco collaciones, una, San Jorge, estaba en la margen derecha del Guadalquivir, en el arrabal de Triana; las veinticuatro restantes en la margen izquierda del río, dentro del muro de la ciudad al que llegaban con sus demarcaciones catorce de ellas; otras nueve formaban un círculo más interior, lindaban con las anteriores, y otra en el centro de todas, no lindaba con ninguna de las que llegaban al muro. Esta última era la de San Andrés; por algo nuestros antepasados colocaron en una de sus calles un mármol esculpido en forma de concha, llamada *la Venera*, que dió nombre a un sitio considerado siempre como el centro geométrico de la ciudad.

LAS COLLACIONES PRIMITIVAS.— Era Santa María la Mayor la primera y principal Iglesia parroquial y como la cura de almas de ella correspondía al Cabildo Catedral, éste estableció, materialmente, esta parroquialidad en una de las Capillas, la de San Clemente, situada en el Corral o Patio de los Naranjos, no en el lugar actual, sino en el trozo comprendido entre la puerta del Perdón vieja y la entrada a la Biblioteca Colombina, pero la pila bautismal se colocó dentro de la Catedral en la capilla que precedía a la actual de San Antonio y que desapareció en el siglo XVIII para darle entrada al Sagrario nuevo, trasladándose entonces la pila al lugar que hoy ocupa, pues la pequeña pila colocada en el Sagrario, lo fué hace muy pocos años para poder hacer bautismos a horas en que la Catedral estaba cerrada. El Cabildo nombró siempre, hasta hace pocos años, sus curas, que fueron más o menos, según las necesidades de los tiempos, habiendo llegado a cinco, y subvenía a las necesidades de su Fábrica.

La demarcación de esta collación era muy extensa. Desde la judería, lindando con las collaciones de San Nicolás, San Isidoro, San Salvador y Santa María Magdalena, comprendía los barrios de la Mar, de Francos, de Genoveses y de Castellanos, el Alcázar y el Corral de Jerez o Alcázar Viejo. Además, correspondían a ella las afueras de Sevilla o sea cuanto había fuera de murallas a la izquierda del río y así Don Fernando Colón, en su testamento otorgado en 3 de Julio de 1539, en sus casas fuera de la Puerta Real, en lo que llamamos hoy San Laureano, se dice feligrés de Santa María, y el Hospital de San Lázaro se incluía en dicha feligresía. Esta parte de la collación se llamaba vulgarmente, y así se consigna en algunos documentos, Santa María de afuera.

Con el tiempo estas afueras de Sevilla se fueron agregando y llegaron a formar parte de las collaciones más próximas y así la Cestería se unió a Santa María Magdalena, los Humeros de la sardina a San Vicente, el Arrabal de Macarena a San Gil, pero los barrios de San Agustín o San Roque, el Barrezuelo, San Benito, San Bernardo, la Carretería y el Malbaratillo, se conservaron siempre en Santa María la Mayor.

Cuando en 1391 desapareció, casi por completo, la judería, la Iglesia mayor se anexionó una buena parte de ella que constituyó dos barrios, el *Barrio nuevo* y el *de Doña Elvira* y erigió para el resto dos nuevas parroquias en concepto de capillas de la Catedral, como después veremos.

La segunda Iglesia parroquial fué la de San Salvador, erigida en Abadía, con diez canónigos y el clero competente; estas canongías debían ser de poca renta, pues un adagio sevillano dice: «Canónigo del Salvador y Abad de Olivares, todo es aire»; mas como esta Abadía fué creada por el Conde Duque

en el siglo XVII, posterior a ese hecho tiene que ser el dicho. Tuvo San Salvador consideración de Colegial, se instaló en una antigua Mezquita, derribada en 1669 para construir la iglesia actual. La parte baja de su torre y los arcos de su patio, proceden de la antigua mezquita.

Una tradición sevillana dice que la antigua Costanilla, hoy Cuesta del Rosario y calles adyacentes, fueron un altozano por que en ella se amontonó la tierra que se extrajo para fabricar los cimientos de ese edificio. De haber sido así tuvo que ocurrir el hecho al labrar la mezquita, pero a pesar de haberse encontrado allí, hace ya varios años, a gran profundidad, y recientemente a más elevado nivel, restos de edificaciones, parece que hay que rechazar la leyenda. Esa Costanilla, habitada en tiempos antiguos por vendedores y regatones del mercado de abastos, que desde *los poyos de las fogazas*, luego plaza del Pan y hoy de Jesús de la Pasión, se extendía por las *Especierías de los hombres y de las mujeres*, hoy calle de los Herbolarios y de Huelva, a la *plaza de arriba*, llamada después de la Pescadería, a la *calle de la Caza*, hoy de Luchana y a la Carnicería de la Ciudad, hoy plaza de Mendizábal, esa Costanilla, digo, fué uno de los tres lugares que, según Cervantes, había dejado San Fernando por conquistar en Sevilla: los otros dos eran la calle de la Caza y el Matadero, y al expresarse así el manco sano, príncipe de nuestros ingenios, quería, sin duda, motejar a sus moradores de infieles, de nada cristianos.

Entre las demás collaciones no había orden ni prelación alguna, Espinosa habla de ellas en un orden distinto de los varios que emplea Ortiz de Zúñiga en diversos lugares de sus Anales en que las enumera, por lo que las citaré en el orden en que las menciona el *Libro Blanco* del Archivo de la Catedral, escrito en el siglo XV.

San Isidro, que hasta después de la canonización de San Isidro Labrador, en el siglo XVII no comienza a ser llamada San Isidoro, es la única parroquia de la Archidiócesis dedicada al patrón de la misma, si bien en algún tiempo hubo otra, pues conquistada Antequera, el Patriarca de Constantinopla Don Alonso de Exea, Arzobispo de Sevilla, con consejo y consentimiento de Deán y Cabildo, erigió allí el 26 de Febrero de 1411, tres parroquias, una en el castillo, la de San Salvador, y dos en la villa, Santa María y San Isidro; pero Antequera perteneció a la Diócesis de Sevilla menos de un siglo, hasta que, al ser conquistada Málaga por los Reyes Católicos, se restauró su antiguo Obispado al que se agregó. Esta collación encierra algunos lugares históricos de Sevilla como la *Cabeza del Rey Don Pedro*, la calle del *Candilejo* y la casa de los Cromberger, impresores famosos de donde salió la primera imprenta de América.

San Ildefonso cuyo templo, inmediato a uno de los antiguos baños de Sevilla, guarda la antigua imagen de la Virgen del Coral, recogió del Convento de San Francisco la de la Virgen de los Reyes y algunos altares de jaspe, así como otras imágenes del de los Trinitarios descalzos. Este templo fué reedificado en el siglo XVIII según el gusto arquitectónico entonces dominante.

San Nicolás, iglesia reedificada en el siglo XVII, de cinco naves sobre columnas de mármol rojo y techumbre de escasa altura, constituye un ejemplar único en la arquitectura religiosa sevillana. En su distrito se han descubierto varias antigüedades y permanecen aun tres columnas de un templo, llamadas vulgarmente los Mármoles.

San Bartolomé de su primitivo templo desaparecido, se trasladó en 1492 al edificio que ocupaba la última mezquita que hubo en Sevilla, nombrándose desde entonces la parte primitiva de la feligresía y el desaparecido templo de San Bartolomé el viejo, y la parte anexionada de la judería y la antigua sina-

goga de ésta, San Bartolomé el nuevo. En el siglo XVIII sufrió su iglesia una total reedificación.

San Esteban conserva su templo con curioso ábside e interesantes portadas y unida desde mediados del siglo XIX a la de San Bartolomé, es hoy filial de la misma. En otros tiempos, por la calle llamada hoy de Medinaceli, tuvo tribuna a este templo la casa señorial de los Marqueses de Tarifa, Duques de Alcalá, conocida vulgarmente con el nombre de Casa de Pilatos, enclavada en esta collación.

Santiago fué llamado el Viejo para distinguirlo del Nuevo, conocido también con el nombre de Santiago de la Espada, en la calle de San Vicente, que se erigió más tarde para residencia de los frailes de su orden militar. Esta parroquia es hoy filial de la de San Ildefonso y en su feligresía se conservan la espléndida casa del Almirante López Pintado y el famoso Corral del Conde.

Santa Catalina con interesante torre y curiosas capillas y acaso el mejor techo mudéjar de las iglesias sevillanas, acaba de ser restaurada, salvándose de una ruína inminente, por la que trabajaron de consuno, denodadamente, la barbarie y las malas pasiones. La restauración ha sido acertadísima y muy feliz la idea de colocar en ella la antigua portada de la de Santa Lucía. En esta collación se encuentra la casa de los Ponce de León, Duques de Arcos, que tanto figuraron e influyeron en la historia de nuestra ciudad. Esta parroquia es hoy filial de la de San Román.

San Román, con amplia iglesia bastante bien conservada y con interesante portada.

Santa Lucía, cuyo templo fué cerrado al culto en 1868 incorporándose su collación a la de San Julián. La artística portada ya queda dicho que ha pasado a decorar la entrada principal de la de Santa Catalina y el edificio, que fué vendido, ha estado y está dedicado a varios usos completamente profanos.

San Julián, donde se venera la antigua imagen de la Virgen de la Iniesta, patrona de Sevilla, a más de tener incorporada, como queda dicho, la collación de Santa Lucía, tiene hoy como filiales las antiguas parroquias de Santa Marina y San Marcos.

San Gil, con templo bien conservado y algo más pequeño que los anteriores, muy cercano a la Puerta de Macarena.

Santa Marina, templo amplísimo con una fuerte torre, tiene bellas portadas y una interesante capilla de la Piedad. La iglesia sufrió, en el siglo XIX un incendio que causó grandes pérdidas. Hoy, cubierta con nueva techumbre se adorna con altares procedentes de las iglesias de Santa María de las Dueñas y de San Francisco de Paula y guarda las cenizas del insigne cronista el Magnífico Caballero Pedro Mejía.

Omnium Sanctorum, también con buena torre y bellas portadas, es conocida vulgarmente con el nombre de la Feria, por el barrio en que se levanta. Se dice que fué reedificada en tiempo de Don Pedro I y en una de sus capillas, propia del linaje de Cervantes, se guardaba un pendón verde que sirvió de enseña a la alborotada plebe en la sublevación llamada de la *Feria y Pendón verde*. A espaldas de esta iglesia, a la que tuvo tribuna, está la casa señorial de los Guzmanes, Marqueses de la Alhambra, que aun conserva algunos artísticos vestigios de su pasado esplendor.

San Marcos, con la torre, acaso, más bella y esbelta de Sevilla, después de la Giralda, tiene lindas portadas y es hoy filial de la de San Julián.

San Juan, llamado vulgarmente de la Palma por una de su antiguo cementerio, y seguramente para distinguirla de la de San Juan de Acre de la que ya hablaremos, fué mezquita, de la que conserva la parte inferior de su torre y

en ella tuvo su asiento la Universidad de Beneficiados propios de Sevilla, institución que merece un estudio especial.

San Pedro, collación que se anexionó el Adarvejo o Morería en 1502. Su templo que ha sufrido varias restauraciones, la última no hace muchos años, tiene una esbelta torre de gran elevación.

San Andrés es la collación más céntrica de Sevilla. Aunque muy restaurado su templo conserva aun en el ábside y otros lugares, restos de su antigua construcción.

San Martín, que en algunos documentos encuentro nombrado San Martín de los Caballeros, tiene el único templo parroquial de una sola nave de Sevilla, circunstancia que ya hizo notar el analista Zúñiga, su feligrés, que allí yace sepultado a los pies de la Virgen de la Esperanza. La vecina casa solariega de los Saavedras, hoy completamente desfigurada, tuvo tribuna a este templo.

San Lloriente o Llorente, como se nombra en antiguos documentos, San Lorenzo, como decimos hoy, recibió en tiempos recientes, al desaparecer las jurisdicciones de las Ordenes Militares, el aumento del barrio de San Juan de Acre. Su templo, amplísimo, de cinco naves, guarda una de las tres imágenes de la Virgen en pinturas murales que en Sevilla se conservan, la de Rocamador.

San Vicente, collación muy extensa, cuyo templo fué, según algunos, Catedral en los siglos medios, error no admitido hoy por nadie. Su iglesia fué restaurada en tiempos recientes.

San Miguel tenía un hermoso templo gótico, todo él de piedra y no con techo de alfarje como la mayoría de las parroquias sevillanas, edificado en tiempos de Don Pedro I por su tesorero Martín Yáñez de Aponte, cuyo último apellido lleva una calle inmediata al lugar que ocupó la iglesia, bárbaramente destruida en 1869 para construir sobre su área un mezquino teatro. Fué sepulcro del insigne arqueólogo Rodrigo Caro cuyos restos pudieron ser trasladados al templo de la Universidad. De esta collación formaba parte el antiguo barrio del Duque, no del de la Victoria que hoy sirve de título a su plaza, sino del de Medina Sidonia, que en ella tenía su casa, la más amplia y extensa de la población. La parroquialidad que subsiste como filial de la de Santa María Magdalena, estuvo establecida algún tiempo en la Capilla de San Gregorio, del antiguo Colegio anglico y hoy en la iglesia del derruido Hospital de San Antonio Abad.

Santa María Magdalena. La parroquia de esta collación ocupó parte de la actual plaza del Pacífico y de dos manzanas de casas de la misma y fué derribada en los días de la invasión francesa, a principios del siglo XIX. Allí fué sepultado el gran artífice Juan Martínez Montañés, cuyos restos se han perdido. Hoy está establecida la parroquia en el antiguo convento de San Pablo.

San Jorge, que completó el número de veinticinco, fué la parroquia del arrabal de Triana, guarda y collación de Sevilla, como se la llamó durante siglos, se erigió en la capilla del Castillo de aquel barrio. Ya vimos en la lección anterior cómo Alfonso X, en los últimos años de su vida, encontrándose enfermo de la vista, hizo voto a Santa Ana de erigir y dedicarle un templo si sanaba de su dolencia: sanó, cumplió el voto y cumpliolo bien, haciendo construir la portentosa iglesia de Santa Ana de Triana. Habiendo aumentado el vecindario del arrabal, que en nuestros días tiene más vecinos que algunas capitales de provincia, hubo de erigirse en el nuevo templo una nueva parroquia y siendo pequeño el templo de San Jorge y poco cómodo por su situación en el interior del castillo, hubieron de unirse ambas iglesias, pues aun a fines del siglo XV sus Beneficiados se decían serlo de las dos iglesias unidas *invicem*

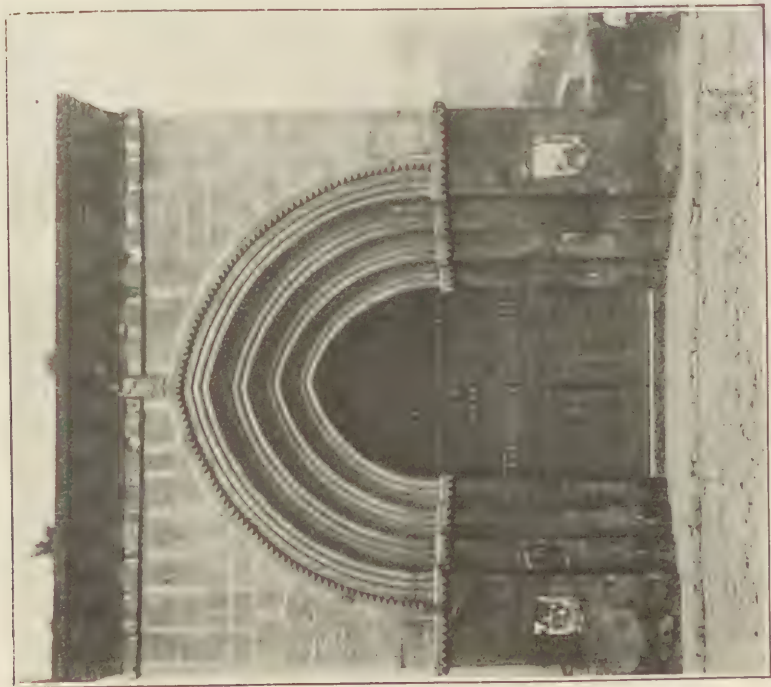


Iglesia de San Marcos

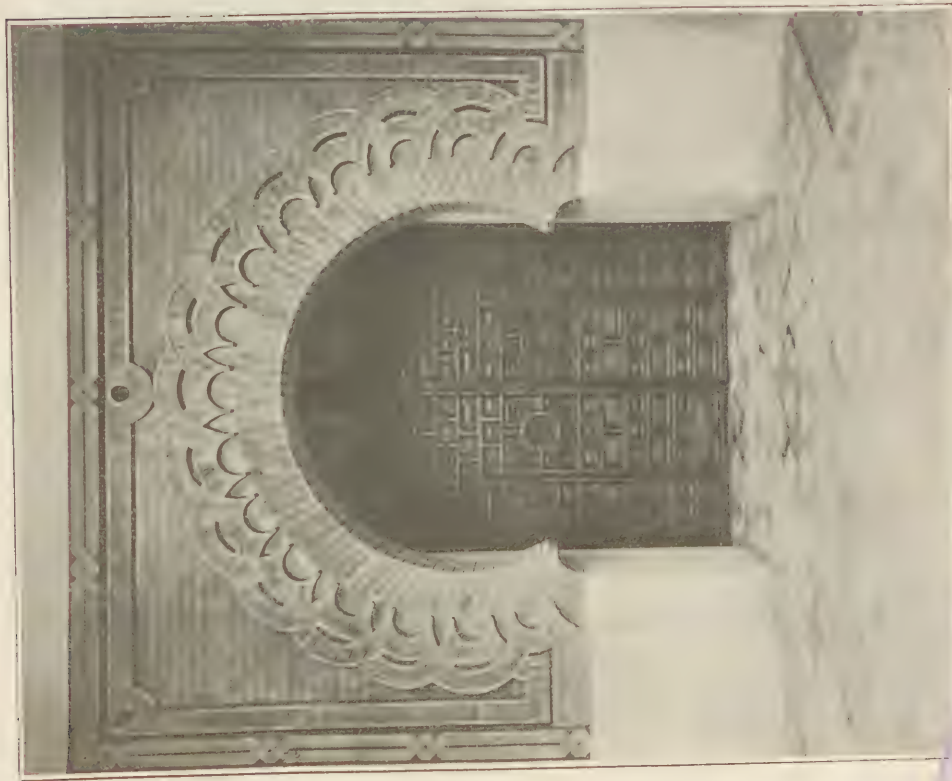
Dibujo de D. J. Pineda y Arboleya



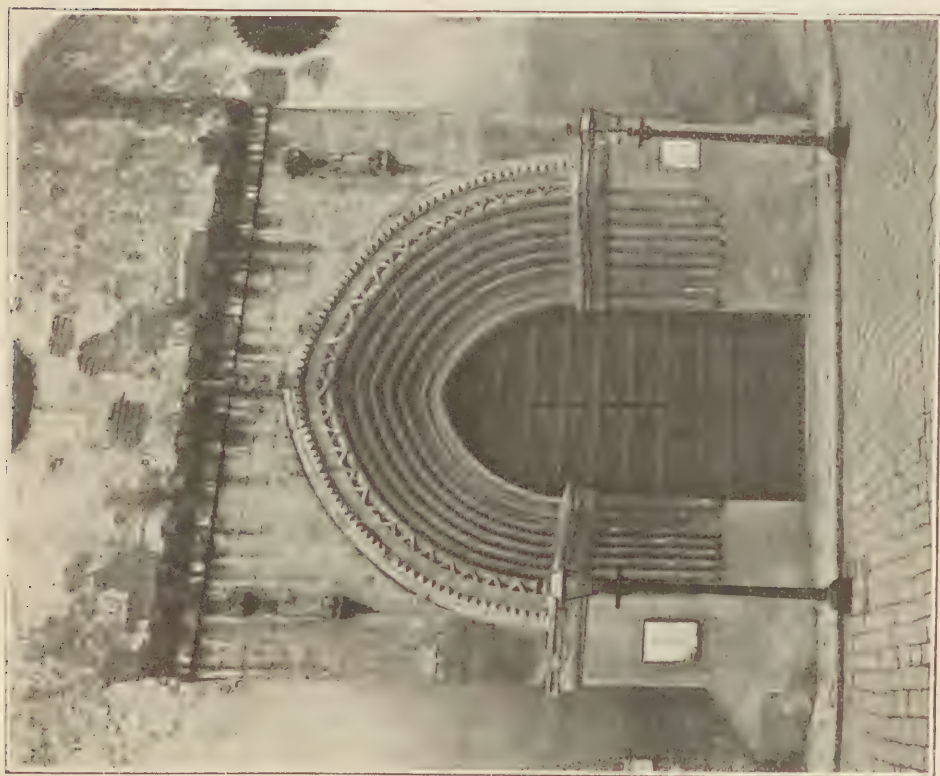
Iglesia de Santa Marina



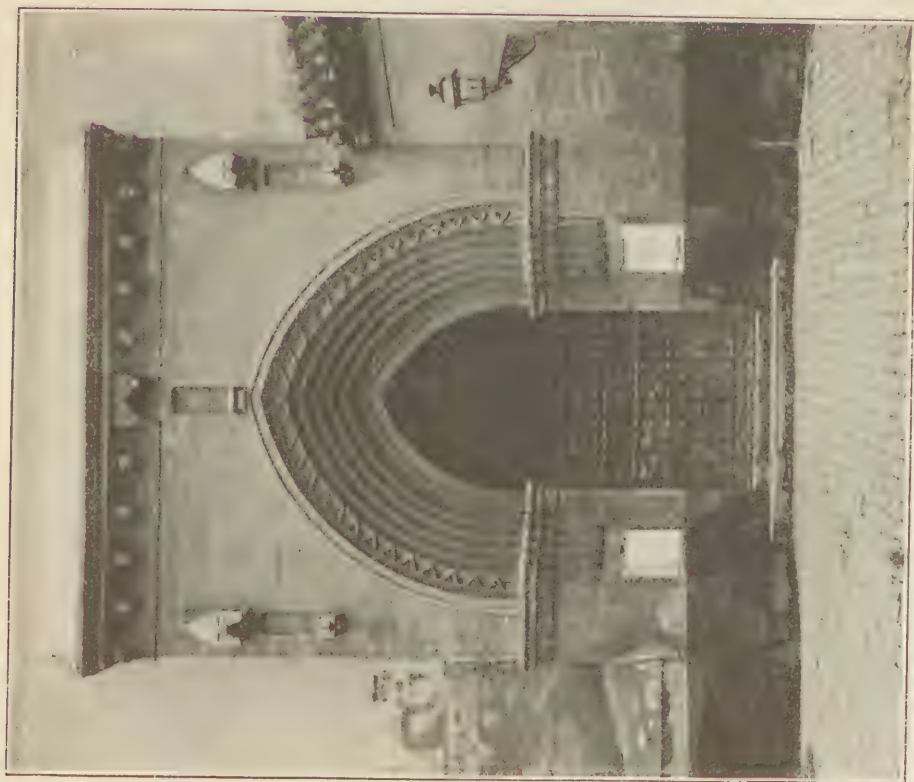
Iglesia de San Román. - Portada principal



Iglesia de Santa Catalina. - Portada principal interior



Iglesia de San Julián. - Portada principal



Iglesia de Omnilum Sanctorum. - Portada lateral

de San Jorge y Santa Ana. Por desuso se fué perdiendo el primer título conservándose sólo el segundo, a lo que debió contribuir no poco el haber entregado los Reyes Católicos el Castillo al Tribunal de la Inquisición. Demolido más tarde aquella fortaleza, el nombre de San Jorge que lleva una de las calles abiertas sobre ella, es el único recuerdo que queda de la primitiva iglesia del arrabal.

A más de estas veinticinco collaciones había en Sevilla una parte del pueblo cristiano que no pertenecía a ellas, esta era la de las jurisdicciones exentas de las Ordenes Militares, de las cuales la que más nos interesa es la de San Juan de Jerusalén, que tuvo un barrio cerrado, llamado de San Juan de Acre, con templo parroquial propio, situado en el extremo de la ciudad, entre el monasterio de San Clemente y la puerta de San Juan, que de él tomó nombre. Ya queda dicho que al extinguirse su jurisdicción, se incorporó a la collación de San Lorenzo.

Si no en los primeros días de la reconquista, muy poco después, hubo en las afueras de Sevilla, muy próximo a la Puerta de Jerez, otro núcleo de población de jurisdicción exenta, el barrio llamado de Marruecos o de San Telmo, por ser éste el titular de una pequeña iglesia allí situada y por tener en él su residencia el Obispo de Marruecos, que desde aquí atendía a las necesidades de sus diocesanos; con la cesión de este barrio, que siempre contó pocos vecinos, al Tribunal de la Inquisición en 1566, acabó esta jurisdicción.

SUS SUCESIVOS AUMENTOS. En 1391, según queda dicho, el Cabildo Catedral erigió dos nuevas collaciones, las de Sta. Cruz y de Sta. María la Blanca, dando a sus iglesias el título de Capillas de la Santa Iglesia. Santa Cruz, para donde pintó Pedro de Campaña su portentoso *Descendimiento*, que hoy se admira en la Sacristía Mayor de la Catedral, fué derribada a principios del siglo XIX quedando perdidas en el ámbito de su solar, hoy plaza pública, las cenizas del inmortal pintor de las Concepciones. Santa María la Blanca subsiste como filial de la de San Nicolás, pero despojada de sus dos famosos lienzos de Murillo que honran el Museo Nacional de Pinturas de Madrid.

Con igual carácter nació, sin que pueda precisarse la fecha, la collación de San Bernardo, para sustituir a lo que antes se había llamado Santa María de afuera. En 1594 trataba el Cabildo Catedral de hacer allí una nueva Iglesia, a la que sustituiría la actual que es de fines del siglo XVIII.

En 1573, teniendo en cuenta la extensión de la collación de San Bernardo, acordó el Cabildo dividirla en dos, creando una nueva en el barrio llamado entonces de San Agustín, cerca de la Puerta de Carmona, y en diciembre del mismo año otorgaban escritura con la Hermandad del Hospital de nuestra señora de los Angeles, llamada vulgarmente de los negros, para instalar en su Capilla pila bautismal y los Sacramentos y un cura para su administración, en tanto no se construía un nuevo templo. Tan deprisa se arregló todo, que el 11 de enero de 1574 se llevaba procesionalmente el Smo. Sacramento desde la parroquia de San Isidoro a la Capilla de nuestra señora de los Angeles, nombre que tuvo al principio la nueva collación. Poco después concedía el Ayuntamiento unos solares para el nuevo templo, y con las limosnas de los vecinos y del Cabildo se comenzó la obra, que en 1585 estaba terminada y pudo estrenarse el nuevo templo, que se dedicó a San Roque. Hasta 1628 no se convino con la ciudad el patronato de este templo, que aun ejerce el Ayuntamiento. En 1657, al colocarse en la Capilla de San Pablo de la Catedral, que ahora nombramos de la Concepción grande, el nuevo retablo costado por la dota-

ción de Sepúlveda, destinó el Cabildo el que hubo de quitar, a la parroquia de San Roque, pero un siglo más tarde, en 1759, un voraz incendio destruyó casi por completo este edificio, sobre cuyas ruinas se erigió el actual, estrenado en 1763. Por lo dicho, ostentan en sus fachadas el escudo del Cabildo Eclesiástico las iglesias de San Bernardo y San Roque y ésta, en su interior, el de la ciudad.

Si, como vemos, el aumento de vecindario exigió la creación de la nueva parroquia de Santa Ana en Triana, que más tarde se unió con la primitiva de San Jorge absorbiéndola hasta el punto de desaparecer la advocación de ésta, quedando sólo la de la más moderna, necesidades posteriores, en tiempos más recientes, obligaron a crear en aquel populoso barrio una Ayuda de parroquia que residió en las capillas del Patrocinio, de Nuestra Señora del Rosario y de Nuestra Señora de la O, que al fin ha venido a ser erigida en parroquia independiente, partiendo con la de Santa Ana aquel numeroso vecindario.

Análogas necesidades han obligado a crear las de San Benito y San Sebastián respectivamente como filiales de las de San Roque y San Bernardo, y como parroquia independiente la de la Concepción. El crecimiento de población hacia los nuevos muelles, el cerro del Aguila y otros lugares, obligará en días no lejanos a organizar nuevas feligresías con nuevos templos, alguno de los cuales ya está en construcción.

En el momento actual la división eclesiástica de nuestra ciudad constituye veintiuna parroquias con doce filiales o sean treinta y tres collaciones.

Con lo dicho queda expuesto, siquiera sea a grandes rasgos, la división que la diferencia de religión impuso a los pobladores de Sevilla al ser reconquistada la ciudad, y las principales modificaciones que en ella ha realizado el tiempo.

LECCIÓN VII

Sevilla de Sancho IV a Enrique IV

Abarca esta lección un período de casi dos siglos, ciento noventa años, de 1284 a 1474, durante los cuales nueve monarcas ciñeron la corona de Castilla y otros usaron de ese título por más o menos tiempo, y en los que, aparte de algunas gloriosas jornadas en la prosecución de la reconquista, las guerras civiles, las revueltas de la nobleza y otras causas, ensangrentaron el suelo de la península, no habiéndose podido sustraer Sevilla a estas luchas.

Al morir Alfonso X, su hijo Sancho, a quien ya mucha parte del reino reconocía como soberano, o, al menos, como inmediato sucesor, con evidente perjuicio de sus sobrinos los Infantes de la Cerda, se apresuró, después de ser jurado en Avila y coronado en Toledo, a venir a nuestra ciudad, donde algunos historiadores creen que naciera, en la que había residido mucho tiempo y a la que honró con su presencia muchas veces más, habiéndole nacido en el Alcázar sevillano el primogénito de sus hijos varones, que más tarde reinó en Castilla con el nombre de Fernando IV, a quien bautizó el Arzobispo Don Remondo, y también el menor de sus hijos Don Felipe.

Don Sancho se apresuró, una vez en Sevilla, a confirmar los privilegios que sus abuelo y padre habían concedido a la Iglesia Catedral y a la Ciudad, y esas confirmaciones, cuyos documentos conservan nuestros archivos y que transcribió el analista Zúñiga, son de gran interés por ser un catálogo o recapitulación de las de los privilegios anteriores, algunos de ellos perdidos. Además Don Sancho aumentó estas mercedes y concedió otras a conventos, hospitales y particulares, así como a la Orden de Calatrava dió los castillos de Morón y Cote, y a las monjas de Santa Clara, ya establecidas en nuestra ciudad, las casas que habían sido de su tío Don Fadrique, el constructor de la hermosa torre que lleva su nombre. ♦

Los Benimerines marroquíes, que poseían las plazas de Algeciras y Tarifa, en guerra con Sancho IV, corrieron los campos de Alcalá de los Gazules, Arcos y Jerez, ciudad que sitiaron, llegando en sus correrías hasta cerca de Sevilla, cuya tierra sufrió no poco en esta ocasión. Los moros se retiraron ante el avance de las tropas cristianas, y más adelante se conquistó la plaza de Tarifa, que en vano trataron de recobrar los moros, dando lugar al he-

roísmo de Don Alonso Pérez de Guzmán, el Bueno, que la defendió. Fué esta noble persona principal muy importante para la historia general de España, pero muy particularmente para la de Sevilla, de donde no era natural, pero en la que vivió muchos años, adquiriendo en su territorio cuantiosos bienes y siendo el tronco de muchas casas nobles, singularmente de la de los Condes de Niebla, más tarde Duques de Medina Sidonia, que tanta importancia tuvieron en nuestra ciudad y tanto influyeron en sus destinos. Estuvo casado con Doña María Alonso Coronel, «La muy casta dueña de manos crueles...» tan celebrada por el poeta Juan de Mena, y fundación de ambos es el célebre monasterio de San Isidro del Campo, vulgarmente de Santiponce, no lejos de Sevilla, que en un principio fué del Orden del Cister.

La importancia de este prócer, cuya conducta le granjeó el epíteto de «*el Bueno*» con que es conocido, ha hecho que sobre él se acumulen muchas leyendas, y una de ellas versa sobre lo ocurrido en el cerco de Tarifa, toda vez que hoy se cree que el inocente mártir sacrificado ante aquellos muros por la crueldad, no de los moros, sino del Infante Don Juan, hermano de Sancho IV, que con los sitiadores venía, era hijo de Guzmán, pero no legítimo, sino habido fuera de matrimonio, en una mora, durante el tiempo en que estuvo, voluntariamente, extrañado del reino, viviendo en Marruecos al servicio de su rey, tiempo en que también la leyenda ha supuesto que el atribulado Alfonso X le dirigiera aquella carta que comienza: «Mio primo Don Alfonso Pérez de Guzmán; la mía cuita es tan grande...» carta que no escribió jamás, ni pudo escribirla, dado su lenguaje, el rey Sabio, y que no es más que una de tantas invenciones y falsedades de los genealogistas.

Sancho IV colmó de mercedes al héroe de Tarifa dándole la tierra comprendida entre Guadalquivir y Guadalete en sus desembocaduras, donde se alzan Sanlúcar de Barrameda, Chipiona, Rota y Santa María del Puerto y las Almadras de la costa desde el Guadiana al comienzo del reino de Granada y que, poseídas más tarde por sus descendientes los Duques de Medina Sidonia, dieron origen a la frase «por atún y a ver al Duque» y fueron causa de que el príncipe de nuestros ingenios llamase a uno de estos próceres «el rey de los atunes».

Las huestes o milicias de Sevilla tomaron parte en las empresas de reconquistar a Tarifa y de hacer levantar su cerco, así como en la pacificación de los disturbios promovidos en Badajoz por Bejaranos y Portugales, que dirigió personalmente el mismo monarca, ocasión en la que quieren algunos que adquiriese el sobrenombre de *el Bravo*.

Sancho IV celebró Cortes en Sevilla al principio de su reinado y más tarde permitió a la ciudad levantar castillos en las fronteras de su territorio, entre ellos los de Aroche, Fregenal, Lebrija, Santa Olalla y Villanueva del Camino, hoy del Río.

Al morir Sancho IV en Toledo, el 25 de abril de 1295, quedó su hijo Fernando IV de diez años de edad, bajo la tutela de su madre Doña María de Molina, una de las figuras de mujer más admirables que nos ofrece nuestra historia y de la que hizo una admirable pintura uno de nuestros más ilustres dramáticos, Tirso de Molina, en su drama «La prudencia en la mujer». Durante los cuatro años que duró la minoridad del monarca, la historia de Castilla es una serie de revueltas promovidas por la nobleza y principalmente por los Infantes Don Enrique, hijo de San Fernando y progenitor de los Enríquez, que había, durante los reinados de su hermano Alfonso X y de su sobrino Sancho IV, hecho una vida de aventurero por Africa e Italia, donde había sido gobernador de Roma, y que vuelto a Castilla, fué nombrado corregente, haciéndose

sospechoso por sus tratos con los moros, a los que pretendió vender la villa de Tarifa, y Don Juan, hijo de Alfonso X, a quien su padre quiso formar un reino particular en el territorio de Sevilla, cuyos naturales siempre le fueron hostiles.

Lo que más interesa del reinado de Fernando IV a la historia de Sevilla, son sus campañas con Portugal, cuyo rey, deseando recuperar Serpa, Mora y otras poblaciones, invadió el territorio de Sevilla cuyas milicias hubieron de acudir a la frontera y durante cuya ausencia la plebe saqueó y robó, con algunas muertes, el barrio de genoveses, lo que, gracias a una composición pecuniaria del Consejo con los perjudicados, no tuvo ulteriores consecuencias, y las guerras sostenidas con los moros de Africa y de Granada.

Decidió el monarca sitiar la plaza de Algeciras a lo que concurrió Sevilla y sus huestes casi exclusivamente, apoderándose de la fuerte plaza de Gibraltar, que se perdió más tarde, levantándose el sitio de Tarifa en virtud de una paz. Por los confines de Granada tomó parte Sevilla en la toma de Alcaudete y otros lugares.

Fernando IV, que confirmó los privilegios de Sevilla, a los que añadió otros nuevos, dió lugar fijo a la Casa de Moneda que parece que desde tiempos anteriores funcionaba en la ciudad. El sitio concedido para ello por este Monarca en 1311, sospechó Zúñiga que hubiese sido una parte del Alcázar viejo en el Adarve del Infante de Molina, pero, seguramente, fué en lugar cercano y frontero a dicho Adarve, en parte de lo que ocupó, siglos más tarde, el actual edificio de la Caja Lonja, hoy Archivo General de Indias, donde permaneció hasta que, para que la Lonja pudiera ser edificada, se trasladó a una huerta del Alcázar, fuera de los muros de la ciudad, entre éstos y el arroyo Tagarete, donde subsistió hasta 1868.

Durante este reinado se celebraron dos matrimonios de trascendencia para la historia sevillana; los de dos hijas de Guzmán el Bueno, Isabel, la mayor, dotada por su padre con la villa de Rota, que casó con Fernán Pérez Ponce de León, a quien el rey dió el señorío de la villa de Marchena, tronco de la poderosa casa de los Marqueses de Cádiz, Duques de Arcos, tan influentes en nuestra ciudad y tan rival de la rama directa masculina de Guzmán el Bueno, representada por los Duques de Medina Sidonia. Leonor, la hija segunda, llevando en dote la villa del Puerto de Santa María, contrajo matrimonio con Don Luis de la Cerda, más tarde Príncipe de las Fortunadas, de la que procede la casa Ducal de Medinaceli.

En 1311 murió en Martos Fernando IV a los veintiseis años de reinado, recibiendo el sobrenombre de *el Emplazado*, por el hecho que la tradición refiere a los hermanos Carvajal, dejando un hijo de menos de dos meses de edad, que, con el nombre de Alfonso XI, fué proclamado rey bajo la tutela de su abuela la prudente Doña María de Molina. Los años que mediaron desde esa fecha hasta 1325 en que al cumplir el monarca los catorce años, fué declarado mayor de edad, fueron de turbulentas luchas en Castilla, y las ambiciones de los Infantes Don Pedro, Don Juan, Don Juan Manuel, que fué tan buen escritor como ambicioso político, Don Felipe y Don Juan, apellidado el Tuerto, que unos compartieron la tutela con la reina abuela y aspiraron a ello e intriguaron cuanto pudieron por conseguirla. En estas luchas no dejó de tomar alguna parte Sevilla, a donde hubo de venir en 1320 el Infante Don Felipe a apaciguar los bandos, y donde el almirante Jufre Tenorio se hizo dueño de la ciudad en los últimos días de la minoridad del rey.

Una vez declarado mayor de edad confirmó el monarca los privilegios de Sevilla, y a los dos años, en 1327, vino a esta ciudad que lo recibió con tantas fiestas y regocijos públicos, con tan inusitada pompa y esplendor, que los nobles que lo acompañaban, admirados de la magnificencia de la ciudad y de

su riqueza, propalaron por Castilla, según cuentan los cronistas, los proverbios «*Quien no vió a Sevilla, no vió maravilla*», y «*A quien Dios quiso bien en Sevilla le dió que comer*». Con ocasión de esta venida se realizó la empresa militar de la toma de Olvera, Pruna, la Torre del Alhaquime, y otros lugares, entre ellos el castillo de Aimonte o Ayamonte, cercano a las villas citadas, empresas en las que cupo mucha parte a las milicias sevillanas. También en esta ocasión, alegando las intromisiones de los grandes señores, abrogó el rey para sí el nombramiento de los Alcaldes ordinarios, de los Jurados y de otros oficios de elección popular, si bien andando el tiempo, como premio a los servicios de Sevilla, le devolvió la facultad de nombrarlos, reformando no poco el gobierno de la ciudad y sus ordenanzas.

En esta misma fecha, teniendo el rey diez y seis años, se asegura que conoció en Sevilla a Doña Leonor de Guzmán, cuyos amores habían de ser de tanta trascendencia para la historia de España. No obstante esto, al siguiente año, casaba el monarca, más por razón de Estado, que por otra causa, con Doña María, hija del rey del Portugal.

✕ En este reinado tomó parte Sevilla en todas las guerras sostenidas por Castilla, ya con Portugal, por la parte de Badajoz, y frontera de la sierra de Aroche, ya, también, con los moros granadinos y africanos, contribuyendo a la toma de Teba, a los intentos realizados para recuperar a Gibraltar, perdida en esta época, y en las empresas contra la plaza de Algeciras, que dieron lugar a uno de los hechos más memorables de nuestra historia, la famosa batalla del Salado, que deshizo el poder de los muslines y tuvo lugar el 30 de octubre de 1340, empresa sólo comparable a la victoria de las Navas de Tolosa, y en la que cupo a Sevilla mucha gloria. A nuestra ciudad regresó después de ella el monarca, cargado de trofeos y en nuestra Catedral se celebró el solemnisimo acto de acción de gracias y una memorable procesión triunfal, asegurando algunos que en esta fecha y con este motivo, mandó Alfonso XI reedificar la Puerta del Perdón llamada la vieja, en la que campean los leones y castillos. Cuatro años después se apoderaba el rey de Algeciras y otros seis más tarde, estando sitiando a Gibraltar fallecía, de peste, a los treinta y nueve años de edad.

Todo ese tiempo, puesto que heredó el trono cuando aun no contaba dos meses, había llevado el título de rey, siéndolo efectivo durante veinticinco años, manifestando desde su mocedad tal entereza de carácter y severidad en sus justicias, que algunos han creído que más que el título de *Justiciero*, con que es conocido, le correspondía el de *Cruel* con que había de pasar su hijo a la posteridad.

Al morir en 1350 Alfonso *el último*, como se le llamó durante mucho tiempo, que había de tardar más de cinco siglos en tener un sucesor de su nombre, fué proclamado rey su único hijo legítimo Pedro I, que a la sazón se encontraba en Sevilla y contaba diez y seis años de edad, cuyo reinado había de durar diez y nueve años. Mientras la mayoría le apellida *el Cruel*, otros, y así lo dispuso Don Felipe II *el Prudente*, le llaman *el Justiciero*, siendo de tener en cuenta que su crónica, obra literaria admirable del Canciller Don Pedro López de Ayala, está escrita por un enemigo suyo, en los días de su sucesor y matador Enrique II, y que, como dice nuestro analista muy bien al reseñar la tragedia de Montiel: «Venció Don Enrique, y acreditóse con elogios su fama: Perdió Don Pedro y disfamose su memoria». Esto no obstante, el mismo Zúñiga llama a este monarca «infausto príncipe, terror de Castilla y ejemplo de rigor e infelicidad».

En el reinado de Don Pedro no sufrió Sevilla los extragos y cuidados de la guerra, ya que las de este monarca fueron con Portugal, por la parte de la

frontera superior a Andalucía, y con el reino de Aragón, pero no dejó de sufrir robos, correrías y aun cautiverios en su territorio, como el caso de la población de Utrera por los moros granadinos, venidos en auxilio de Don Pedro contra su hermano. Padebió en cambio bastante en las discordias civiles del reino, y vió morir en su recinto al Maestre de Santiago, Don Fadrique, hermano bastardo del rey, de cuya memoria tanto han abusado los guías o *cicerones* de nuestro Alcázar mostrando, en el llamado Salón de Embajadores, unas manchas de humedad, en el pavimento, como si fueran de la sangre del Maestre; también presencié la muerte del rey Bermejo, intruso que reinó en Granada y sufrió la pena capital en el Arenal de Sevilla, de Doña Urraca Osorio, esposa y madre de los Señores de Sanlúcar, continuadores de la línea directa de Guzmán el Bueno, con cuya muerte enlaza la tradición la voluntaria de su doncella Leonor Dávalos; de Martín Yáñez de Aponte, y de Sanuel Levi, ambos Tesoreros reales; la del Almirante Micer Egidio Bocanegra y tantas otras que acreditan aquellas palabras que la Crónica pone en boca de Don Alonso Fernández Coronel, a quien Don Pedro dió el pingüe señorío de Aguilar, y luego, por desleal, le mandó dar muerte: «Esta es Castilla, que hace los hombres y los gasta», sentencia tan aplicable a los que por ciertos medios alcanzan puestos de los que se ven privados por análogos procedimientos de otros ambiciosos.

Fué Don Pedro, según su cronista, y acaso sea de lo más cierto que éste dijo, hombre que «amó mucho mujeres» y bien podía asegurarlo así por dolorosa experiencia el docto Canciller, ya que su propia hermana Doña Teresa de Ayala fué la primera mujer a quien amó el incontinente monarca y la primera que le dió sucesión, viniendo a corroborar la verdad de este aserto las historias de su legítima esposa Doña Blanca de Borbón y las de Doña Juana de Castro, Doña María de Padilla, Doña Aldonza y Doña María Coronel, y tantas otras. De estas esposas, amadas o simplemente requeridas del rey, algo toca a Sevilla, ya que en su territorio, fuese en Jerez, en Medina Sidonia o en el Valle de Sidueñas, sufrió injusta muerte la desgraciada Doña Blanca; porque en Sevilla vivieron las dos hermanas Coronel, una de las cuales, la heroica Doña María, a quien la tradición atribuye el haberse quemado el rostro para hacerlo horrible a la vista del rey, enamorado de su belleza, fué la fundadora del Convento de Santa Inés; así como por que aquí vivió, sospechando muchos que también fué natural de la ciudad, Doña María de Padilla, la única persona que domoñó la voluntad de hierro del monarca y pudo jactarse de haber reinado sobre él. Su amante la declaró posteriormente reina y mujer legítima y la sepultó en la Capilla real de Sevilla, donde cinco siglos después habían de ser sepultados sus restos, que al ser demolido el Convento de Santo Domingo el Real, de Madrid estuvieron depositados algún tiempo en el Museo Arqueológico Nacional. El nombre de la Padilla aun perdura entre nosotros, unas veces sin fundamento, como en el llamado *baño de Doña María de Padilla*, en el Alcázar, otras veces con razón como en la *hacienda y torre de Doña María*, que suya fué y por donación pasó a los Melgarejos.

Sevilla debió a Don Pedro la confirmación de sus privilegios, y otros nuevos, reformas en sus Ordenanzas y algunas de ellas nuevas, como la de los Colmeneros, la renovación de muchos templos y la fábrica de su soberbio Alcázar, llamado sin razón el Alcázar del Rey Don Pedro, construido de 1353 a 1364, fecha esta última de la inscripción de su bellísima portada. La memoria de este monarca, «tirano a ratos benéfico y a ratos sanguinario e insensato», como le llamó Menéndez y Pelayo, ha perdurado entre nosotros en muchas leyendas y tradiciones más o menos fundadas, como la de una muerte a mano armada de un hombre en «los cinco cautillos» hecho cuyo autor no pudo

descubrir la justicia, pero en el que una anciana, que vivía próxima al lugar del suceso, se atrevió a declarar que al ruido de la pendencia se asomó a la ventana provista de un candilejo, no pudiendo reconocer al matador por ir encubierto, no obstante lo cual creyó reconocer al rey por el crugir de sus huesos al andar, circunstancia que se daba en el monarca, lo que hizo que éste mandase poner allí su cabeza, en mármol, con un dogal al cuello, que más tarde se cambió por un busto, como aun lo vemos, tradición que ha hecho personaje popular a *la Vieja del candilejo* y que se ha perpetuado en los nombres de la calle y sitio de la Cabeza del Rey Don Pedro y en su vecina calle del *Candilejo*. Popularísimas son también las que han dado origen al drama *El Zapatero y el Rey*, las de las naranjas del estanque del Alcázar y tantas otras.

Ocurrido en 1369 el fratricidio de Montiel, toda Castilla reconoció como monarca a Enrique II, apellidado *el de las Mercedes*, con quien se entroniza la casa llamada de Trastámara por haber usado este título el monarca en sus primeros años. Enrique II había nacido en Sevilla en 1334 y aquí había usado el título de rey en 1366, antes del desastre de Nájera en que resultó victorioso el monarca legítimo, quien tomó venganzas de nuestra ciudad por el reconocimiento que había hecho a su hermano.

Tenía el de Trastámara al subir al trono treinta y cinco años y en su reinado, que fué de corta duración, unos diez años, dejó bien acreditada en nuestra ciudad la fama de las mercedes enriqueñas, que derramó, a manos llenas, sobre los próceres, sus partidarios, que tanto habían sufrido en los tiempos de Don Pedro, siendo acaso el más favorecido de todos el señor de Sanlúcar D. Juan Alonso de Guzmán a quien casó con su sobrina D.^a Juana, hija del difunto Maestre de Santiago Don Fadrique, y viudo de ésta con su hija, no legítima, Doña Beatriz, dándole en dote dilatado señorío con el nombre de Conde de Niebla.

Por razón de guerras no padeció mucho Sevilla en este reinado; sólo en sus comienzos llegaron a ella los chispazos de la guerra civil, por la resistencia que en Carmona hizo Don Martín López de Córdoba, fiel, hasta la muerte, a su señor Don Pedro; en la guerra con Portugal tuvo una armada de galeras lusitanas dentro del Guadalquivir, y en la de los moros granadinos vió a Aigeciras, cuya conquista tanta sangre sevillana había costado, caer en manos de los hijos del Profeta, que la arrasaron cegando su puerto.

Al morir Enrique II, en 1379, en Santo Domingo de la Calzada, dejaba diez y seis hijos, sólo tres de ellos legítimos, y el mayor de éstos, joven de veintiun años, fué elevado al trono con el nombre de Juan I, casado ya en primeras nupcias con Doña Leonor, hija del rey de Aragón, de quien tuvo dos hijos, pero viudo de esta señora casó nuevamente con una princesa portuguesa, de quien no tuvo sucesión, y cuyas pretensiones al trono portugués contra su tío el bastardo Maestre de Avis, tantos males acarrearón a Castilla. Sevilla sufrió no poco en estas luchas y quedó triunfante en el socorro de Mértola, tuvo grandes pérdidas en la expedición contra Lisboa, en la famosa derrota de Aljubarrota y en alguna otra sufrida por los portugueses. También amenazaron las costas andaluzas los portugueses y los ingleses, sus aliados, cuyo Duque de Lancaster, casado con la hija mayor del rey Don Pedro y de la Padilla, pretendía para ésta el cetro de Castilla.

Los sucesos principales de Sevilla en este reinado, que excedió muy poco al anterior, pues duró sólo once años, fueron la exacerbación de la enemiga entre los nobles sevillanos, señaladamente entre los Ponces de León y los Guzmanes de Niebla, que tantos males habían de acarrear a la ciudad y su tierra, y la llegada a Sevilla de los caballeros Farfanes, establecidos luengo tiempo en Marruecos, donde habían conservado la fe de Cristo, y que se pre-



Escultura orante de Guzmán el Bueno
(Túmulo. - Iglesia de San Isidoro del Campo, Santiponce)

Fot. Laboratorio de Arte



Escultura orante de Doña María Alonso Coronel
(Túmulo. - Iglesia de San Isidoro del Campo. Santiponce)

Fot. Laboratorio de Arte



Alcázar. - Portada del patio de la Montería



Alcázar. - Salón de Embajadores



Catedral de Sevilla según relieve que existe en el retablo mayor

ciaban de descender de los godos, por lo que unieron este título a su apellido, llamándose Farfán de los Godos. En su venida habían intervenido la ciudad y el monarca, por lo que algunos de ellos pasaron a Castilla a darle gracias, encontrándolo en Alcalá de Henares donde organizada una fiesta, para que los africanos hicieran su destreza como jinetes, el rey dió tal caída del caballo que quedó muerto en octubre de 1390.

X Contaba el difunto monarca treinta y dos años y dejó dos hijos, Don Enrique y Don Fernando, siendo proclamado rey el mayor con el nombre de Enrique III, de once años de edad y desposado, dos años antes con Doña Catalina, nieta del rey Don Pedro. Hombre de flaca salud el nuevo monarca, cuyo reinado duró dieciseis años, ha pasado a la posteridad con el sobrenombre de *el Doliente*. No llevaba aún un año en el trono cuando, en 1391, ocurrió en Sevilla el asalto de la gran Aljama y la matanza de judíos, de que en otra ocasión hemos hablado, sufriendo nuestra ciudad, en el siguiente año, las conmociones naturales por las luchas entre el Conde de Niebla, que era uno de los tutores de Enrique III y sus opuestos el Almirante Alvar Pérez de Guzmán y el señor de Marchena, Ponce de León, que sucesivamente se apoderaron de Sevilla con sus parciales, arrojando de ella a los contrarios.

Declarada la mayoría del monarca en 1393, a los trece años de edad, revocó las mercedes hechas por sus tutores pero concedió otras, como la de los bienes comunales de los judíos sevillanos a sus Justicia y Mayordomo Mayor, según ya hemos visto. Varias veces vino el rey a Sevilla y en una de ellas redujo a prisión al Conde de Niebla y al señor de Marchena, siempre opuestos e irreconciliables enemigos, y en otras aumentó las preeminencias de los Jurados y suspendiendo algunos cargos del gobierno de la ciudad, creó cinco regidores instituyendo sobre ellos un Corregidor.

Durante este reinado fundó el Arzobispo Don Gonzalo de Mena, en 1400, el monasterio de Santa María de las Cuevas, para Cartujos, y nuestro Cabildo Catedral tomó famosos acuerdos. El primero de ellos, en 1395, fué el hacer desaparecer de los alrededores de la Iglesia las *tendillas* adosadas a sus muros, que, aunque eran fuente segura de ingresos, quitaban decencia al lugar, y cercar sus ámbitos de mármoles con cadenas, lo que sólo pudo hacerse desde la torre de San Miguel, entonces existente, por las calles que hoy nombramos del Gran Capitán y de Moret, llamadas entonces las Gradas, hasta la Puerta de los Palos, que entre la Giralda y el Palacio Arzobispal daba entrada al Corral de los Olmos, pues por los lados sur y levante la Iglesia no estaba exenta, sino que tenía otras edificaciones medianeras y los mármoles y cadenas que hoy cercan estos dos lados fueron colocados en tiempos muy posteriores. Con referencia a los otros lados norte y poniente dolíase ya el Analista Zúñiga de que a aquellos noventa mármoles que las cercaban, y que subsistían en su tiempo, les hubiesen desaparecido las cadenas, y sin ellas continuaron hasta que recientemente le han sido colocadas de nuevo. El segundo acuerdo, más trascendental que el anterior, tomado por el Cabildo Eclesiástico fué el de 1401, estando vacante la Sede, de hacer «otra Iglesia tal e tan buena que no haya otra su igual», decisión que el mismo acuerdo justifica agregando que el templo antiguo estaba para caer por muchas partes y amenazaba cada día más ruina, a lo que debieron contribuir, con la acción del tiempo, los varios terremotos que en Sevilla se sufrieron, uno de los cuales, ocho años anterior al acuerdo, o sea en 1396, dejó caer a tierra, convirtiéndolas en menudos fragmentos, las cuatro manzanas de metal en que remataba la Giralda y que al decir de la Historia general del rey Sabio, resplandecían en rayos lucientes cuando el sol daba en ellas.

Al fallecer Enrique III en Toledo, en diciembre de 1406, contaba su suce-

sor Juan II menos de dos años, quedando bajo la tutela de su madre Doña Catalina de Lancaster y de su tío Don Fernando, una de las más nobles figuras de estos tiempos y aun de la Historia de España. Durante los doce años de su minoría consiguió Sevilla que cesase el cargo de Corregidor, restableciéndose sus oficios municipales y que se le reconociese el derecho de que su pendón, con el de la Orden de Santiago, llevasen siempre la delantera en la guerra y sus huestes asentasen los reales antes que las demás.

Reanudada la guerra con los moros de Granada, tomó Sevilla mucha parte en ella, ganándose Zahara, sitiándose Setenil y apoderándose del castillo de Aimonte, Olvera, Ortexicar y otras poblaciones, no sin algunos contratiempos y reveses, conquistando en otra campaña, a Antequera, importantísima por su posesión y fortaleza. Fué caudillo y alma de estas empresas el tutor y tío del monarca Don Fernando, que en la última ganó el sobrenombre de *el de Antequera*, con que ha pasado a la historia y que en ambas campañas llevó la espada de San Fernando que, con toda solemnidad tomó y devolvió a la Capilla Real de nuestra Catedral, y antes de salir de aquí la primera vez para la guerra ocurrió un hecho que merece mencionarse, y fué que escaseando el dinero para preparar la expedición, quiso el Infante apoderarse de mil doblas de oro que el difunto Arzobispo Don Gonzalo de Mena había dejado en poder del Canónigo Juan Martínez de Victoria, para terminar la fundación de la Cartuja de las Cuevas; negóse el depositario a declarar el lugar en que las guardaba, hasta que, sometido a tormento, hubo de declararlo por salvar la vida. La promesa de restituir esta suma, sólo en parte se cumplió al cabo de muchos años, y la piedad sevillana hubo de acudir con sus cuantiosas limosnas a perfeccionar aquella fundación.

Mientras sitiaba el Infante a Antequera murió su tío Don Martín, rey de Aragón, y dos años después, la decisión del Compromiso de Caspe, lo elevaba a aquel trono. Su último acto en Sevilla fué el arreglo hecho en el gobierno de la ciudad. Con la marcha del Infante a Aragón comenzó la oposición entre los Alcaldes Mayores de Sevilla Don Pedro de Zúñiga, hijo del Justicia Mayor, Don Diego, y Don Alonso Pérez de Guzmán, señor de Ayamonte, que promovieron algunas revueltas y motivaron el nombramiento de un nuevo Corregidor. Al morir la reina madre, cuando el rey no tenía aun catorce años, se recrudecieron los alborotos en Sevilla, por haberse unido el Conde de Niebla a Zúñiga y el señor de Marchena al de Ayamonte.

Una vez declarado mayor de edad el rey, sufrió Sevilla la ambición del valido Don Alvaro de Luna que deseó para sí cuantos puestos vacaron en la ciudad, como las Alcaldías de los Reales Alcázares, la rentas del correaje y otros provechos y aun disputó al Cabildo Catedral, llevándose una buena parte, la herencia del Canónigo Rui Volante, dió a sus parientes y amigos otros pingües beneficios en nuestra ciudad y entre ellos el Arzobispado a su medio hermano Don Juan de Serrezuela. Con la oposición que a Don Alvaro hicieron muchos nobles castellanos, a cuyo frente se pusieron D. Juan y D. Enrique. Maestre este último de Calatrava e hijos ambos de D. Fernando el de Antequera, que son aquellos por quienes dijo Jorge Manrique en sus famosas coplas:

«Los Infantes de Aragón, ¿qué se hicieron?...»

Se agravó el mal de los bandos de la nobleza sevillana, llegando el Infante Don Enrique a quererse alzar con toda Andalucía y aun a pretender apoderarse de Sevilla por la fuerza de las armas, lo que impidió defendiéndola el Conde de Niebla que recibió como premio del monarca el título de Duque de Medina Sidonia, al tiempo que por el mismo hecho se concedía a Sevilla el dictado de *Muy Leal*.

La guerra con los moros no proporcionó otras victorias que la de La Higuera, en la Vega de Granada, de la que ningún provecho se sacó, la toma del Castellar por el sevillano Arias de Saavedra y un intento de recuperar a Gibraltar que fué harto funesto.

Durante este reinado bajó al sepulcro la egregia dama Doña Guiomar Manuel, que tantos beneficios hizo a la ciudad con sus importantes donaciones. En la Catedral, en uno de los pilares de la última nave transversal, un bronce, empotrado en dicho pilar, perpetúa el recuerdo de las Sauninas, nombre aplicado a esta dama y a su madre por el apellido Saunin de su padre y esposo, y el rótulo de una modesta vía pública lleva el nombre de Doña Guiomar.

Por muerte de Don Juan II, en 1454, a los cuarenta años de edad y treinta y ocho de reinado, monarca que no visitó nunca a Sevilla, ocupó el trono su hijo Enrique IV, que estuvo muchas veces en nuestra ciudad, y en cuyo tiempo había de llegar la realeza al mayor oprobio. Durante su reinado parece que se usó por primera vez el título de Asistente, aplicado a lo que en tiempo anterior se había llamado Corregidor, nombre, este último, que era odioso a los sevillanos.

En las guerras contra la morisma, aparte de muchas racias y talas en las tierras granadinas, tan admirablemente cantadas por Juan de Mena, fueron tomadas Estepona y Jimena, alcanzada la victoria de el Madroño y recuperada Gibraltar, cuyo conquistador, Alonso de Arcos, reposa bajo artística y bella lápida de caracteres góticos en la iglesia de nuestra Universidad, desde que fué demolida la parroquia de San Miguel donde yacía sepultado.

Las luchas de la nobleza sevillana llegaron en este tiempo a su mayor apogeo, agravadas por las que los dos Arzobispos Fonseca, tío y sobrino, sostenían sobre la permuta de los Arzobispados de Sevilla y Compostela, llegándose al extremo de que las torres de las iglesias se convirtiesen en fortalezas, sin excluir la Giralda ni la torre llamada del Aceite que entre la Catedral y el Colegio de San Miguel existía y que fué el Campanario de la Iglesia Mayor en tanto que no se le adicionó a la Giralda el cuerpo de campanas. Cada noble se apoderó e hizo fuerte en la torre de la iglesia que más cercana tenía a su morada, así el Duque de Medina Sidonia en San Miguel, el Conde de Arcos, aun no Duque, en Santa Catalina, los Manuel en San Isidro, los Ceron en la Magdalena, los Rivera en Santa Marina y así en las demás, y como si ello fuera poco, muchos señores construyeron torres y convirtieron en fortalezas sus casas, habiendo durado la última de estas casas, que después de pertenecer a varios linajes, pasó a una de las ramas de los Saavedras, hasta que a principio del siglo XIX fué derribada, por los franceses, para construir el mercado que llamamos de la Encarnación, y permaneciendo aun en pie, aunque muy desfigurado, uno de los altos y fortísimos torreones de la casa ducal de Medina Sidonia. Sevilla tomó gran partido por el Infante Don Alfonso después de la deposición de Enrique IV en Avila, si bien el Conde de Arcos, que en este tiempo obtuvo el Marquesado de Cádiz, se volvió al partido del Monarca, y no dejaron tampoco los nobles sevillanos de exteriorizar sus opuestas opiniones con motivo de la jura de la Infanta Isabel en los Toros de Guisando y en los demás sucesos de la monarquía en los últimos años del desdichado Enrique IV.

Sevilla fué presa de una verdadera anarquía a consecuencia de la ambición y rivalidades de sus nobles y era preciso una mano fuerte que con justicia, pero sin consideraciones, reprimiese aquellos desmanes. El cielo tenía reservada esta empresa a los Reyes Católicos, que, al morir Don Enrique en 11 de diciembre de 1474, ocuparon el trono, abriendo la edad moderna de nuestra historia.

LECCIÓN VIII

Sevilla en el reinado de los Reyes Católicos.

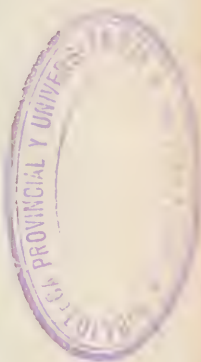
El descubrimiento de América.

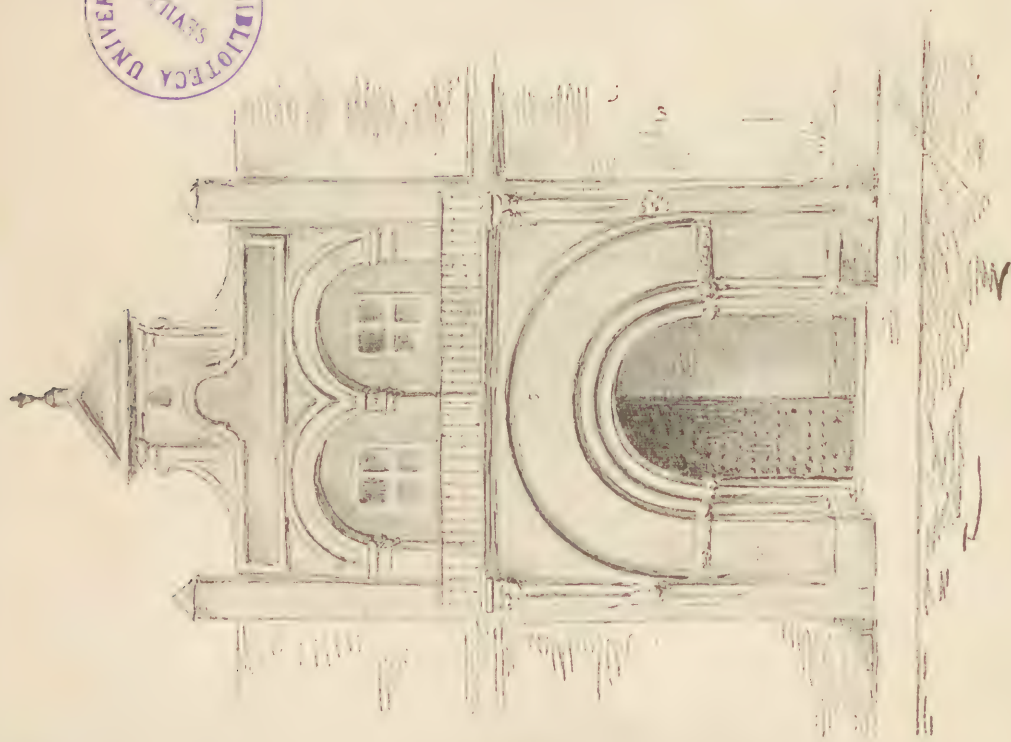
«Post núbila febus», dice el adagio latino, «tras de la tempestad rênace la calma» solemos decir en castellano, y eso ocurrió en toda Castilla, pero muy singularmente en Sevilla, con el glorioso reinado de los insignes monarcas Isabel I y Fernando V, que va a ser objeto de nuestro estudio en esta lección. Tras de los calamitosos tiempos estudiados en la lección anterior, en que vimos a la nobleza dividida en opuestos bandos, enseñoreada en la ciudad y su territorio, que hicieron víctimas de sus parcialidades y ambiciones, volvió a renacer la paz gracias a la enteraza de ánimo, a la prudencia y a la sabiduría de aquella reina incomparable, por que obra suya fué, más que de su esposo, la pacificación de los nobles sevillanos, sometiendo su soberbia y altanería hasta conseguir que no hubiera entre ellos otra emulación que la honrosísima de servir a la patria, como testimoniaron con su conducta en la guerra de Granada. Con razón pudo decir el analista Zúñiga, al hablar de los comienzos de este reinado en sus Anales de Sevilla, «parece que la justicia volvió a descender del cielo a la tierra, principalmente en esta ciudad».

El 11 de diciembre de 1474, fallecía el desgraciado monarca Enrique IV y al día siguiente llegaba a Segovia su hermana D.^a Isabel, después de avisar a su esposo, ausente a la sazón en Aragón, y apenas proclamada reina, el día 15 del mismo mes, se apresura a escribir al Concejo de Sevilla para que le dé su obediencia en la persona de Pedro de Silva, a quien un día después autoriza para poner *en fieltad* las rentas de la ciudad y el 20 se dirige nuevamente a Sevilla, notificando, oficialmente, la muerte de su hermano y su proclamación como soberana de Castilla. Con la transcripción de estos tres documentos suscritos solo por la Reina, se encabeza el Tumbo de los Reyes Católicos, interesantísima colección en que se transcriben las disposiciones dirigidas por estos monarcas a Sevilla, mandada hacer por ellos y que guarda en su Archivo nuestro Ayuntamiento, monumento inapreciable no sólo para la historia de la ciudad, sino de toda la patria.



Monasterio de Santa Paula. - Portada





Colegio de Maese Rodrigo
Estado antiguo de la portada según dibujo de D. M. González Santos



Colegio de Maese Rodrigo. - Estado actual de la portada
(Museo Arqueológico Municipal)

El primer cuidado de los monarcas fué ajustar tregua con el rey de Granada para poder dedicarse a la guerra con Portugal, cuyo monarca Alfonso V favorecía las pretensiones al trono castellano de su sobrina Doña Juana, apellidada en Castilla la Beltraneja, con la que parecía dispuesto a contraer matrimonio. En esta guerra, cuyo foco principal estuvo en las fronteras de Extremadura y del reino de León, tomó parte Sevilla, no sólo acudiendo con sus hombres y sus recursos, sino organizando y acometiendo, por sí sola, empresas como la sorpresa del fuerte castillo de Nodar y correrías por las tierras de Serpa y Mora, gloriosas para nuestras armas. Alcanzadas por el rey Católico, en 1476, las victorias de Toro y Albuera, que virtualmente pusieron término a la guerra, aunque el tratado de paz tardase tres años en firmarse, pudo ya la reina venir a Sevilla en la que entró, según Zúñiga, el 25 de julio de 1477, y donde su presencia era muy necesaria, pues el Duque de Medina Sidonia y el Marqués de Cádiz retenían en su poder fortalezas y castillos que se negaban a entregar al poder real, no habiendo venido a Sevilla el de Cádiz a prestar obediencia a la reina, como debía, y negándose el de Medina, aunque acudió al recibimiento, a entregar el Alcázar y los castillos hasta tanto que su rival no entregase los suyos. La entereza de Doña Isabel hizo que a los dos meses de su llegada el Duque entregara el Alcázar al Secretario de la reina Francisco Ramírez de Madrid, llamado *el Artillero*, esposo en segundas nupcias de aquella egregia dama, Doña Beatriz Galindo, a quien la fama llama *la latina* por su pericia en la lengua del Lacio. Cuando Don Fernando llegó a Sevilla el 13 de septiembre, ya el Alcázar estaba entregado, y el Marqués se presentó en Sevilla, reconciliándose con los monarcas.

Realizaron entonces los Reyes un viaje, altamente político, que contribuyó a la pacificación de la nobleza, visitando los lugares de la costa. Zúñiga dice que saliendo de Sevilla, por el río, a fines de septiembre, visitaron Sanlúcar de Barrameda y Rota, lugares de señoríos del Duque de Medina Sidonia y del Marqués de Cádiz, respectivamente, donde uno y otro prócer los agasajaron a competencia, pasando de allí a Jerez; pero es el caso que de 30 de septiembre y de 13 de octubre hay documentos reales fechados en Sevilla, así como del 14 de este último mes, en Jerez, ciudad donde permanecieron los monarcas hasta los primeros días de noviembre en que pasaron a Utrera, cuyo castillo se negaba a entregar el señor del Castellar y del Viso, rebelde ahora a los reyes, de quienes había de ser, más adelante, tan buen vasallo y poderoso auxiliar. La resistencia de éste y otros nobles que imitaban su conducta, terminó con la entrega de los castillos de Alcalá de Guadaira, Lebrija, Fregenal, Villaverde del Camino, Aroche y Constantina, con la demolición de los de la Alcantarilla y Montegil y otros en la Vanda Morisca, el desmantelamiento de la torre de la Membrilla y la toma, después de un largo asedio, de la fortaleza de Utrera. Vueltos los monarcas a Sevilla hicieron en este y en el siguiente año su más larga residencia en la ciudad.

Durante esta estancia tuvo la reina, aquí en Sevilla, acaso la mayor alegría de su vida, la del nacimiento de su único hijo varón, el Príncipe D. Juan, nacido en nuestro Alcázar el 30 de junio de 1478, príncipe en quien parecía habían de reunirse las coronas de Sicilia, Castilla y León, que ya poseían sus padres y la de Aragón, que un año más tarde, por fallecimiento de su abuelo Juan II había de heredar su padre, pero que fallecido en la flor de la edad, sin dejar sucesión, frustró las esperanzas que su nacimiento había hecho concebir.

En 1479 dotó la reina dos fundaciones en nuestro templo Catedral que habían de celebrarse, una el primer día del mes de marzo por la victoria que «ovo el Rey nuestro señor en Zamora» y la otra el día de San Juan *ante*

portam latinam por la devoción especialísima que Doña Isabel tuvo siempre al santo evangelista, como atestigua el águila nimbada que puso como fondo del escudo de las armas reales, sustituida, más tarde, en tiempos de su nieto, por el águila imperial de dos cabezas. Ese mismo año acudió Sevilla al cerco de Medellín, y firmada, poco después, la paz con Portugal, en el tratado de Trujillo, en el que el monarca lusitano renunciaba a sus pretensiones a la corona de Castilla, reconociéndole, en cambio, el derecho a explotar la mina de oro de Guinea y a ocupar la costa de Africa, a excepción de las islas Canarias que quedaron por Castilla, habiendo la desgraciada princesa Doña Juana, *la excelente señora* como se la llamó, entrado en un convento portugués, en el que muchos años después falleció sin haber dejado de usar en su retiro el título de reina, pudieron ya los Reyes Católicos dedicarse a poner término a la empresa nacional de la reconquista, dirigiéndose contra el rey moro de Granada, campaña que comenzó en 1482 y duró diez años, durante los que tanta gloria cupo a Sevilla por la parte que tomó en ella, comenzando por la primera empresa que fué la toma de la fuerte Alhama, tan llorada de los moros, y en cuyo logro tanto se distinguieron el Marqués de Cádiz, el Duque de Medina Sidonia, el Adelantado de Andalucía Don Pedro Enríquez y otros sevillanos, con sus huestes, confiándose la custodia de la plaza, una vez conquistada, a las tropas de Sevilla con su Asistente Diego de Merlo.

No todo fueron triunfos en aquella guerra: el rey católico tuvo que retirarse de Loja sin haber podido apoderarse de ella, siendo perseguido casi hasta Córdoba, y aun más doloroso fué el desastre de la Ajarquia, en la sierra de Málaga, en que, desbaratada la hueste sevillana, murieron muchos de sus jefes, quedando prisioneros otros, como Don Juan de Silva, Conde de Cifuentes, su Asistente, Pedro de Pineda, escribano mayor de Sevilla, para cuyo rescate hubo de venderse su casa, situada frontera del Convento de las Dueñas, y que adquirida por los Enríquez, se incorporó más tarde, con otros mayorazgos, a la casa ducal de Alba, que la posee. Pudieron salvarse, en la rota de la Ajarquia, milagrosamente, y no sin gran riesgo, el Marqués de Cádiz, Don Pedro Enríquez y algunos otros. No se hizo esperar el desquite, y el mismo año de 1483 se recuperó, definitivamente Zahara, por el Marqués de Cádiz, a quien los reyes dieron esta villa con el título de Marqués cambiándole el de Cádiz que ostentaba por la elevación a Ducado del Condado de Arcos que también poseía, por lo que desde entonces se tituló Duque de Arcos, Marqués de Zahara.

Al año siguiente de 1484 se recuperaron las villas de Alora y Setenil y vinieron los reyes a Sevilla a preparar el ataque a la fortísima plaza de Ronda que fué tomada en 1485, así como Ilora, Loja y Moclín, cayendo en poder del ejército cristiano en 1486, Vélez Málaga, y luego Málaga, tras de un rudo asedio, después de lo que el reino de Granada quedaba reducido en gran manera por su parte occidental.

Conquistadas en 1489 Almería, Baza y Guadix, quedó Granada sin amparo alguno por el oriente y ya pudo pensarse seriamente en atacar la ciudad, harto dividida por las discordias civiles, que el rey católico, habilísimo político, había tenido buen cuidado de fomentar. Por cinco veces, en los años de 1490 y 1491, envió Sevilla refuerzos al ejército sitiador de Granada, la que al fin se entregó a los monarcas el 2 de enero de 1492, hecho que pone fin a la reconquista y que Sevilla celebró con gran júbilo con una lucidísima procesión a la que concurrieron los juegos que acostumbraban salir en la del *Corpus Christi*, todas las cofradías, las Órdenes religiosas, el clero parroquial y ambos Cabildos, y que saliendo de la Catedral, después de celebrada la misa, el 29 de enero a las 9 de la mañana, se dirigió por las calles y plazas nombradas en-

tonces de las Gradass, de Génova, de San Francisco, de la Sierpe, de las Armas y de San Vicente, se dirigió a Santiago el nuevo, llamado también de la Espada, a cuya puerta Fray Jorge, el Comendador de la Merced, predicó el sermón del triunfo. Al día siguiente después de dicha la misa en Santiago, regresó la comitiva en la misma forma y por el mismo camino hasta la calle de la Sierpe, desde donde siguió por las de Fruteross, Carpinteross, Francoss y Placentines al Corral de los Olmos, galanamente adornado, como se acostumbraba a hacerlo el domingo de ramos, donde el Licenciado del Consistorio, predicó otro sermón, pasando la procesión a la capilla de la Antigua, en la que después de hacer conmemoración, se despidió el concurso.

Aun después de la toma de Granada hay dos hechos, referentes a los moross, de transcendencia para Sevilla; fué el uno la toma de Melilla, en 1497, por las huestes del Duque de Medina Sidonia, que vino a cambiar la política que sobre Africa se había convenido en el tratado de Trujillo: fué la otra la sublevación y alzamiento de los moriscos de Sierra Bermeja, en que la hueste de Sevilla se portó valientemente.

Honraron los reyes católicos a Sevilla con su permanencia en varias ocasiones; en 1477, en 1478, año del nacimiento del Príncipe Don Juan, en 1484, 1490 y 91, 1499 y 1500 y, por último en 1502, dos años antes de la muerte de la reina. En una de estas últimas estancias, en la de 1500 supo la egregia señora la noticia del nacimiento de su nieto D. Carlos, hijo de la Princesa D.^a Juana, venido al mundo en Gante el 24 de febrero de 1500, ocasión en que salió de los labios de la reina aquella frase del evangelio que refiriéndose a la elección para el apostolado de San Matías, cuya fiesta se celebra en dicho día, dice: «*cecidit sors super Mathiam*», cayó la suerte sobre Matías, palabras que, como dice Zúñiga, sonaron después a profecía de que sobre aquel recién nacido había de caer el cetro de la monarquía más extensa que ha conocido la historia moderna.

Fallecida la reina católica fué proclamada en Castilla su hija Juana, apellidada más tarde *la loca*, esposa de Felipe de Austria llamado *el hermoso*, en Sevilla volvieron los bandos de la nobleza, resucitando las querellas de sus antepasados; y el Duque de Medina Sidonia quiso, con perjuicio de la corona, apoderarse de Gibraltar siendo preciso secuestrarle todo el Condado de Niebla, que administró prudentemente algún tiempo el Arzobispo Fray Diego de Deza. Esta situación obligó al rey católico a venir a Sevilla, y lo hizo en octubre de 1508, acompañado de su segunda esposa Doña Germana de Foix, haciéndosele uno de los más suntuosos recibimientos que la ciudad ha tributado a monarcass, erigiéndose en su honor trece arcos triunfales, desde la puerta de Macarena a la plaza de San Francisco, deteniéndose Don Fernando en Sevilla algunas semanas y llevando en sus manos la espada de San Fernando en la procesión de tercia del día 23 de noviembre de aquel año. Tres más tarde, en 1511, volvió nuevamente el rey a Sevilla, tratando de organizar una expedición a Africa, empresa que no llegó a realizarse, y aunque a fines de 1515 manifestó su propósito de venir nuevamente a nuestra ciudad, a reponer su quebrantada salud, la muerte se lo impidió, sorprendiéndolo en Madrigal, antes de realizar su deseo, el 23 de enero de 1516. Al siguiente año llegó a España, de Flandes, para hacerse cargo del gobierno por la enfermedad de su madre, Carlos de Gante con quien se entroniza en nuestra patria la casa de Austria, ya que su padre Don Felipe, aunque lo contemos como el primero de su nombre en nuestra cronología regia, no pasó, en realidad, de ser un rey consorte.

Suceso trascendental para todo el mundo, especialmente para España y de manera muy singular para Sevilla, ocurrido en los días que abraza esta lección, fué el descubrimiento de América, que ligó el nombre de nuestra

ciudad al Nuevo Continente con un nexo tan fuerte que más de cuatro siglos no han bastado a romperlo.

Dicen los biógrafos del descubridor del nuevo mundo, que Cristóbal Colón vino por primera vez a Sevilla, desde Palos, en 1484 y que aquí vivió dedicado a dibujar mapas o cartas marítimas, fáciles de vender en esta ciudad que tenía una floreciente marina mercante que comerciaba con Portugal, Francia, Flandes e Inglaterra, visitando sus puertos, que navegaba por todo el Mediterráneo que no estaba en poder de turcos y por el Atlántico a las islas de Canarias, a la costa occidental africana que se había disputado a los portugueses antes del tratado de Trujillo, de 1479, y de donde tantos negros esclavos, desde mucho tiempo antes, se habían traído a Sevilla, cuyo Arzobispo Don Gonzalo de Mena hubo de fundarles un hospital, extramuros de la ciudad, entre las puertas de Carmona y del Osario, origen de la cofradía llamada vulgarmente *de los negritos* y a los que los reyes católicos, por carta de 8 de noviembre de 1475, fechada en Dueñas, cuando aun no llevaban un año de reinado, ni habían visitado esta ciudad, nombraban un mayoral, en la persona del negro Juan de Valladolid, a quien los reyes habían honrado con el título de su portero de cámara. Este personaje, a quien los sevillanos, con su buen humor habitual no llamaron mayoral, sino Conde, es el famoso *Conde negro* que ha dado nombre a una calle de nuestra ciudad, precisamente la en que estaba situado el hospital fundado por el Arzobispo Mena, que aun subsiste, y en el que yo he alcanzado a conocer, albergados y recogidos, negros de ambos sexos.

Volviendo a los marinos a quienes Colón podía vender sus cartas y derroteros, bueno será decir que formaban un fuerte gremio con su Cofradía y Hospital, llamado de los Cómities, situado en la barrera que de él tomó nombre y hoy lleva el de Tirso, y agregar que el gremio y la hermandad duraron mucho tiempo sin fundirse ni confundirse con la Universidad de Mareantes y Cofradía de Nuestra Señora de Buenos Aires, San Pedro y San Andrés que habían de fundar los armadores, dueños, o *señores*, como entonces se llamaban, capitanes, maestros y pilotos de las naos que se dedicaban, exclusivamente, a la navegación de las Indias Occidentales.

A este tiempo de la primera estancia de Colón en Sevilla, parece que deben referirse sus relaciones con el Duque de Medinaceli, Conde del Puerto de Santa María, que fué uno de sus favorecedores.

Se dice que en 1486 fué Colón a Córdoba y la estancia del famoso navegante en la ciudad vecina, acaso esté en estos momentos en vías de aclararse, gracias a los trabajos de un docto investigador que en ello se ocupa, pero en 1489 estaba en Sevilla, pues los reyes escribieron desde Córdoba a esta ciudad que diese «posadas a Colomo que iba a la corte por servicio del Rey».

Al ajustar los reyes con Colón las capitulaciones o el asiento, como le llama Zúñiga, de Santa Fe, el 17 de abril de 1492, se dirigió el ilustre marino a Sevilla para preparar su salida del puerto de Palos, situado en tierra de nuestra ciudad y cuyos armadores estaban obligados a servir en dicha empresa con dos naos. El 15 de mayo escribían los reyes desde Santa Fe al Concejo de Sevilla, para que permitiese a Colón sacar los mantenimientos que quisiese, y arreglada la expedición el 3 de agosto salía la pequeña flota del puerto de Palos, y descubiertas las primeras tierras americanas el 12 de octubre, regresó Colón a Palos donde arribó el 15 de marzo de 1493, llegando el 31 a Sevilla que lo recibió en triunfo y de donde, después de un breve descanso, marchó a Barcelona a presentarse a los monarcas.

El segundo viaje del Almirante se preparó también en Sevilla por él y por Don Juan Rodríguez de Fonseca, a quien los reyes confiaran este encargo. Era éste un prebendado de nuestra Catedral en la que a más de una canongía





poseyó, primero el Arcedianato de Sevilla, y más tarde el Deanato; era sobrino de aquellos Arzobispos Fonseca, de quienes hablamos en la lección anterior; fué el primer provisor que en Granada había tenido su Arzobispo Fray Hernando de Talavera, y muy pronto fué nombrado Obispo de Badajoz, a cuya iglesia llevó la pintura de la Virgen de la Antigua que en ella se venera, siendo más tarde Obispo de Córdoba, Palencia y Burgos, Arzobispo titular de Rosano, habiéndose creado para él el Patriarcado de las Indias, vivió hasta 1523 y se enterró en Coca, población de señorío de un hermano suyo. Ha sido juzgado de muy diversa manera, pintándolo unos como favorecedor de Colón y otros como su enemigo declarado, y sobre él no existe aun el estudio que su memoria requiere y que sería tema interesante y propio de una tesis doctoral o de otro trabajo análogo. De este prelado nos han quedado un retrato en pintura en el retablo de Nuestra Señora de la Compasión de la Catedral de Palencia y otro retrato moral, hecho por el admirable escritor Fr. Antonio de Guevara, Obispo de Mondoñedo, que dijo de él que era «muy macizo cristiano y prelado muy desabrido».

La expedición organizada por este capitular y el Almirante, salió del puerto de Cádiz en septiembre de aquel mismo año de 1493, regresando al mismo puerto el 11 de junio de 1496, viniendo seguidamente Colón a Sevilla, creyéndose que en esta ocasión fuera huésped de aquel célebre cronista de los reyes católicos, Andrés Bernáldez, cura de la villa de los Palacios, llamada con anterioridad las Chozas, que tanto y tan interesante habló del Almirante en su historia.

De Sevilla marchó Colón a Burgos a entrevistarse con los reyes, regresando muy pronto para organizar la tercera expedición, que salió de Sanlúcar de Barrameda, mejor diríamos de Bonanza, llamada a la sazón Zanfanejos, el 30 de mayo de 1498, de la que había de regresar al puerto de Cádiz, en 1500, sometido a un proceso, pasando a Granada a ver a los monarcas que lo recibían el 17 de diciembre de aquel año.

En octubre de 1501 llegó Colón a Sevilla a preparar la cuarta expedición que había de ser la última que realizara, y que saliendo de Cádiz el 11 de Mayo de 1502, regresaba a Sanlúcar el 7 de noviembre de 1504. Colón vino a Sevilla, pero su estancia debió ser muy breve, pues el 25 de aquel mes acordaba el Cabildo Catedral prestarle, para que fuese a Madrid, las andas en que se había traído el cuerpo del Sr. Hurtado de Mendoza. Por muy pronto que el Almirante saliera de Sevilla, no pudo alcanzar con vida a la reina que fallecía el 26 de noviembre de 1504, es decir, un día después del mencionado acuerdo. Colón salió para Castilla y llegó hasta Valladolid, donde falleció el 21 de mayo de 1506 encargando, según se asegura, a su hijo, que su cuerpo fuera traído a nuestra ciudad y depositado en el monasterio de la Cartuja, fuera y cerca de Sevilla, hasta tanto que pudiera ser trasladado a las tierras por él descubiertas. Sus restos fueron, con efecto, traídos al monasterio de Santa María de las Cuevas, llevados más tarde a la isla de Santo Domingo, cuando ésta dejó de ser española, a la de Cuba y azares de la historia, en no lejanos días, han vuelto a traer a Sevilla aquellos restos, que quiera Dios que hayan encontrado en nuestra Catedral asiento definitivo.

En vida de Colón como los asuntos de las expediciones a América, ya las dirigidas por el Almirante como otras que se organizaron, fuesen tantos y tan complicados que, como no bastase a despacharlos el Obispo Rodríguez de Fonseca, a quien por breve tiempo habían sustituido Antonio de Torres, Gonzalo Gómez de Cervantes y otros, nombraron los reyes un tribunal especial de tres miembros, Tesorero, Factor y Escribano, que luego se llamó Contador, recayendo la tesorería en Sancho de Matienzo, Canónigo de nuestra Catedral, el

puesto de factor en Francisco Pinelo, jurado de Sevilla, hombre de negocios, cuyos hijos dotaron para su sepulcro la capilla de Nuestra Señora del Pilar en la Catedral, y la escribanía en Jimeno de Briviesca. Este tribunal fué, por posteriores disposiciones, convertido en la famosa Casa de la Contratación de Indias, factoría, aduana, audiencia y academia, que dirigió durante siglos, no obstante su dependencia del Consejo de Indias, el descubrimiento, colonización, navegación y comercio del Nuevo Mundo. La figura de su primer Tesorero tiene un relieve singular; fué Canónigo Doctoral de nuestra Iglesia y Provisor de la Diócesis en el pontificado de Don Diego Hurtado de Mendoza, de quien había sido familiar y fué testamentario; por ser «persona hábil y de buena fama» lo encargó el rey de esa tesorería en 1515, siendo nombrado Abad de la Iglesia de Sevilla de la Jamaica, población de la isla de este nombre, que años más tarde había de tomar el dictado de la Vega, al crearse el marquesado de este título. El Abad murió en 1521.

Durante los cuarenta y dos años que abarca esta lección, se hicieron, en Sevilla fundaciones memorables, ya por la institución en sí, ya también por los edificios que para ellas se erigieron, y son merecedoras de un especial recuerdo. Ocupa el primer lugar el monasterio de Santa Paula de la españolísima orden de San Jerónimo, fundado por la venerable señora Ana de Santillán en 1475 y cuya bella iglesia y artística portada, que aun son orgullo de nuestra ciudad, levantó poco después Doña Isabel Enríquez, Marquesa de Montemayor, llamada en Sevilla la Marquesa de Portugal, por ser esposa del portugués Juan de Braganza, hermano del Duque de este nombre. De 1476 es la fundación del llamado Hospital de la Misericordia, aunque nunca lo fuese, sino simple hermandad administradora de numerosos y píguos patronatos y obras pías, reducidas por las leyes desamortizadoras a un remedo de lo que fueron y administradas hoy por el Estado. El convento de Madre de Dios, que en el mismo año comenzaba, no lejos de la puerta de Triana y al que la reina dió, diez años más tarde, unas casas confiscadas a judaizantes, que constituyeron la manzana entera en que el convento está.

En 1482, edificó el Asistente Don Diego de Merlo el humilladero de la Cruz del Campo; en 1493, una Farfana, es decir, una señora de aquellos Farfanes de los Godos, que de Africa habían regresado a Sevilla, y de los que hablamos en la lección anterior, fundó el convento de Santa Isabel; en 1499 la egregia dama Doña Catalina de Ribera, fallecida en 1505, funda el Hospital de las Cinco Llagas en la calle de Santiago, edificio que después fué Hospital de las Bubas y hoy es dependencia municipal. Años después Don Fadrique Enríquez de Ribera, hijo de Doña Catalina, trasladó la fundación de su madre al suntuoso edificio que al efecto construyó frontero a la puerta de Macarena.

En 1512 fundábase en Triana el convento de la Victoria, primera casa que los religiosos mínimos tuvieron en Sevilla y de la que habremos de hablar en la lección próxima. Tenía su iglesia el altar mayor en alto como los de Santo Tomás y de Las Gordillas, ambos de Avila, y otros de Castilla, circunstancia que no se dió en ningún otro templo sevillano y cuya capilla mayor dotó más tarde, el Proveedor General de las Armadas Francisco Duarte de Mendicoa, cuya lauda sepulcral, de bronce, procedente de esta Iglesia, se conserva en lo de nuestra Universidad, con las estatuas, en bronce también, del Proveedor y de su esposa, y que contiene este hermoso elogio de Duarte: «Qui multis profuit, nemini nocuit».

De este tiempo fué también el convento llamado la Encarnación Vieja, para distinguirlo de otro del mismo nombre erigido más tarde en parte de lo que hoy es mercado central de abastos; el antiguo, que fué de religiosas carmelitas, se trasladó con nombre de Nuestra Señora de Belén, de la collación

de San Gil a la Alameda, en 1585 y derribado en 1878, el solar que ocupó está hoy atravesado por el pasaje de González de Quijano.

Otras dos fundaciones de este tiempo merecen singular mención; la del Colegio Mayor de Santa María de Jesús, Universidad de Sevilla, por el egregio varón Maese Rodrigo Fernández de Santaella, natural de Carmona, Colegial de Bolonia, Canónigo Magistral y Arcediano de Reina en nuestra Catedral, que lo comenzó a edificar y dotó espléndidamente y cuyos restos mortales reposan en la Capilla del primitivo edificio, no lejos de la que fué puerta de Jerez y único resto de aquella casa que quedó en su lugar, cuya linda portada, única en su clase en Sevilla y semejante a la que un incendio destruyó en la Casa de la Contratación, sirve hoy de ingreso al Museo Arqueológico Municipal, en el compás del Convento de Santa Clara. La Universidad erigió, hace algunos años, una estatua a su fundador en el patio principal del edificio que ocupa desde el último tercio del siglo XVIII y que fué Casa Profesa de la Compañía de Jesús. La otra fundación es el Colegio de Santo Tomás debido a la munificencia del Arzobispo Fray Diego de Deza, figura importantísima de la historia sevillana, amigo y protector de Colón, que supo, con singular prudencia, mantener a raya a la ambiciosa nobleza andaluza. De este edificio no quedan hoy vestigios; el modesto sepulcro del fundador fué trasladado, hace años, a una de las capillas de la Catedral.

Otras muchas mejoras materiales experimentó Sevilla en este reinado durante el que se comenzaron a levantar muchos edificios, como la llamada Casa de Pilatos aunque su terminación sea muy posterior, y se adecentaron muchos parajes como la plaza de San Francisco, donde estaban establecidas las pescaderías, para cuya traslación cedieron los monarcas una nave de las Atarazanas, extramuros de la población.

La Iglesia Hispalense que con la pérdida del Obispado de Silves en Portugal, había quedado con una sola sufragánea, la Iglesia de Cádiz, pues la de Marruecos no podía llamarse tal, vió aumentado el número de éstas durante el reinado de los reyes católicos con las de San Marcial del Rubicón que en 1485 se trasladó a Canarias tomando este nombre, la de Málaga, conquistada en 1486 y las tres primeras de América en Santo Domingo, la Concepción y San Juan de Puerto Rico, erigidas en 1512. Otro tanto debió ocurrir con Granada, pero los monarcas lograron que fuese erigida en Metropolitana con las sufragáneas de Baza, Guadix y Almería, todas ellas en el antiguo territorio de la Bética de que Sevilla fué metrópoli.

Estuvo regida la Iglesia de Sevilla durante el tiempo de esta lección por sabios prelados entre los que descuellen Don Pedro González de Mendoza, el Gran Cardenal de España, o el tercer rey de España, como le llamaron en su tiempo, su sobrino Don Diego Hurtado de Mendoza, que en artístico sepulcro reposa en la capilla de la Antigua y Fray Diego de Deza. Así como en la lección anterior dijimos que el Cabildo Catedral había acordado hacer nueva Iglesia en 1401, y que dos años después colocaba la primera piedra, así también hemos de recordar hoy que en 1506, en 10 de Octubre, se terminaba la obra, colocándose la última piedra del cimborrio, habiendo durado su edificación ciento tres años. ¡Lástima que en 28 de diciembre de 1511 se hundiera aquella linterna que fué sustituida por la bóveda que hoy la cierra!

En otro orden se establecieron en Sevilla en los primeros años de este reinado dos instituciones que ejercieron gran influencia; la Santa Hermandad con sus Alcaldes de los estados noble y llano, y su Ministro Juez Ejecutor, que más tarde se llamó Provincial y obtuvo voz y voto en los Cabildos de la ciudad, y el Tribunal de la Inquisición al que se le señaló como residencia el antiguo Castillo de Triana, lo que contribuyó a que se perdiera la memoria de la

antigua parroquia de San Jorge unida ya en aquella fecha a la de Santa Ana.

En el orden social y religioso la expulsión de los judíos en 1492 y la de los moros en 1502, de que ya hemos hablado en otra lección, crearon en Sevilla una clase especial, la de los conversos de una y otra religión, llamados cristianos nuevos, mirados con desconfianza por el pueblo aquí como en toda España. La protección dispensada por los monarcas a la clase popular, puede apreciarse por lo que respecta a los gremios de la ciudad, en las Ordenanzas de la misma, mandadas recopilar por ellos, aunque la recopilación no se terminó hasta 1519. Su interés por el progreso y la difusión de las industrias en Sevilla lo demuestra el haber la reina hecho venir a la ciudad, hacia 1490, las famosas compañías de impresores de Pablo de Colonia y sus tres compañeros alemanes y la del alemán Meinardo Ungut y el polaco Lanzalao de Polonia, que infundieron nueva vida a la imprenta sevillana que había comenzado en 1477 y había languidecido después, habiendo sido Sevilla la primera población que la tuvo en Castilla y la cuarta entre todas las de la península.

La sabia y prudente política de los monarcas contribuyó a debilitar el poder de la antigua nobleza sevillana, principalmente de las casas de Medina Sidonia y de Arcos, para lo que comenzaron por traer a Sevilla otros nobles que ocuparan determinados cargos y aminorasen la autoridad de aquéllos, como ocurrió con Don Pedro Enríquez, Adelantado de Andalucía, y con Don Alvaro de Portugal, hermano del Duque de Braganza, Alcaide de los Alcázares, tronco de la casa condal de Gelves con cuya descendencia había de unirse la del Almirante Colón. La toma de Granada, poniendo término a la reconquista, dejó sin ocupación a aquella nobleza formada en la guerra y para la guerra. En adelante los nobles que no quisieron renunciar a la gloria militar, hubieron de ir a realizar sus proezas en las guerras de Italia, algunos marcharon a las Indias y los más hubieron de consumir sus ocios en sus vastas posesiones y grandes señoríos, pero sin la influencia que en otros tiempos habían ejercido.

Al ser Sevilla el único puerto desde el que se podía comerciar con las Indias, atrajo a la ciudad a innumerables extranjeros, alemanes, flamencos e italianos principalmente, que aquí hicieron pingües fortunas. La leyenda del oro del nuevo continente atrajo también a muchos españoles que aquí acudieron para procurar embarcarse, fuese como fuese, para los nuevos países, pródigos en aventuras y de cuyos primeros colonizadores no veía la multitud sino los pocos que regresaban con fortuna, pero no los muchos que perecían en la demanda. Todo esto contribuyó a aumentar la población de Sevilla, lo que dió por resultado una gran carestía en las cosas más necesarias a la vida, alteraciones en el valor de la moneda, que algunos atribuyen al oro traído de América. Produjo todo ello en nuestra ciudad dos grandes males, fué uno la fiebre comercial que se desarrolló para enviar géneros de toda especie al Nuevo Mundo, y que invadió a todas las clases sociales, como puede verse en los legajos de papeles de la Casa de la Contratación de nuestro Archivo de Indias; el otro fué una gran relajación en las costumbres, que se hizo célebre en los reinados siguientes de los monarcas de la casa de Austria, que estudiaremos en la lección próxima.



LECCIÓN IX

Sevilla bajo los Austrias

La muerte de Don Fernando el Católico, ocurrida en 1516, la incapacidad de la reina Doña Juana su hija, la ausencia, en Flandes, del hijo y heredero de ésta el Príncipe Don Carlos, el haber recaído la regencia del reino no en un noble, sino en un eclesiástico, el Cardenal Jiménez de Cisneros, y el haber sido asociado a éste un extranjero, Adriano de Utrech, fueron causa de que un fuego que en Sevilla se había conservado encubierto, aunque al parecer se hubiese extinguido, se avivase de nuevo. Constituían este fuego las discordias de los nobles, principalmente la oposición de las casas de Arcos y de Medina Sidonia que tantas veces había alterado la paz de la ciudad, y que ahora se renovó por las pretensiones de Don Pedro Girón, hijo del Conde de Ureña que afectaba derechos al Ducado de Medina Sidonia, favorecido por el de Arcos. La prudencia y tacto del Arzobispo Fray Diego de Deza pudo, felizmente, atajar muy al principio este incendio.

Aceptó y obedeció Sevilla la fórmula especial, dictada por la Regencia, de que, viviendo Doña Juana se diese título de rey a su hijo primogénito, fórmula que se usó en los documentos oficiales hasta 1555 en que falleció la reina, aunque, en realidad, quien gobernara fuese Don Carlos.

La muerte de su abuelo paterno Maximiliano, elevó a Carlos I de España al Imperio, y necesitando marchar a Alemania, reunió Cortes en Galicia, en las que Sevilla, por medio de sus procuradores, accedió a los deseos del monarca. Este viaje, el incumplimiento de algunas promesas hechas en Cortes anteriores, y otras concausas, motivaron el movimiento popular conocido con el nombre de las *Comunidades*, en el que Sevilla no tomó parte, dejando sin contestación las tres preguntas que sobre el viaje del Emperador, saca de dinero de España y concesión de cargos y honores a extranjeros le formulara la ciudad de Toledo, así como se afirmó en su fidelidad el rey al responder al municipio de Avila, conducta que le valió la confirmación del encabezamiento de sus rentas, concesión de que fué portador el Jurado Juan de Torres, uno de los procuradores a Cortes, cuya hermosa casa aun se conserva, con restos de su antigua opulencia en la calle de Torrejón.

Ausente Carlos I, estalló el movimiento de las Comunidades en el que,

como queda dicho, no tomó parte alguna Sevilla, aunque Rizo, en su «Historia de Cuenca» afirmó lo contrario, siendo su testimonio contradicho por el sevillano Morovelli de Puebla, quien logró que, oficialmente, se mandara tachar aquella afirmación. Conocedor el rey de la conducta de nuestra ciudad, le escribió desde Malinas en 22 de septiembre de 1520, elogiando la mucha nobleza y antigua lealtad sevillana.

No quiere esto decir que aunque la ciudad, o sea su Ayuntamiento y la mayor parte de sus vecinos, nobles y plebeyos, estimasen prudente mantenerse fieles al monarca, no hubiese aquí quien participase de las ideas de los comuneros, y buena prueba de ello fué que Don Juan de Figueroa, hermano del Duque de Arcos Don Rodrigo Ponce de León, «joven de espíritu inquieto y voltario», al decir del analista Zúñiga, al frente de más de setecientos hombres, al grito de «Viva el rey y la Comunidad», paseó las calles de la ciudad, cometió algunos desafueros, y se apoderó del Alcázar, en el cual, aprisionando a su Alcaide Don Jorge de Portugal, se hizo fuerte. La pasividad con que el pueblo vió estos sucesos, y la presteza con que el resto de la nobleza sevillana acudió a recuperar el palacio real, fueron causa de que todo este alboroto acabase al día siguiente, volviendo el Alcázar a poder de su Alcaide, huyendo por las murallas exteriores los amotinados y siendo apresado el cabeza de motín, que sin la intervención del Arzobispo Deza, acaso hubiese escapado peor. La ciudad tardó algún tiempo en recuperar su tranquilidad, y el Asistente con diez y seis guardias, el Alcaide del Alcázar con diez, que a ambos facilitó la ciudad, y Don Fernando Enriquez de Ribera con una cuadrilla levantada a su costa, tuvieron que rondar día y noche por la población durante algún tiempo.

Nuevas desavenencias entre las casas de Arcos y de Medina Sidonia volvieron a ser causa de que una y otra se apoderaran de puertas de la ciudad y de torres de algunos templos parroquiales, fortificándose en ellas y estando a punto de venir a las manos, lo que pudo evitarse aviniéndolas y obligando a las principales personas de ambas familias a salir de Sevilla a sus respectivos estados.

Las ciudades y villas andaluzas, con licencia de los Gobernadores del reino, celebraron en la Rambla una Junta a la que concurrió Sevilla, y en ella se comprometieron a servir al monarca, obligación que juraron en nuestra ciudad los dos Cabildos y la nobleza, en un tablado levantado en la plaza de San Francisco, en el que celebró el Arzobispo Deza el santo sacrificio de la Misa. Pero la tranquilidad de la ciudad era aparente y el malestar general se agravó por la escasez de pan y carestía de la subsistencias, y sublevándose en 1521 la plebe del barrio de la Feria tomó un pendón verde que por trofeo estaba colgado en la iglesia parroquial de Omnium Sanctorum, en la capilla de los Cervantes, que es la situada en el hueco de la torre, lo pasearon por la ciudad, se apoderaron de alguna artillería, soltaron los presos de las cárceles, cometieron no pocos abusos y desmanes y fueron dueños de Sevilla durante tres días, al cabo de los cuales la nobleza logró reducirlos. Este fué el famoso motín llamado de la Feria y pendón verde.

Ningún suceso de resonancia ocurrió en Sevilla hasta 1526, año en que a 11 de marzo entró en la ciudad la Infanta de Portugal Doña Isabel, que venía a celebrar sus desposorios con el Emperador. La entrada fué solemnisima, habiéndose erigido siete arcos triunfales en la puerta de Macarena, Santa Marina, San Marcos, Santa Catalina, San Isidoro, San Salvador y calle de las Gradass, cerca de la puerta del Perdón *nueva*, o sea la principal del templo Catedral, por la que entró la princesa, pasando después al Alcázar, donde se alojó. El mismo recorrido hizo, ocho días después, el 19 de aquel mes, sábado

de Pasión, el Emperador, a quien apenas llegó al Alcázar desposó con Doña Isabel el Legado Pontificio, celebrando la misa de velaciones el inmediato día domingo de Ramos, con dispensa pontificia del Arzobispo de Toledo, permaneciendo aquí los egregios consortes hasta el 18 de abril que marcharon a Granada, sin que uno ni otro honraran ninguna otra vez con su presencia a esta ciudad.

Trece años duró este matrimonio, falleciendo la emperatriz en 1539, año fatal para Sevilla que vió morir en él a dos de sus más ilustres hombres, al primer Marqués de Tarifa, Don Fadrique Enríquez de Ribera, hijo primogénito de la egregia Catalina de Ribera, al que se debe el magnífico edificio del Hospital de las Cinco Llagas, fundado por su madre, si bien la hospitalidad se mantuvo aun por veinte años en el primitivo edificio de la calle de Santiago, y a D. Fernando Colón, hijo natural del gran descubridor Don Cristóbal, y uno de los hombres de más vasta ilustración del renacimiento español que pensó instalar en sus casas de Sevilla, junto y fuera de la puerta de Goles, una academia y colegio náutico y fundar una de las más famosas bibliotecas del mundo, todo lo cual se malogró por descuido y abandono de sus herederos, salvándose sólo algunos de sus libros que constituyen la parte llamada *Colombina* de la biblioteca de nuestro Cabildo Catedral. Ambos ilustres personajes tienen aquí honrosa sepultura; túvola el Marqués en el monasterio de las Cuevas, trasladado después al templo de la Universidad; tiene la de Don Fernando, según su deseo, en el suelo del trascoro de la Catedral, en el lugar donde se coloca a su Divina Majestad en el monumento el Jueves Santo.

En 1555 falleció en Tordesillas la reina Doña Juana; el 12 de Enero del año siguiente, el Emperador que había reinado con ella cerca de cuarenta años y solo menos de uno, desengañado de las grandezas humanas, abdicaba en su hermano Don Fernando los estados patrimoniales de Austria y en su hijo Don Felipe el resto de sus reinos y señoríos, y se retiraba a Yuste a esperar la muerte a la que, dos años más tarde, en 1558, rendía el obligado tributo.

Durante el largo reinado del Emperador, ocurrieron en nuestra ciudad sucesos de suma importancia. El día 10 de agosto de 1519, después de una solemne ceremonia religiosa para implorar la protección divina y bendidir las banderas y estandartes en el templo del convento de Nuestra Señora de la Victoria, que, fundado en Sevilla en 1512, se había trasladado a Triana cuatro años más tarde, y edificado iglesia y convento sobre la antigua ermita de San Sebastián, al sitio de las Bandurrias, salía del puerto de las Muelas, en aquella banda del río, una expedición de cinco naves, la Trinidad, San Antonio, la Concepción, Santiago y Nuestra Señora de la Victoria, al mando del portugués Hernando de Magallanes, al servicio de España, para hallar el ansiado paso, buscado ya antes sin haber logrado encontrarlo, que se sospechaba debía unir los mares llamados del Norte y del Sur en nuestras Indias Occidentales y que había de acortar los viajes a las islas de la especiería. Conseguido el primer objeto al encontrar el 1 de noviembre de 1520 el canal de Todos los Santos, después de dar nombre a la Patagonia y a la Tierra del Fuego, y el de Pacífico al mar antes nombrado del sur, descubren las islas de los Ladrones y las Filipinas, en una de las cuales encontró la muerte, traidora y alevosamente, Magallanes; se consiguió arribar a las Molucas, de donde se emprendió el regreso a España por la antigua y conocida ruta del cabo de las Tormentas, ya denominado de Buena Esperanza, y las islas de Cabo Verde. La escuadrilla se había ido reduciendo por diversas causas y al salir de las Molucas eran solo dos naves, una de ellas tan mal parada que hubo de renunciar al regreso, continuando sola la Santa María de la Victoria que, después de mil vicisitudes y trabajos, en malísimo estado, llegaba a Sevilla, al mismo puerto

de las Muelas de donde saliera, el 8 de septiembre de 1522, con solo diez y ocho hombres de los doscientos treinta y nueve que habían partido. Aquel puñado de héroes, que desde la muerte de Magallanes habían tenido varios jefes, y a los que a la sazón acaudillaba Juan Sebastián del Cano, acababa de dar la vuelta al mundo por primera vez, y rotos, descalzos, enflaquecidos, enfermos y agobiados, fué su primer cuidado ir a postrarse, cumpliendo un voto, ante la imagen de la Virgen de la Victoria, elige que hoy se venera en la parroquia de Santa Ana, a la que hemos visto recorrer las calles de nuestra ciudad en una memorable procesión del Congreso Mariano, celebrado poco ha, y que es una de las pocas reliquias que nos quedan de aquella iglesia que llevó su nombre.

Pocos años después un hombre nacido en Sevilla, aunque hijo de padres alemanes, y aquí establecido en el arte de la imprenta, y a quien sin disputa, puede otorgársele el título de príncipe de los impresores sevillanos, envió a un factor suyo con prensa, letras y demás aparejos de su arte, a establecer en la ciudad de Méjico la primera imprenta que funcionó en el Nuevo Mundo. Llamábase el impresor Juan Cromberger, el factor Juan Pablos y ocurrió el hecho en 1539, un siglo justo antes de que en las colonias inglesas americanas, hoy Estados Unidos de América, se introdujera el maravilloso invento de Gutenberg.

Hiciéronse en este tiempo en Sevilla importantes fundaciones, como fueron los conventos de religiosas de Santa María de Jesús, de franciscanas descalzas, en 1520, por Don Jorge de Portugal y su esposa Doña Felipa de Merlo; el de Santa María del Socorro, de franciscanas concepcionistas, dos años más tarde, por Doña Juana de Ayala, en la casa solariega de los Melgarejos; el de Santa María de Gracia, de dominicas, por Doña María Fernández, en la calle de la Pellejería, vía que después tomó el nombre del Convento, edificio completamente desaparecido; el del Espíritu Santo, de la orden de Sancti Spiritus, para recogimiento de niñas huérfanas, y el del Nombre de Jesús, de agustinas, para recoger mujeres arrepentidas, fundados ambos en 1540, pero trasladado el segundo, en 1551, a la hermosa casa conocida con el nombre de *los baños de la reina mora*, hoy Comandancia de Ingenieros. De la misma época es el de varones de Regina Angelorum, fundado en 1521 por la Marquesa de Ayamonte, cuya cercana extensísima casa tenía tribuna a su templo, mediante un arco sobre la callejuela, hoy amplísima vía, de Regina, fundación que en un principio fué para monjas dominicas, después hospedería para los religiosos de la misma orden que iban a América o de allí regresaban, y que en 1553 se estableció en forma de Colegio de los mismos religiosos, de cuyo edificio no resta sino el nombre de la vecina calle. También de este tiempo es la Casa profesa de la Compañía de Jesús, hoy Universidad, fundada en 1537 en unas casas de los mayorazgos incorporados al Ducado de Medinaceli.

Corresponden asimismo a este período alguna parte del Alcázar, la terminación del crucero de la Catedral, cuya última piedra se colocó en 1519, y los comienzos de la edificación de la parte monumental del Cabildo viejo, comenzado en 1527, aunque no se terminó hasta el reinado siguiente.

La historia militar de Sevilla en el tiempo de Carlos primero, apenas si señala otra empresa que una participación en las realizadas por el Emperador de Túnez.

La abdicación del César colocó en el trono de España a su hijo Felipe II, que contaba a la sazón veintinueve años, pues había nacido en Valladolid el 21 de Mayo 1526, el cual fué aclamado en Sevilla como rey, por el Asistente interino desde la ventana principal del nuevo edificio del Cabildo secular, el 7 de abril de 1556.

Hasta catorce años después no vino el rey a Sevilla, en la que entró en



Don Miguel Mañara Vicentelo de Leça, por Valdés Leal

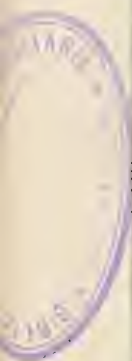




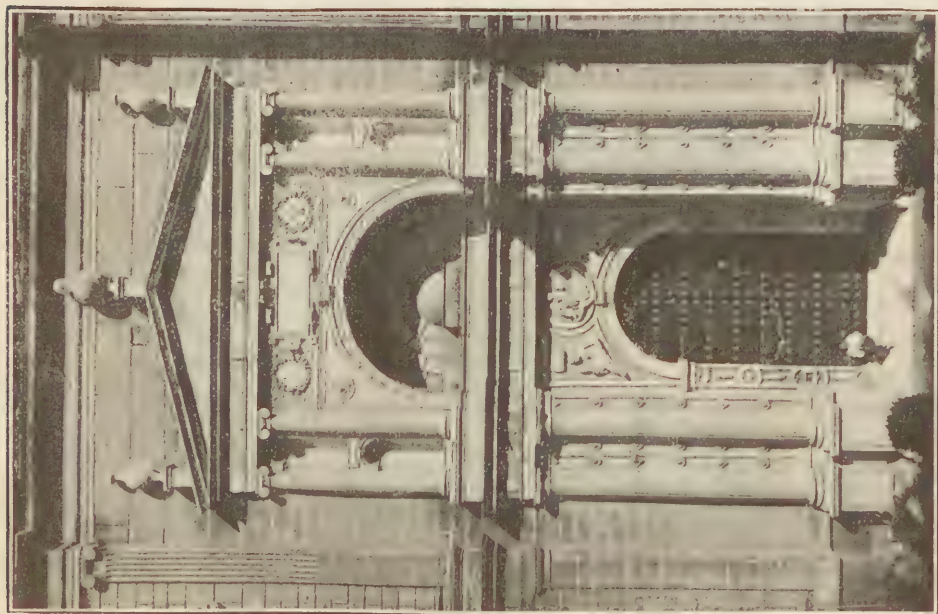
Imagen titular del Monasterio de Nuestra Señora de la Victoria,
hoy en la Iglesia parroquial de Santa Ana



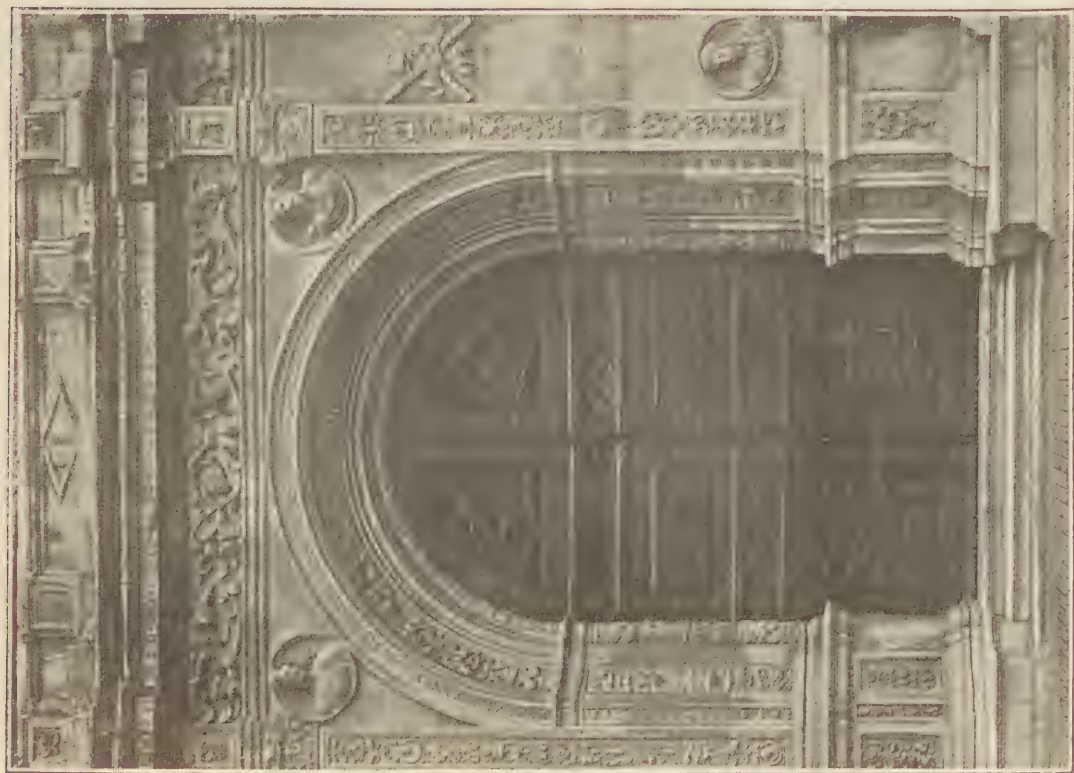
Hospital de la Santa Caridad. - Patios



Casa Lonja. - Patio



Hospital de las Cinco Llagas. - Portada de la Iglesia



Casas Consistoriales. - Portada del Archivo

1 de Mayo de 1570. Venía el monarca de Córdoba, a donde lo habían traído la rebelión de los moriscos de Granada y otros asuntos; salió de la Rinconada el 30 de abril, se detuvo en San Jerónimo de Buenavista, desde donde, en una barca, se trasladó por el Guadalquivir a las Aceñas de Doña Urraca, por otro nombre Bellaflor, donde pernoctó, y al siguiente día, después de rodear la muralla desde la torre del Oro hasta la puerta de Goles, que en esta ocasión cambió su antiguo nombre por el de real, hizo su solemne entrada en la ciudad, en la que estuvo quince días, tres de ellos retirado en el monasterio de las Cuevas, y a pesar de que su reinado se prolongó aún veintiocho años más, pues falleció en 1598, no volvió jamás a visitar Andalucía.

En las empresas militares de este reinado tomó parte Sevilla con fuerte socorro metálico y de bastimentos a la plaza de Orán, con el envío de sus milicias a reprimir la sublevación de los moriscos del reino de Granada, habiendo preparado también estas fuerzas con ocasión del saco de Cádiz por los ingleses, que no fué preciso utilizar, contribuyendo, en cambio, con crecidas sumas al rescate de su vecindario y al reparo de la plaza.

En los primeros años del reinado de Felipe II tuvo término en Sevilla un hecho importante, cuyo desarrollo comenzó en los días del Emperador, celebrándose el 22 de diciembre de 1560 el auto de fe a que dieron lugar las doctrinas luteranas que abrazaron muchas gentes de distinta condición social, y de que fueron las figuras principales Juan Gil, más conocido por Egidio, y Constantino de la Fuente.

De trascendencia fué para Sevilla la concesión hecha por el Pontífice Gregorio XIII al monarca para vender vasallos y jurisdicciones de las Iglesias en cantidad hasta de 40.000 ducados de renta, por virtud de la cual perdió la Iglesia de Sevilla los señoríos de Cantillana, Brenes y Villaverde, que compró *el Corzo*, Juan Antonio Vicentelo; Almonaster y Zalamea, que pagaron su rescate, por lo que ambas se apellidaron la Real, Rianzuela, Albaida y otros. También fueron vendidas, por igual autorización, algunos lugares de Órdenes Militares, como Muros, de la de Santiago, que comprado por los Zúñiga dió origen a Villamanrique, Carrión de los Ajos, de la de Calatrava, adquirida por un Céspedes de quien tomó sobrenombre, y varias más.

Numerosísimas fueron las fundaciones hechas en Sevilla en los cuarenta y dos años de este reinado: los conventos de dominicos de Montesión, con carácter de colegio, en 1559, por Doña María Manuel de Gazmán, del que sólo resta el edificio de la iglesia, hoy Archivo de Protocolos; de carmelitas descalzos de los Remedios, en la ermita de nuestra Señora de dicha advocación, en Triana, en 1573, aunque terminado mucho después, del que existe poco más del templo, partido éste en dos pisos, a la mitad de su altura, y albergue actual de una fundación benéfico docente; Nuestra Señora de la Paz, que más comunmente llamamos San Juan de Dios, en 1574, por el Capitán Hernando de Vega, para Hospitalarios, establecidos muchos años antes y que habían venido ejerciendo su misión en el mezquino hospital de las Tablas, que ocupaba parte del sitio en que hoy se levanta la Casa Lonja; el convento de San Diego, fundado en 1580 por el Cabildo de la Ciudad, para religiosos franciscanos descalzos, a espaldas del barrio de San Telmo, del que sólo queda el nombre y cuyos moradores tuvieron que abandonarlo por los peligros de la riadas, en 1784, refugiándose en lo que había sido Noviciado de la Compañía de Jesús, del que hubieron de salir al volver a España sus dueños, trasladándose a una casa de la calle de Imperial y, por último, al Hospital de San Antonio Abad, en el que estuvieron hasta la exlaustración, conservando esta Iglesia algunas imágenes de la primitiva de San Diego; en el mismo año de 1580 el Colegio de San Herenegildo, de la Compañía de Jesús, que con ayuda de la Ciudad se levantó

en la calle de las Palmas, esquina a la de la Cruz y al callejón que, por los de este Colegio, se llamó de los Estudiantes; su templo sirvió de albergue a las Cortes españolas, que en él declararon demente a Fernando VII, y hoy, como todo el edificio es un cuartel; el Colegio del Santo Angel, de carmelitas descalzos, comenzado en 1588 por los religiosos llegados un año antes; el de San Francisco de Paula, de mínimos, en 1589, del que sólo resta la Iglesia con advocación de Sagrado Corazón; el de San Gregorio, o anglico, seminario para ingleses, a cargo de la Compañía de Jesús, instalado en 1592 y trasladado poco después a la casa de los Ortiz Melgarejo en la calle de las Armas, edificio que es hoy Academia de Medicina y conserva algunos restos arquitectónicos del viejo caserón; y el Colegio de San Basilio, en 1593, del que sólo resta el rótulo de una calle a él contigua. Además de éstas se fundaron en este tiempo otras siete casas de religiosas, dos de ellas de mínimas, una en Triana, en 1565 y la otra en la calle de la Sierpe, filiación de la anterior, en 1593, de las cuales la primera subsiste y la segunda desapareció levantándose sobre su área varios edificios y un teatro; la de mercenarias calzadas de la Asunción, en 1568, cuyo convento ha dado lugar a varias casas particulares, y su hermosa iglesia es hoy almacén de maderas; la de nuestra Señora de la Paz, de agustinas, en 1571, en la calle de Bustos Tavera, por el racionero Andrés de Segura, cuya iglesia perdura, estando el Convento convertido en casa de vecindad; la de San José del Carmen, comenzada por la mística doctora, reformadora del Carmelo, Santa Teresa de Jesús, que aquí pasó los más recios trabajos de su vida, en 1575, en una casa de la calle de las Armas, hoy de Alfonso XII, que se ignora cual fuese, trasladada por la misma santa a la Pajería, hoy calle de Zaragoza, a la casa que aun lleva el nombre de la mística doctora, y de aquí, en fecha posterior, a la collación de Santa Cruz en la que aun subsiste; la de la Pasión, de dominicas, en 1585, en la casa llamada la Encarnación vieja, al quedar ésta vacía por haber edificado sus religiosas la de Belén, y que más tarde se trasladó a las calles de Santa María de Gracia y de la Sierpe, hasta su extinción; y por último, la de Santas Justa y Rufina, llamada de las Virgenes, de religiosas concepcionistas, fundada en 1587 por el Obispo de Esquilache en la collación de San Nicolás.

En este reinado, en 1568, se terminó la obra de la torre de nuestra Catedral, colocándose la estatua de la Fe, llamada vulgarmente la Giralda, y cuando este nombre se aplicó al alminar, el Giraldillo, hecho que conmemora una lápida en el lado norte de la torre. Esta figura se torció en 1590 a causa de un fortísimo huracán, daño que nuestros industriales supieran remediar instalando una fragua en aquella altura, con lo que no fué preciso bajar la figura. En el interior del templo se llevó a cabo, en 1578, la traslación del lienzo de pared en que está pintada la Virgen de la Antigua, al lugar que hoy ocupa, y en el siguiente año la de la Capilla Real a la actual, acabada en 1575, desde la provisional en que antes estuvo instalada en una de las naves del patio de los Naranjos.

Embelleciósese la ciudad durante el reinado de Don Felipe II con la terminación, en 1564, del edificio municipal; con la construcción, a costa de Sevilla, en 1587, de la Aduana, sobre tres naves de las antiguas Atarazanas, y más aún con el majestuoso edificio de la Casa Lonja, comenzado en 1585 e inaugurado en 1598, emplazado, sobre varios solares de construcciones que para ello se demolieron, entre otras el Hospital de las Tablas, las Herrerías del Rey y sobre todo la primitiva Fábrica o Casa de Moneda, que ahora se trasladó al lugar que aún lleva su nombre. Mucho contribuyó al esplendor de la ciudad el celoso Asistente D. Francisco Zapata de Cisneros, primer Conde de Barajas, cuyo nombre perpetúan tantas inscripciones en Sevilla, y que al año de ocupar

su puesto, en 1574, mejoró el sitio nombrado antes la Laguna, por depositarse en él y no tener salida las aguas de lluvia, construyendo en él la Alameda, llamada de Hércules, en la que levantó, en honor del monarca y de su padre, representados en las estatuas de Julio César y Hércules, los monumentos que aun la adornan, plantó arboledas e instaló fuentes públicas, lo que también hizo en algunos otros lugares de la ciudad.

No es posible omitir, al hablar de este reinado, la noticia de un hecho intentado en 1488 por el Arzobispo Don Diego Hurtado de Mendoza y realizado un siglo después por la entereza de carácter de su sucesor Don Rodrigo de Castro, a pesar de la resistencia y oposición que tuvo que vencer. Eran muchos los hospitales de la ciudad, procedentes de los gremios y cofradías y de otras fundaciones piadosas, y gran parte de ellos, por disminución del caudal patrimonial, apenas si podían cumplir los objetos de su fundación, razón por la cual se había pensado, muchas veces, en su reducción. Don Felipe II la mandó hacer en 1586 y el Arzobispo la llevó al cabo en los dos años inmediatos, formando dos grandes Hospitales, el del Espíritu Santo, en la calle de los Monteros, hoy de Tetuán, y el del Amor de Dios, en la Pellejería, que después tomó el nombre, que conserva, de este establecimiento, el primero para llagas y el segundo para fiebres, con enfermerías altas y bajas para invierno y verano y con separación de sexos, y a ellos se redujeron setenta y seis hospitales, quedando no obstante exceptuados diez y seis establecimientos que quedaron subsistentes por sí y fueron los de San Lázaro; el del Rey, en la casa que hoy ocupa la Diputación provincial; el de San Antón, o de San Antonio Abad; el de San Bernardo, llamado vulgarmente de los Viejos, aun subsistente; el de Santa Marta; el de las Bubas; el de San Hermenegildo, o del Cardenal, especial para heridos; el de San Cosme y San Damián, para inocentes y locos; el de la Misericordia, conocido con nombre de hospital, aunque nunca lo fué; el de las Cinco Llagas, llamado de la Sangre; el de los Niños de la Doctrina; el de Nuestra Señora de la Paz, o de San Juan de Dios; el de Niños expósitos; las Niñas huérfanas; el de San Jorge, o de la Santa Caridad y el de Nuestra Señora de Buenos Aires, San Pedro y San Andrés, de los Mareantes, en Triana. Algunos de ellos desaparecieron o se transformaron después, pero se fundaron el de Venerables Sacerdotes, el de Nuestra Señora del Buen Suceso, el del Cristo de los Dolores, vulgo del Pozo Santo y otros.

Fallecido Felipe II, en el Escorial, el 12 de septiembre de 1598, fué a los pocos días proclamado en Sevilla como rey su hijo y sucesor Felipe III y se dispusieron, según costumbre, las exequias por el monarca difunto, que fueron famosas por más de un concepto. El suntuoso túmulo, levantado en el crucero de nuestra Catedral, dió lugar a que el Príncipe de los Ingenios Castellanos escribiese aquel famoso soneto que comienza:

«¡Voto a Dios que me espanta esta grandeza...»

composición que un historiador local llama «otava» en una relación de este suceso, así como porque, comenzadas las honras en los días 24 y 25 de noviembre, hubo que suspenderlas, ya comenzada la misa, en este segundo día, por una cuestión de etiqueta entre la Real Audiencia y el Santo Oficio de la Inquisición, con entredichos y otras incidencias, hasta que se repitieron en 30 y 31 de diciembre.

El reinado de Felipe III, monarca que nunca vino a Andalucía, duró veintitres años, de 1598 a 1621, y fué para nuestra ciudad una época de gran prosperidad. Durante él tuvo lugar la expulsión de los moriscos, escasos en número en Sevilla, pero traídos muchos del resto de Andalucía y Extremadura para su embarque en este puerto. Vió Sevilla, en 1614, una curiosa embajada

japonesa, de cuyo paso y estancia en esta ciudad quedan interesantes testimonios en nuestro archivo municipal. Se desarrolla aquí, a partir de 1613, la devoción de la, entonces solo piadosa creencia, hoy dogma de fe, de la Concepción Inmaculada de María, que dió lugar al famoso voto de su defensa hecho por los dos Cabildos en 1617, y secundado por todas las corporaciones, asociaciones y cofradías, y cuyo tercer centenario conmemoramos hace algunos años erigiendo un monumento en la plaza del Triunfo, devoción en la que se distinguieron entre sus propagadores, el popular poeta Miguel Cid, el Arcediano de Carmona Don Mateo Vázquez de Leca, Bernardo de Toro, el Padre Juan de Pineda y muchos más.

Durante este reinado, en 1618, se colocó la primera piedra del actual Sagrario de la Catedral, sobre el ala occidental del patio de los Naranjos, en que estaba la primitiva capilla de la Granada y otras, y se comenzó la fábrica de otros templos al fundarse nuevos conventos, como fueron el de religiosos de San Antonio de Padua en 1600, de franciscanos recoletos, que desde cinco años antes tenían enfermería para su provincia cerca de San Lázaro; el Colegio de San Buenaventura, de franciscanos de la observancia, iniciado en la misma fecha y trasladado un año después al sitio actual, del que sólo resta la iglesia; el de San Laureano, de mercenarios calzados, erigido en 1601, sobre la casa de Don Hernando Colón, que albergó en 1604 a los primeros descalzos de su orden, que más tarde formaron convento aparte; los Terceros, en 1602; el Colegio de San Alberto, edificado sobre la antigua casa de los Manuel, en el mismo año; el Noviciado de la Compañía de Jesús, hoy Hospicio provincial, en 1609, cuyo templo de San Luis es muy notable; en 1614 los Trinitarios descalzos, en la actual plaza de Argüelles, y en 1619 y 1620 los Colegios de San Patricio, nombrado vulgarmente los Chiquitos, para irlandeses, y el de la Concepción, llamado por el pueblo de las Becas coloradas, regidos ambos por los hijos de San Ignacio, y el convento de Santa María de los Reyes de dominicas descalzas, en 1611, único de religiosas fundado en este período, pues aunque durante él se comenzó a edificar el de carmelitas calzadas de Santa Ana, éstas estaban establecidas en otro lugar de la población desde 1594.

Sucedió a Felipe III, fallecido en 1621, su hijo Felipe IV, que a los tres años de reinar, en 1624, vino a nuestra ciudad, deteniéndose un día en el convento de San Jerónimo de Buenavista, desde donde, después de comer, ya anochecido, el jueves 29 de febrero, entró disimuladamente en Sevilla, visitando la Catedral y, muy particularmente, el sepulcro de San Fernando, regresando al monasterio, desde donde al siguiente día 1 de marzo, hizo su entrada solemne por la puerta de Macarena, sin que en el trayecto, hasta el Alcázar, se levantase arco alguno, por no haberlo permitido el monarca. Residió en Sevilla trece días, que fueron de fiestas continuas, y marchó al palacio del Lomo del Grullo, para asistir a una cacería en el coto de Oñana o de Doña Ana, con que le obsequió el Duque de Medina Sidonia, pariente del Conde Duque de Olivares, cuya privanza lo hacía ser el personaje más importante de la monarquía. El rey, terminada la excursión venatoria, de la que hay impresas varias relaciones, embarcó en Sanlúcar da Barrameda y fué, por mar, al reino de Granada, de donde regresó a la corte.

En los cuarenta y cuatro años que duró este reinado, tuvo Sevilla que enviar tropas a Badajoz, en 1640, con motivo de la sublevación de Portugal a favor del Duque de Braganza, que por estar casado con Doña Luisa de Guzmán, hermana del Duque de Medina Sidonia, hizo a éste sospechoso de querer alzarse con el reino de Sevilla para fundar otro nuevo estado, presunción que fué origen de su desgracia y que perjudicó bastante a nuestra ciudad, así como la caída del valido y su destierro a Toro, en 1642, donde falleció

en 1645, pues en él había tenido Sevilla un protector decidido y entusiasta, que retuvo para sí, como honor singular, cuantos cargos de alguna representación vacaron en la ciudad, como la Alcaldía del Alcázar, la del Castillo de Triana, el Protectorado de la Universidad y otros más.

La carestía del pan, la alteración de la moneda y otras concausas, originaron, en 1652, un serio motín y sublevación popular, que como el del siglo anterior, comenzó en la plaza de la Feria, y que al grito de «viva el rey de España y muera el mal gobierno» realizó muchos atropellos en la ciudad, de los que fueron víctimas los principales sujetos de la misma, sin excluir a los señores Arzobispo, Regente de la Audiencia y Asistente, siendo preciso para apaciguarlo, al cabo de varios días, que la población se pusiese en armas, formando cuadrillas por collaciones, y aun así costó no poco trabajo sofocar el alboroto.

Recibió Sevilla en este tiempo algunas mejoras materiales, como fueron la construcción de la puerta de la Barqueta, la sexta reedificación del teatro municipal, llamado el Coliseo, que con los renombrados corrales de la Montería, de Doña Elvira, de Don Juan y de las Casas Viejas del Duque de Medina Sidonia, daban lugares con sus patios, cazuelas y aposentos a las representaciones teatrales; la reparación importantísima del Castillo de Triana, que por su mal estado tuvo que abandonar, durante trece años, de 1626 a 1639 que duró la obra, el Tribunal de la Inquisición, pasándose a la casa de los Taveras en la collación de San Marcos, razón por la que una calleja contigua, parte hoy de la de Doña María Coronel, se llamó de la Inquisición vieja, y se acabó de construir, inaugurándose, el templo del Sagrario. Fundáronse en la ciudad cinco conventos: el de mercenarios descalzos de San José, en 1623; el de Capuchinos, en 1627; el de Santa Mónica, más conocido con el nombre de Nuestra Señora del Pópulo, iniciado en 1624, y comenzado a labrar en el sitio que ocupó, que hoy sirve de Cárcel, en 1637 por los agustinos descalzos; el de Santa Teresa, de carmelitas descalzos, en el lugar que conserva su nombre próximo a la Cruz del Campo, en 1641, por haberse pasado los agustinos que lo ocupaban al edificio de San Acacio, en las calles de la Sierpe, de Martín Cerón y de Triperas; y el Convento enfermería de San Pedro de Alcántara, para la reforma franciscana de este nombre, cuya iglesia no se estrenó hasta 1666.

Inicióse en este reinado la decadencia de Sevilla que corrió parejas con la de toda la nación; contribuyendo poderosamente a la de nuestra ciudad, los contagios de pestilencia padecidos en varias ocasiones, sobre todo el de 1649, que dejaron desiertos y despoblados algunos barrios.

Murió Felipe IV en 1665, sucediéndole su hijo Carlos II, monarca que no visitó nunca nuestra ciudad, y en cuyo reinado, de treinta y seis años de duración, se acentuó la decadencia de Sevilla. Durante este tiempo derribóse por amenazar ruína, la antigua mezquita en que la Colegial de San Salvador estaba instalada, y colocóse la primera piedra del nuevo templo en 1674, fecha en que también se acabó el edificio de la Caridad, cinco años antes de que muriese el Venerable Don Miguel Mañara; se comenzó a edificar en 1676, y se estrenó en 1689, el Hospital de Venerables Sacerdotes, cuyo bello patio, construido en la forma en que lo está por la imposibilidad de que el agua de su pila subiese a más alto nivel, ha venido a constituir una nota representativa de Sevilla, y cuyo templo fué el primero consagrado en el mundo al Santo conquistador de Sevilla Fernando III, elevado a los altares mientras se construía, en 1679; y se renovó la antigua sinagoga de Santa María la Blanca. También se comenzaron a construir el templo de San Felipe Neri, y en Triana, sobre la antigua ermita de la Candelaria, el Convento de San Jacinto, fundado en el

reinado anterior, cercano a la Fuente del Arzobispo, pero estas dos construcciones no se terminaron hasta el reinado siguiente. Sufrió, en cambio, una importante ruína el templo de San Pablo, que fué preciso reconstruir.

Embellacióse la ciudad con el paseo situado a orillas del Guadalquivir, desde la puerta de la Barqueta a la de San Juan, que fué llamado el Patín de las Damas, que convirtió en lugar de amenidad, lo que en el fondo no era sino obra de defensa contra la impetuosa corriente del río, paseo adornado con muy elegantes construcciones de ladrillo que comenzó a destruir la formación del terraplén de la vía férrea a Córdoba, y que posteriormente ha acabado de desaparecer.

Nuestra Catedral se enriqueció con las colgaduras de terciopelo rojo galoneadas de oro, ofrenda del comercio sevillano, pero sufrió rudo quebranto en sus artísticas vidrieras que, en el huracán de 1695, padecieron daños de gran consideración, sobre los que la voladura de los almacenes de la pólvora de Triana, y del cerro de Cuartos, les habían causado con anterioridad, daños que hasta nuestros días habían sido olvidados, y que en estos momentos están terminándose de reparar en una concienzuda restauración, gracias a la iniciativa del arquitecto Don Juan de Luque, al empeño y esfuerzo personal que en ello ha puesto nuestro Eminentísimo Cardenal Arzobispo y a la cooperación de diversas personas y entidades, bajo la competente dirección artística de mi querido compañero, y antiguo discípulo, Don Francisco Murillo Herrera.

Se hicieron en este reinado dos notables fundaciones en Sevilla; la de la Regia Sociedad Médica, en 1697, y antes que ella, en 1681 la del Colegio Seminario de San Telmo, por la antigua Universidad de Mareantes, favorecida por el monarca, y de la que fué el alma el Capitán Juan Pérez Caro. Esta fundación tuvo lugar en el antiguo barrio de Marruecos o de San Telmo, adquirido de la Inquisición que lo poseía por cesión de un Obispo de Marruecos, y a cuyo edificio, cuando estuvo en condiciones para ello, se trasladó la Universidad, desde la antigua casa que poseía en Triana.

El 1 de noviembre de 1700 falleció en Madrid el enfermizo Carlos II sin dejar sucesión, extinguiéndose con él la rama primogénita de la casa de Austria.

En el lapso de tiempo que abraza esta lección, llegó Sevilla al cénit de su grandeza. Su condición de puerto único para el tráfico con América, la hizo «capital del comercio universal y centro del mundo»; su vecindario aumentó hasta llegar a ser la ciudad más populosa de España; los mercaderes extranjeros acudían aquí como las moscas a la miel, y en ella se enriquecieron muchos que después se ennoblecieron y aquí dejaron su descendencia. La magnificencia y abundancia de la ciudad fué tal, que Mateo Alemán pudo llamarla «tierra de Jauja» y decir que sus calles estaban cubiertas de plata, pero esta misma riqueza desarrolló una fiebre comercial que degeneró en insaciable deseo de bienes materiales, corrompiéndose las costumbres hasta el estado lamentable que, al principio del siglo XVII, pintó el Racionero Francisco Porrás de la Cámara al Cardenal Niño de Guevara y que también refleja la literatura que retrató la vida rufiana y picaresca de esta ciudad, calificada, no sin razón, con los nombres de Ninive, Babilonia castellana, Cairo español y Chipre de los valientes.

Ciudad grande en todo, nos ofrece en este período un Fernando de Contreras, un Miguel Mañara y nos deja patente el recuerdo de su piedad y virtudes, así como el de muchos otros varones venerables, pero nos presenta en cambio aquella serie de pícaros, aquel tropel de gente maleante, naturales unos de ella, muchos otros forasteros que aquí encontraban su centro, amparo y refugio, porque, como gráficamente dijo Santa Teresa, parecía que en Sevilla

tenía el Demonio más poder que en otras partes. De nuestra ciudad pudo decir uno de sus hijos, que bien la conocía, el ilustre autor de la «Atalaya de la vida humana, vida del pícaro Guzmán de Alfarache», que era bien acomodada para cualquier granjería y que tanto cuanto se trajese a vender a ella se vendería, por que había marchantes para todo, siendo «dehesa franca, ñudo ciego, campo abierto, globo sin fin, madre de huérfanos y capa de pecadores, donde todo es necesidad y nadie la tiene».

Fué Sevilla en este tiempo, y con esta nota pondremos fin al estudio de esta época, ciudad donde, y algo por fortuna nos queda de este carácter, nadie, alto ni bajo, era nada por sí, y pasaba inadvertido para la generalidad; población que era «amparo de pobres y refugio de desdichados, que, en su grandeza, no sólo cabían los pequeños, pero no se echaban de ver los grandes», como dijo de ella Miguel de Cervantes Saavedra.



LECCIÓN X

Sevilla bajo los Borbones

Proclamado en Sevilla Felipe V en 30 de noviembre de 1700, cuando contaba diez y siete años de edad, sin que aun hubiese pisado el suelo español, pues no entró en nuestra patria hasta enero del año siguiente, comenzó la guerra llamada de sucesión, que había de convertirse en una verdadera conflagración europea, y aunque el teatro de la guerra española estuvo lejos de Andalucía, donde el Archiduque Carlos, que disputaba la corona a Felipe, no contaba con adeptos, no dejaron, sin embargo, Sevilla y su territorio, de sufrir amenazas, trastornos, invasiones y pérdidas, aún no restituídas, por parte de ingleses y holandeses que amenazaron Cádiz, Zahara, Sanlúcar de Barrameda, llegando a desembarcar en el Puerto de Santa María, apoderándose los primeros de Gibraltar, en agosto de 1704, así como los portugueses atacaron a Fregenal, Aracena, la Puebla de Guzmán y San Bartolomé de la Torre, teniendo Sevilla que acudir al socorro de estas poblaciones.

Fué nuestra ciudad adicta, desde el primer momento, a la persona del monarca, quien, inesperadamente, por causas que no interesan a la historia particular de Sevilla, abdicó la corona en su hijo Luis I, que proclamado en ella en 25 de febrero de 1724, tuvo un reinado tan efímero, cuanto que en agosto del mismo año bajaba al sepulcro, ocupando Felipe V, por segunda vez, el solio español, y en esta segunda época pasó la corte cinco años en nuestra ciudad, si bien en dicho lapso de tiempo hiciera algunas cortas ausencias de ella.

Los casamientos del Príncipe de Asturias con la Infanta portuguesa Doña María Bárbara de Braganza y de la Infanta española Doña María Ana Victoria con el Príncipe del Brasil Don José, rey más tarde de Portugal, llevaron a la familia real a Badajoz en 1729 y verificados aquellos enlaces se dirigió la Corte a Sevilla, entrando en ella el 3 de febrero del mismo año, por el arrabal de Triana y puerta del mismo nombre, artísticamente decorada, recorriendo un itinerario en el que se habían levantado muchos arcos y otros adornos, pero a los pocos días marchaban las personas reales a Cádiz para presenciar la entrada en su puerto de los galeones que conducía el almirante sevillano Don Manuel López Pintado. El viaje de ida lo hicieron por tierra, el regreso lo verificaron por el Guadalquivir, por donde, aquel mismo año, fueron al

Puerto de Santa María a pasar el estío, regresando en septiembre para que la reina diese a luz en Sevilla, dos meses después, a la Infanta María Antonia, que, andando el tiempo, había de ser Duquesa de Saboya, siendo la primera persona de regia estirpe que nacía en el Alcázar sevillano después del malogrado Príncipe Don Juan, hijo de los Reyes Católicos. Al siguiente año de 1730 fué la Corte, primero a la sierra de Constantina, y después al Puerto de Santa María, realizando otras salidas hasta que, en mayo de 1733, marchó definitivamente a Aranjuez. Reconoció por causa esta residencia de las personas reales en nuestra ciudad, el delicado estado de salud del monarca, que, aunque fué apellidado *el Animoso*, por sus súbditos, era un hombre excesivamente melancólico y maniático, hasta los límites, o algo más, de la locura.

Si los primeros años de su reinado fueron para Sevilla de aprestos militares para la guerra de sucesión, gozó desde 1715, en que terminó aquella, de los beneficios de la paz, pero dos años más tarde, en 1717, se vió desposeída de una de sus más legítimas glorias, de la Casa de la Contratación de las Indias, cuyo traslado a Cádiz tuvo lugar al año siguiente, pretendiendo llevarse poco después, a la misma ciudad el Consulado de Comercio, y aunque Sevilla alegó sus derechos y probó ser siniestros y exagerados los motivos que sobre el estado de su río se alegaban para ello, el perjuicio que a la Hacienda pública proporcionaba el contrabando, facilísimo en Cádiz y muy difícil en Sevilla, y aunque en 1725 se mandó restituir aquella institución a nuestra ciudad, se suspendió su ejecución, sin que Sevilla, no obstante sus incesantes clamores, la lograse. Fué el causante de esta medida Don José Patiño, Intendente de Marina en nuestra ciudad en 1717, hombre ilustre por más de un concepto, fundador del Arsenal de la Carraca y del Colegio náutico de la Isla de León, pero nada afecto a Sevilla, cuyas justas quejas desatendió mientras despachó la Secretaría de Marina e Indias, de 1726 a 1736, en que a 3 de noviembre falleció.

El reinado de Felipe V, o por mejor decir sus dos reinados, separados por el de siete meses de Luis I, abarcó cuarenta y seis años, falleciendo el monarca, a los sesenta y tres de edad, en 9 de julio de 1746. Durante su estancia en Sevilla asistió Felipe V, con toda la real familia, a la solemne traslación del cuerpo del Santo rey conquistador a la urna en que aun se venera y a la instación de ésta en la nueva capilla real, en 1729. Poco antes de morir el monarca hizo que fuera nombrado Arzobispo de Sevilla su hijo el Infante Don Luis Antonio Jaime, quien gozó varios años la renta de la mitra, pero que no llegó a ordenarse, resignando la dignidad en 1755, para contraer matrimonio, siendo padre de otro Arzobispo de esta Sede, que llevó su mismo nombre.

En este reinado se comenzó y acabó, de 1701 a 1706; la construcción del Convento e Iglesia de Santa Rosalía, de religiosas capuchinas, y en 1715 el Colegio de Niñas nobles del Espíritu Santo; se terminaron la Colegial de San Salvador, en 1712, San Laureano, en 1714, el templo del Colegio Seminario de San Telmo, en 1724, y el Buen Suceso, en 1730; se construyó el mercado de la Feria, la Maestranza de Artillería y se comenzó la edificación de la actual Fábrica de Tabacos.

No es para omitida la noticia de que por estos tiempos, en 1725, tuvo comienzo en Sevilla, por un hombre humildísimo, llamado Toribio de Velasco, la meritisima obra del recogimiento de muchachos de mala vida, para su reforma y corrección, adelantándose en más de un siglo a teorías e instituciones que en España hemos copiado de otros países, con olvido del saludable ejemplo que en casa teníamos.

X Fernando VI, proclamado en 1746, al fallecer su padre, reinó durante trece años de los más prósperos y felices que España gozó en aquel siglo. En

los principios de su reinado la fundación de la Real Compañía de San Fernando dió nuevo brío al comercio de Sevilla, la de la Academia de Buenas Letras contribuyó a aumentar la cultura de la ciudad, que se embelleció con el derribo de los dos arcos llamados Puerta de los Palos, que unían la Giralda con el Palacio Arzobispal, dejando así libre entrada al famoso Corral de los Olmos; con la terminación de la Fábrica de Tabacos, construcción de la Puerta Nueva y de la calle Nueva de San Fernando, cayendo para ello las casas inmediatas a la puerta de Jerez que cerraban aquel lugar; con la terminación de las iglesias de Santa María de los Reyes en 1759, de la de San Nicolás, en 1759, y con la erección del sencillo y bello monumento de la plaza del Triunfo, conmemorativo del gran terremoto de 1755, que aunque causó muchos daños en la ciudad, su mucha riqueza los reparó inmediatamente.

En este reinado, y en los últimos años del anterior, tuvo nuestra patria dos expertos y afortunados generales, ambos sevillanos ilustres, el Marqués de la Mina y el Duque de Montemar, «los mejores generales nacidos en España de mucho tiempo atrás» según el historiador Don Antonio Cánovas del Castillo.

La muerte de Fernando VI, ocurrida en 10 de Agosto de 1759, coloca en el trono de España a Carlos III, el mayor de los hijos del segundo matrimonio de Felipe V, que venía reinando en Nápoles y contaba a la sazón cuarenta y seis años de edad, el que en su juventud había estado con sus padres en Sevilla de 1729 a 1733. A los nueve meses de llegar a España enviudó, y esta desgracia parece que proyectó una triste sombra sobre todo su reinado, que tuvo de duración veintinueve años, en los cuales no volvió a visitar nuestra ciudad.

Hecho trascendental de su reinado fué la expulsión de los religiosos de la Compañía de Jesús de los reinos de España y de sus Indias, en 1767, por razones que el monarca reservó «*en su real ánimo*». En la madrugada del día 3 de abril de dicho año, fueron rodeados por tropas todos los edificios ocupados por aquellos religiosos, que custodiados, sin permitirseles comunicación alguna, salieron el día 9 para Jerez de la Frontera, pasando de allí al Puerto de Santa María, donde embarcaron con rumbo a Italia. Habitaban estos religiosos en nuestra ciudad siete edificios distintos: la Casa profesa, el Colegio de San Hermenegildo, el Noviciado de San Luis, el Hospicio de Indias, el Colegio Inglés o de San Gregorio, el Irlandés o de San Patricio, y el de la Concepción o de las Becas Coloradas, locales que fueron solicitados por multitud de sociedades y corporaciones, a todas las cuales no pudo complacer la Junta que en estos asuntos entendía, formada por los señores Arzobispo, Regente de la Audiencia y Asistente de Sevilla, pero de la que era alma y director este último, el famoso Don Pablo Olavide, americano muy amigo de las nuevas doctrinas, Comisario de las nuevas poblaciones de Sierra Morena, cargo que le acarreó no pocos sinsabores, al que se le formó proceso en 1775, saliendo en un auto de fe, siendo condenado a destierro, y que escribió, casi al fin de su vida «*El Evangelio en Triunfo*». La Casa profesa se dió a la Universidad, separándola del Colegio Mayor de Santa María de Jesús; el Colegio de San Hermenegildo se destinó a Hospicio general, pero sólo albergó a la institución de *los Toribios*, convirtiéndose en Cuartel en 1802, como tantas otras casas religiosas, y en su templo celebraron sus sesiones las Cortes del Reino en 1823; el Hospicio de Indias, es el cuartel nombrado de la Gavidia; el Noviciado alojó a la comunidad de franciscanos descalzos de San Diego, hasta que, en 1815, se restituyó a la Compañía de Jesús, y hoy, con otros establecimientos benéficos suprimidos, que se le unieron, sirve de Hospicio provincial; el edificio del Colegio Inglés se dió a la Academia de Medicina y la huerta a la Universidad para Jardín Botánico; el Irlandés fué vendido, siendo hoy casa de vecindad y

el de las Becas, después de varios usos, fué ocupado por el Tribunal de la Inquisición, y destruído en gran parte, por la voladura de unos barriles de pólvora, levantándose sobre el solar que ocupó varias casas, quedando hoy como recuerdo de su nombre sólo el rótulo del inmediato callejón de las Becas.

La ciudad experimentó varias mejoras: fué la primera, la restauración en 1760, de la torre del Oro, que un Asistente, el Marqués de Monterreal, había querido demoler; el derribo, en 1762, del arquillo y antigua torre de San Miguel, o del Almirantazgo y de las casas a ella contiguas, permitiendo el libre paso hacia la Casa Lonja, arreglándose el espacio que mediaba entre ésta y la Catedral, y rodeándose el templo, por aquel lado, de columnas con cadenas, cuya simple vista demuestra cuánto más modernas son que las antiguas de las calles de las Gradass; el célebre artista Pedro Miguel Guerrero enderezó, nuevamente, la figura del Giraldillo, en 1770; se llevó al cabo la mayor parte de la pavimentación de mármol de la Iglesia Catedral, obra magna que, empezada en 1737, no terminó hasta 1793, pero de la que corresponde a este reinado, la parte de coro y crugia, como la del trascoro a los reinados anteriores y el resto al de Carlos IV, y se construyeron en 1765 las Escuelas Pías de San Luis, de 1780 a 1785 la actual iglesia parroquial de San Bernardo y otros varios templos, terminándose la hermosa y amplia iglesia de San Jacinto. También son de este reinado obras de tan diversa índole como la plaza de toros de la Maestranza de Caballería, en el sitio del Baratillo, y la de la Fábrica del Salitre entre las puertas del Sol y del Osario, a ambos lados de la antigua carrera de Santa Justa.

Consiguió Sevilla, en 1784, la restitución del Consulado marítimo y terrestre que Cádiz le había, injustamente, arrebatado, pero perdió otra de sus más hermosas instituciones, la famosa Universidad de Mareantes, de la que se mandó separar, en 1786, el Colegio náutico de San Telmo, por ella fundado, quitándole todos sus bienes y asignándole unas habitaciones para su residencia y una corta subvención para sus exiguos gastos, con lo que se fué extinguiendo poco a poco hasta terminar su vida.

Hízose en 1770 la primera división administrativa de Sevilla, prescindiendo de la antigua de las collaciones, constituyéndose cinco cuarteles, cuatro en la margen izquierda del río denominados A. B. C. y D. y el quinto en la margen derecha, comprendiendo el populoso arrabal de Triana; cada cuartel se dividió en ocho barrios, con lo que fueron cuarenta los de la ciudad, y los barrios en manzanas que se numeraron, haciéndose constar todo ello en azulejos que se fijaron en las esquinas. También se numeraron las casas, no por calles sino por manzanas y se mandó que en los edificios públicos se hiciese constar en la fachada el destino de los mismos, haciéndose todo ello por medio de azulejos y aun subsisten algunos como puede verse en la Casa Lonja; solo, por excepción, la Catedral sustituyó los azulejos por severas lápidas que aun subsisten a uno y otro lado de la puerta del Perdón nueva.

También corresponde a este reinado la creación en nuestra ciudad de la Sociedad Patriótica, convertida más tarde, como muchas otras sus similares, en Sociedad Económica de Amigos del País.

En diciembre de 1788 bajaba al sepulcro Carlos III y en enero de 1789 era proclamado su hijo Carlos IV que durante veinte años, hasta su abdicación en 1808, había de ocupar el solio español. A los siete años de reinado vinieron los monarcas a Sevilla, entrando en la ciudad el 18 de febrero de 1796, permaneciendo en ella diez días, para marchar, el 29 del mismo mes, a los puertos. Este viaje dejó recuerdos en Sevilla, variando el aspecto de algunas de sus calles, pues el Asistente Don Cándido Moreno, cuñado de Godoy, Conde de Villablanca más tarde, quiso mejorar la decoración de las vías por donde

habían de pasar los monarcas y ordenó quitar cuantos guardapolvos adornaban los balcones de las casas de la carrera, así como elevar las barandas de éstos que, por costumbre, para que las damas sentadas en ellos pudieran ver y ser vistas, tenían muy poca altura. Han transcurrido de este hecho ciento treinta y cinco años, y aun existen algunas, aunque pocas, casas de la calle de las Sierpes con estas barandas suplementadas.

Godoy, como otros favoritos de tiempos anteriores, ambicionó alcanzar honores sevillanos y se hizo nombrar Veinticuatro de la ciudad en 1797, su cuñado Moreno, esposo de una hermana del valido, ya queda dicho que fué Asistente, y otro cuñado suyo, el Infante Don Luis de Borbón, Conde de Chinchón, hermano de la Infanta María Teresa esposa de Godoy, fué Arzobispo de Sevilla en 1799. El retrato de Godoy, como protector de la Orden de los Hospitalarios de San Juan de Dios, estuvo muchos años colocado en el presbiterio de la Iglesia del Hospital de Nuestra Señora de la Paz y fué objeto de los odios populares a la caída de su privanza, siendo destruido por las turbas.

El reinado de Carlos IV terminó con la abdicación del monarca en 27 de febrero de 1808, y durante él padeció Sevilla una de las enfermedades contagiosas que mayor número de víctimas han causado en ella; la epidemia de 1800 que arrebató la vida a más de treinta mil habitantes. Fué este hecho causa de que se prohibieran los enterramientos en las iglesias y se establecieran cementerios provisionales en las cercanías de la ermita de San Onofre, en Eritaña y en el antiguo prado de las albercas junto a la hermita de San Sebastián, de los que solo este último quedó como definitivo, si bien a mediados del siglo XIX fué reducido a muy cortos límites y a principios del actual ha desaparecido totalmente, no restando más que su Capilla.

A principios de este reinado, en 1791, fué demolido el arquillo llamado de Santa Marta y otras construcciones a él adyacentes, convirtiéndose el antiguo y famoso Corral de los Olmos en parte de la actual plaza del Palacio Arzobispal, adquiriendo mayor visualidad el templo catedral, que quedó como edificio exento y colocándose en el pavimento una faja de piedras blancas que indicaba el lugar que ocupaban los muros exteriores derribados, señal que yo he alcanzado a conocer y que hace años desapareció; ahora también se acabó de cercar de columnas con cadenas el recinto exterior del templo. En este reinado se derribó la antigua iglesia de San Bartolomé, constituyéndose la actual, estrenada en 1796 y se puso, en 1800, la primera piedra de la de San Ildefonso.

Los primeros años del reinado de Fernando VII fueron de gran agitación en Sevilla, como en la mayor parte de España. Aunque al abdicar Carlos IV en 27 de marzo de 1808, fué proclamado monarca en la Corte el Príncipe de Asturias, en Sevilla no tuvo esto efecto hasta 8 de mayo, desde la galería alta que entonces tenía el edificio municipal, en la Plaza de San Francisco.

Las revueltas políticas que ocasionaron el nombramiento de la Junta Suprema que presidió Don Francisco Saavedra; el asesinato de uno de los hombres de mayor mérito de nuestra ciudad en aquella época, el conde del Aguila; la guerra con Francia; la capitulación de Dupont en los campos de Bailén, en julio del mismo año de 1808, que inmortalizó el nombre del general Castaños y dió fama mundial a los piqueros andaluces; la venida de Castaños a nuestra ciudad a ofrecer trofeos de su victoria y cumplir un voto que hiciera a San Fernando; la llegada a nuestra ciudad de la Junta Central, que presidía el Conde de Floridablanca, fallecido aquí a poco de llegar, dieron a Sevilla el aspecto y la importancia de capital de la nación, aspecto que conservó durante el año siguiente de 1809, en que, a 11 de agosto, entraba en ella Sir Arturo Woleslley, que aun no ostentaba el título de Lord Welington, para coordinar sus planes con los de la Junta.



Casa profesa de la Compañía de Jesús, (hoy Universidad).

Portada de la Iglesia



Monumento del Trunfo

Al siguiente año varió por completo el aspecto de las cosas en nuestra ciudad; el 30 de enero de 1810 llegaban las tropas francesas a Alcalá de Guadaira, y dos días después, a 1 de febrero, entraban en Sevilla, en virtud de la capitulación celebrada, José Napoleón, el *Pepe Botellas* de nuestro pueblo, que con este nombre lo conoció, no obstante no haber sido hombre aficionado al vino, el Mariscál Soult, Duque de Dalmacia y otros generales, que se alojaron en las mejores casas de la población, ocupando el Conde de Eslou la de los Alcázares, hoy de las Hermanas de la Cruz, Soult el Palacio Arzobispal y Napoleón el Alcázar. Poco más de dos años y medio ocuparon los franceses la ciudad, haciéndose en su Casa de la Moneda una acuñación de pesetas con el nombre y busto del intruso. Parte de los vecinos huyó al acercarse el ejército francés y otros trabajaron aquí, secretamente, para arrojar de la ciudad a los invasores, pagando muchos de ellos su patriotismo en el cadalso, como los patriotas González Cuadrado y Palacios Malaver, pero otra buena parte, por simpatizar con los franceses o por otras causas, tributaron al hermano de Napoleón y a sus generales las más serviles adulaciones. Estos, por su parte, despojaban iglesias, conventos, hospitales y otros lugares, de cuadros, esculturas y toda clase de objetos artísticos, para decorar sus moradas y aun para llevarlos a Francia, realizando un infame negocio con su venta, como ocurrió con los cuadros robados por Soult, que decoran hoy Museos extranjeros, como la Inmaculada Concepción del Hospital de los Venerables, obra de Murillo, que es ornamento del Museo del Louvre. Otros muchos se recuperaron y algunos volvieron a sus lugares, pero otros, con evidente tortura de la Justicia, quedaron en Madrid, como la Santa Isabel del Hospital de la Santa Caridad, y los dos famosos medios puntos de Santa María la Blanca.

A pretexto de mejoras urbanas, fueron derribadas las parroquias de Santa María Magdalena y Santa Cruz y el convento de la Encarnación para convertir en plazas públicas las dos primeras y emplazar en el área del tercero y de muchas casas que fué preciso expropiar, un mercado de abastos. En este tiempo también destruyó un incendio la tercera parte del Convento de San Francisco.

En agosto de 1812 asomaban las tropas españolas por los altos de Castilleja de la Cuesta y el ejército francés emprendía la evacuación de la ciudad. Pocos días después, el 29 del mismo mes, se promulgaba la Constitución, que en 12 y 13 de septiembre inmediato fué jurada, perdiendo entonces su nombre primitivo la plaza de San Francisco que fué rotulada de la Constitución, nombre que con algunas sustituciones, poco duraderas, conserva aun. Antes de dos años de este hecho, regresaba a España, haciendo su entrada por Cataluña, Fernando VII, *el Deseado*, y apenas había recorrido algunas poblaciones, cuando, el 4 de mayo de 1814, firmaba en Valencia el famoso decreto reintegrándose en la plenitud de su soberanía. Al ser conocido este hecho en nuestra ciudad, sufrió la primera rotura la lápida rotuladora de la plaza de la Constitución.

En 1816 llegaron a Sevilla las princesas del Brasil, Doña Isabel María Francisca y Doña Francisca de Braganza, que venían a contraer matrimonio, la primera con el monarca, viudo, ya hacía diez años, de su prima María Antonia de Borbón, y la segunda con el Príncipe de Asturias Don Carlos María Isidro, hermano del rey.

Al siguiente año de 1817 surcaba las aguas de nuestro río por primera vez un barco de vapor, suceso cuyo centenario celebramos a su debido tiempo.

La sublevación de Don Rafael del Riego, en las Cabezas de San Juan, en 1820, con las tropas destinadas a embarcar para América y sofocar allí los focos de independencia que habían aparecido, cambió por completo la faz de

España y de Sevilla. Se inauguró el período constitucional del trienio de 1820 a 1823, celebrado en nuestra ciudad con la quema del Archivo de la Inquisición, que hizo perder para siempre un tesoro de noticias históricas, así como se restituyó el nombre de la Constitución a la plaza de San Francisco, que desde 1814 se había llamado del Rey, colocándose en ella el 30 de Mayo otra nueva lápida, en presencia de Riego, quien dos años más tarde volvió a visitar nuestra ciudad. También se rotuló con el nombre de la Constitución la plaza de Regina.

Al final del trienio, el 10 de abril de 1823, llegaba la Corte a Sevilla, estando ya el monarca casado con su tercera esposa María Josefa Amalia de Sajonia, viniendo con ellos parte de la real familia y las Cortes. Los regios huéspedes se hospedaron en el Alcázar; las Cortes se establecieron en la iglesia y parte del Colegio de San Hermenegildo. La presencia en España del Duque de Angulema, con el ejército llamado *los cien mil hijos de San Luis*, decidieron a las Cortes a marchar a Cádiz, a lo que el monarca se negó y el 11 de junio, a petición de Alcalá Galiano, se declaraba por aquéllas la incapacidad mental de Fernando VII y se nombraba la Regencia del reino; al día siguiente marchó la Corte a Cádiz, un día después, el 13, célebre día de San Antonio, la plebe cometía los mayores excesos contra los rezagados que seguía a las Cortes y contra muchos pacíficos habitantes de la ciudad, robando equipajes, saqueando habitaciones, volando el edificio del Colegio de las Becas, en que había estado instalada en sus últimos tiempos la Inquisición, rompiendo la lápida de la plaza de la Constitución y sustituyéndola con otra que la denominaba del Rey.

✕ En aquel mismo mes de junio, Angulema, que no había encontrado obstáculo alguno en Despeñaperros, contra lo que se esperaba, pasó con su ejército por Sevilla en dirección a Cádiz. El 8 de octubre de aquel mismo año entraban los Reyes en Sevilla por la puerta de Triana, arrastrando el coche, del que habían desenganchado los caballos, una multitud que a gritos ensordecedores, vitoreaban al rey absoluto. Oí contar, siendo yo niño, a personas que presenciaron aquella entrada, una curiosa anécdota *fernandina*, que no quiero omitir; parece ser que el día 12 de junio de aquel año, al marchar los reyes a Cádiz, el pueblo no hubo de mostrar muy correcta actividad con el monarca, exteriorizando su sentimiento no sólo con palabras soeces, sino con algunos objetos arrojados, principalmente trozos de verduras, varios de los cuales penetraron en el coche real en el fondo del que se procuraban ocultar los regios ocupantes para esquivar el peligro; ahora, al regresar a Sevilla, la actitud del pueblo era muy diferente; la plebe arrastraba el coche y vitoreaba frenéticamente al monarca, quien, como la vez pasada, procuraba ocultarse en lo más recóndito del carruaje, lo que motivó que su buenísima consorte lo excitase a que, abandonando aquella postura, se dejase ver de los que le aclamaban. No, no, cuentan que respondió el *rey neto*, no, María Josefa, que estos son los mismos de los *tronchos* de la otra vez.

+ Después de quince días de descanso en nuestra ciudad, el 23 de octubre, salían los reyes para Madrid, donde a los seis años, en 1829, la muerte de la reina dejaba viudo, por tercera vez, y sin sucesión, al monarca quien a los pocos meses contraía cuartas nupcias con su sobrina María Cristina de Borbón. Cuatro años más tarde, en 29 de septiembre de 1833, bajaba al sepulcro Fernando VII.

La minoridad de Doña Isabel II, que duró desde la muerte de su padre hasta 1843, proporcionó a Sevilla las mismas alteraciones del orden que a otras capitales, por las luchas de los partidos políticos y las divergencias entre los partidarios de la reina madre y los del General Espartero, para el desempeño

de la regencia del Reino. La supresión de las órdenes religiosas de varones, la redución del número de conventos de mujeres y la aplicación de las leyes desamortizadoras, produjeron en Sevilla no pocas pérdidas para el Arte y para la historia de la ciudad. Los tesoros artísticos de los conventos, mandados reunir en los nacientes Museos provinciales, no todos, ni con mucho, llegaron a su destino, pasando a poder de particulares, nada escrupulosos, que en busca de lucro se apresuraron a venderlos a extranjeros. Las riquísimas bibliotecas conventuales, mandadas entregar a las Universidades para fomento de las suyas, llegaron escandalosamente mermadas. Muchos de sus edificios fueron vendidos a bajísimo precio y con ellos desaparecieron no pocos templos. No hubo en Sevilla, afortunadamente, escenas sangrientas en esta época, como ocurrió en otras ciudades, pero no dejaron de cometerse atropellos y de hacerse sentir vejaciones, tanto que un historiador sevillano, nada sospechoso por sus ideas, escribió a este propósito estas palabras: «Por más que el imperio de las circunstancias atenúen la intrínseca gravedad de ciertos sucesos, la conciencia histórica impone su justa reprobación en nombre de una moral superior al dominio de las desbordadas pasiones».

En los locales de los antiguos conventos y hospitales se establecieron las cosas más diversas, encontrando en ellos alojamiento muchas oficinas públicas del Estado, provinciales y municipales, convirtiéndose otros en cuarteles, alguno en casa de vecinos, y a pesar de que por este tiempo se había derribado y vuelto a construir el Teatro Principal, en la antigua casa de Martín Cerón, en las calles de la Muela, hoy de O'Donnell, y de San Acacio, se instalaron tres teatros más; uno en el Colegio de San Hermenegildo, otro, que se llamó de la Campana, en el Convento de Santa María de Gracia, y el tercero, nombrado de Vista Alegre, en una de las enfermerías bajas del Hospital del Amor de Dios, con entrada por la calle nombrada entonces del Puerco, y hoy de Trajano.

Sufrió Sevilla en 1843, por causas políticas, un fuerte bombardeo, que dirigió el general Van-Halen, lugarteniente de Espartero, y aun se conservan, empotradas en las paredes de algunas casas de las calles de Recaredo, San Clemente y otras, varias de aquellas bombas, recuerdo de un hecho que valió a Sevilla el título de Invicta y una corona cívica, obsequio de la soberana. Pero nuestra ciudad, siempre generosa y fácil al perdón, olvidó pronto aquella injusta conducta del Regente, y si un día quemó públicamente su retrato, pocos años después rotulaba con el nombre de Duque de la Victoria el lugar que hacía más de cuatro siglos se llamaba del Duque, por el de Medina Sidonia. x

En este periodo de regencia se trasladó la Cárcel Real de la calle de la Sierpe al exconvento del Pópulo, suprimiéndose la otra cárcel llamada de Audiencia y de los Señores, separada de la anterior por el estrecho callejón llamado de Entrecárceles, hoy amplia vía de Manuel Cortina; se cerró la de la Hermandad, en la calle del Coliseo, por supresión de esta institución, que la utilizaba; se derribaron varios arcos, entre ellos el de los Saavedras, que unía la casa de este linaje con la tribuna de la parroquia de San Martín, el de los Chapineros, a la entrada de esta calle por la de Francos, el de Atocha en la entrada del Compás de la Laguna, y el de la calle de los Lombardos, hoy de Muñoz Olivé; se convirtió en plaza, llamada hoy de Argüelles, el cuartel de San Pedro, primitiva Fábrica de Tabacos, levantada sobre la antigua Moreña; y se formaron los bellos jardines llamados las Delicias y Salón de Cristina; se extinguió la interesante institución de los Toribios, que después de muchos traslados arrastraba lánguida vida en la hermosa casa de Don Pedro Puma-rejo, donde residía desde 1802, pasando sus corrigendos, con los demás aco-

gidos de la beneficencia provincial al exconvento de San Jerónimo de Buenavista.

Declarada la mayor edad de la reina en 1843, contraía matrimonio en 1846, con su primo hermano el Duque de Cádiz, al mismo tiempo que su hermana la Princesa de Asturias lo celebraba con el Duque de Montpensier, el menor de los hijos de Luis Felipe de Orleans, rey de los Franceses. A la caída de Luis Felipe, dos años más tarde, pasó la Princesa a Londres y poco después se le fijó su residencia en Sevilla, donde entraba el 7 de mayo de aquel año, alojándose en el Palacio Arzobispal, pasando a los pocos días al Alcázar, donde Doña María Luisa Fernanda daba a luz su primera hija, Doña Isabel, que fué más tarde Condesa de París, trasladándose al año siguiente al Palacio de San Telmo en el que fijó su residencia, haciendo de Sevilla una segunda corte española. El edificio de San Telmo, en el barrio de este nombre, antigua residencia de los Obispos de Marruecos, había sido levantado de nuevo, pero no terminado de edificar, por la benemérita Universidad de Mareantes, a la que Carlos III desposeyó de él; convertido en Escuela náutica oficial y creado en él, además, un famoso Colegio de Porcionistas, donde se educaron muchos sevillanos, fué trasladado y unido al de igual nombre de Málaga, en 1847, incautándose el Estado del local que en parte destinó a Instituto de segunda enseñanza, y en parte arrendado para diferentes usos, incluso para una de las primeras industrias de corchos aquí establecidas. Los Duques de Montpensier adquirieron aquel local, compraron lo que había sido Convento de San Diego y era a la sazón fábrica de curtidos, así como una huerta contigua y otros predios, entre ellos el llamado Jardín de aclimatación, propio de la ciudad, y de la unión de todo ello resultó una mansión regia que dió fama a Sevilla, y de la que su dueña, la egregia Doña María Luisa Fernanda dispuso, al fallecer en febrero de 1897, destinando el palacio y parte del jardín a seminario de la Iglesia hispalense, y donando el resto a la ciudad para Parque de la misma.

En 1862 los Reyes, con el Príncipe de Asturias y la Infanta Isabel, hicieron un viaje a Andalucía y se detuvieron varios días en nuestra ciudad, que se engalanó para recibirlos, rotuló sus principales plazas con nombres de personas reales y celebró grandes fiestas en su honor. Seis años más tarde, la revolución de septiembre de 1868, puso término al reinado de Doña Isabel, que se vió precisada a abandonar a España.

Durante el reinado de esta augusta señora se concedió a Sevilla, en 1847, la renombrada *Feria de Abril*, para cuya mejor instalación cedió después la soberana una parte de las huertas del regio alcázar; se inauguraron las dos primeras vías férreas de la región, la de Sevilla a Córdoba y la de Sevilla a Jerez y Cádiz; se levantó, en 1864, el monumento a Murillo, primera estatua erigida en la ciudad; se construyó e inauguró el teatro de San Fernando, levantando sobre el antiguo hospital del Espíritu Santo, y antes de su estreno se inauguraron otros que tuvieron corta duración, como el de San Jacinto en el exconvento de su nombre, el de Hércules en la casa de los Marqueses del Algaba, en la plaza de la Feria, y el llamado Anfiteatro, en las callejuelas de Pasión, hoy de Vargas Campos, en parte de lo que fué convento del primero de estos nombres, y del que aun subsiste la fachada. Se construyó el puente de hierro nombrado de Isabel II, aunque vulgarmente se llama de Triana, en sustitución del antiguo de barcas; se estableció el alumbrado público por gas, en vez del de aceite antes empleado; se adornaron muchos lugares públicos, como las plazas del Duque, de la Magdalena, del Museo, del Salvador y la vulgarmente llamada Nueva, así como la calle Nueva de San Fernando con el derribo de la muralla existente entre las puertas Nueva y de Jerez, sustituida por la verja de la Fábrica de Tabacos.

Desaparecieron en cambio, o variaron de destino, muchos monumentos religiosos; el monasterio de Santa María de las Cuevas, o sea la Cartuja, enajenado, pasó a ser fábrica de loza, trasladándose a la Sacristía, llamada de los Cálices, de la Catedral, la peregrina imagen del Cristo crucificado de la Clemencia, de Martínez Montañés, otras esculturas y cuadros al Museo, los sepulcros de los Ribera y Enriquez, al templo de la Universidad y la hermosa sillería de coro al Museo, de donde pasó a la Catedral de Cádiz; San Isidro del Campo, o sea Santiponce, convertido en penal de mujeres, vino a parar en un estado de abandono y ruina verdaderamente lamentable; San Jerónimo de Buenavista, destinado primero a hospicio, después a Colegio y a otros usos, se fué derrumbando poco a poco y ha llegado a ser, en su mayor parte, cebadero de cerdos; el Colegio de San Hermenegildo, el Hospicio de Indias y los conventos de los Terceros, la Trinidad, San Francisco de Paula y del Carmen calzado, fueron convertidos en cuarteles; los de San Pablo, Santo Tomás y San Acacio, sirvieron de oficinas públicas; el de San Francisco se agregó en parte a las casas Ayuntamiento y se convirtió el resto en plaza, calles y viviendas particulares; el de la Merced pasó a ser Museo de Bellas Artes, alojando también algunas escuelas; el de San Antonio de Padua se convirtió en fundición de hierro, el de Santo Domingo de Portaceli en almacenes comerciales, el lindísimo Hospital de Venerables Sacerdotes fué, durante ocho años, casa de vecindad, quedando en el estado que puede suponerse, y suerte análoga sufrieron otra porción de edificios religiosos.

La revolución de septiembre de 1808 acabó con otros monumentos religiosos y civiles de Sevilla; se cerró la parroquia de Santa Lucía, cuya linda portada luce hoy, por fortuna, en la recién restaurada iglesia de Santa Catalina; se derribó el interesante templo ojival de San Miguel, para levantar sobre su área un mezquino coliseo, construyéndose otro teatro, llamado de Cervantes, sobre una parte del Hospital del Amor de Dios; se obligó a muchas religiosas a abandonar sus conventos que unas, como las de Santa María la Real, recuperaron luego íntegro, otras, como las de Madre de Dios, solo lo lograron en parte y otras cuales las mercenarias de la Asunción, las carmelitas de Belén, las de Santa María de las Dueñas, las de la Paz, las de las Vírgenes y otras no pudieron recuperar.

Con una precipitación grande, e injustificada se demolieron la mayor parte de las puertas de la ciudad, alguna de las cuales, como la de Triana, bien merecía el honor de haber sido aislada conservándose como monumento, haciendo derivar el tránsito público por sus costados; sólo se salvaron de la destrucción la de Macarena, que era de las menos artísticas, y el postigo del Aceite.

El brevísimos reinado de Amadeo de Saboya, fué tiempo en Sevilla de frecuentes algaradas, gozándose de menos tranquilidad a partir del 11 de febrero de 1873 en que fué proclamada la república, llegando al extremo en los días de julio de aquel año, en que imperó el Cantón Andalúz, con incendio de varios edificios y con no poca sangre vertida, estado a que puso fin el general Don Manuel Pavía que, con fuerzas del ejército, se apoderó de la ciudad.

Proclamado Don Alfonso XII en los campos de Sagunto y hecha la restauración, se desarrolló en Sevilla uno de los más interesantes y bellos episodios de la vida de este monarca, sus amores con la Infanta Doña María de las Mercedes, su prima hermana, hija de los Duques de Montpensier, con la que contrajo matrimonio, no por razón de Estado, sino por seguir los impulsos de su corazón. En los comienzos de este reinado la reina madre Doña Isabel, con sus hijas Pilar, Paz y Eulalia, fijó su residencia en el Alcázar sevillano, con lo que volvió a parecer nuestra ciudad una segunda corte española, pero

mezquinas exigencias políticas hicieron que la augusta señora tuviese que abandonar España, trasladándose al extranjero, donde murió.

A Don Alfonso XII sucedió en el trono su hijo póstumo Don Alfonso XIII y ningún monarca español de los últimos tiempos amó a Sevilla tanto como él, ni la visitó en tantas ocasiones, favoreciendo su engrandecimiento e interesándose por su desarrollo, progreso y vida. Vino por primera vez a nuestra ciudad en la niñez, con su augusta madre con motivo de la conmemoración del cuarto centenario del descubrimiento de América en 1892; volvió en otras dos ocasiones antes de su enlace matrimonial, una de ella en los días de la Semana Santa, acompañado de la Infanta María Teresa, y otra solo, en mayo de 1904; después de su enlace matrimonial ha visitado muchas veces nuestra ciudad con su esposa e hijos, gustando de residir en nuestro Alcázar, parte de cuyo recinto cedió en 1911 a la ciudad para establecer en ellos los Jardines de Murillo. Entró embarcado en nuestro puerto para escribir la última página del viaje del *Plus Ultra* y abrió, poco después, nuestro gran certamen Ibero Americano, cuyo más lucido período fué el correspondiente al Congreso Mariano Hispano Americano, último suceso transcendental realizado en nuestra ciudad.

Sucesos de todos conocidos impulsaron al monarca a salir de nuestra patria, prefiriendo el voluntario destierro a que, por su causa, se ensangrentase el suelo español.

Todas las cosas humanas, dijo el Príncipe de los Ingenios castellanos, en las últimas páginas del *Quijote*, tienen su fin y acabamiento, y no había de eximirse de esa ley general este curso breve de Historia de Sevilla, reducido a diez lecciones, la última de las cuales, no pudo explicarse, habiéndose escrito para cumplir el compromiso contraído. Al poner fin a este trabajo no puedo dejar olvidados los deberes de la gratitud, consignando cuán profunda es la que guardo para con la Academia de Estudios Sevillanos, que no contenta con haberme concedido el honor de inaugurar sus tareas, en febrero de 1928, ha querido conferirme la honra de poder explicar este curso. No menor agradecimiento debo a las personas que, realizada su bondadosa inscripción en la matrícula de este curso, asistieron a sus clases con constancia teniendo la paciencia de soportar mi pobre y ya torpe palabra, en estas lecciones en las que lamento no haber sabido corresponder a la confianza que en mí se depositó por la Academia y por el cultísimo auditorio que asistió a estas lecciones; qué-dame, sin embargo, la conciencia tranquila de haber expuesto en ellas cuanto del tema de las mismas sabía, sin haberme reservado nada, y nadie esta obligado a dar más de lo que tiene.

Si, como es de esperar, y Dios quiera que sea así, esta Academia no interrumpe su labor, palabras más autorizadas que la mía y personas más conocedoras de la historia de nuestra ciudad que yo, completarán el bosquejo que en este breve curso ha quedado trazado.

Relación de los alumnos de la Cátedra de Historia de Sevilla durante el curso de 1930 a 1931, de la que fué profesor el Ilustrísimo Sr. D. Joaquín Hazañas y la Rúa.

SEÑORES ACADÉMICOS DE LA DE ESTUDIOS SEVILLANOS

Don Francisco Sánchez-Castañer y Mena.

- Leandro Díaz de Urmeneta.
- Carlos Adriaensens y Ducasse.
- Francisco M.^a Abaurrea y Alvarez Ossorio.
- José M.^a Ponce de León y Bouisset.
- Manuel Gordillo y García.
- Juan Manuel Rodríguez Jurado y de la Hera.
- José Luis Balbuena y Caballini.
- Pedro Gamero y del Castillo.

Don Rafael Salazar y Bermúdez.

- Felipe García de Pesquera y Noel.
- Damián Díaz de Urmeneta.
- Francisco Abascal y Fernández.
- Jerónimo Pajarón y Jiménez Prieto.
- Luis Joaquín Pedregal y Sanmartino.
- Manuel Justiniano y Martínez.
- Francisco Javier Guajardo Fajardo y Albarracín.
- Antonio Díaz Criado.
- Guillermo Perea y Guardeso.

SEÑORES MATRICULADOS

D.^a Matilde García Domínguez.

D. Andrés Tassara González.

Sr. Marqués de San José de Serra.

D. Angel González Camacho.

D.^a Teresa López Ruiz.

D. Tomás de A. García y García.

- Francisco Ramos Herrera.
- Manuel Ramos Hernández.
- José Cueto y Colón.
- Joaquín Rodríguez Cueto.
- Vicente del Río Tejero.
- José M.^a Rodríguez y García Alarcón.

Sr. Marqués de Gómez de Barreda.

Sra. Marquesa de Gómez de Barreda.

D. Miguel Maestre y Lasso de la Vega.

Srta. Dolores Maestre y Lasso de la Vega.

D. Eusebio de Puellas y Puellas.

- Vicente Traver y Tomás.
- Eduardo P. Moore Petettot.
- José Luis Llorente y Olivera.
- Manuel Jiménez López de Tejada.

D. Salvador Sánchez Barbudo.

- Genaro Marcos Casades.
- Antonio González Nandín y Paul.
- Antonio Quintano y Pérez de la Riva.
- Luis Cortés Góngora.
- Fernando Barón y Mora Figueroa.
- José M.^a García de Paredes Iraola.
- Manuel Pena Echevert.

D.^a Carmen Pena García.

D. Angel Camacho Baños.

- Francisco Blázquez Bores.
- Antonio Escobedo Góngora.

D.^a Concepción Ruiz Armendariz.

- Elizabert H. West.
- María del Carmen Hormiga y Lamas.

D. José Hernández Díaz.

- Guillermo Rodríguez Izquierdo.
- José Casquero Sorolla.
- Pedro Solís Desmaissieres.

D.^a Gracia Lasso de la Vega.

Srta. Miquelina Solís y Lasso de la Vega.

D.^a Alicia B. Gould.

Srta. Victoria Wort.

D. José Domínguez Gil.

- » Antonio Pérez Riquelme.
- » Luis Jiménez Placer.
- » Manuel Bermudo Orfega.
- » Franc.^o Collantes de Terán y Delorme
- » Juan Delgado Rodríguez.
- » Andrés Garrido y G. Valladares.
- » José Gil Bejarano.
- » Francisco Andrade Berrocal.
- » Enrique Isern y Pineda.
- » Antonio Mániz y Jerez.
- » Manuel Portillo Jochman.
- » Cristobal Bermúdez Plata.
- » Antonio Muro Orejón.
- » Eusebio Rivero y Rivero.
- » José Ortí y Rodríguez.
- » Ulises Bidón Villar.

Srta. María del Pilar Serrano Cebada.

D. Manuel Murga de la Vega.

- » Heliodoro Sancho Corbacho.
- » Antonio Sancho Corbacho.
- » Miguel Bago y Quintanilla.
- » Fernando Gracián Lavedan.
- » Balbino Santos Olivera.
- » José M.^a Tassara González.
- » José Batanero Herrera.
- » Isidoro Almazán Rodríguez.

Excmo. Sr. Conde de Bustillo.

D. Juan Lafita Díaz.

D. José Salado Iznaga.

- » Salvador Diánez Moscoso.
- » Pedro Alvarez Ossorio Fernández Palacios.

D. José M.^a López Cepero Muru.

- » Eduardo Ibarra y Osborne.

Excmo. Sra. Condesa de Bustillo.

D. Manuel González Valverde.

- » Luis Toro y Buiza.
- » Jesús Pabón y Suárez de Urbina.
- » Tomás Pérez y Pallares.
- » Alfonso Escobar Ramírez.
- » José Ortiz López.

D.^a Leonor Camacho de Fernández Mensaque.

Srta. Concepción Fernández Mensaque.

- » Elena Fernández Mensaque.

D. Manuel Cueto y Pérez.

- » Manuel Casades Gutiérrez.
- » Manuel Salinas Benjumea.

Srta. Africa García Velasco.

- » Carmen García Ruiz.

Sr. Marqués de la Reunión de Nueva España.

D. Luis Gómez de Castro.

- » José de Castro y Casaval.

Sr. Marqués de Grañina.

D.^a Adela Estévez de Solache.

Srta. Pilar Solache Estévez.

D. Guillermo Serra Pickman.

- » Enrique Gómez Millán.

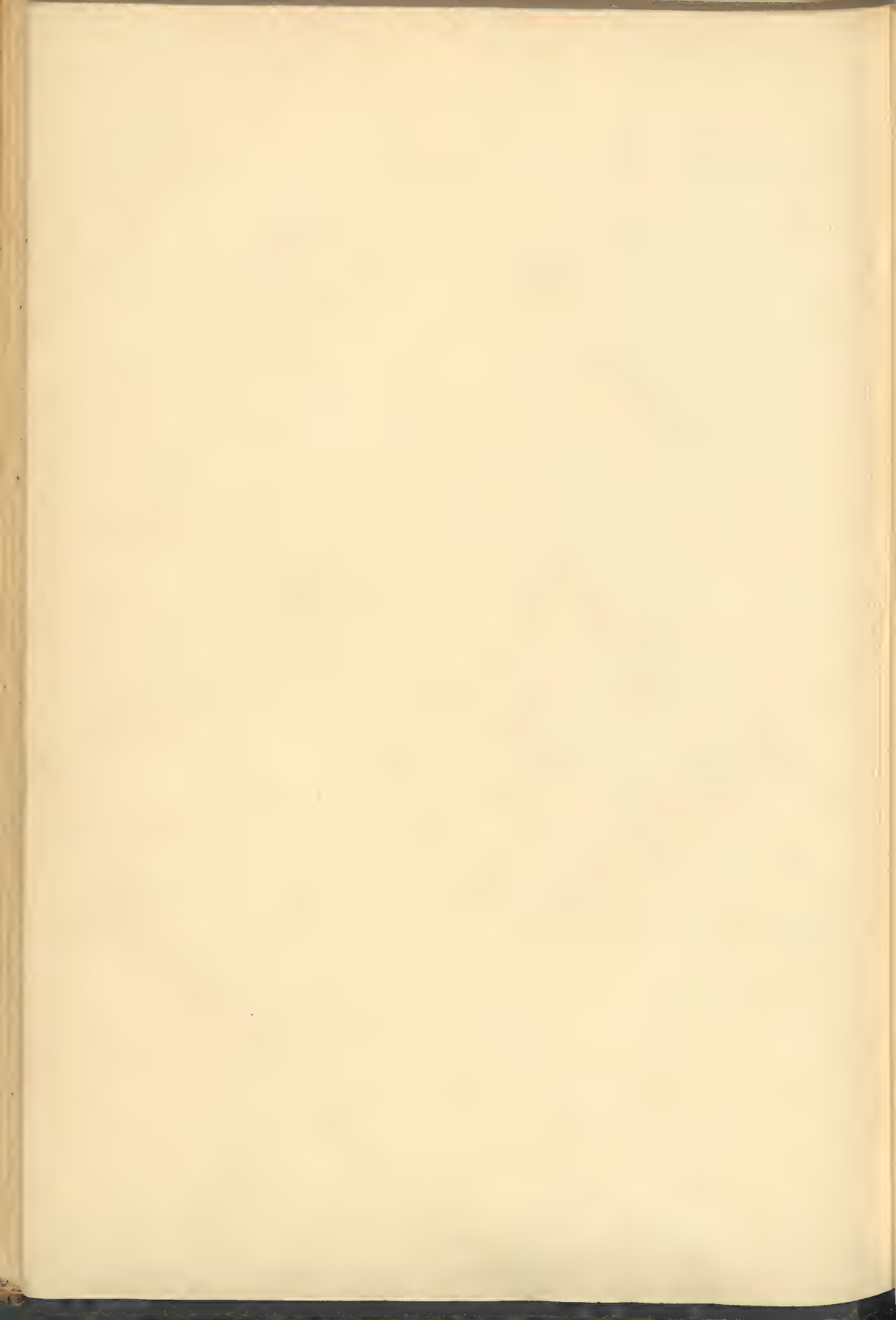


INDICE



Páginas

Explicación a manera de Prólogo	III
Lección I.—La Región - el Reino - la Tierra - la Ciudad	3
» II.—Fuentes de la Historia de Sevilla - Los Historiadores. Los Archivos - Otras Fuentes	12
» III.—Sevilla prehistórica - Las invasiones fenicia, griega, cartaginense y romana	22
» IV.—Sevilla visigoda - Sevilla árabe.	33
» V.—La reconquista cristiana - Los dos Cabildos - El repar- timiento	40
» VI.—División de la Ciudad - La Morería - La Judería - El pueblo Cristiano - Las Collaciones primitivas - Sus sucesivos aumentos.	51
» VII.—Sevilla de Sancho IV a Enrique IV	63
» VIII.—Sevilla en el reinado de los Reyes Católicos - El descubrimiento de América	72
» IX.—Sevilla bajo los Austrias.	81
» X.—Sevilla bajo los Borbones.	92
Relación de alumnos	103



ACABÓSE DE IMPRIMIR ESTA OBRA EN SEVILLA EN
LOS TALLERES DE GÓMEZ HERMANOS, EL DÍA
OCHO DE DICIEMBRE DEL AÑO SANTO DE
LA REDENCIÓN DE MIL Y NOVECIENTOS
TREINTA Y TRES, FIESTA DE LA
INMACULADA CONCEPCIÓN DE
LA SIEMPRE VIRGEN MA-
RÍA PATRONA DE
* ESPAÑA. *
LAUS DEO

§

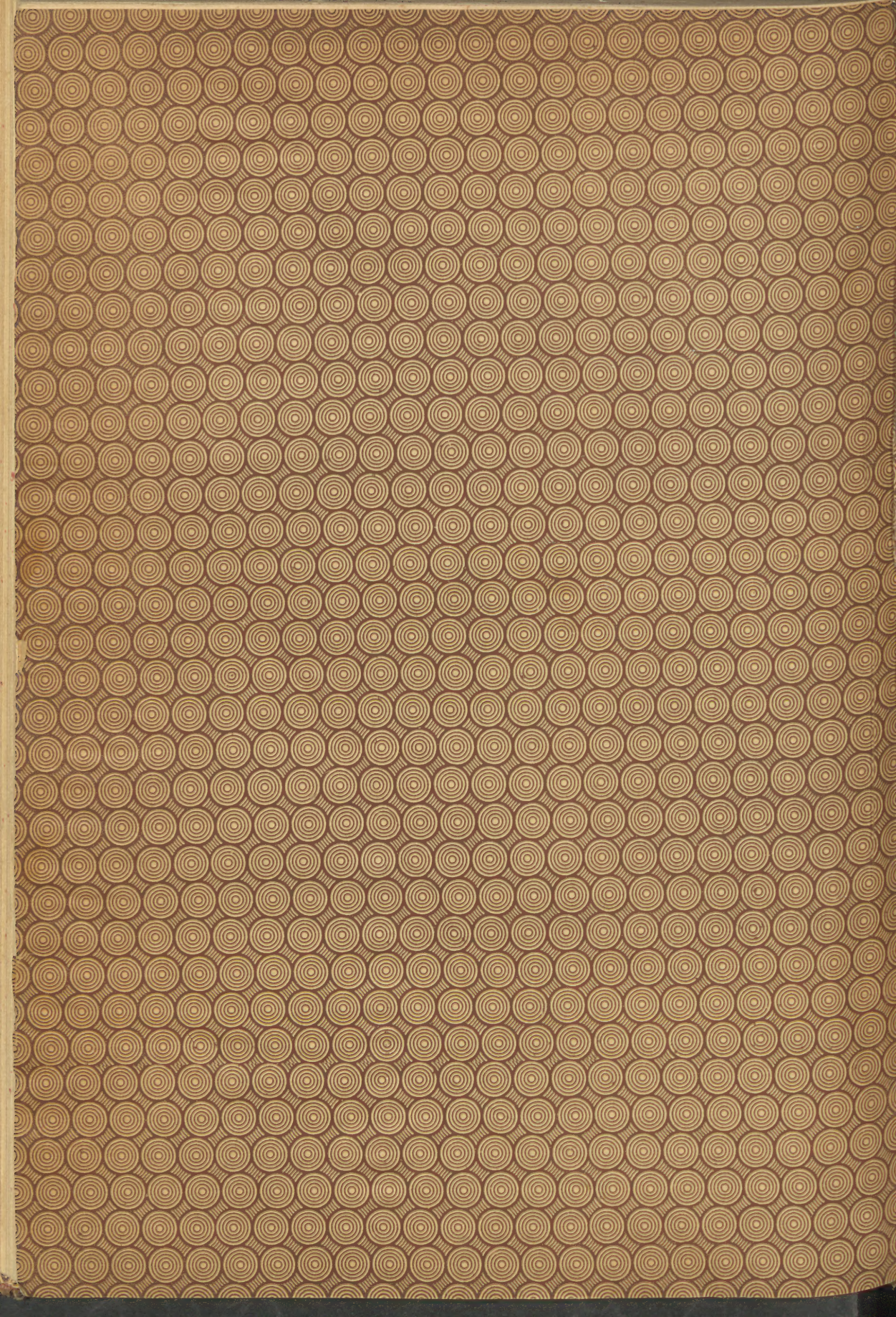


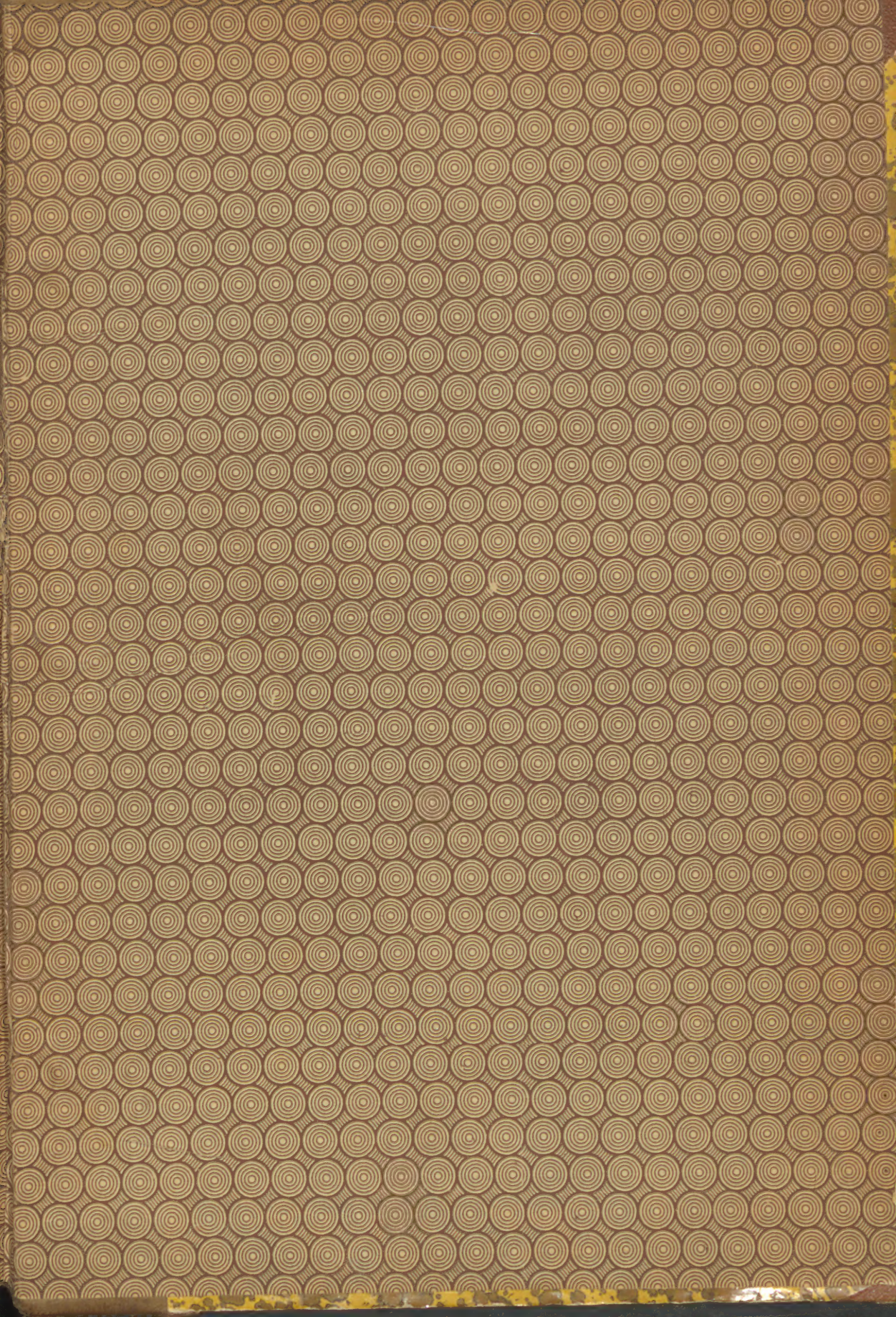


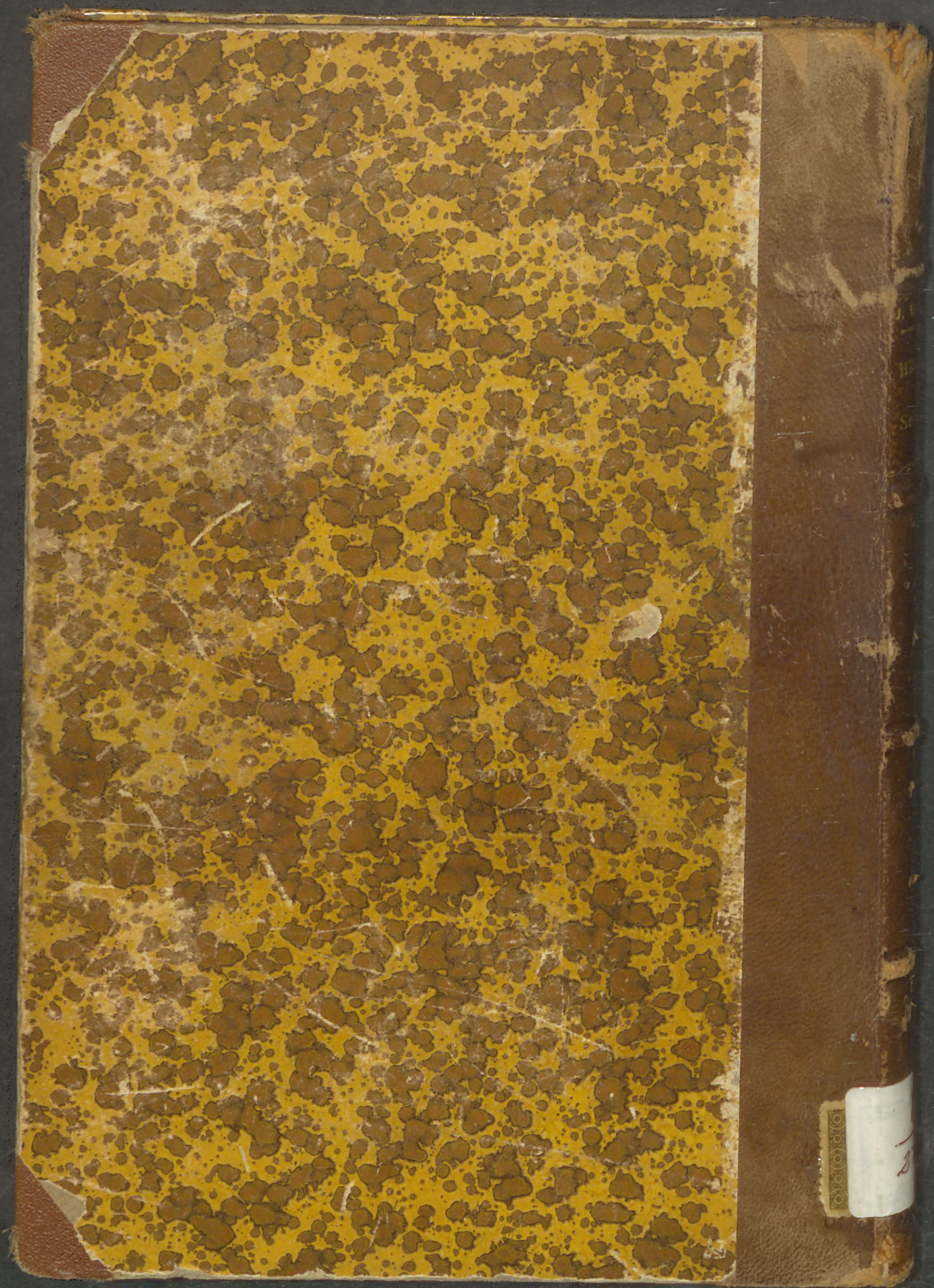


100955257

BGU A O/275







colorchecker classic

calibrite



100mm